



ELIZABETH EYRE

La muerte de la duquesa

UN MISTERIO EN LA ITALIA RENACENTISTA

SEGISMUNDO I



Lectulandia

En la turbulenta Italia de los Médicis y los Borgia, el duque De Rocca ve amenazada la paz de su feudo. Dos poderosas familias, enfrentadas por un odio ancestral, se hallan a punto de entablar una guerra a muerte. El duque adopta una solución salomónica: ordena el enlace matrimonial entre dos jóvenes miembros de las familias en pugna. Pero poco antes de llevarse a efecto la unión desaparece la novia y muere asesinada la esposa del duque. El enigmático Segismundo se ocupará de esclarecer los hechos.

Lectulandia

Elizabeth Eyre

La muerte de la duquesa

Segismundo - 1

ePub r1.0

Titivillus 31.12.16

Título original: *Death of a Duchess*
Elizabeth Eyre , 1991
Traducción: Gemma Moral Bartolomé

Gracias a los *papyreros* que son los primeros que se lo curraron

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Así pues, el perro ladró»

—¡De esta misma cama fue raptada!

La larga manga del señor Jacopo di Torre siguió el melodramático gesto de su brazo y derribó un frasco de perfume de la cómoda que había junto a la cama. El emisario del duque, con una agilidad inesperada en alguien de su corpulencia, lo cogió en el aire y lo miró mientras lo hacía girar entre sus dedos, como si quisiera admirar el ónice tallado y el oro. Jacopo aguardó algún comentario acerca de la cama, cuyas ropas desordenadas indicaban una lucha violenta. No cabía duda: aquélla era la cama.

—¿No oísteis nada? —preguntó la voz profunda y con acento extranjero.

Jacopo se golpeó la frente con las manos.

—Nada. ¡Virgen Santísima, yo duermo como un bendito!

Los ojos negros del emisario echaron una mirada a la puerta llena de criados boquiabiertos que se peleaban por ver mejor.

—¿Y nadie oyó nada?

Los demás sacudieron la cabeza. Una mujer de edad gimoteaba sin cesar, con la cabeza gacha. Jacopo la miró, irritado.

Hasta mi hermana dormía. Nadie oyó nada. ¡Toda alma viviente de esta casa estaba durmiendo!

Ninguno de los criados parecía dispuesto a contradecirlo. Al fin y al cabo, dormir profundamente a una hora decente no era indicio de pereza, sino del agotamiento que causaba un trabajo virtuoso.

El emisario volvió a depositar el frasco de perfume en su sitio, y separó con un dedo los demás objetos que había sobre la cómoda: unas pinzas de plata, un peine de marfil, un libro de las horas con tapas de terciopelo rojo y un espejo de marfil tallado con una ninfa de bronce por mango. También cogió la copa de plata que contenía leche especiada, levantó la tapa y olisqueó su contenido. Los criados siguieron cada uno de sus movimientos con el mismo interés con que habrían contemplado a un mimo.

—¿Cree que la drogaron? —se apresuró a preguntar Jacopo—. ¿Por eso no la oímos? —Parecía aliviarse el que su hija no hubiera sufrido la frustración de haber gritado sin ser oída—. Ah. No. Nadie en esta casa... —Las protestas indignadas de los criados ahogaron lo que prometía ser un comentario poco convincente. Sin duda una mano hostil había introducido la droga.

Jacopo se encogió de hombros y el emisario señaló la cama con un gesto menos

ampuloso que el de aquél. Difícilmente una joven drogada habría podido oponer tanta resistencia. En el otro lado de la cama las colgaduras del dosel, de brocado verde y oro, aparecían rasgadas.

—¿También dormían los perros?

Los criados se agitaron y miraron con expresión interrogante.

—En el patio... en el otro lado de la casa... su perrito...

—¿Su perrito? —dijo el emisario.

—El perro de mi hija. —Jacopo miró alrededor, como si el perro fuese lo bastante educado para salir y presentar sus disculpas—. Debió de escapar aterrorizado.

—Demasiado aterrorizado para ladrar. —El emisario asintió como si fuera axiomático que un perro inteligente evitara hacer ruido por miedo a recibir algún daño. No preguntó nada sobre los perros del patio, que supuestamente habrían debido de ladrar ante la presencia del intruso mientras los criados estaban sumidos en el sueño de los justos.

—¿Cómo entraron en la casa?

Jacopo lo siguió hasta la ventana gesticulando violentamente, pero sin llegar a tocar el fino cuero negro del jubón del emisario. Éste examinó debidamente los postigos forzados y salió a la pequeña galería cubierta. Tenía la costumbre, que Jacopo encontraba tan irritante como los lloriqueos de su hermana, de emitir un murmullo cada vez que le mostraban algo. Era semejante al zumbido de una abeja satisfecha, y transmitía la desagradable impresión de que todo lo que veía era lo que esperaba ver. Se inclinó sobre la balaustrada de piedra e inspeccionó el jardín con los ojos entrecerrados.

—Por el tejado —respondió Jacopo—. Entraron por el tejado.

El hombre corpulento se volvió lentamente, se sentó sobre la balaustrada y, rodeando con un brazo la columna jónica, se echó hacia atrás para mirar las tejas onduladas y las siemprevivas del tejado.

—Es posible, sólo posible, saltar a nuestro tejado desde la casa contigua. Es la única manera de entrar. Los muros son altos y por las noches las puertas del jardín permanecen atrancadas, claro está.

—Pero no se fueron por aquí con la joven a cuestas.

El tejado, efectivamente, no parecía accesible para alguien que cargara con una joven que, además, se debatía, y más difícil aún habría sido saltar al tejado vecino.

—Claro que no. Claro que no. Se fueron por una puerta lateral que da a la calle. Un criado la ha encontrado abierta esta mañana.

—¿Quién ha sido?

Un hombre se adelantó, rojo como la grana debido a su súbita importancia, y después de que su amo le concediera permiso con un ademán, expuso lo que sabía ante las inclinaciones de cabeza de sus compañeros, que ya lo habían oído antes.

—Mi deber es llevar leña de la leñera a la cocina cada mañana, y al pasar junto a la puerta vi que habían quitado la tranca, que siempre está puesta, ya que esa puerta

no se usa, y luego vi... —Hizo una pausa con el evidente propósito de esperar a que le preguntaran qué había visto. Dado que el emisario se limitó a contemplarlo en silencio, se apresuró a continuar con su melodramático relato—. ¡Vi... esto!

Mostró entonces lo que llevaba arrugado entre las manos: un trozo de tela amarilla y roja. Jacopo se lo arrebató y lo sostuvo en alto, con manos temblorosas, frente al emisario, lo bastante cerca como para olerlo si así lo hubiera querido.

—¡Veis! ¿Veis?

El emisario habría tenido cierta dificultad en no ver la tela que agitaba Jacopo ante sus narices, pero no movió un solo músculo.

—¿Veis? Ya le había dicho al duque que tenía pruebas. ¡Es el noble y estimado señor Ugo Bandini quien ha raptado a mi hija! ¡Estos son sus colores!

El emisario cogió el trozo de tela y lo examinó tranquilamente.

—¿Dónde la han encontrado? —murmuró.

—Colgando de un clavo, señor, junto a la puerta.

—¡Hay que conducir a ese villano ante la justicia! —Jacopo arrancó la tela de manos del emisario. Su indignación halló un eco respetuoso, un sonido aprobatorio de fondo que surgía de los criados. Los ojos del extranjero volvieron a posarse en ellos.

—¿Sólo ha desaparecido vuestra hija?

Esto sólo hizo que Jacopo se irguiera.

—Cierto es que también ha desaparecido su doncella. Dormía aquí, por supuesto. Era una esclava circasiana. —Señaló brevemente un jergón de paja contra la pared—. Debieron de llevársela por miedo a que diera la voz de alarma.

—Tampoco ella hizo ningún ruido.

Jacopo miró al emisario con los ojos muy abiertos.

—¡Amordazadas! ¡Ambas fueron amordazadas! Arrancadas de sus lechos y raptadas de mi casa. ¿Quién sino Ugo Bandini habría desobedecido de tal modo las órdenes del duque? Lo ha hecho para impedir que mi hija se case con su desgraciado hijo. He de admitir... —abrió los brazos como quien quiere revelar sus más íntimos pecados—... que el matrimonio me desagrade tanto como a él, pero debo obediencia al duque. El duque ha de obligar a Ugo Bandini a confesar. ¿Quién sino él podría haber cometido semejante fechoría?

—¿Bandidos? ¿Por un rescate?

—¡Bandidos! —exclamó Jacopo con tono de incredulidad. Luego pareció considerar la idea por primera vez y no le gustó. Los criados discutían entre susurros, la tía renovaba sus lamentaciones y el emisario aguardaba con la cabeza ladeada.

—Vos no lo consideraréis probable. Sin embargo se dice que sois el hombre más rico de la ciudad. Después del señor Ugo.

Esta calumnia motivó un nuevo estallido de Jacopo, que exclamó, blandiendo la tela:

—¿Bandidos? Él es el bandido. ¡Aquí está la prueba! Mi hija sin madre se halla

en su poder. ¡Que se guarde de hacerle daño! ¡El duque ha de ordenarle que la devuelva a su casa!

—Excusadme. —El emisario extendió una mano morena y fuerte para coger la tela amarilla y roja y metérsela en la pechera de su jubón—. Como bien decís, es una prueba. Y ahora —dijo, inclinándose—, ¿me permitís ver la puerta que han hallado abierta?

La examinó, después de hacer lo propio con la pared al bajar por las escaleras (un fresco borrado por los muchos años del roce de quienes bajaban) y también el clavo del que colgaba la tela. Estudió incluso la calle a que daba la puerta, una callejuela angosta y oscura por la que en ese momento un anciano avanzaba con dificultad y lentitud por el fango, importunado por un perro. El emisario se interesó mucho por un montón de excrementos de caballo que había junto a la puerta y por la información, expresada repetidamente con gran énfasis por varias voces, de que todas las semanas, en un día como aquél, precisamente, llevaban el estiércol de la casa a la granja que tenía el amo en el campo, para lo cual disponían de un carro que se dejaba la noche anterior en esa misma callejuela. Unos peones de la granja llegaban con un carro limpio, enganchaban el caballo al carro lleno y se lo llevaban. El carro limpio que demostraría la verdad de lo que decían, según informaron al emisario, se hallaba en el patio de la cocina, al volver la esquina. Lo habían llevado hasta allí nada más levantarse, tal como disponía el amo, añadieron al descubrir la presencia de Jacopo entre ellos, al tiempo que asentían vigorosamente con la cabeza.

Jacopo se dio cuenta de que el emisario del duque no se conformaba con observar los excrementos de caballo en la callejuela sino que se dirigía hacia la esquina, la calle principal y las puertas del patio. Apartó a los criados cual Moisés separando las aguas del mar Rojo y se precipitó por la calleja en pos del emisario, recogiendo los faldones de terciopelo para dejar al estiércol todo el espacio que necesitaba.

—¿Creéis que se fueron por aquí?

—Debo examinar todas las posibilidades. El duque ha insistido mucho en ello.

Jacopo cerró la boca, que había abierto quizá para protestar. Ajustó su paso al del emisario. Un gato que comía algo en medio del polvo alzó la cabeza y cruzó la calleja corriendo para desaparecer en un oscuro portal del que surgía ruido de cacharros y bostezos.

Al doblar la esquina encontraron las altas puertas del patio de la cocina que se abrían a la calle bajo un arco de ladrillo, y a un trío de hombres fornidos que descargaban tinajas de aceite de un carro. Un hombre menudo e inexpresivo, que no vestía como un criado pero estaba cubierto de mugre de pies a cabeza, los contemplaba, acariciando a un perrito lanudo que acunaba en los brazos. Jacopo se acercó a toda prisa a él señalando el animal con un dedo.

—¿Dónde lo has encontrado? ¿Dónde?

El hombre lo miró con expresión de inocente sorpresa. Abrió la boca con la facilidad que le había dado una larga práctica. En la barba negra tenía restos de paja y

polvo.

—Es el perro de la señora. *Biondello*.

—Ya sé de quién es. ¿Dónde lo has encontrado?

El emisario, que se había acercado también, rascó la cabeza del perro y luego retiró la mano, asintiendo como si alguien hubiera hecho alguna declaración útil.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Jacopo a voz en cuello, como si se dirigiera a una multitud en una gran plaza, y todos, excepto el hombre menudo y el emisario, dieron un respingo. El hombre menudo no lo hizo porque Jacopo estaba sacudiéndolo.

—Al pie del muro, ahí fuera —respondió al tiempo que señalaba la calle con la cabeza. No mostraba resentimiento alguno por las sacudidas, y era posible incluso que agradeciese el estímulo. Jacopo se había quedado mudo de asombro.

—Así pues el perro ladró, después de todo —dijo el emisario.

El bobo tenía ojos grandes y redondos. Alzó la vista para mirar al hombre de anchos hombros que vestía de negro.

—Sí. *Biondello* lo intentó —respondió, y meció al perro entre sus brazos, inclinando la cabeza sobre él y canturreándole como una niña haría con su muñeca. El movimiento hizo que la cabeza del perro cayera hacia atrás y dejara ver el tajo que tenía en la garganta. La sangre salpicaba el blanco pelo del pecho y también los dientes.

—¿Quién tiene un perrito más bueno?

Jacopo emitió un extraño sonido. Se había puesto rígido.

—¡Ha sido raptada! ¡Mi hija ha sido raptada!

Obviamente había sido necesaria la visión del perrito muerto para que comprendiera plenamente el hecho que había estado proclamando desde el amanecer. Entre aullidos y sollozos, su hermana y algunos criados lo condujeron de vuelta al interior de la casa. El grupo de gente se había apiñado delante de la puerta, pero de pronto se disgregó y apareció Jacopo en el umbral con el brazo extendido, señalando.

—¡Tú! ¡Benno! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡No vuelvas a acercarte a mi casa!

Mientras Jacopo volvía a entrar atropelladamente en la casa, se hizo evidente que alguien había cometido un error, fuera el perro, el criado despachado, o el propio amo.

«No son sus manos»

El emisario, imperturbable, continuó inspeccionando la calle y el patio, observado, desde una distancia prudencial por Benno, que, fuera de la casa, seguía acariciando al perrito muerto. El emisario examinó el carro del estiércol, su varal apoyado sobre un caballete y su revestimiento de brea bastante sucio, y por fin se dispuso a marcharse. Dijo a uno de los que aún tenían tiempo libre para mirarlo por encima de la media puerta de la cocina que presentara sus respetos al dueño de la casa, y le informase de que él, por su parte, presentaría un informe completo al duque. En la puerta del patio se encontró con Benno, que seguía acunando al perro, cuya cabeza le rozaba el mentón. Benno se ofreció a ir en busca del caballo del emisario.

—No tengo caballo.

El hombre lo miró con incredulidad.

—¿Vos sois el hombre del duque, maese Segismundo?

—Así es, por el momento.

—¿Dónde está vuestro caballo? ¿Dónde está vuestro criado?

—He venido a pie. A pie se ven más cosas. Sin criado. Los criados hablan demasiado. —Su voz profunda era neutra, se limitaba a informar, sin mostrar aspereza ni amabilidad. El bobo se acercó. El perro pareció agitarse en sus brazos al apretarlo contra sí.

—Yo seré vuestro criado.

El emisario recapacitó en aquel ofrecimiento tan oportuno.

—Yo no hablo demasiado —afirmó Benno.

—Enséñame dónde hallaste el perro —ordenó el emisario.

Al cabo de unos instantes Benno observaba al emisario examinar las inmediaciones del lugar indicado. La calle había adquirido ya su trasiego habitual de gentes. Un pilluelo se ofreció a ayudarlo a buscar el objeto desaparecido y anduvo pisándole los talones durante todo el tiempo que estuvo buscando. Su buena disposición le valió una caricia en la espesa mata de cabellos piojosos y una moneda. El emisario emprendió luego la marcha a paso vivo, con Benno a la zaga esforzándose por seguirlo. Subieron por las empinadas calles que conducían al palacio ducal, cuyos fríos muros defensivos se elevaban como riscos sobre la ciudad. Las finas ropas del emisario incitaron a varios vendedores a importunarlo con ofertas de pan, agua, olivas, vino, platos, cuchillos, telas, joyas, especias, pasteles y sus propios cuerpos. Cuando llegaron a la larga cuesta que circundaba el muro del castillo hasta la puerta de entrada, Benno se detuvo, comprensiblemente desanimado

ante semejante visión. El emisario se detuvo también.

—¿Qué piensas hacer con el perro?

—Podría enterrarlo en algún lugar bonito —contestó Benno, ladeando la cabeza—. Debajo de un rosal. A ella le gustaría.

El emisario emitió su acostumbrado murmullo, que en esa ocasión podía tomarse como una muestra de aprobación.

Enfilaron la cuesta.

El duque se hallaba en su capilla oyendo misa. También dictaba a su secretario y comprobaba el plano que un paje sostenía delante de él. Volvió la cabeza en cuanto la alta figura negra de Segismundo apartó la cortina de la puerta de la capilla. El secretario fue enviado a buscarlo para que se presentara ante el duque, quien tendió la mano para que se la besara y dijo:

—¿Y bien?

Un niño de rostro redondo hizo sonar la campanilla del altar mientras se hurgaba la nariz con la mano libre. El sacerdote, resplandeciente de seda y oro a la luz de las velas, alzó la hostia. El duque, el secretario, el paje y Segismundo hincaron una rodilla en tierra y se santiguaron. Tras permanecer unos minutos con los ojos cerrados, el duque se levantó y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta, haciendo sonar las espuelas sobre el suelo de piedra. Fuera lo esperaba un paje con una copa. El duque se desembarazó de la cortina de brocado, que se había aferrado cariñosamente a su hombro, y apuró la copa de un trago, llenando la antecámara con el fuerte olor del vino especiado.

El duque Ludovico era un hombre enjuto de cuarenta y pocos años. Había heredado los ojos azules de su madre francesa, pero la fuerza de su mirada le pertenecía por entero. Tenía la boca grande y la nariz corta, pero con amplias ventanas. Era el suyo un rostro tan macilento como atractivo y enérgico, propio de un hombre al que podía ser beneficioso divertir, pero lamentablemente perjudicial provocar. En aquel momento su ceño presagiaba un arranque de mal humor.

—¿Ha raptado el señor Ugo a la hija de su enemigo? —Entregó la copa al paje con brusquedad y se alejó rápidamente por el corredor de alta bóveda decorada con frescos en los que se reproducían escenas de la Biblia—. Me ofrezco a hacer de árbitro en su disputa y dispongo para solucionarla el matrimonio de sus hijos y se atreven a insultarme de esta manera.

—La insensatez de los seres humanos no tiene límites —dijo Segismundo.

Llegaron a una larga galería cubierta que daba a un patio en pendiente, donde aguardaban unos caballos. Más abajo, cerca de las puertas, los criados se disponían, con cierta torpeza, a encender una hoguera. La favorita de la duquesa, su camarera mayor, una viuda, iba a casarse aquel mismo día, y la duquesa había decidido dar el banquete esa noche, lo que seguramente justificaba también la atronadora discusión a cinco voces que llegaba desde algún lugar en el interior de la casa.

El duque se inclinó sobre la balaustrada y exclamó:

—Pasead a los caballos. ¡Paseadlos! —Con esto consiguió sacar a los caballeros de una tranquila charla. Luego se volvió hacia Segismundo—. ¿Ha sido Ugo Bandini?

—¿Me permite Vuestra Excelencia que os explique qué he descubierto?

El duque fijó su fría mirada azul en Segismundo y aguardó.

—Según me han dicho, los raptos entraron por un tejado. El tejado en cuestión está bien hecho y en perfectas condiciones, con los canalones intactos. Me mostraron el lugar por el que habían forzado los postigos de la habitación de la dama. Los criados mantienen la galería de la dama inmaculadamente limpia. Sin embargo, el dormitorio estaba en completo desorden. Ella y su doncella habían desaparecido. Algunos de los criados duermen en las buhardillas, otros en la cocina. Ninguno de ellos oyó nada; no los despertaron los perros del patio. Nadie los oyó ladrar. Tampoco ladró el perrito faldero de la dama.

El duque tenía una expresión reconcentrada.

—Habían hallado una puerta lateral desatracada —continuó el emisario—. La dama y su doncella, una esclava circasiana, habían sido conducidas hasta allí por una escalera. Tal vez estaban inconscientes, en cualquier caso, no había desperfectos en las paredes pintadas ni marcas de uñas o patadas. Al lado de la puerta, hallaron esto enganchado a un clavo.

Segismundo mostró la tela bicolor al duque, que exclamó al verla:

—¡Así que fue Bandini! Se lo haré pagar con su propia cabeza.

Segismundo acercó más la tela. El duque inclinó la cabeza para examinar la costura. Segismundo señaló los hilos doblados de la parte amarilla, por donde se había enganchado al clavo. El duque pasó los dedos por los bordes desgarrados de la tela.

—Y hemos de suponer que esto pertenecía a una manga —dijo el emisario—, que se rasgó con la fuerza suficiente como para arrancar el trozo de cuajo, y sin que su dueño se enterara.

—¡Lo ha hecho el propio Jacopo di Torre! —rugió el duque, cuyos ojos lanzaban chispas—. Ha hecho desaparecer a su hija para fingir un rapto y ha colocado este trapo para echarle la culpa a Bandini. Para evitar que se case con su hijo. Para evitar la reconciliación. Para menospreciar mi orden.

Los caballeros volvieron la cabeza desde el distante lugar en que se hallaban.

—Por el momento así lo indican los testigos mudos, Excelencia.

—Por el momento. Ah. —El duque guardó silencio—. Continúa.

—Fuera, en la calleja lateral, aguardaban los caballos, bien alimentados, buenos caballos de monta, mi señor, y no meros caballos de tiro para el carro del estiércol. Hemos de suponer que eran los hombres de Jacopo con quienes debían partir la obediente hija, su esclava y el perrito faldero. Al doblar la esquina, encontramos cuatro cosas en la calle principal: trozos de yeso que han caído recientemente de la tapia del patio a causa de una patada; los radios de las ruedas de un carro de estiércol,

que se hallaba en la calle, convertidos en astillas a patadas; numerosas huellas de cascos de caballos, cerca incluso de la tapia; y, bajo una mancha de sangre en el yeso de la tapia, un perrito faldero muerto.

El duque se animaba cada vez más.

—Durante todo el tiempo en que yo inspeccionaba —prosiguió Segismundo—, Jacopo se mostraba absolutamente indignado y furioso con el señor Ugo. Al ver el cadáver del perrito, exclamó: «¡Mi hija ha sido raptada!», con gran desesperación, y tuvieron que conducirlo al interior de la casa, tambaleante.

El duque echó la cabeza hacia atrás. En su rostro se dibujó algo que era demasiado desagradable para considerarlo una sonrisa.

—¿El cazador cazado? ¿La muchacha ha sido raptada realmente? ¿Arrebatada a los hombres de Jacopo en plena calle?

—Lo que sugiere que alguien conocía el plan de Jacopo para ocultar a su hija y aprovechó la ocasión para llevársela.

—¿Ugo Bandini?

Segismundo se encogió de hombros.

El duque se movió con inquietud y dio media vuelta.

—Esta enemistad está desbaratando la paz y la prosperidad de mi ciudad. Jacopo ha arruinado a un primo de Bandini; se produjo un incendio en el almacén de mercancías de Di Torre que acabó con toda una manzana de casas, y que él jura que inició Bandini, lo que no es imposible. Hay peleas en las calles que destruyen bienes y ponen en peligro a ciudadanos inocentes. Y la guerra en que están enredados hace que descuiden el comercio.

—¿Es reciente esta enemistad?

—Habían sido rivales antes, pero la muerte de Matteo di Torre en un banquete de la ciudad fue la causa de que empeorara la situación. Mientras tanto, yo me veo amenazado por mi vecino, el duque Francisco de Castelnuova. Y cuando tenemos a Cósima di Torre y a Leandro Bandini para unir a las familias... ¡Se atreven a insultarme! Veré a los padres beligerantes antes del festín de esta noche. ¿Podréis encontrar a la muchacha?

—Lo intentaré.

—Mañana. Quiero que estéis aquí cuando vengan esos dos. —El duque hizo chasquear los dedos y extendió las manos en dirección a un paje que se apresuró a correr hacia él con sus guantes. Mientras se los ponía, Segismundo dijo:

—Con vuestro permiso, Excelencia.

—¿Con mi permiso, Segismundo? ¿Es que tenéis otros planes?

—Ahora el rastro aún está caliente.

—Sois libre hasta la hora del festín. No creo que en los pocos años transcurridos desde que nos conocimos os hayáis vuelto más lento. —Se alejó a grandes zancadas.

Segismundo se irguió después de haber hecho una reverencia al duque, al que vio llegar junto a los caballos. Hablando con los caballeros que aguardaban había una

joven de cabellos dorados recogidos en una redecilla de oro, envuelta en un manto de martas cibelinas, que acariciaba el gran caballo pardo cuyos arreos verdiblanco indicaban que era el del duque. La joven hizo una reverencia al duque, que le dio un beso. Era su hija Violante, fruto de su relación con una amante adorada que disfrutaba sobre todas las demás amantes de la injusta ventaja de estar muerta y, por tanto, de carecer de defectos. Violante había enviudado recientemente y había vuelto a la casa de su padre, para gran alegría de éste.

Segismundo abandonó la galería y se apartó con deferencia ante otro noble, cuyo séquito y atuendo —llevaba las pieles y terciopelos bordados propios de un alto rango— demostraban su importancia. Tenía un gran parecido con el duque, tanto en el rostro como en la esbeltez del cuerpo y hasta en las largas manos y la forma de las uñas. Como ocurría con el duque, las ventanas de la nariz estaban siempre dilatadas, lo cual era síntoma de un genio vivo. Se trataba del señor Paolo, el hermanastro del duque, que tenía fama de afable. Se diferenciaba del duque en la forma y color de sus ojos, que eran negros y melancólicos debido a un curioso pliegue del párpado superior, en su cutis cetrino y en sus cabellos negros. Precisamente porque le raleaban los cabellos, lo que en parte disimulaba un gorro de piel, parecía llevarle bastante más de dos años de diferencia.

—¿Segismundo? —dijo Paolo al tiempo que se detenía.

—Señor.

—Me había parecido que erais vos. —El señor Paolo sonrió, pero su sonrisa no alcanzó sus tristes ojos—. Me alegro de tener la oportunidad de daros las gracias.

—¿Señor?

—Vos salvasteis la vida de mi hermano. Todo Rocca os debe gratitud. Preferís ser modesto, pero no creo que lo hayáis olvidado. Según tengo entendido sois agente suyo en estos momentos. —Con un ademán indicó a su séquito que se mantuviera fuera del alcance de sus palabras—. Sin duda se trata de ese desagradable asunto de la disputa.

—¿Su Excelencia ha mencionado la muerte de Matteo di Torre?

El señor Paolo se limitó a reír ante la pregunta con que Segismundo contestaba a la suya.

—¡Ay! Temo parecer despiadado, lo sé, pero me hallaba a su lado en el banquete. Sonaron las trompetas para anunciar el brindis por Su Excelencia y el pobre Matteo, en lugar de ponerse de pie, cayó de bruces sobre su plato de vieiras. Por supuesto, su primo Jacopo pensó enseguida en el veneno, puesto que había un Bandini al otro lado de Matteo, pero yo... yo pensé que había sido por culpa de las vieiras y no me terminé las mías, que eran excelentes. —Esta vez sus ojos también rieron, y con ellos Segismundo, de expresión sombría por naturaleza—. ¿Y qué hay de la joven desaparecida? Supongo que habrá sido Bandini, aunque no alcanzo a comprender cómo se han apoderado de ella, estando tan vigiladas las hijas de las buenas familias. ¿Qué habéis descubierto?

Segismundo sonrió, se encogió de hombros y extendió las palmas de las manos.

—Nada de utilidad, señor.

—¿Qué habéis descubierto, pues, que no sea de utilidad?

Un paje vestido de verde y blanco llegó corriendo, vio al señor Paolo, se acercó y le hizo una reverencia.

—Me esperan. —El señor Paolo se encaminó hacia la puerta—. Su Excelencia no es un hombre paciente. Hablaremos más tarde.

Segismundo halló a Benno donde lo había dejado, pero sin el perro.

—¿Has encontrado un rosal?

—Ha pasado un joven caballero muy agradable que llevaban en una silla de manos, y los ha detenido cuando querían echarme y me ha preguntado por el perro, y ha dicho a su criado que me llevara hasta el jardinero con órdenes acerca de un rosal. Es el sobrino del duque, el tullido, hijo del señor Paolo. Yo nunca lo había visto antes. No suele pasear por las calles.

Segismundo emitió un murmullo de asentimiento. Ambos hombres bajaron por la ancha rampa empedrada. Benno empezó a hablar, pero al ver el rostro torvo y ciertamente monumental de Segismundo, calló y siguió trotando a su lado en silencio. Abandonaron el castillo, y se quedaron en las puertas admirando la vista, una mezcla dorada y coralina de tejados salpicados aquí y allá por las altas agujas de las iglesias y las torres de los palacetes. Más allá se divisaban los campos y el gran muro circunvalatorio con sus puertas y torreones; aún más allá se extendían los campos de labranza, los bosques y las colinas onduladas. El río, que a lo largo de los siglos se había abierto camino a través de las colinas hacia el norte, había topado con el afloramiento rocoso de Rocca en el curso de su zigzagueo a través del valle y, reconociendo en él un objeto inamovible, había rodeado respetuosamente su base para perderse en el horizonte donde, apenas visible, estaba el mar.

Tras un paseo por la ciudad Benno halló la respuesta a la pregunta que no había formulado. Llegaron a la puerta del este, no lejos de la casa de Jacopo di Torre, donde Segismundo trabó conversación con la guardia.

Por la experiencia que tenía hasta entonces, tal vez Benno no creyera capaz a Segismundo de demostrar simpatía, quizá tampoco de desearlo, pero mientras Segismundo hablaba con la guardia, se deshacía en sonrisas y bromas. Podía advertirse entonces que tenía buenos dientes. Al cabo de un cuarto de hora había quedado establecido que la guardia cumplía fielmente con su trabajo, pues debían dar cuenta de ello al justicia mayor del duque, un hombre a quien ya hacía tiempo se le había agriado el carácter. Debido al interés que se tenía en Rocca por el duque Francisco de Castelnuova, debían comprobar puntualmente las entradas y salidas. Aquella mañana no había pasado ningún extranjero, ni tampoco jinetes, sólo mercaderes y los carboneros. Y el carro de estiércol de Di Torre, como de costumbre.

—Ése es demasiado tacaño para pagar a los basureros de la ciudad. Toda su mierda tiene que volver a sus propios campos.

—No había nada raro en el carro, ¿no? No llevaba escolta.

La charla continuó tan agradablemente que la guardia estuvo a punto de dejar pasar a un vendedor de palomas y a un enano que procedían de más allá de las colinas.

Segismundo los dejó por fin y preguntó a Benno el camino más corto hacia la siguiente puerta. Benno condujo a Segismundo a través de callejas y patios, por un pasaje entre dos casas, por una iglesia, dos plazuelas de mercado, el patio de un carpintero, y una plaza llena de lavanderas que hallaron montones de sugerencias sobre la posible relación entre los dos hombres mientras golpeaban la ropa sobre las bateas, hasta que finalmente salieron a una calle principal donde Benno se detuvo con una sonrisa orgullosa. Segismundo lo felicitó con un murmullo profundo y un apretón en el hombro.

En aquella puerta había mucho ajeteo. Fue más laborioso, pero Segismundo se apoyó contra el muro al sol, compró almendras a un vendedor ambulante y las fue ofreciendo a los guardianes, haciendo comentarios sobre los que pasaban, sobre el atractivo de dos muchachas que marchaban calle arriba, y sobre el linaje del justicia mayor. Al cabo de un rato conversaba amigablemente con ellos.

Por aquella puerta, donde empezaba una carretera que conducía a otra de las ciudades del duque, pasaban muchas personas. A primeras horas de la mañana era más fácil fijarse en ellas. El único vehículo inusual en que esa misma mañana habían reparado, por ejemplo, había sido una litera cerrada y escoltada por un fraile dominico. Era una litera desvencijada, de cortinas viejas, cuyos encajes, así como los arneses del caballo, estaban remendados con sirga trenzada. El fraile acompañaba a su tía a la casa de unos familiares para que muriera entre los suyos, y al conductor de la litera no le habían pagado lo bastante como para ponerlo de buen humor.

En la tercera puerta se hallaba el primo de Benno, Nardo, dotado por la naturaleza de una enorme curiosidad y una lengua viperina. Quería saber qué hacía Benno rondando por las calles. Benno le aseguró que buscaba trabajo, puesto que creía hallarse sin empleo. Nardo le explicó con lujo de detalles por qué su propio trabajo se hallaba fuera de la capacidad intelectual de Benno, y éste lo escuchó con los ojos y la boca abiertos.

—¿Y tienes que recordar cosas como quién ha salido y quién ha entrado?

No sólo tenía que recordar a cualquier desconocido que pasara por la puerta en que montaba guardia, sino que Nardo tenía una memoria extraordinaria. A la vista de la asombrada incredulidad que expresaba el rostro de su primo, Nardo recitó la lista de todos los que habían pasado por allí aquel día. Segismundo se apoyó una vez más en el muro y escuchó. También allí había encontrado un cuadrado de sol que doraba su rostro y proyectaba sobre sus mejillas la sorprendente sombra de sus pestañas. La lista de Nardo parecía interminable, pero la expresión de Benno no cambió. El único motivo de interés, un grano de arroz en la infinitud de granos de arena, lo constituyó un grupo de jinetes que había abandonado la ciudad poco después de que se abrieran

las puertas, entre los cuales había un hombre que llevaba entre los brazos a una muchacha con una elegante capa. Al arreglarse su propia capa, este jinete la había soltado sin querer, justo en el momento en que cabalgaba bajo la antorcha del muro, dejando al descubierto el amarillo y rojo de los Bandini de sus ropas.

La gran campana del reloj de la torre sacudió por fin a la ciudad de su sueño. Segismundo se irguió, le dijo a Benno que no disponía de todo el día, y echó a andar calle arriba. Cuando Benno consiguió alcanzarlo, dijo:

—Buen truco. Ahora necesitamos un caballo.

La senda por la que habían tomado se extendía a través de un centenar de metros de campo abierto. Los carros habían labrado nuevos baches llenos de barro y hondos surcos al tratar de esquivar otros más antiguos. A los lados cabalgaban los jinetes que querían evitar ambos, y aún más allá se veían las pisadas de los caminantes que intentaban esquivar las huellas de los cascos y el estiércol de los caballos.

Cada vez que se encontraban con una desviación a derecha o izquierda, Segismundo se adelantaba para examinar el terreno y Benno, que iba montado en un gran caballo bayo, se inclinaba para ver si lo que Segismundo miraba le decía qué era. Benno no tenía la menor idea de por qué aquel sendero era tan atractivo para el emisario del duque. Al final llegaron a la linde de un frondoso bosque.

Benno miró en la dirección en que Segismundo señalaba con el índice extendido y descubrió una delgada columna de humo que se elevaba entre los árboles. Entonces creyó comprender, pues cualquiera que hubiera encendido un fuego podría haber visto a unos jinetes que llevaran a una chica. Segismundo azuzó a su caballo y éste aceleró el trote. Tanto él como Benno tuvieron que agacharse para pasar por debajo de las ramas de los robles a medida que se adentraban en el bosque. Finalmente llegaron al pequeño claro en que ardía el fuego.

Benno bajó del caballo de un salto, dio un traspiés, pues se había hecho daño en los tobillos, y corrió hacia la figura vestida de blanco que yacía en el fuego. Segismundo saltó también de su caballo para ayudar a Benno a sacar a la chica de entre los rescoldos. Había un penetrante olor a carne, ropa y cabellos quemados. Benno tosió, produciendo un sonido muy semejante al de quien estuviera a punto de vomitar.

La chica había estado boca abajo sobre el fuego y de su rostro ya no quedaba casi nada. También el pequeño cráneo estaba abrasado.

Benno cayó de rodillas entre sollozos. Cogió un pliegue del vestido y se lo mostró a Segismundo.

—Mi señora. Mi señora. —Sobre el raso color crema relucían los arabescos de oro. Una pequeña flor rosa bordada sobre la tela con un cristal en el centro rieló al moverla Benno con mano temblorosa. Esos demonios la han matado...

Segismundo cortó con su cuchillo las ligaduras que sujetaban a la espalda las manos de la muchacha. Benno cogió una de éstas y la besó entre lágrimas. Segismundo se puso en cuclillas y aguardó. Tras unos instantes, Benno emitió un

sonido de interrogación, parpadeó y se frotó los ojos. Miró fijamente la mano que sostenía, luego alzó los ojos y se encontró con la mirada firme de Segismundo.

—Tienes razón, Benno —dijo el emisario con tono reflexivo—. No son sus manos.

«¿Los colores de quién?»

—Sascha —dijo Benno. Suavemente depositó la mano que sostenía sobre el pecho de la chica, como si quisiera ocultar las uñas cortas y desiguales, los dedos punteados por la aguja, y el callo de algún trabajo rutinario que no volvería a hacer.

—¿Su doncella, Benno?

Benno cogió de nuevo el borde del vestido y se lo mostró al rostro pensativo que tenía frente a él.

—¿Por qué lleva el vestido de mi señora? —preguntó.

—Un disfraz, para engañar a la gente. Para hacer creer a quien la viera, como por ejemplo tu primo Nardo, que se trataba de una dama.

—Pero sólo se fijaron en la capa, no en el vestido. —Benno se levantó y miró alrededor.

—No está. —Segismundo había comprobado ya que la capa no estaba allí—. El vestido podría haberse entrevisto, igual que la librea del jinete.

Benno recordó entonces a Bandini y apretó los puños, pero antes de que pudiera hablar, Segismundo se inclinó y empezó a quitarle el vestido a la muchacha.

—¿Qué estáis haciendo?

—Si quieres ser mi criado, no preguntes qué hago. En este caso, te lo diré. Buscamos heridas.

Benno se acercó y le ayudó a quitar el vestido y la camisola. Vio entonces el cuello amoratado y los muslos ensangrentados y dijo:

—Esos Bandini son unos demonios. Pero sólo era una esclava. Esto es lo que les pasa a los criados, ¿no es así?

Segismundo volvió a ponerle el vestido a la muchacha y envolvió la horrible cabeza con la camisola. Luego le cruzó las manos sobre el pecho, e incorporándose, se echó hacia atrás la capucha. Benno, sobresaltado una vez más por la cabeza completamente rasurada, se arrodilló automáticamente con la vista fija en Segismundo, mientras éste decía unas frases en latín, y a punto estuvo de decir «Amén». Segismundo lo miró y Benno se apresuró a cerrar la boca. Sin embargo, la expresión de su rostro ya había hecho la pregunta, y Segismundo, con un murmullo regocijado, se pasó una mano por la morena cabeza rasurada.

—No, no soy sacerdote.

No dijo más. Regresaron a la ciudad. Segismundo llevaba a la muchacha envuelta con su capa y Benno caminaba junto a su estribo, sin darse cuenta de que las lágrimas corrían por su sucio rostro.

Segismundo pidió una manta en la posada donde habían alquilado el caballo y siguió cabalgando hasta palacio, donde pidió una audiencia privada con el duque, que le fue concedida de inmediato, lo que dejó a Benno boquiabierto una vez más. Benno trotó en pos de su amo, volviendo la cabeza constantemente para admirar las columnas pintadas, los frisos, estatuas y tapices. De repente chocó contra la espalda de Segismundo cuando éste se detuvo ante una puerta. Mientras introducían a su amo, Benno miraba con asombro el marco de mármol de la puerta. Un guardia lo conminó de mala manera a apartarse y Benno obedeció. Hurgó en su bolsillo en busca de un viejo caramelo, pegado al envoltorio. Lo despegó y se lo llevó a la boca, y mientras lo chupaba ruidosamente, se volvió lentamente para mirar el techo abovedado cubierto de pan de oro que brillaba a la luz de las antorchas. Hasta él se elevaban unos pilares decorados con hojas de roble pintadas, y había también tapices con escenas de caza que se agitaban bajo las corrientes de aire de modo que las figuras parecían moverse. Unos criados se afanaban en colgar guirnaldas de laurel con cintas escarlata a lo largo de la galería superior, sin las discusiones y gritos a que Benno estaba acostumbrado en la casa Di Torre. Benno estaba admirando los rombos blancos y negros del suelo, cuando oyó una voz familiar y se ocultó prudentemente entre las sombras.

Llegaba Jacopo di Torre, apoyándose en su secretario —un hombre que se habría encontrado a gusto en una guarida de comadreas, y que en una ocasión había clavado deliberadamente la punta de su pluma en la mano de Benno por interrumpirlo mientras trabajaba— y en su mayordomo, quien solía dar de puntapiés a Benno en cuanto lo veía aparecer. Benno se volvió una sombra más.

En las pocas horas que habían transcurrido desde la mañana, su antiguo amo había sufrido una transformación. El dolor había dejado huellas en su rostro, ahuecando las mejillas, los ojos y la nariz. También los cabellos que sobresalían bajo el gorro de terciopelo parecían más grises que antes. De repente los párpados hinchados se abrieron y la rabia sucedió al dolor; secretario y mayordomo pasaron de sostenerlo a sujetarlo; Ugo Bandini se acercaba con paso lento y despreciativo, arrastrando por el suelo de mármol la capa forrada, seguido a dos pasos por unos pajes vestidos de rojo y amarillo.

—¿Dónde está? ¡Exigiré justicia del duque! ¡Él os obligará a devolvérmela!

Ugo Bandini escogió la respuesta más ofensiva; no dijo nada. Era un hombre de mediana edad con un rostro lúgubre que caía en pliegues como si fuera el de un sabueso, y una expresión que combinaba el agotamiento con el sentimiento de superioridad. Benno, acostumbrado por los largos años de servicio en la casa Di Torre a mirar a Bandini con recelo, comprendió perfectamente que cualquiera deseara matarlo sólo por su aspecto y tanto más por haber raptado a una hija. Mayordomo y secretario tenían dificultades para evitar que Jacopo se abalanzara sobre Ugo y lo aplastara contra el suelo. Benno decidió que Bandini quedaría muy bien como pieza central de una de las guirnaldas de laurel, con una cinta escarlata alrededor del cuello.

Otras personas se acercaron también. Un hombre azuzaba a los criados para que

acabaran de colocar las guirnaldas, señalando con su vara blanca de pomo dorado los puntos en que habían quedado torcidas. Un paje subió corriendo los peldaños que conducían al estrado para cepillar el asiento de terciopelo rojo y el respaldo y los brazos de madera tallada del sillón ducal, y arreglar los flecos de entorchado dorado. Luego volvió a bajar los escalones con presteza; sus largos rizos se agitaban a cada paso.

Hombres y mujeres se habían congregado en grupos cerca del estrado y chismorreaban entre ellos. La impresión general era de vestidos con adorno de ricas joyas, de pieles y brocados, de velos de gasa entretejidos con hilo de oro alrededor de las cabezas femeninas, de grandes broches y dijes. Los ojos leales de Benno no vieron a mujer alguna tan encantadora como la señora Cósima, aunque había algunas tan jóvenes como ella, que aparecían en público únicamente porque estaban casadas. Jacopo le había dado la espalda a la multitud y sus hombros tensos delataban que a duras penas podía mantener bajo control sus emociones. La mayoría de hombres y mujeres observaban descaradamente a Jacopo y a Ugo, que permanecían aislados en extremos opuestos del salón.

Alguien apartó las cortinas de brocado de oro que cubrían la puerta por la que había desaparecido Segismundo. Dos pajes con librea verde y blanca se llevaron las trompetas con estandartes a los labios y soplaron. Su sonido acalló a todos los presentes, que se volvieron como marionetas para mirar al hombre que entraba.

Éste se detuvo un momento en toda su magnificencia —vestía un traje largo y abierto, forrado de armiño verde, y una capa de cuello alto— para observar las cabezas inclinadas, despojadas de sus gorros, y las mujeres agachadas en reverencia, y luego se dirigió a su sillón. Cuando se sentó, los pajes arreglaron la amplia capa de pieles que descendía hasta tres peldaños a su espalda. Con un leve ademán hizo que todos se irguieran. Obedeciendo a un segundo movimiento, la negra figura de Segismundo se acercó al estrado. Benno percibió los susurros de la multitud. Segismundo, con un pie en el último peldaño y el otro en el siguiente, la mirada baja y la cabeza descubierta, el rostro grave y las manos caídas a los lados, producía una extraordinaria sensación de fortaleza.

Cuando el duque parecía a punto de hablar, otra figura se separó de un pequeño grupo y se acercó para hablarle al oído. Benno lo identificó rápidamente como el hermanastro bastardo, el señor Paolo, muy amado en la corte como pacificador y en la ciudad por sus obras caritativas.

El hermanastro del duque retrocedió, y éste alzó una mano y habló:

—Oiremos a los señores Di Torre y Bandini en privado.

Benno compartió el sentimiento de profunda decepción que era patente entre los cortesanos a medida que éstos se retiraban. Al contrario que ellos, sin embargo, no tenía la menor intención de marcharse; la experiencia le había enseñado a confiar en que, al hacerse invisible, no sería descubierto. Y por cierto, dos damas que pasaron junto a él entre murmullos de descontento, le rozaron el rostro con sus velos de gasa

sin verlo, tan oculto estaba por la sombra que la columna proyectaba.

Por fin salieron todos excepto el hermanastro del duque, un hombre con cara de clérigo que Benno supuso debía de ser el secretario del duque, los señores enemigos y Segismundo. Pajes y guardias se retiraron también y cerraron las puertas. Benno, que contenía el aliento, tuvo la fuerte y curiosa sensación de que Segismundo sabía que estaba allí, a pesar de que no había vuelto la cabeza en ningún momento.

—Señores. —El duque inclinó formalmente la cabeza en dirección a uno y a otro, que le correspondieron con sendas reverencias. Privado de quienes lo sostenían, Jacopo tenía un aspecto extrañamente frágil, pero recuperó sus energías al instante cuando el duque se volvió hacia él y dijo—: Vuestra hija...

—¡Raptada! ¡Yo acuso a Ugo Bandini! ¡Ahí está el hombre que me ha arrebatado a mi hija! ¡Exijo justicia de mi duque!

El duque, que difícilmente podía estar acostumbrado a que le interrumpieran, frunció el entrecejo y su tono se hizo más cortante.

—Tendréis que responder a ciertas preguntas, Di Torre. ¿Cómo es que, si vuestra hija fue raptada de mi aposento, tuvo tiempo de vestirse y llevarse consigo a su esclava y a su perro?

Di Torre quiso contestar, pero no halló las palabras. Protestó entonces, se interrumpió y miró con furia a Segismundo.

—Le dijisteis a nuestro agente que seguramente mis raptores habían entrado por el tejado —continuó el duque—, sin embargo, no había el menor signo de violencia, ni tejas rotas ni plantas desmochadas. Tampoco ladraron los perros. Así pues, o bien los raptores que según vos entraron a raptar a vuestra hija eran conocidos de la casa, o bien no hubo raptores en absoluto.

Jacopo balbució una nueva protesta, pero el duque prosiguió implacable con una voz que resonaba ásperamente en la sala vacía.

—Vos mismo, Di Torre, dispusisteis que vuestra hija marchara de la ciudad. Pretendíais desobedecer nuestro decreto de que se casara con Leandro Bandini. Pretendíais engañarnos. Y habéis sido recompensado de un modo horrible.

El duque hizo una seña con la cabeza a Segismundo, quien salió por la puerta de cortinajes dorados y reapareció portando un bulto envuelto en una manta. Lo depositó al pie del estrado y retiró la manta. El cuerpo vestido de blanco con la cabeza envuelta en la camisola salió rodando; una mano golpeó contra el suelo y la camisola se abrió parcialmente, dejando al descubierto una mejilla y una oreja quemadas.

Segismundo dejó caer la manta y se acercó a Di Torre por detrás para cogerlo en el momento en que éste se desplomaba. El señor Paolo fue igualmente rápido en desaparecer tras los cortinajes del estrado y volver con una copa de vino. A una orden del duque, el secretario volvió a tapar el cuerpo de la muchacha con la manta sin mirarlo.

Di Torre emitió un gemido, bebió un sorbo de vino y se levantó ayudado por Segismundo. El señor Paolo era el único en mostrar cierta preocupación. Bandini

daba pruebas de una repugnancia tan justa como odiosa. El duque permanecía impertérrito, como un animal salvaje justo antes de saltar para hundir los dientes en el cuello de su víctima.

—Esta no es vuestra hija, Di Torre. Es su esclava que, por miedo o en complicidad, se puso sus ropas.

Jacopo seguía intentando articular una respuesta cuando el duque desvió su penetrante mirada hacia Bandini.

—Y vos, señor, para mantener la enemistad entre las dos familias, la enemistad que amenaza nuestro estado, habéis estado dispuesto a matar.

Benno había visto en una ocasión a un hombre dar un paso hacia adelante en el borde del montador de una puerta, esperando encontrar un escalón; el mismo cambio de expresión se produjo en ese momento en el rostro de Bandini.

—Excelencia, os juro...

El duque alzó la mano, que brilló con todo el esplendor de sus anillos, y lo silenció en el acto.

—Vos raptasteis a la hija de Di Torre en el exterior de su casa. Nuestro agente asegura que había signos de lucha en la calle y sangre en el muro. Vos hicisteis que se la llevaran de la ciudad al amanecer.

Estas palabras dieron fuerzas a Jacopo, si bien no le hicieron recuperar el buen sentido. Se llevó la mano a la daga, e iba a sacarla cuando Segismundo le cogió el brazo y lo obligó a devolverla a su vaina antes de que mostrara su acero en presencia del duque, quien, sin hacer el menor caso, continuó hablando:

—Ordenasteis que mataran a la esclava y que la abandonaran en el fuego para evitar toda posibilidad de que reconocieran su rostro; deseabais que se creyera que era la señora Cósima di Torre quien había perecido, deshonrada.

—No fui yo, Excelencia —exclamó Bandini, abriendo los brazos—. Ni fui yo ni di tales órdenes. Soy inocente. El señor Di Torre pretende, como siempre, desacreditarme ante vuestros ojos y lo ha conseguido con esta vil estratagema. ¿Qué prueba hay de que yo haya tenido parte alguna en todo esto? Los bandidos se llevaron a la joven y mataron a la doncella.

—¿Por qué los bandidos iban a abandonar un vestido tan valioso con la chica muerta, tejido con hilo de oro y adornado con gemas? ¿Es así como se conducen los bandidos? —El tono de voz del duque era impersonal, como si argumentara un caso de lo más ordinario—. La intención era la de engañar.

—Para evitar que la justicia de Vuestra Excelencia les siguiera la pista, quizá. ¿Quién sabe lo que pasa por la mente de los ladrones? Los hombres honrados no pueden imaginar siquiera las intenciones de los granujas. —Alzó el brazo y señaló con el dedo extendido a Di Torre—. Él ha preparado este rapto para echarme a mí la culpa y engañar a Vuestra Excelencia. Él fue quien mandó matar a esta pobre muchacha para completar el engaño. —Jacopo se volvió hacia Segismundo con súbita vitalidad y hurgó en la pechera de su jubón—. ¡El trapo, hombre, el trapo! —

Todo su afán era desvestir a Segismundo, quien después de observar por unos instantes sus esfuerzos con grave interés, extrajo el trapo rojo y amarillo del bolsillo de su cinturón. Jacopo intentó arrebatárselo, pero Segismundo lo esquivó. Jacopo graznó como un grajo—: ¡Que lo vea Su Excelencia! Decidle a Su Excelencia...

Un ademán y una mirada del duque aquietaron su lengua, pero sus manos continuaron gesticulando como si azuzara a un perro. Segismundo le enseñó el trozo de tela.

—¿Es este el trapo a que os referís, señor?

—Por supuesto, por supuesto.

—¿Es este el trapo que se halló en el clavo junto a la puerta por la que la señora Cósima al parecer abandonó vuestro hogar?

—Sí, sí. Ved ahí la marca del clavo.

Ugo Bandini contemplaba el trapo con la boca cerrada y los ojos echando chispas, como un sabueso sujeto por una correa tirante. Segismundo se acercó al duque, hincó una rodilla en tierra y le mostró el trozo de tela.

—Vuestra Excelencia puede ver la arruga allí donde la tela colgaba del clavo. — Su profunda voz asemejaba la de un sacerdote impartiendo enseñanza—. La costura está intacta.

—Así lo observamos. —Podía suponerse que en aquel momento el plural englobaba, no sólo al duque, sino también a su hermano, que se había adelantado para mirar la tela con gran interés.

Segismundo se acercó a una columna que había cerca del estrado y buscó con los dedos algo en lo que sin duda ya se había fijado: un clavo para colgar las guirnaldas. Colocó la tela sobre el clavo y, tras unos segundos de pausa, le dio un fuerte tirón. Luego regresó sosteniendo el trapo entre las manos. El clavo lo había desgarrado y la costura se había deshilachado.

—Así pues, ¿no se enganchó allí fortuitamente? No es posible que se usara para dar a entender... —El señor Paolo retrocedió; le repugnaba expresar en voz alta lo que pensaba, pero sus ojos se desviaron hacia Bandini.

Su repugnancia estaba centuplicada en la persona de Ugo Bandini. Parecía a punto de estallar de indignación, pero su explosión de ira y la violenta negación de Di Torre sonaron al unísono. Se volvieron entonces el uno hacia el otro, pero descubrieron que Segismundo se había interpuesto entre ellos, lo que acalló sus protestas el tiempo necesario para que el señor Paolo volviera a hablar.

—Si Vuestra Excelencia me lo permite, desearía hacer una pregunta a vuestro agente.

El duque dio su permiso con un simple ademán, sin apartar la mirada en los dos antagonistas.

—¿Fuisteis vos quien halló... a esta pobre muchacha?

—Sí, señor.

—¿Cómo disteis con ella?

—Pregunté en las puertas de la ciudad, señor.

—Los guardias de las puertas conocen por fuerza las libreas de los sirvientes de las grandes casas, ¿no es cierto? Sin duda son capaces de identificar a cualquiera de ellos que abandone la ciudad. No habéis explicado si los que salieron con la muchacha eran de la casa Di Torre o de la casa Bandini. Si los guardias no los han reconocido, sin duda se trataba de simples bandidos.

—Iban encapuchados, señor, y apenas había amanecido, pero vieron los colores de uno de los jinetes a la luz de las antorchas.

—¿Colores? —dijo el duque—. ¿Los colores de quién?

Segismundo levantó una vez más el trozo de tela.

—De Bandini, Excelencia.

Negra como una tumba

El duque se puso de pie al tiempo que Bandini y Di Torre alzaban sus voces en prolija oratoria. Su palmada los silenció como si de un trueno se tratase e hizo que varios soldados irrumpieran en la sala. Levantó entonces la mano para detenerlos y ordenó cerrar las puertas. En el silencio que siguió, hizo una seña a su secretario, quien se aproximó a su mesa. Di Torre volvió a hundir los hombros y Bandini movió las manos dentro de las mangas con nerviosismo.

—Cuando os llamé por última vez a mi presencia —dijo el duque con voz llena de ira—, os advertí que un solo movimiento de uno contra el otro sería castigado. Ambos seréis confinados en vuestras casas junto con vuestros familiares. —Al advertir que los contendientes pretendían hablar, el duque se acercó al borde del estrado y ordenó—: ¡Silencio!

Al secretario le resbaló la pluma, que chirrió sobre el pergamino en que escribía el decreto del duque. Segismundo se había apartado de los dos antagonistas y permanecía con las manos enlazadas por delante. El movimiento del duque fue una fuerza tangible que dejó paralizados a Di Torre y Bandini.

—¿Pretendéis hablar? ¿Osáis protestar? ¿Queréis pedirnos clemencia? Os lo aseguro, ¿me oís bien, Bandini? ¿Me oís, Di Torre? Os aseguro que esta será la última vez que me muestre clemente. Si alguno de los dos levanta la mano o hace que una mano se levante contra el otro, contra su familia, bienes, propiedades, criados o tierras, el Estado confiscará todas sus posesiones sin excepción y su vida misma quedará a nuestra merced. No consentiremos que esta guerra continúe. Bandini, vos devolveréis a Di Torre su hija. Este es nuestro decreto y no ha de ser revocado.

El duque giró sobre sus talones y salió con paso firme de la sala, haciendo que su larga capa se arremolinara en torno a él. El secretario siguió escribiendo, los guardias abrieron la puerta y entró el justicia mayor del duque. Ambos antagonistas parecían clavados al suelo. Di Torre fue el primero en recobrarse y se apresuró a acercarse a su secretario y su mayordomo. Habló con ellos frenéticamente mientras los tres salían por la puerta, sin prestar la menor atención a la esclava muerta. Bandini habló con Segismundo, que se inclinó levemente y salió por otra puerta. Unos sirvientes se llevaron el cadáver. La sala se llenó entonces de cortesanos, que se apiñaron en torno a la enorme chimenea para especular en voz alta y con gran animación sobre lo que había sucedido, intentando adivinarlo y haciendo apuestas. Segismundo volvió y cruzó la sala hasta donde se hallaba Benno, a quien sacó de su escondrijo e introdujo a pesar de los guardias en una antecámara de sencilla piedra sin adornos. Allí le dio

un coscorrón.

Benno siguió a Segismundo por una escalera que lujaba hasta una pequeña cámara, la cual se abría inesperadamente a un recodo de la escalera, de la que estaba separada por una cortina de cuero. En el interior, una lámpara ardía en el suelo junto a un jergón. No había espacio para nada más. Segismundo alzó una esquina del jergón y sacó un bulto enrollado. Lo desplegó y resultó ser una capa parecida a la del duque aunque, sólo en tamaño, pues estaba confeccionada con basta lana negra. Entregó una esquina a Benno, se envolvió en el resto y dijo:

—Tenemos tiempo para dormir antes del festín. Si consigues parecer un poco más limpio, podrás quedarte de pie detrás de mí en la mesa y comer algo.

Benno, que hacía tiempo había dejado de percibir el hedor que despedía su propio cuerpo y que había percibido los aromas del festín, se alegró mucho. En ningún momento había pensado en la comida, ya que ésta era responsabilidad de Segismundo como amo suyo. Se aovilló en un lado del jergón.

—Nunca he estado en un festín —dijo.

—Aprovecha la ocasión. Puede que mañana tengamos mucho que hacer.

—¿Qué...? —estuvo a punto de preguntar Benno, pero se interrumpió.

—Mmm... Bien hecho. No estoy nada convencido de que Bandini sea capaz de devolver tu señora a su padre.

—¿Qué ha hecho con ella, pues? —Benno se incorporó alarmado, y las cuerdas del jergón crujieron.

—Tampoco estoy convencido de que le haya hecho algo.

—Pero, ¿y sus colores?, ¿los que vio Nardo?

—¿Sus colores, los mismos que el propio Di Torre colgó de un clavo en su casa? Tal vez tengamos que buscar a otro que no sea Bandini, puede que incluso fuera de Rocca.

—¿Fuera? —Para Benno era difícil imaginar qué podía haber más allá de la ciudad. Conocía la carretera que conducía a la villa campestre de Di Torre, y algunos de los senderos de los alrededores por los que se permitía cabalgar a Cósima, pero nunca se le había ocurrido que pudiera haber algo más. La señora Cósima era una mujer instruida y le había contado que existían unos lugares llamados Roma y Francia, pero él los suponía lejos, en el horizonte más allá del vasto valle de Rocca.

—El duque Francisco tiene interés en causar conflictos.

—Pensaba que el duque se llamaba Ludovico —dijo Benno.

El murmullo de Segismundo se convirtió de repente en una especie de carcajada.

—Nuestro duque Ludovico es el duque de Rocca. Todo el mundo está compuesto de estados como el de Rocca. Al este se halla el del duque Francisco. Su ducado es montañoso y a él le gustaría apoderarse de las ricas tierras de labranza y de la costa de Rocca. También los duques pueden ser rivales, como Di Torre y Bandini.

Un horizonte tan enorme como aterrador se abrió para Benno, un mundo de confusión, de lejanía, desconocido. Benno respiró hondo.

—¿Cómo...?

—Mmm. Pregunta.

—¿Es muy ancho? —preguntó Benno, vacilante.

—¿El qué?

—El mundo.

Se hizo el silencio en la penumbra hasta que Segismundo contestó por fin.

—Lo he recorrido en parte. En todas partes es más o menos igual: rocas, campos, colinas, arroyos, ciudades, granjas. He estado en lugares donde hablan otras lenguas: Moscovia, Tierra Santa, España, Inglaterra, los Países Bajos.

Benno suspiró. Distinguía la cabeza de Segismundo apoyada contra el muro y detrás la forma cuadrada de la almohada de cuero. Segismundo tenía los ojos cerrados. El olor a comida distrajo a Benno de sus pensamientos, y acabó haciéndole olvidar toda idea acerca de lugares extraños para reemplazarla por la del festín, mucho más familiar.

La noche era fría. Ni siquiera la duquesa, que daba el festín para la señora Cecilia, podía impedirlo. De las colinas del norte salpicadas de nieve bajaba un viento helador que afectó los preparativos. La hoguera encendida en el patio de palacio, que debía durar toda la noche, chisporroteaba ante el ímpetu de las ráfagas y lanzaba chispas hacia las estrellas. En los balcones y ventanas que rodeaban el patio había espectadores que aguardaban el festín, asomados para contemplar las llamas y arrojar dulces a los que se apiñaban debajo. El viento llevaba hasta ellos el sonido de tambores y tamboriles y el confuso clamor de los que se divertían en el interior.

Así como siempre debe haber quienes pasen hambre mientras otros se atracan, también los hay que trabajan mientras otros se aprovechan perezosamente. En las cocinas ardían los fuegos y abundaban las disputas; el sudor caía en los platos cuando los cocineros se inclinaban para darles los últimos toques, para presionar el último trozo de pan de oro que se empeñaba en deslizarse, para desplegar las plumas de pavo real tras el susodicho animal asado de forma que pudiera navegar en toda su magnificencia sobre el plato de oro y provocara los aplausos de los invitados. Menos les complacería cuando empezaran a comerlo, pero eso ya lo sabían de antemano.

Las diversas quemaduras sufridas habían sido untadas con manteca de ganso. Los pinches se frotaban los traseros doloridos a causa de los puntapiés y los moretones causados por los golpes de los cazos. Un cocinero estaba tan borracho que habían tenido que quitarle los cuchillos. La jaula donde aguardaban los pajaritos, que debían introducirse en un enorme pastel a fin de que al cortarlo salieran volando para diversión de los comensales, se había volcado y había dejado escapar a las pequeñas aves, que revoloteaban frenéticamente por la cocina, cayendo en las hogueras, golpeándose contra los postigos de las ventanas, intentando escapar por las chimeneas y torciendo los gorros y cofias, llenas de pánico ante los delantales con que intentaban espantarlos y posándose en todas partes. Afortunadamente, la tarta de gelatinas, bañadas en leche de almendras y con la forma de diversos animales, ya

había sido coloreada con azafrán. El resto de platos se limpiaban, rascaban y cubrían con abundantes salsas.

En otra parte del castillo unos gruñones mozos de cuadra acicalaban con cintas las crines y la cola de un pequeño palafren. El caballo estaba acostumbrado y no hacía más que pisar algún pie con un pequeño movimiento lateral. En el jardín, los pintores daban los últimos toques de plata a las olas de madera recortada y pintada de azul, hostigados por los carpinteros, que estaban impacientes por fijar las olas a un barco y ocultar así sus ruedas de madera. El barco había zozobrado ya dos veces y un chico se hallaba a bordo con un pegajoso bote de cola pegando de nuevo las velas. En una habitación próxima a la de Segismundo, unos cuantos enanos se ponían trajes de colores chillones y sombreros con plumas, y reñían entre ellos sobre quién debía llevar el que tenía las plumas escarlata. Dos de los enanos se hallaban sentados pacíficamente en un rincón, remendando unas largas cadenas de papel gris que crujían como un nido de ratones mientras trabajaban.

Estos y otros preparativos se vieron acelerados por la noticia de que el duque y la duquesa habían entrado ya en el salón y ocupado sus puestos bajo el baldaquín. A mitad de camino entre el techo y el suelo sobresalía una galería ocupada por los músicos, que tenían ciertas dificultades para hacerse oír sin estorbar las conversaciones, ya que la fama del duque como protector de las artes exigía que, además de un arpa, una cítara, varios laúdes y trompetas y un cuerno, la orquesta fuera lo bastante moderna como para incluir un clavicémbalo, del que muchos opinaban que superaba al órgano en variedad de notas. En consecuencia, los músicos estaban tan apretados que a uno de los trompetas se le había enganchado el instrumento en una guirnalda durante la prolongada fanfarria que había anunciado y acompañado la entrada del duque, y tenía problemas para liberarla de una rama joven de laurel y una cinta enrollada.

Las cintas fueron una de las características de la noche. En una de las antecámaras del gran salón, siete jóvenes entrelazaban cintas verdes, plateadas y azules alrededor de sus brazos desnudos y, a pesar del fuego que ardía en la chimenea, demoraban el momento en que tendrían que desnudarse hasta quedar cubiertos sólo por un velo que salvaría el decoro. En el banquete de boda de una dama que ya había estado casada antes, nadie esperaba otra cosa que un mínimo de decencia y una buena dosis de lo contrario antes de que acabara la noche.

Los rumores de la ira del duque y sus consecuencias para las familias Di Torre y Bandini ya se habían esparcido. De hecho, la ausencia de algunos parientes de estas dos familias daría pie a que algunos de los invitados ocuparan lugares más altos que a los que podían aspirar. Se especulaba también, pero por lo bajo, sobre el destino de Cósima di Torre. Ninguno de los amigos de los antagonistas había osado hacer comentario alguno a favor de uno u otro en presencia del duque. Todos volvían continuamente la cabeza para estudiar la expresión del duque, pero se sentían decepcionados al ver que mantenía una cortés afabilidad. Al fin y al cabo, se hallaba

sentado al lado de la novia. También se volvían para mirar al agente del duque, el hombre que había salido no se sabía de dónde, y de tan difícil ubicación en la esfera social que el propio duque había tenido que ordenar a su mayordomo que le hiciera sitio en una de las largas mesas laterales. Los cortesanos que estaban sentados cerca de él lo observaban como si se tratara de un verdugo, a pesar de que vestía un fino traje de terciopelo e hilo y se comportaba de un modo modesto y tranquilo. A su espalda había un tosco sirviente de pie, pero era él quien atraía toda la atención. Los misterios pueden ser divertidos, pero los secretos están hechos para ser indagados. Alguien había oído que se trataba de un soldado que había salvado la vida al duque muchos años atrás, antes de que éste hubiera heredado su actual rango. En apoyo de esta teoría, las damas señalaban la amplitud de sus hombros, que lo definían, sin lugar a dudas, como hombre de armas. Otros objetaban que su cabeza afeitada lo identificaba como clérigo. Una dama estaba convencida de que se trataba de un templario, creencia que fue ganando adeptos, puesto que pocas cosas había que no se creyera de los templarios.

La señora Cecilia, en honor de quien la duquesa celebraba el banquete, daba la impresión de ser una novia demasiado vivaz, aun cuando se trataba de su tercer casamiento. Su primer marido, por lo que oyó Segismundo en su mesa, había sido un noble anciano del que se creía que había muerto de éxtasis en sus brazos. El segundo, más joven, había cometido la torpeza de romperse el pescuezo durante la cacería de un oso. El tercero, de mediana edad, corpulento y de rostro colorado, tenía unas pobladas cejas negras sobre unos ojillos también negros, y contemplaba con devoción el rostro de su nueva esposa y las partes que ésta tenía al descubierto. Cuando se hubo bebido el vino suficiente para que descendiera el tono moral de las conversaciones, se empezaron a hacer apuestas sobre el tiempo que tardaría en emprender el mismo camino que el primer marido. La señora Cecilia lo miraba a menudo con una maliciosa promesa en los ojos, y se volvía luego hacia el duque con una efusividad que implicaba gran generosidad en tal promesa.

La duquesa no se daba cuenta o no le importaba, o no quería que creyesen que le importaba. La celebración de su boda había sido mucho más vistosa que esta y los ciudadanos de Rocca la recordaban con simpatía, si es que había quedado alguien capaz de recordar algo después de los tres días con sus tres noches en que la fuente de la gran plaza de Santa Inés manara vino. La duquesa había tenido más suerte que la primera esposa del duque, pues el verano anterior le había dado un hijo varón que parecía tener todas las probabilidades de sobrevivir. Sus otros dos retoños, dos niñas, habían muerto poco después del nacimiento, ahorrando así a su padre considerables sumas de dinero en dotes. La señora Cecilia no había tenido hijos con ninguno de sus maridos. La dama que se sentaba a la izquierda de Segismundo lo atribuía a la mala suerte, en tanto que la que ocupaba el lugar a su derecha creía más bien que era obra de una esponja empapada en vinagre.

Mientras tanto, los sirvientes trabajaban apresuradamente en el espacio libre entre

las mesas; llegaban con los platos; servían el vino; trinchaban los cisnes asados; cortaban los grandes pasteles de capones, gallinas y aves de caza cocidos al horno con tuétano, yemas de huevo, ciruelas, higos y especias; y ofrecían las cestas de pan. El mayordomo agitó su vara y las trompetas iniciaron una nueva fanfarria. Un muchacho con una guirnalda de hiedra sobre la cabeza consiguió llegar hasta la parte delantera de la galería de los músicos y, cuando las trompetas y los comensales callaron, dio comienzo a un solo agudo y conmovedoramente dulce. Los pajes recorrieron los cortinajes que había al fondo del salón para que entraran las ninfas, desnudas por fin a excepción del velo, agitando largos pañuelos de seda azules, verdes y blancos, justo cuando la canción describía las olas ondulantes del mar. Volvieron a descorrerse las cortinas cuando las ninfas se adentraron en el salón hacia las mesas del banquete, y se descubrió que se limitaban a anunciar la llegada de Venus en persona, vestida con una larga túnica de seda blanca y un amplio cinturón enojado. Los cabellos, blancos como la túnica, y seguramente también de seda, le caían hasta los pies. Conducía de la brida a un pequeño palafrén. Tras ella se liberó, o más bien se arrojó por los aires, una pequeña bandada de palomas. El palafrén, en cuyas crines relucían las cintas doradas y plateadas, cargaba con un niño de unos seis años con una peluca de rizos dorados y nada encima salvo un carcaj de flechas doradas y un arco pintado de oro con el que fingía apuntar a los invitados. Después aparecieron más ninfas que arrojaban pétalos de rosa que extraían de cestillos dorados.

Él solo, en latín, alababa la generosidad de la reina del amor por conceder sus favores a quienes la adoraban de corazón; la señora Cecilia era, evidentemente, una de esas personas. Cuando la procesión llegó hasta la mesa que presidía el banquete, el niño Cupido apuntó con firme concentración. El marido de la señora Cecilia recibió un dardo, que era en realidad un junco dorado adornado con plumas teñidas de rosa, en medio del pecho, de donde quedó colgado, enganchado de un galón. El aplauso que siguió hizo que el palafrén se agitara y fallase la puntería de Cupido. El dardo destinado a la señora Cecilia no alcanzó a ésta sino que dio, acompañado de un grito divertido de la señora, en la copa del duque, salpicando su mano de vino. Más adelante este accidente sería considerado un presagio, pero en aquel momento el duque se limitó a limpiarse las gotas de vino con la servilleta que su paje se apresuró a ofrecerle, mientras reía y aplaudía con los demás, dedicándole a Cupido una broma que nadie pudo oír.

La procesión de Venus se retiró, mientras las palomas revoloteaban o se posaban entre las fuentes de comida, de donde eran espantadas por los sirvientes. Llegó entonces el siguiente plato con un toque de música triunfal: una garza; un basilisco hecho con la mitad posterior de un cerdo y la mitad delantera de un inmenso capón, cosidas meticulosamente y colocadas sobre un lecho de verduras; un enorme pescado tan decorado con rosetas de salsa que no se distinguía qué era; gallinas que eran meros pellejos moldeados sobre los huesos y el relleno; pasteles de toda clase de aves

de caza y liebres en vino.

El siguiente número fue anunciado con el retumbar de tambores y tamboriles. El florentino que había contratado la duquesa también había echado mano de alusiones clásicas o nupciales, pero no había desdeñado cuanto tenía a mano. Los cortinajes, que esta vez se subieron hasta el techo, dejaron paso a un barco de la altura de un hombre y la anchura de dos, con una proa monstruosamente curvada, torretas en los extremos y una vela de seda blanca. El redoble de los tambores y las marciales trompetas ahogaron el ruido que hacían sus ruedas al rodar gracias al empeño de un grupo de tritones, con pelucas verdes y túnicas cubiertas de caracolas, redes y algas. La bienvenida que recibió aumentó cuando los comensales vieron aparecer un segundo barco y cuando se percibió con alegría que ambas naves eran tripuladas por enanos y que habría una batalla naval.

Al florentino no le había faltado el material. El padre del duque Ludovico había sido un ávido coleccionista en dos terrenos: los manuscritos griegos y los enanos. De estos últimos había acumulado tal cantidad como no la había en toda Italia, salvo quizá en Ferrara. El viejo duque había visto con envidia los diminutos alojamientos contruidos expresamente para los enanos de Ferrara en lo alto del palacio ducal, y justo antes de morir había dispuesto una copia en el que poseía en Rocca, pero mejorada. Su hijo, aunque orgulloso de su colección de enanos, estaba más interesado en construir una nueva biblioteca para albergar sus libros.

El entremés resultó extraordinariamente exitoso. El marido de la señora Cecilia tuvo que ser salvado de ahogarse con el vino cuando un enano arrojó una lanza dorada sobre el navío contrario, y cayó de su torreta sobre uno de los tritones. Las explosiones de unas carabinas en miniatura hicieron que las asustadas palomas agitaran sus alas contra el techo en su intento por huir. Los comensales participaron con vehemencia, no sólo azuzando a los combatientes, sino también arrojándoles pan, gelatina o muslos de pollo. Se consideró entonces que era un buen momento para llevarse los navíos con los enanos llenos de restos de comida pegando gritos, aullando y adoptando poses marciales en las cubiertas; algunos dirimían viejos rencores con peleas que no eran de risa, y otros hacían reverencias para agradecer la comida, que obtenían de su propio cuerpo o del de otros, y rebuscaban entre las tablas las monedas que les habían lanzado.

Las ninfas aparecieron brevemente para esparcir perfume y disipar el olor a pólvora. Las palomas del techo volvieron a posarse lentamente en las vigas pintadas, amenazando una vez más con descender sobre las mesas.

El siguiente plato era más dulce: pan de mazapán condimentado con jengibre, y pan rojo de jengibre condimentado con canela y coloreado con vino y sándalo. El clamor de las conversaciones consiguió apagar la música casi por completo. Las copas se llenaban una y otra vez. Había platos de crema especiada, de almendras picadas con gelatina de diversos colores, de nueces enteras en salsa de vino y de frutas escarchadas. Había estanques de gelatina con peces anaranjados y juncos de

angélica; huevos en nidos de peladuras de limón, y corderos de nata sobre pequeños montículos de gelatina.

Una paloma cometió el error de descender delante de Segismundo, que la atrapó tan rápidamente que sus vecinos dieron un respingo y gritaron. Se la entregó a un sirviente que pasaba apresuradamente con un plato vacío, pero el chico se hizo un barullo. Desde detrás se oyó la voz de Benno:

—Permitidme, señor. —Benno cogió la paloma con las manos manchadas de vino.

En esa etapa del festín, los invitados habían olvidado ya las sombras que la ira del duque habían arrojado al comienzo, pero el siguiente entretenimiento les recordó la naturaleza salvaje que acecha en todos los seres humanos. Con un chirrido discordante, los músicos saludaron la entrada de dos hileras de enanos, posiblemente los mismos de la batalla naval, o tal vez unos suplentes. Los enanos se enredaron adrede entre los pliegues de los cortinajes y se desplegaron por el salón arrastrando con esfuerzo exagerado dos largas cadenas que terminaban en un collar que rodeaba el cuello de un salvaje, cuya máscara era más triste que fiera. Agitando los brazos peludos y emitiendo un rugido lúgubre, el salvaje se adelantó hasta el centro del salón dando brincos, fingiendo luchar por quitarse el collar y encogiéndose lleno de terror fingido cuando los enanos hacían restallar los látigos detrás de él.

Se produjo un momento de vacilación cuando se observó que algunos de los enanos se miraban unos a otros, se daban codazos y discutían, como si dudaran qué venía después, o como si el enano encargado de aquello no estuviera allí. El salvaje solventó el problema arrojándose de hinojos delante del duque, humillando la cabeza en homenaje y extendiendo sus manos peludas para pedir perdón. El duque le indicó con un gesto y una sonrisa que se levantara. El salvaje se puso de pie y rompió con aire triunfal el collar que llevaba al cuello. Los enanos, que fingían sujetarlo con las cadenas, cayeron al suelo. Una hilera consiguió el efecto dominó, la otra se limitó a desplomarse entre chillidos en confuso montón. Uno de los invitados vomitó sobre su plato a causa de la risa.

El salvaje liberado se puso en cuclillas, miró alrededor y comenzó a correr de un lado para otro, mientras los enanos se ponían de pie y huían de él, arrojando látigos, sombreros y trozos de cadena, para refugiarse detrás de los sirvientes o las cortinas o debajo de la mesa, donde causaron estragos entre las faldas de las señoras.

El salvaje oyó entonces la música por primera vez y se puso una mano detrás de la oreja. Enanos y comensales callaron. El arpa murmuraba sonos, los tonos más dulces del clavicémbalo eran como un hechizo. Los movimientos del salvaje se hicieron suaves. Los enanos salieron de sus escondrijos y se pusieron a bailar mientras el salvaje hacía humildes esfuerzos por imitarlos, cogía confianza paulatinamente y acababa dando cabriolas. De repente, en medio de su feliz danza, pareció ver por primera vez a la duquesa. Se llevó las manos a los ojos como si algo lo cegara y luego, con un salto increíblemente ágil, se subió a la mesa que presidía

entre copas y platos. La señora Cecilia, asustada u ofendida porque el salvaje prestara atención a la duquesa y no a la novia, soltó un chillido tan agudo que se oyó por encima del clamor renovado de los enanos.

La duquesa, por el contrario, aplaudió, y el salvaje empezó a retozar delicadamente entre los platos, sin tocar nada y siguiendo el ritmo de la música. Los enanos, convencidos de nuevo de su docilidad, se acercaron a gatas para observarlo. Inclinandose profundamente ante la duquesa y ladeando la cabeza con expresión pensativa, el salvaje extrajo un corazón de raso de la pechera del traje y se lo tendió. La duquesa lo cogió con una sonrisa divertida. El salvaje saltó de alegría sobre sus pies peludos y, ay, golpeó la copa de la duquesa, que salió volando por los aires. El vino se derramó sobre la mesa y fue a caer sobre el vestido de brocado plateado de la dama. Los comensales emitieron gemidos ahogados, el arpista dejó de tocar; la duquesa se había puesto de pie.

Lógicamente, también los invitados se levantaron, se volcó un banco, y los mayordomos corrieron hacia el salvaje blandiendo sus varas. Éste había saltado ya al suelo y permanecía agachado, aullando, con las manos sobre la cabeza. La duquesa rio y ordenó a los mayordomos que no golpearan a la pobre criatura. Pidió a los invitados que se sentaran y cuando lo hicieron el salón se llenó de un susurro de telas. La duquesa habló con su marido y con la señora Cecilia y se retiró. Iba a cambiarse de vestido, pero no era necesario que la novia la ayudara aquella noche.

El salvaje salió corriendo del salón, lanzando todavía sus aullidos desolados y seguido por los enanos, que lo atosigaban con los látigos y los sombreros, participando con gusto de la improvisación. Los músicos volvieron a tocar, los criados limpiaron rápidamente el asiento de la duquesa y colocaron un mantel nuevo, limpiaron su copa y volvieron a llenarla. Entraron corriendo unos volatineros. Tras unas palabras con el duque, el señor Paolo rechazó la ayuda de los criados y tomó a su hijo en brazos de la silla llena de cojines sobre la que estaba sentado. La señora Violante se inclinó hacia él para preguntar por su primo y se tranquilizó al ver la sonrisa del niño, al que se llevaron en medio de un mecánico murmullo de preocupación y admiración por el amante padre. Uno de los vecinos de Segismundo se puso sentimental.

Los volatineros se vieron interrumpidos por un soldado que golpeó el suelo tres veces con su alabarda. La música cesó, a excepción de una flauta que emitió todavía unos cuantos compases; las cortinas se abrieron para dar paso a un hombre excesivamente sonriente, que vestía con elegancia y que, alzando los brazos y haciendo una florida reverencia al duque, se volvió hacia los comensales y anunció:

—¡Nobles señores, encantadoras damas! Por orden de Su Excelencia, llegan a esta gran corte... ¡los fuegos artificiales! Un despliegue artístico sin precedentes que también podrá verse desde la gran galería cubierta. La cacería de un ciervo...

Fueran cuales fueren las otras maravillas por anunciar, nadie las escuchó, pues el duque se puso de pie y ofreció su mano a la señora Cecilia. El marido consiguió

levantarse a duras penas, pero su salida se destacó más por su velocidad que por su elegancia, hábilmente acompañado por los pajes hasta una puerta lateral. La señora Violante siguió a su padre de la mano de un caballero que se inclinaba obsequiosamente mientras atendía a sus palabras.

El *festaiuolo* seguía anunciando mayores portentos mientras los comensales se dirigían a las puertas. Allí, los pajes los aguardaban con capas, pues en la galería haría frío. Algunos permanecieron en sus asientos, y los criados seguían llegando con dulces o sorbetes, mientras los volatineros y los músicos volvían a su trabajo.

Consciente tal vez de los deseos de Benno, Segismundo se levantó y acompañó a la galería a sus vecinos de mesa. También cogió una capa con capucha en la puerta. A Benno (con la paloma bien guardada y caliente en su pecho) los pajes no le hicieron caso, pero una vez fuera, un criado le dio una manta. Benno encontró un banco en un rincón de la galería y un trío de criados de caballeros le cedieron unos centímetros para que se subiera. Una vez que hubo localizado a su amo, que estaba apoyado contra una columna hacia el final de la galería, desde donde podía observar a los demás a la luz de la hoguera, Benno se entregó en cuerpo y alma a los fuegos artificiales.

Por un rato se olvidó de todo lo demás. Miró con la boca abierta los remolinos de luces, las figuras móviles, las fuentes, las explosiones de color y las estrellas que estallaban en el cielo nocturno; el aliento formaba nubes de vapor frente a su cara, pero él no notaba el frío. Bajó de nuevo a la tierra, literalmente, cuando alguien pasó violentamente junto al banco y le hizo perder su ya precario equilibrio. Oyó la pregunta «¿Señor Segismundo?», y se abrió paso entre la multitud en pos del criado que la había pronunciado. Segismundo inclinó la cabeza para escuchar al mensajero, asintió y salió por la puerta más próxima. Benno se deslizó tras él. Cruzaron una sala llena de caballeros con exóticas armaduras de cartón y unas figuras alegóricas con altísimos tocados: una, de un esqueleto, la otra vestida de verde con dientes renegridos. Benno, perplejo, no perdía de vista los hombros de Segismundo. Lo siguió fuera de la sala y por una escalera de caracol, después por un corredor de piedra negra, diferente de los adornados salones públicos. La música y las explosiones de los fuegos artificiales se perdieron en la distancia para volver a oírse con fuerza cuando emergieron a un rellano. Segismundo lo cruzó en dirección a una doble puerta ricamente labrada. Un soldado extrañamente pálido se hizo a un lado y abrió una de las puertas. Benno, a quien no se le permitió el paso, suspiró y aguardó fuera. Segismundo entró. En primer lugar vio al duque, que se hallaba apoyado en el muro frente a una cama que tapaban unos cortinajes. En un espejo con marco de oro labrado se veía el reflejo de su perfil y el destello del broche que llevaba en el gorro. Segismundo rodeó los cortinajes.

La duquesa yacía sobre la cama vestida únicamente con la camisola; dos gruesas velas encendidas mostraban su cuerpo abierto de brazos y piernas, con una mano colgando y la boca abierta, negra como una tumba.

«No lo llevaba»

El olor dominante era el de la sangre. Cuando los aires invernales recorrieron la habitación, los olores cambiaron: sangre, cera y humo, perfume y sudor, sangre. La camisola de la duquesa estaba arrugada en la cintura en torno a la negra empuñadura de una daga; sus muslos tenían un brillo pálido.

El duque dijo, con una voz que era apenas un susurro:

—Así la he encontrado.

Segismundo se acercó a la cama. Después de santiguarse, tocó el cuello de la duquesa bajo la oreja, posó el dorso de la mano en una mejilla y emitió su típico murmullo al tiempo que contemplaba pensativamente el cadáver sin quitar la daga. A continuación abrió del todo una puerta de rejilla cercana a la cabecera de la cama, y se asomó al interior de la pequeña cámara interior, en la que había una luz encendida. A través de un ventanuco llegaba débilmente el ruido de los fuegos artificiales encargados por la duquesa. Las contraventanas del dormitorio estaban cerradas y el olor a muerte era intenso, ajeno a los sentidos humanos.

Segismundo ladeó la cabeza como si escuchara, luego se movió con un salto repentino que sacó al duque de su ensimismamiento. Segismundo sacó a rastras una figura inerte de debajo de la cascada de cortinajes de brocado que había al pie de la cama. La figura tenía la cabeza echada hacia atrás y mostraba una señal roja en la ceja. Segismundo apoyó la morena cabeza sobre su brazo. También aquel hombre tenía la boca abierta, pero respiraba.

—¿Leandro Bandini? —El duque estaba atónito. Señaló el vello semejante a estopa que parecía cubrir el cuerpo del hombre como si fuera la piel de un animal—. ¿El salvaje?

—Eso parece, Excelencia.

Segismundo se inclinó y olió el aliento del joven, agitando las ventanas de la nariz y con la boca abierta, como un gato que olisqueara un rastro. El duque apoyó una mano en la mesita de noche como si intentara mantener el equilibrio.

—¡Borracho! Viene aquí borracho, fuerza a mi esposa y la mata para salvar el pellejo.

Segismundo examinaba en ese momento las manos del joven y no se molestó en observar que, si tal había sido la intención de Leandro Bandini, no se había salido con la suya.

—Borracho no, señor. Es una droga lo que huelo. No hay sangre en sus manos ni en la piel del salvaje. —Segismundo se levantó—. Excelencia, se trata de un Bandini.

Hasta ahora no hemos tenido motivos para confiar en las palabras de Di Torre o de Bandini, ni tampoco deberíamos creer en lo que al parecer son sus actos.

El duque miró a Segismundo.

—Que lo lleven a las mazmorras. Nadie podrá verlo a menos que yo lo ordene. — Al ver que Segismundo se agachaba para coger al joven, el duque añadió—: Esperad. —Se sacó del dedo un pesado anillo de sardónice con las armas de Rocca grabadas y se lo tendió a Segismundo—. Interrogad a quien os convenga.

La primera persona a quien eligió Segismundo fue el *festaiuolo* contratado por la duquesa para dirigir los espectáculos que debían amenizar el banquete. El maestro de ceremonias había recibido la orden del duque de cancelar el resto de entretenimientos, y Segismundo lo halló en la antecámara del gran salón. Era un hombre menudo cuyo estado de aprensión lo mantenía en constante movimiento mientras trataba con los artistas que no habían podido actuar. Estos rondaban por allí, gruñendo y poco dispuestos a quitarse los trajes que ya no podrían mostrar, mientras Niccolo Sanseverino intentaba recuperar los tocados y otros accesorios, como los dientes de hierro de la Envidia y la peluca de la Fortuna, con su mechón delantero pero calva por detrás. Un cesto de mimbre contenía el arpa dorada de Orfeo; un cuerno también dorado que derramaba sus hojas de verde seda, manzanas, melocotones y uvas de cera; montones de cintas de colores, y el arco y el carcaj dorados de Cupido. Sanseverino no parecía inclinado a conceder parte de su tiempo a Segismundo, hasta que vio el anillo del duque.

—Pero, por supuesto. Estoy a vuestra disposición, señor. Los deseos del duque son órdenes para mí. Pero debéis saber que es de la duquesa de quien recibo órdenes esta noche. —Sus ojillos negros pasaron nuevamente del rostro de Segismundo al anillo, mientras con un ademán alejaba a una insistente bacante—. ¿Está muy disgustada por lo ocurrido?

El susurro con que contestó Segismundo podía significar cualquier cosa.

—¿Dónde podemos hablar en privado? —preguntó. Niccolo cogió un cinturón de hojas de hiedra de las manos de un niño que llevaba una piel de leopardo, cargó con su cesta de mimbre y se dirigió a un cuartucho, tan diminuto como la cámara interior del dormitorio de la duquesa y en el que también ardía una única vela. Allí ofreció un taburete a Segismundo y se sentó en otro. Entre ellos había una mesa cubierta con una alfombra y atestada de pequeños potes de manteca de cerdo de diferentes colores y platos de maquillaje blanco. En la pared había una pizarra donde, en una escritura casi ilegible, se veía una lista medio borrada y sobre la que se había vuelto a escribir.

—Ha sido por lo del salvaje, ¿no es cierto? Ha sido culpa suya. —Niccolo se sintió súbitamente cansado. Sirvió vino en una copa de asta y se la tendió a Segismundo, quien inclinó la cabeza, se llevó la copa a los labios, bebió, y se la devolvió a Niccolo después de haber limpiado el borde.

—¿Qué podéis decirme del salvaje?

—Borracho; debía de estar borracho. De lo contrario no hay explicación para lo

que ha hecho. No debería haberlo aceptado. Mi instinto me decía que no lo hiciera. —Sacudió la cabeza y bebió más vino—. Era un vagabundo. —Al beber, sus grasientos rizos negros rozaron los trajes que colgaban detrás de él.

—Esa equivocación, habládme de ella.

Una figura corpulenta llenó el hueco de la entrada; en los brazos llevaba un grueso bulto de seda blanca.

—¿Dónde queréis que ponga esto?

—Ahí. —Niccolo señaló un punto detrás de Segismundo, quien se levantó, cogió el bulto y lo metió en una cesta forrada que había al lado de la pared. Luego se sentó y corrió la cortina que tapaba la entrada.

—Esa equivocación —repitió—. Contadme.

—¡Ya lo visteis! —Niccolo abrió los brazos. Un traje en el que había dibujos de orejas y bocas abiertas cayó del montón que tenía a su espalda, y Niccolo tuvo que apartarlo—. Estropeó completamente la referencia a santa Cecilia. Lo había ensayado. No podía fingir que las había confundido. Le habían mostrado dónde se sentaría cada una de ellas. La señora Cecilia se hallaba al otro lado del duque, sí, pero ¿cómo ha podido confundirla con la duquesa? Y...

—Es posible que el vagabundo nunca hubiera visto a la duquesa.

Niccolo soltó un bufido.

—La señora Cecilia es rubia. Se le dijo, «a la rubia». ¿Cómo iba a confundirse nadie? Pero él va y le da el corazón a la dama morena pasando por alto a la novia. —Niccolo hundió la cabeza entre las manos, pero se abstuvo de mesarse los cabellos, que escaseaban ya en la frente, como si hubieran sido víctimas de desastres anteriores.

—¿Dónde lo contratasteis?

—Vagaba por las calles tras abandonar una compañía ambulante. Demostró que sabía bailar. Cuando llego a una ciudad —dijo al tiempo que se ajustaba un poco las ropas y colocaba algunos de los potes de grasa coloreada en ordenadas hileras—, corre el rumor enseguida. La gente se presenta ante mí. Y lo cierto es que para la idea que yo tenía, buscaba un mimo y danzarín fuera de lo común. —Sus dedos hicieron cabriolas entre los potes—. ¿Lo visteis bailar sobre la mesa? Cuando lo ensayamos le puse platos por todas partes, en diferentes lugares cada vez, y nunca tocó ni uno. Debía de estar borracho.

—¿Lo visteis antes de que entrara en el salón?

—Yo mismo le puse el disfraz. Ningún detalle se me escapa tratándose de mi arte.

—¿Pensasteis entonces que estaba borracho?

—Estaba igual que siempre. Frío, tranquilo. No hablaba con nadie.

—¿Qué aspecto tenía?

—Muy pálido. Tenía el rostro de un ángel, excepto cuando abría la boca y dejaba ver los dientes estropeados, o hablaba con su acento gutural. De lo contrario lo habría usado para hacer del arcángel san Gabriel en una pantomima de la Anunciación. Con

una peluca dorada, claro está. Con esa cabellera roja suya cualquiera lo habría tomado por Judas Iscariote.

Segismundo asintió y susurró:

—¿Dónde está ahora?

—Ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Supongo que temía que le dieran una paliza. Que se merecía, por cierto, pero la duquesa ordenó que no se lo tocara. ¡Es una dama de lo más bondadosa!

—¿Le habían pagado ya?

—Tenía que cobrar después del banquete. A mí me habían dado dinero para los trajes y la carpintería. Todos mis artistas saben que no se les puede pagar antes.

Segismundo sacudió la cabeza en silencio para rechazar la copa que nuevamente le ofrecía Niccolo, y se miró las manos que tenía dobladas ante él sobre la mesa. El anillo del duque brillaba a la luz de la vela.

—¿Lo visteis entrar en el salón?

—Ciertamente. Siempre observo todas las entradas para asegurarme de que todo está correcto. Aun así —añadió, frunciendo el entrecejo ante aquel recuerdo, y volvió a servirse vino—, faltaba Poggio, de modo que se cometieron errores.

—¿Poggio?

—El enano. Debería haber estado allí para obligar al salvaje a arrodillarse ante el duque. Le dije a uno de los otros que lo hiciera en su lugar, pero... —se encogió de hombros e hizo un brusco ademán—, estaban muy excitados.

El murmullo de Segismundo corroboraba la certeza de esa afirmación. No cabía duda de la vivacidad demostrada por los enanos.

—Poggio era el enano del duque. Había ensayado con él. —Niccolo hablaba ahora con el tono de un profesional agraviado—. Era muy competente. Pero... —una vez más abrió los brazos—, el duque se enfadó con él. Por alguna gracia de Poggio que no debería haber pronunciado, contra la dignidad de la duquesa, dicen. Y lo han echado. ¡Le han prohibido la entrada a la ciudad! Yo no tuve tiempo de ensayar con otro correctamente. Y sin embargo esperan una actuación sin fallos.

—El salvaje, ¿llevaba su máscara cuando lo visteis entrar en el salón?

—Naturalmente.

—¿Cuándo visteis su rostro por última vez?

Niccolo, sorprendido, dejó la copa y entrecerró los ojos para reflexionar. Los abrió y miró en torno.

—Pues aquí mismo. —Miró fijamente a Segismundo con gran curiosidad—. ¿Qué ha ocurrido, entonces? ¿Desea castigarlo el duque?

La cortina de la entrada se descorrió y entró el niño del cinturón de hojas de hiedra vestido aún con la piel de leopardo. Al ver a Segismundo se detuvo, jadeando, pero tenía demasiadas ganas de soltar su noticia para callar.

—¡La duquesa está muerta! ¡La han asesinado!

Niccolo se puso de pie de un salto.

—¿La duquesa? ¿Quién ha sido? ¡Pobre señora! ¡Dios mío! ¿Quién querría hacer una cosa así? Es terrible... ¿Quién va a pagarme ahora?

Segismundo se había levantado más despacio, y cuando Niccolo salió precipitadamente a la sala contigua, lo cogió por el brazo haciendo que girara sobre sí mismo por la misma fuerza de su impulso.

—El disfraz del salvaje.

Una docena de manos se alzaban hacia Niccolo. Grotescas máscaras a medio vestir le lanzaban sus reclamaciones mientras él se tambaleaba por efecto de los tirones que le daban a su jubón los enanos que lo rodeaban.

Algunos le informaban de que la duquesa había muerto, el resto protestaba por la paga.

—Esperad, esperad, un poco de paciencia...

—Dinero...

—... Prometisteis...

—... La duquesa...

—... ¿Cómo comeremos...?

—... El largo viaje desde Venecia...

Desde el otro lado de la sala se pidió silencio. Unos sirvientes con libreas de color azul y ocre acababan de entrar. Eran los hombres del señor Paolo, y los seguía su amo en persona. Niccolo se abrió paso a empujones para hacerle una reverencia y pedir disculpas por el alboroto y el desorden, además de ofrecerle su pésame —en ese instante se oyó un murmullo del resto de la compañía— y preguntarle qué debían hacer. Segismundo se apoyó en una pared con los brazos cruzados y aguardó.

El señor Paolo estaba pálido y serio, pero habló con su acostumbrada amabilidad. Sentía que no les hubieran informado antes de los acontecimientos, pero primero había tenido que hablar con los nobles invitados al banquete. ¿Existía algún problema de dinero por lo que acababa de escuchar? Él mismo les pagaría lo que les hubiera prometido la duquesa, desde luego. Podían quedarse tranquilos. Hallarían comida y alojamiento en sus propios aposentos. Su mayordomo les haría entrega del dinero.

—¿Teníais que alojaros aquí? Ah, pero el duque no deseará que os quedéis. Yo no se lo recordaría, ¿comprendéis? Empaquetad vuestras cosas. Mis hombres os ayudarán.

—¿Se sabe ya quién ha matado a la pobre señora? —preguntó alguien.

El señor Paolo sacudió la cabeza.

—Me temo que el hijo de Ugo Bandini.

Los enanos prorrumpieron instantáneamente en gritos y vituperios; incluso entre ellos tenían sus partidarios Di Torre y Bandini. El señor Paolo les recordó el decreto del duque sobre las perturbaciones de la paz, y las voces descendieron hasta convertirse en un sordo murmullo. Los hombres del señor Paolo empezaron a recoger los cestos de la compañía, mientras los artistas se apresuraban a quitarse los disfraces

y buscar sus ropas. Despertaron a Cupido, que estaba dormido sobre un montón de prendas, estirándole de la nariz y sacudiéndolo. Le dieron un beso y se lo llevaron. Niccolo exclamó:

—Esperad, esperad, tenemos que asegurarnos de que nos llevamos todos los trajes. Esperad, esperad. —Intentó detener a los hombres. Por su lado pasó corriendo un enano con el sombrero de plumas escarlata y Niccolo se volvió para cogerlo.

Segismundo tenía la mano derecha bajo el mentón y el dedo índice de la izquierda sobre los labios. Con la mano izquierda se aguantaba el codo derecho. Permanecía en silencio en medio de todo aquel barullo, dejando que el anillo del duque brillara a la luz de las antorchas.

El señor Paolo hizo una seña. Segismundo se irguió y se acercó a él entre los excitados artistas.

—Este es el resultado del triste asunto de esta mañana.

Segismundo inclinó la cabeza.

—Ya no será necesario que sigáis investigando. Bandini tendrá que entregar a la señora Cósima, pero me temo que eso no salvará a su hijo. La clemencia del duque no está exenta de firmeza.

Segismundo volvió a inclinar la cabeza.

—Aunque yo siempre he aconsejado la clemencia —añadió el señor Paolo, y se volvió. La muchedumbre se apartó para que saliera.

—Señor, señor.

Un niño, más pequeño aún que el Cupido y con unos rizos muy parecidos a los de la peluca rubia de éste, pero vestido con un tabardo de paje, tiró de la túnica de Segismundo y alzó hacia él sus grandes ojos pardos.

—Señor. Mi señora quiere veros.

Segismundo se agachó hasta el nivel del niño.

—¿Tu señora?

—Seguidme. —Una vez conseguida la atención de Segismundo, el niño dio por supuesto que haría lo que le decía y echó a andar, sorteando hábilmente las piernas de los invitados que seguían en la antesala, comentando la increíble noticia y haciendo correr el rumor de que Ugo Bandini, al enterarse del espantoso delito cometido por su hijo, se había refugiado en casa del cardenal Pontano por miedo al duque. En el gran salón, los sirvientes hablaban sobre lo mismo mientras limpiaban las mesas y de paso se llenaban la tripa. Segismundo siguió al niño, con la misma destreza en esquivar hombros que la demostrada por el paje en eludir piernas. No obstante, cuantos lo veían llegar se apartaban instintivamente; Segismundo estaba acostumbrado, y en la batalla lo agradecía.

El castillo de Rocca parecía construido por conejos gigantes; había toda clase de pasadizos, de piedra desnuda o de yeso pintado, angostos o anchos; algunos en apariencia no conducían a ninguna parte, pero se salvaban de semejante frustración gracias a una cortina y a un giro sinuoso como el de una anguila con el que se

desviaba el paje, que había cogido una antorcha para adentrarse en aquellos lugares tenebrosos; era un conejo con experiencia. Segismundo lo seguía plenamente confiado; se trataba de un hombre que sabía cuándo podía ponerse en manos de lo desconocido y que al hacerlo corría menos peligro que la mayoría de personas.

Por fin llegaron a los aposentos de Agnolo di Villani, caballero mayor del duque y desde ese día marido, y presumiblemente dueño, de la señora Cecilia. El paje abrió la puerta, apartó una última cortina y anunció:

—El noble señor Segismundo.

Segismundo, halagado por aquel súbito ennoblecimiento, hizo una profunda reverencia. Había visto a la señora Cecilia en el banquete, cuando estaba exultante de alegría y era la novia en cuyo honor se celebraba. Tras la desgracia, podría esperarse de ella que mostrara las tradicionales huellas del dolor, como unas lagrimitas y unos cabellos graciosamente desordenados. Lo que vio Segismundo fueron unos párpados hinchados y una compostura que delataban un gran esfuerzo de disciplina. Si bien aún llevaba una redecilla dorada cubriendo sus cabellos rubios y no se había cambiado el vestido de terciopelo amarillo, no era la misma del banquete.

—Según tengo entendido, gozáis de la confianza del duque —dijo.

Segismundo extendió su mano, mostrando el anillo de sardónice con las armas de Rocca. Ella asintió y dio una palmada. Otro paje, con más músculos y apostura que el niño, apareció con un taburete plegable tapizado de terciopelo rojo, que depositó ante el invitado con un florido movimiento. A un gesto de la señora, Segismundo se sentó y recibió una copa de vino de manos del paje, que se retiró en el momento mismo en que Segismundo cogió la copa por el pie plateado.

—¿Habéis visto a Su Excelencia la duquesa? —En los ojos de la señora Cecilia se veía el recuerdo atormentado de aquella figura yacente.

—Sí, señora. El duque me ha mandado llamar.

—También a mí. —Se miró las manos, largas y blancas, que tenía enlazadas sobre el regazo—. Sabía que ella lo habría deseado. Siempre fuimos amigas. De niñas jugábamos juntas en la casa de su padre. Vine con ella a Rocca cuando se casó. Me casé con un nativo de Rocca para poder estar cerca de ella. Era lo más normal que me ocupara de atender a sus últimas necesidades. —Desenlazó las manos, cogió su copa del cofre tallado que había al lado de ella y bebió. Uno de los troncos que ardía en la gran chimenea se desplomó en medio de una lluvia de chispas. La dama se sobresaltó y dejó la copa con cierta brusquedad.

—¿Sabéis quién la ha matado? —Se volvió una vez más hacia Segismundo y la redecilla dorada rechinó levemente contra el cuello enojado de su vestido—. ¿No fue Bandini? ¿Por qué no le han dado muerte?

Segismundo sacudió la cabeza con un leve y lento movimiento.

—Su Excelencia desea asegurarse de que se haga justicia. Por el momento no se tiene certeza alguna.

—Leandro Bandini está en prisión.

Segismundo se encogió levemente de hombros.

—Leandro Bandini está inconsciente. Cuando pueda hablar nos enteraremos de más.

—Pero según me ha dicho Su Excelencia lo hallaron al pie de la cama. Le habían golpeado en una ceja y bajo la mano de la duquesa había un candelero. ¿Quién si no podría haberlo hecho? —Fijó la vista en el fuego—. Un hombre había yacido con ella antes de que muriera.

Segismundo emitió un murmullo de asentimiento. Su silencio era interrogativo. La señora Cecilia fue a hablar, pero se contuvo. El fuego consumía el tronco ávidamente, y el resplandor teñía de rojo su cara.

—Cuando entrasteis el duque estaba con ella.

Su afirmación, que Segismundo no negó, cayó en el silencio; sus implicaciones eran demasiado peligrosas para ser expresadas con palabras. Si el último hombre que había yacido con la duquesa había sido el duque, ¿no sería también él su asesino? Si el último hombre que había yacido con la duquesa no había sido su marido y éste lo había descubierto, ¿no podría haberla matado él por adúltera?

La siguiente pregunta de Segismundo era delicada, como un gran gato que tantease a un ratón con la pata para ver si salía corriendo.

—¿Sabéis de algún hombre que amara a la duquesa? —Ser amada no habría supuesto ningún mal, peso sí amar a otro.

—Muchos amaban a la duquesa.

El ratón no quería echar a correr.

—En ocasiones los hombres son imprudentes. ¿Dio muestras Leandro Bandini de su amor?

—Ése... —La dama volvió su largo cuello en gesto de desprecio, produciendo el sibilante sonido de la redecilla—. Le hacía la corte a cualquiera. Era apuesto y rico, y creía que el mundo estaba rendido a sus pies.

Ahora lo habían arrojado a una mazmorra subterránea, debajo, quizá, de donde ellos se hallaban.

—Si hacía la corte con mayor asiduidad a alguna en particular, era a la señora Violante. Le dirigía miradas tiernas, le escribía poemas, cabalgaba a su lado siempre que podía. Pero está de moda cortejarla, y además los hombres hacen tales cosas para desviar la atención sobre su verdadero amor. —Sobre todo si el verdadero amor era una mujer casada y la esposa del duque, pero esto no lo dijo.

Una fuerte corriente de aire hizo vacilar la llama de una vela, cuya cera se derramó sobre el platillo del candelero y la oscura superficie de roble sobre la que éste descansaba.

—La daga... —Las palabras se le atragantaron, reacias a salir—. La herida estaba producida por una daga... ¿Se sabe de quién era?

Segismundo sacudió la cabeza una vez más.

—Era una daga que podría haber llevado cualquiera.

—Pero no era la de un joven rico.

Segismundo reconoció la agudeza del comentario de la dama enarcando una ceja. Se implicaba tácitamente, una vez más, que si no era una daga que pudiera llevar un joven rico, menos aún la habría llevado el duque. La idea de un asesinato súbito en un ataque de rabia perdió peso. Sin embargo, tal como había dicho la dama, los hombres tenían muchos ardides. Si el duque hubiera pretendido matar a la duquesa, sin duda habría utilizado un arma anónima.

Mientras permanecían sentados contemplando el fuego sin hablar, fuera de la estancia se oyó una voz airada que preguntaba, y como respuesta el chillido semejante al de un ratón, protestando. Se abrió la puerta, se describió la cortina y apareció Agnolo di Villani en camisa de dormir de oscuro terciopelo color púrpura, con una expresión que dejaba traslucir bien a las claras que su noche de bodas había defraudado sus expectativas. Lanzó una mirada airada a Segismundo, que se había levantado para inclinarse, y luego otra a su mujer.

—No habéis enviado recado de que habíais vuelto. ¿Quién es este hombre? —Su interés por el nombre de Segismundo parecía menos acuciante que el que podía tener por el color de sus entrañas. La señora Cecilia, no obstante, supo disipar con perfecto aplomo aquellas burdas sospechas, arte este que sin duda debió de aprender con sus dos primeros maridos. Se levantó, se apresuró a acercarse al tercero y hundió los dedos en el terciopelo de las abultadas mangas de su camisa de dormir. Arqueó luego el cuello para frotar la mejilla contra el pecho de su marido como un gato restregándose contra otro. En ese momento se mostraba una mujer diferente.

—Mi señor, es el hombre del duque. Ha sido autorizado para indagar en las circunstancias de la muerte de la duquesa.

Di Villani miró por encima de la cabeza de su esposa al hombre del duque; su expresión de desdén se suavizó por la necesidad de demostrar conformidad. Habló con el gruñido de un oso que aguarda una comida largamente demorada.

—¿Qué ha de indagarse? Han cogido al joven Bandini.

—El duque me ha dado instrucciones de descubrir cuanto pueda tener relación con el suceso.

—¿Y por qué emplearos a vos? Ya tiene a sus propios hombres. —«Entre quienes no soy precisamente el menos importante», le habría gustado añadir.

—Por la misma razón que me empleó primero para investigar la desaparición de la señora Cósima; porque no pertenezco, y se sabe que no pertenezco, a ninguna facción, señor.

—La señora Cecilia está cansada. Es tarde. —Habría sido más tarde aún de haber continuado el festín tal como estaba previsto, antes de que la pareja pudiera acostarse, pero el feliz agotamiento producido por un exceso de diversión es muy diferente del de preparar el cadáver de una amiga dilecta. Segismundo hizo una reverencia y se dispuso a retirarse. Agnolo di Villani acogió su gesto sacudiendo torpemente la cabeza y se volvió rápidamente hacia la alta cama oculta en las sombras de la

habitación por una cortina.

El pequeño paje permanecía fuera, en su puesto, aparentemente fresco y dispuesto a acompañar a Segismundo de vuelta por el laberinto de corredores del castillo. Apenas había cogido la antorcha cuando apareció la señora Cecilia, levantando la cortina de la puerta y mirando hacia atrás por encima del hombro. Se acercó tanto a Segismundo que éste olió perfectamente el perfume almizcleño que llevaba, mezclado con algalia y jazmín.

—Su anillo —susurró.

—¿Su anillo?

—Su anillo, el anillo que Su Excelencia la duquesa jamás se quitaba. No lo llevaba.

«¿He matado yo a la duquesa?»

No cabía duda de que aquella noche los más felices habitantes de la ciudad fueron los mendigos. Ante las puertas del castillo se dieron un festín de pastel de venado y montones de gelatinas; sus rostros goteaban salsa de pimienta y vinagre. Los niños se atracaron de pan de jengibre, tenca y asado de ternera. Todos saborearon las extrañas mezclas de azafrán, nuez moscada, canela y jengibre. Un enorme pastel volcado desapareció en unos segundos; el cerdo, los huevos, las almendras y dátiles que lo rellenaban pasaron a llenar las bocas dichosas, y hasta las piedras quedaron limpias de la pasta. El nombre del señor Paolo se alababa sin cesar; los hombres que habían sacado los restos del banquete para entregárselos no habían dicho quién había pensado en ellos, pero todos conocían su librea.

En el castillo, Segismundo y el pequeño paje intercambiaron inclinaciones de cabeza. El niño aceptó la moneda que le entregó Segismundo por sus servicios, y éste se dirigió entonces a grandes zancadas hacia la diminuta estancia que le habían asignado. En los rincones seguía habiendo corrillos de sirvientes que hablaban entre susurros, descuidando sus deberes para entregarse a los chismorreos. Observaron a Segismundo cuando éste pasó por su lado, y más de uno se santiguó como si viera en él un mal augurio.

Benno se había hecho, sólo Dios sabía cómo, con un pequeño brasero y un puñado de leña. El fuego del brasero daba un agradable resplandor a la diminuta estancia, lo que hizo que Segismundo se detuviera al entrar y sonriera. Benno, que se había envuelto en la capa para dormir, quiso levantarse, pero Segismundo se detuvo sólo lo justo para alimentar el brasero con más leña y alejar el jergón de las chispas. Luego se echó junto a Benno.

—Buen hallazgo.

—Nadie lo quería. Estaba donde iban a comer los artistas.

—¿Has comido? —Percibía un olor a carne asada, así que la inclinación de cabeza de Benno y su mirada de satisfacción no le sorprendieron. La grasa le brillaba en la barba.

—Había montones de comida por ahí.

—¿Y qué has oído?

—Algunos creen que el duque la mató porque ella tenía un amante, y que luego puso allí a Leandro Bandini para echarle la culpa. Tenía que encontrar a alguien a quien culpar porque, aunque ella había sido infiel, existe una alianza con su hermano. El hermano de la duquesa también es un duque, cosa que yo no sabía. Es el duque

Hipólito. Dicen que el duque no podía matarla y ya está, que necesitaba un cabeza de turco.

Segismundo emitió su murmullo.

—¿Y?

Benno siguió de buena gana, interrumpido únicamente por un eructo casi imperceptible.

—Bueno, luego uno de los guardias del duque ha dicho que el joven Bandini la violó y después la mató para que no lo dijera, y que con las prisas por escapar se dio un golpe. —Benno sacó un mondadientes y empezó a hurgarse la dentadura.

—La visión más simplista.

Benno miró a Segismundo con expresión de fe incondicional.

—Al fin y al cabo —dijo—, el duque tenía sangre en la mano. En el banquete, ¿recordáis? Por el vino. Así que dicen que fue el duque, que la pilló haciendo el amor con el salvaje, y que la mató y ha metido a Leandro Bandini en prisión para luego castrarlo y descuartizarlo y así complacer al duque Hipólito.

Benno tanteó el suelo junto a sus pies envueltos, encontró un pellejo y lo inclinó con tanta energía sobre su boca que cayó hacia atrás y a punto estuvo de dar un puntapié al brasero. La rápida mano de Segismundo lo sujetó.

—¡Gracias! También ha habido presagios —prosiguió, hurgándose los dientes de nuevo, lo que producía el efecto de que hablaba alguien con el paladar hendido.

—La estatua de santa Inés ha gruñido esta mañana durante la misa. La mitad de la congregación lo ha oído. Y en la nueva capilla del duque en la catedral, más allá de la capilla de los Inocentes, donde aún están cavando los cimientos, han encontrado el cuerpo de una monja, y era la santa hermana Anunciata, que murió en tiempos del viejo duque. Dicen que es mala cosa que hayan perturbado su descanso.

Segismundo metió la mano bajo el jergón, sacó un bulto y de éste un pequeño frasco con funda de paja. Bebieron ambos del frasco, Benno se secó la sucia barba y prosiguió.

—También circula otra historia. El paje del señor Paolo nos dijo que él no lo creía, pero nos lo contó. Dijo que era la clase de cosas que dirá la gente. Bueno, la historia es que mi... mi antiguo amo, el señor Jacopo, había atraído a Bandini hasta el castillo apostando que no se atrevería a ir disfrazado, o algo así. Y si Leandro Bandini consiguió entrar, también el señor Jacopo o sus hombres podían haberse disfrazado de artistas, luego podían haber matado a la duquesa y dejado a Bandini para que le echaran la culpa. La gente dice que de ser cierto sería una gran venganza en pago por el secuestro de la señora Cósima; claro que la duquesa no se lo merecía. Algunos dicen que el asesinato de la duquesa ha echado a perder la venganza perfecta. Otros afirman que una enemistad como la de las dos familias no tiene límites, que todo está permitido.

—He oído que Bandini padre ha pedido asilo al cardenal Pontano —dijo Segismundo, demostrando así que no era tacaño en corresponder con otros chismes.

—Bandini prestó dinero al cardenal. Algunos dicen que incluso le ha prestado dinero al Papa. Así que la Iglesia cuidará de él. ¿Queréis una parte de la capa?

—Si la quiero la cogeré.

Benno asintió; estaba convencido de que lo haría.

—¿Qué más habéis oído? —preguntó, esperanzado.

—A la duquesa le faltaba un anillo, un anillo que siempre llevaba puesto.

Benno contempló la madera ardiente del brasero.

—Si se lo llevó alguien es que está completamente loco. Se sabrá. ¿Habéis visto el cadáver? —Sí.

Benno aguardó, luego comprendió que no iba a sacar nada más. Segismundo le pasó el frasco, bien como consolación, bien como recompensa por no hacer más preguntas. Benno bebió, dejó escapar un suspiro y agitó las piernas envueltas en la capa.

—¿Sabéis?, mi vida se ha puesto realmente interesante.

Mientras hablaban, habían oído pasos en el exterior, lentos o rápidos, que subían o bajaban por la escalera de piedra. Al final alguien se detuvo y dijo desde fuera:

—Maese Segismundo.

El jergón crujió cuando Segismundo se inclinó y alzó la cortina.

—Habíais pedido que os informaran cuando el prisionero recuperara el sentido. Está consciente y gime.

Los recuerdos de Leandro sobre los motivos por los que había acabado sobre aquella repugnante paja de la mazmorra del duque eran borrosos, pero sus sensaciones inmediatas al volver poco a poco en sí fueron demasiado agudas. Tenía la cabeza como el tambor de un buhonero. En la paja sonaban extraños crujidos, que supuso producidos por las ratas. Las imaginó hurgando en los restos de un antiguo prisionero. Algo goteó en la oscuridad. Lo poco que veía era gracias a la luz que se filtraba por una angosta rendija que había en lo alto; la luna estaba tapada por las nubes. Tenía muchísimo frío. No creía haber tenido nunca tanto. Era evidente que alguien, quizá él mismo, había vomitado sobre la paja.

Se preguntó si valdría la pena, o si sería posible siquiera, arrastrarse lejos del olor, aunque fuera para acercarse a las ratas. Se oyó entonces un murmullo de voces. Al principio Leandro creyó que las ratas habían adquirido el poder del habla, pero el chirrido de unos pesados cerrojos al descorrerse le aclaró la mente. El chirrido de los cerrojos era como la voz de su propia condición de prisionero. Una luz brilló sobre él desde la puerta y, como no le resultaba fácil alzar un brazo, Leandro se limitó a cerrar los ojos. La puerta se cerró después irrevocablemente, con un sonido hueco, pero le pareció que había alguien más en la mazmorra con él.

Leandro pensó que era probable, incluso posible, que el duque hubiera enviado a alguien a estrangularlo. La justicia, aun en aquellos tiempos modernos, se inclinaba ante la conveniencia y el capricho de los hombres. Lo acusaban de haber matado a la duquesa. Recordaba haber visto su cuerpo, recordaba el rostro remoto e irreal del

duque con los ojos azules como un cielo invernal muy abiertos, un rostro de pesadilla. ¿Había soñado con el cadáver, con una daga? Leandro sabía que cualquier sospechoso de un crimen parecía decentemente en prisión antes de que nadie sospechara que tal vez fuese inocente. Desde que era un niño había oído a su padre y a los amigos de éste afirmarlo sin tapujos en sus conversaciones.

Se decía que el duque era clemente. Estrangularlo allí y en ese momento sería muy clemente comparado con ser torturado, como era habitual.

Sin embargo, Leandro no sentía el menor deseo de morir.

Quienquiera que fuese colocó la linterna sorda en el suelo, no lejos de él, y movió la pantalla de modo que la luz cayera sobre el hombre que estaba acucillado, mirando a Leandro.

Leandro supo, definitivamente, que iba a morir muy pronto. El duque, cuya clemencia era mayor de lo que él había sospechado hasta entonces, le enviaba un sacerdote para confesarse. La luz dorada de la lámpara tallaba en relieve los rasgos enérgicos del desconocido, sensuales y dominantes como los de un antiguo emperador romano. La cabeza afeitada que surgía de la capucha, sin embargo, convenció a Leandro de que su muerte estaba cerca. Sus pensamientos volvieron a confundirse. Lamentó ser joven y haber creído siempre que tenía toda la vida por delante; temió olvidar alguno de sus pecados en aquella terrible hora. Esperaba que Dios fuera aún más clemente que el duque, pero no había otro modo de llegar a Él más que a través de Su Iglesia y Sus ministros. El sacerdote emitió un murmullo lo bastante alto como para que pudiera oírse por encima de los crujidos que producían las ratas, indiferentes desde hacía mucho tiempo a cualquier invasión de su intimidad. Su murmullo, no obstante, no era audible desde el exterior; la confesión no era un sacramento para los oídos de los demás. Leandro intentó levantarse, limpiarse una horrible costra que tenía en el mentón, presentar un aspecto respetable en aquel, su último cuarto de hora de paz en la tierra. Un brazo fuerte lo ayudó a incorporarse, y Leandro consiguió entender por fin el murmullo, pues no era latín, sino su lengua vernácula.

—Digo que vengo de parte del duque. Me ha otorgado poderes para interrogaros.

Leandro volvió a desplomarse sobre la paja. Aquel hombre no era un sacerdote, después de todo. Era un torturador.

El brazo fuerte volvió a sujetarlo y a ponerlo en pie. Leandro se sentía como una marioneta movida por los hilos de un maestro. Comprendió de repente la frase oída en la iglesia: «Sus entrañas se convirtieron en agua». Desesperadamente, rogó por no deshonrarse de aquella manera, porque los nervios parecían rompersele bajo aquella mirada desapasionada.

De repente la perspectiva de ser estrangulado le pareció muy deseable.

—¿Qué ocurrió antes de que el duque apareciera? Contádmelo desde el principio. ¿Por qué estabais dentro del palacio?

La voz seguía hablando en tono sostenido, a su oído, pero era autoritaria.

Leandro, en cuya cabeza aún retumbaba el sonido del tambor, se preguntó débilmente dónde estaban los instrumentos de tortura y los ayudantes. Había oído hablar del potro; sabía que lo primero que hacían con el reo era atarlo. Luego alguien, un secretario, escribía la confesión. Todo aquello resultaba tan poco ortodoxo que no atinaba a responder.

Le repitieron la pregunta mientras una mano le palpaba con cuidado la cabeza y le hizo dar un respingo al tocar una zona dolorida.

—Os han golpeado más de una vez. Tenéis un ligero golpe en la ceja que se ha abultado. Tal vez os disteis contra algo al caer. —El hombre cogió la linterna y, volviendo su luz hacia Leandro, le examinó el rostro cogiéndolo por el mentón y moviéndolo de un lado y a otro, como si fuera un animal—. Y ahora, señor, ibais a contarme por qué estabais en palacio a pesar de que os lo habían prohibido.

Claro, se trataba de las preguntas preliminares. El interrogatorio vendría luego. Entonces tendría que confirmar bajo tortura todo lo que ahora declarase o decir lo que le conminaran a confesar, quebrantándole los huesos para confirmar cada dolorosa mentira. La profunda y paciente voz que le hablaba al oído repitió la pregunta.

Lentamente, Leandro empezó a hablar. Suponía que no era lo que ellos querían oír, pero se dispuso a contar su historia, conteniendo las arcadas que notaba en el estómago, casi al mismo ritmo que el golpeteo de la cabeza. Ante la idea de la tortura fue súbitamente consciente del inmenso afecto que le tenía a su cuerpo, de la lástima que le producía que lo maltratasen.

El hombre se había acercado más aún, tanto, que Leandro temía que percibiera su fétido aliento. En efecto, así debió de ocurrir, pues el hombre, tras olisquear a Leandro, se apartó y se acuclilló de nuevo para escuchar. Había algo en el modo en que prestaba atención que hizo que Leandro deseara ser lo más preciso posible para convencerlo de que decía la verdad, ocurriera lo que ocurriese.

—Yo no habría desobedecido al duque, ojalá no lo hubiera hecho, de no ser por el mensaje.

—¿El mensaje?

Leandro recordó al hombre que le había llevado el mensaje y su insistencia en mantenerse en secreto, con el rostro embozado por la capucha. Lógicamente, al oír de quién procedía el mensaje, Leandro comprendió lo importante que era comportarse con absoluto sigilo.

—Era de la señora Violante. Me enviaba decir que deseaba verme durante el banquete. Yo tenía que acudir a la puerta del palacio que da a la catedral a las... No recuerdo la hora...

—La hora no importa, señor. Continúad.

Leandro se llevó una mano a la frente.

—No lo recuerdo. Pero sí que me darían un disfraz. Este que llevo puesto. No me importaba, pero claro está que la dama...

Un murmullo le dijo que el hombre comprendía la delicadeza de la situación y la

sopesaba. Era casi tan peligroso recibir confidencias sobre la joven hija viuda del duque, que era la niña de sus coléricos ojos, como hacerlas.

—¿Esperabais ese mensaje?

La pregunta se refería en realidad a la clase de relación que Leandro mantenía con la dama. Era una pregunta que Leandro había imaginado que le harían en otra situación, con unas tenazas al rojo, por ejemplo, y no con una mera inclinación de la cabeza.

—La dama apenas me había hablado. No creía que yo le importara en absoluto. Por supuesto, le presté mis atenciones. Es normal. Le escribía poemas; eso es lo correcto. No significa nada. Nunca fui más allá ni esperaba nada. Por eso me asombró su mensaje. Sentí... no sé. Nunca pensé que me hubiera tomado en serio. Pero aunque sólo fuera un capricho suyo, estaba obligado por la cortesía a acudir a su llamada, y esperaba que ella... —Leandro notó un vuelco en el estómago. Pensó que tal vez volviera a vomitar. El esfuerzo que realizaba para contestar a las preguntas era más de lo que podía soportar—. Ella es noble, puede elegir a quien quiera, mientras que yo sólo soy el hijo de un banquero rico. —El hijo de un banquero rico, vestido con una tela de saco y estopa manchada de vómitos, se estremeció sobre la sucia paja al imaginar su corto futuro.

—¿Reconoceríais al hombre que os dio el disfraz? ¿Fue el mismo que os llevó el mensaje?

Leandro se llevó una vez más la mano a la frente, porque así parecía impedir que el tamborileo que sentía en la cabeza le hiciese estallar las sienas.

—En realidad no vi a ninguno de los dos. El mensajero llevaba la capucha echada, el otro estaba escondido en las sombras. Creo que eran de similar estatura, pero está todo tan... confuso. Creo que llevaba una calavera muy pequeña colgada de una cadena al cuello.

—El vino —dijo la voz profunda—. ¿Fue el hombre que os dio el disfraz el que también os ofreció el vino?

—¿Vino? —La sola idea le revolvió el estómago.

—Habéis tomado vino. —La tranquila seguridad que demostraba aquella voz hizo que Leandro recordase.

—Pues sí. Me dio una copa de vino antes de que me pusiera la máscara. Era vino caliente con especias, para darme calor. De parte de la señora Violante, me dijo. Ella había pensado que podía tener frío.

Leandro oyó un crujido en la paja que parecía tener un objetivo diferente del producido por las ratas.

—Aquí tenéis una camisa y unas calzas limpias. Quizá no os queden bien, pero serán preferibles a ese atuendo.

Leandro ya no era capaz de sorprenderse demasiado dadas las circunstancias. Sólo estaba perplejo. Intentó cooperar, sin embargo, y se quitó el desagradable disfraz. Mientras se ponía la camisa de lana, que olía agradablemente a lavanda, su

interrogador examinaba el disfraz con expresión grave, murmurando de una forma poco alentadora, y luego le dio la vuelta a la linterna para que Leandro se abrochara la ropa. Una vez hecho esto, el hombre recogió la linterna y se acercó una vez más, cogió a Leandro por el mentón con firmeza, y volvió su rostro hacia la luz. Cuando Leandro cerró los ojos, le ordenó:

—Miradme. —Leandro intentó obedecer. Rápidamente el hombre corrió la pantalla de la linterna y su voz profunda, llena de intensas parábolas, dijo—: ¿Qué recordáis exactamente después del vino con especias?

—Que caminaba. Luego... Lo siguiente es que alguien me sostenía y me obligaba a mirar a la duquesa. —Se interrumpió. La imagen que tan claramente recordaba era la del cadáver de la duquesa, pero visto desde un ángulo diferente. Él se hallaba tumbado junto a ella en la cama, solo, horrorizado. Había intentado escapar, había caído. Recordaba que había perdido el conocimiento.

Leandro apartó la cara al notar nuevas arcadas; desesperadamente intentó vomitar, pero sólo expulsó un líquido amargo.

Se aferró al brazo que lo sostenía. Le temblaban los labios, pero se volvió de nuevo con ansiedad y preguntó:

—¿Lo he hecho yo? ¿He matado yo a la duquesa?

«Mi ama desea vender este anillo»

Por la noche, o lo que quedaba de ella, mientras Segismundo y Benno dormían en su diminuta estancia, el duque yacía despierto en el gran lecho de su dormitorio, solo, y Agnolo di Villani disfrutaba de sus derechos conyugales, otros se afanaban de forma diferente fuera de los muros de palacio. A la tenue luz del amanecer invernal, aquellos a quienes sus ocupaciones habían hecho salir a la gran plaza a hora tan temprana empezaban a congregarse delante de las grandes puertas que cerraban la entrada principal al castillo. En las piedras de la calle no quedaban huellas del banquete de los mendigos; los perros habían limpiado lo que ellos no habían podido engullir. La multitud miraba fijamente las puertas y avanzaba a medida que llegaban más desde atrás. Algunos se persignaban, pocos se aventuraban a hablar. Miraban también la sangre, seca ya, que había corrido por el tronco del roble, como si una mano gigantesca la hubiera arrojado allí como señal acusadora. Nadie necesitaba que le explicasen qué significaba. La noticia de la muerte de la duquesa se había extendido por la ciudad. Los habitantes de Rocca, a pesar de que tenían motivos tanto para amar como para temer a su duque, eran lo bastante humanos como para pensar lo peor.

El duque mandó llamar a Segismundo después de haber oído misa en su capilla, donde los sacerdotes habían estado rezando por la muerta durante toda la noche, velando su cadáver, que habían colocado con gran pompa bajo un palio de terciopelo negro que lucía las armas de Rocca bordadas en oro. Alrededor ardían varios cirios altos en sus candeleros. El duque se había arrodillado a los pies del catafalco antes de la misa para unirse a las plegarias de los sacerdotes y luego había contemplado el rostro pálido. El rostro de la duquesa era hermoso en la muerte, no como lo había visto el duque por última vez y había estado imaginándolo durante la noche, sino sereno, compuesto por dedos afectuosos. El pequeño pliegue de la mejilla, siempre presente aunque no sonriera, le daba aún un aire de regocijo secreto, remoto.

Segismundo halló al duque en su gabinete paseándose con inquietud de un lado a otro. El secretario, un hombre moreno de rostro delgado e inteligente, se hallaba de pie ante el atril, pasando a limpio los apuntes de sus tablillas sobre pergamino. Sobre la mesa de mármol aguardaban el gran sello del duque, cera y cintas. El podenco del duque, nervioso a causa de la inquietud de su amo, estaba sentado junto a la chimenea moviendo la cabeza de un lado a otro para seguir los pasos del duque. En el cavernoso hogar de la chimenea ardía un enorme fuego; de vez en cuando, una ráfaga de viento procedente de las montañas lanzaba por la habitación un remolino de humo

que olía a madera de manzano.

—¿Veis esto? —preguntó el duque señalando lo que el secretario escribía.

Segismundo, del que no podía esperarse que supiera de qué se trataba, admitió que lo veía, y el duque continuó:

—Tengo a un mensajero esperando para llevarle este mensaje al duque Hipólito. En él lo invito a venir en persona, o a enviar a quienes puedan representarlo, para que sean testigos de la ejecución del asesino de su hermana. Dentro de una semana, en la festividad de san Romualdo. —Llegó hasta la alta ventana en su paseo y miró a Segismundo, recortada su figura sobre el cielo azul pálido—. ¿Será a Leandro Bandini a quien deberé ejecutar? —preguntó.

—Eso debe decidirlo Vuestra Excelencia. Sin embargo, hay ciertas cosas que os interesaría saber. —Segismundo miró de reojo a los pajes y al secretario. El duque los despidió con una orden, luego hizo una seña a Segismundo y por un rato permanecieron el uno junto al otro mirando la plaza, cuyo empedrado descendía en ligera pendiente desde el castillo y la catedral. Pasaba gente de un lado a otro y se reunía en grupos junto a la fuente. Se veían los puestos de costumbre, y tanto vendedores como compradores tenían tiempo, incluso en aquel frío día, para charlar. Alguien extendió un brazo hacia las puertas del palacio. Algunos miraban a los hombres del duque, que se encargaban de supervisar que se limpiara la sangre. El sonido del chapoteo del agua, así como de voces que gritaban, llegaba a través del cristal.

—¿Qué podéis decirme?

—Fue drogado, Excelencia, con una copa de vino.

El duque lo miró con expresión grave.

—¿Quién lo hizo?

—No podría reconocer al hombre.

—¿Sólo tenéis su palabra?

—En su aliento distinguí el olor a valeriana que se había intentado disimular con verbena. Se lo dieron en una copa de vino especiado en el que no debió de notar ningún sabor extraño. La droga hizo que perdiera el dominio de sus sentidos, tal vez incluso que viera visiones.

—¿Podría haberlo inducido a forzar a la duquesa? —Hizo la pregunta con frialdad, pero su voz era más áspera que nunca.

Segismundo miró la plaza y las pequeñas figuras que se movían en ella a través del cristal que las distorsionaba.

—No había signos de que hubiera sido forzada. Su Excelencia no tenía marcas en las muñecas, ni había más señales de violencia que la herida de la daga. Bandini no tenía arañazos en la cara, tampoco en el cuello o las manos.

—Sin embargo, ella lo golpeó con su espejo o con el candelero.

—Alguien lo hizo.

—¿O cayó él al huir?

—Es posible, Excelencia. —Por el tono de Segismundo resultaba evidente que desechaba esa teoría—. También lo golpearon, con más fuerza, en la parte de atrás de la cabeza. —Indicó el lugar tocándose su propia cabeza rasurada.

El duque se llevó los dedos a la frente y se frotó las arrugas que tenía entre las fruncidas cejas. Volvió como desesperado a la idea que no le daba reposo.

—Se acostó con él voluntariamente.

—Con él, o con otro —replicó Segismundo con firmeza.

El duque se golpeó la palma de una mano con el otro puño.

—Encontradlo. No tendré paz hasta que haya muerto. —Giró en redondo para mirar la plaza como si imaginara el cadalso y el momento que lo liberaría de su obsesión.

—¿Le quitó Vuestra Excelencia un anillo a la duquesa anoche? —Segismundo colocó su ancha mano sobre la cortina de brocado para apartar sus pliegues y contemplar la plaza como si su pregunta tuviera escaso significado. El duque comprendió su importancia de inmediato.

—¿Qué anillo? Yo no la toqué. —Con su vehemencia parecía responder a todas las voces acusadoras de la ciudad.

—El anillo que la duquesa nunca se quitaba.

—¿La esmeralda que le regaló su hermano? ¿Ha desaparecido?

—¿Estuvo Vuestra Excelencia con la duquesa hasta que llegó la señora Cecilia? ¿No la abandonasteis en todo ese tiempo?

El duque negó con la cabeza.

—Entonces debemos suponer que alguien se llevó el anillo antes de que vos descubrierais a la duquesa —dijo Segismundo.

—El asesino. ¿No se le ha encontrado ningún anillo a Leandro Bandini?

Esta vez le tocó a Segismundo negar con la cabeza. El duque juntó las manos y se llevó los dedos índices, unidos por la punta, a los labios. Seguía con el entrecejo fruncido.

—¿Nos enfrentamos entonces con un ladrón? ¿No se llevó nada más?

—La señora Cecilia sólo me habló del anillo. —El honor de la duquesa, que era también el del duque, se había desvanecido durante los instantes anteriores a su muerte.

—Sin duda interrogaréis de nuevo a la señora Cecilia, la camarera mayor. —Hizo una pausa—. Una semana. Es todo el tiempo que puedo daros. No puedo demorar el mensaje a Hipólito; vendrá aquí de inmediato y exigirá una completa satisfacción.

Volvieron a mirar por la ventana para ver al mensajero del duque que, vestido de verde y blanco sobre fondo negro, paseaba a un gran caballo negro por el patio interior de palacio, igual que el duque había paseado por la estancia. Hombre y bestia caminaban rodeados por la nube que provocaban sus alientos en el aire frío.

—Dentro de una semana habrá de hacerse justicia.

Si Segismundo no hallaba un candidato mejor para el cadalso, a Leandro Bandini

no le quedaba mucho tiempo para lamentar su decisión de responder a la llamada de una bella dama.

—También falta la cruz. —La señora Cecilia alzó los ojos hacia Segismundo con expresión de desaliento. Llevaba los cabellos rubios recogidos en una redecilla de seda negra, y su piel tenía un tono blanco espectral en contraste con el vestido negro de terciopelo y el oscuro revestimiento de las paredes.

—¿Cómo era?

—De diamantes y perlas. Pertenece a la primera esposa del duque, la duquesa María. Mi señora la llevaba raras veces, porque decía que no le sentaba bien, pero lo cierto es que nada le sentaba mal.

Segismundo meditó mientras examinaba el estuche de marquetería. Su terciopelo de color carmesí era un lecho voluptuoso en el que reposaban gemas grabadas de sardónice y cristal; broches de balajes; diamantes tallados; perlas de formas extrañas, como nereidas o unicornios; un racimo de uvas de amatista con hojas de oro; broches de jade; un juego de botones de diamantes; anillos de todas clases; un engaste de un par de manos de oro que ofrecían delicadamente un gran zafiro; una rosa de rubíes; pendientes de filigrana; cadenas de oro y esmalte; gruesas cadenas con retorcidos eslabones de oro; sartas de perlas de suaves colores o de auténtica madreperla. También descansaba sobre el terciopelo un pequeño león rampante de oro, con un collar del mismo material que lo sujetaba a una cadena; sus ojos eran rubíes y su boca una perla con forma de corazón. El aroma a almizcle que despedía el estuche impregnaba el aire de la habitación vacía.

—¿Estáis segura de que sólo falta eso?

—Conozco sus joyas.

—¿Sois vos la única que conocía este escondrijo?

—Yo y la duquesa. Me lo mostró una anciana dama de la duquesa María que ya ha muerto.

Segismundo no hizo ningún comentario; era más que probable que en un palacio lleno de sirvientes, la mayoría de los cuales estaba allí desde antes de que el duque se casara por segunda vez, alguno de ellos hubiera visto a alguna de las dos duquesas acercarse al muro y presionar el panel secreto.

—¿Cuándo guardasteis el estuche con todas las joyas por última vez?

—Cuando ayudé a la duquesa a vestirse para la fiesta. Ella no deseaba que la vistiera porque era la novia, pero ¿quién habría podido hacerlo en mi lugar? ¿Quién habría sabido dirigir a las camareras? Sirven bastante bien cuando... —Dejó la frase por la mitad, quizá al darse cuenta de que ella, igual que las camareras despreciadas, ya no tenía trabajo. Retiró de su escote una cadena de oro y flores de rubíes—. La duquesa me lo dio como regalo de boda. Es lo único que falta, además de la cruz. —Hizo un mohín y cerró el estuche. En aquel momento no parecía una mujer casada tres veces sino una niña desgraciada. Se volvió para dejar el estuche sobre la mesa, haciendo graciosos movimientos con la cabeza, semejantes a los de un pájaro,

mientras se enjugaba los ojos—. Será mejor que estas joyas sean entregadas al duque —dijo de repente—. Él tiene una cámara para el tesoro y yo... al parecer yo no puedo protegerlas.

Al otro lado de la puerta se oyeron voces, la de un niño y la de un muchacho. Entró un pequeño paje que vestía un tabardo de luto. Rodeó la cama. Al ver a Segismundo abrió mucho los ojos, pero estaba bien entrenado y supo conservar la calma. Miró fijamente la espalda de su señora y habló con rapidez.

—Señora, Su Excelencia requiere vuestra presencia en su biblioteca, acompañada de maese Segismundo.

El duque se hallaba junto a una mesa, entre estantes de libros, casilleros para rollos de pergaminos y documentos. Sobre la mesa tenía desplegado el plano para su nueva biblioteca. El arquitecto, cuya túnica negra sobre las ropas de trabajo pardas le daba el aspecto de un cuervo, exponía con grandes gestos de manos y brazos, mientras nombraba distancias y crujías y describía galerías y columnas. El duque lo interrumpió alzando la mano, y se acercó a Segismundo y la señora Cecilia a grandes zancadas, como era característico en él.

—Se ha hallado el anillo —dijo. Sus ojos se posaron sobre Cecilia di Villani, que hizo una profunda reverencia—. Un orfebre nos lo ha traído.

—¿Un orfebre? —Por el tono de voz de la señora Cecilia se hubiera dicho que el gremio de orfebres estaba tan lejos de su comprensión como una manada de jirafas.

—Se lo ha vendido un enano.

La señora hizo un intento por hablar, pero sólo consiguió formar la palabra «enano» con los labios.

—Cuando el orfebre se interesó por la procedencia del anillo, el enano explicó que su ama había perdido su puesto en la corte a causa de la muerte de la duquesa y que necesitaba dinero.

La señora Cecilia cerró la boca con fuerza, puso los ojos en blanco y le temblaron los párpados. Extendió un brazo para sostenerse más o menos en la dirección en que estaba Segismundo; sabía elección, puesto que éste se hallaba tras ella cuando le cedieron las piernas y la cabeza le cayó hacia atrás. La cabeza fue a dar contra el pecho de Segismundo. La redecilla se aflojó, y cayó también. Una sorprendente cantidad de sedosos cabellos dorados se desparramó en cascada sobre el rostro inerte de la dama y el suave jubón de cuero de Segismundo. Éste miró al duque, que tenía una expresión malhumorada.

—Por supuesto, es ridículo —dijo el duque—. No puede decirse que a la señora Cecilia le haga falta el dinero. Está cansada. Supongo que Di Villani la habrá dejado extenuada. Es un hombre que hace cabalgar a sus yeguas hasta la muerte. Tiene la sensibilidad de una manada de toros.

Segismundo no parecía tener dificultad en sostener a la dama, mientras él y el duque la contemplaban.

—He ordenado que todos los enanos acudan a la guardarropía del ala oeste. Mi

mayordomo se hará cargo de ellos, y allí se encuentra el orfebre para identificar al enano. Lo dejo en vuestras manos. Estoy esperando la visita de su eminencia Pontano, quien confío en que me explique por qué Bandini no ha devuelto a Di Torre su hija, y para preguntar si la vida de su hijo es negociable.

Cecilia di Villani se agitó en los brazos de Segismundo y emitió leves gemidos. El duque le lanzó una de sus miradas penetrantes, como si fuese un crítico que evaluara la actuación de un actor, y los dejó solos.

Segismundo cambió a la dama de posición, se inclinó para recoger el considerable volumen de sus faldas y pasar un brazo por debajo, se irguió, y salió con Cecilia di Villani en brazos. La dama emitía sonidos ininteligibles mientras mantenía la cabeza apoyada en el hombro de Segismundo cuando éste llegó a la antecámara y la depositó sobre un banco tapizado. El pequeño paje se acercó de inmediato con cara de espanto.

—Os dejo en buenas manos, señora —dijo Segismundo—. Disculpadme, pero debo ir a ver a unos enanos.

El pequeño paje, lleno de recursos, cogió el abanico que pendía del cinturón de la dama, y le abanicó la cara tan vigorosamente que sus cabellos volaron en todas direcciones.

El orfebre se había puesto una túnica azul oscuro para acudir a palacio, y mantenía las manos dentro de las mangas como si quisiera calentarse; lo cierto era que las manos de un orfebre que acababa de abandonar su trabajo tenían sin duda manchas desagradables. El artesano era consciente del lugar en que se hallaba, y la súbita y sigilosa llegada de Segismundo no sirvió para tranquilizarlo.

El mayordomo del duque estaba de espaldas a la puerta de la guardarropía, que ostentaba un impresionante trabajo en roble. Lo acompañaban dos soldados de la guardia, que vestían libreas de mangas negras y portaban alabardas. Al ver a Segismundo, el mayordomo abrió la puerta con una prudencia que delataba temor.

A pesar de que seguramente el mayordomo sabía qué número de enanos había allí, a primera vista parecía imposible determinar cuantos eran. La habitación estaba atestada, incluso los bancos a lo largo de las paredes y la mesa, sobre la que había toda una hilera de enanos sentados. Eran de ambos sexos y de todas las edades y, dentro de sus límites, de todas las estaturas. Ninguno parecía especialmente contento, y no se esforzaban por disimularlo.

Todos vestían de negro y todos, incluso los hombres, llevaban o agitaban pañuelos, algunos proporcionados por el mayordomo.

Los enanos se apartaron de la puerta y preguntaron al mayordomo qué hacían allí. La entrada de Segismundo produjo un silencio comparativo, pero no duradero. Un guardia tuvo que golpear el suelo repetidamente con su alabarda para imponer un silencio preñado de siseos quejicosos.

—Si os hubierais callado antes os habría explicado... —El mayordomo no llegó a más. Las voces volvieron a alzarse como en una Babel cualquiera. Segismundo, que había estado contemplando la escena, se inclinó para hablar con un enano de edad

que había permanecido relativamente silencioso y que, después de oír lo que le dijo, se puso de pie sobre la mesa y alzó los brazos. Cuando los otros enanos lo vieron, poco a poco fueron callando.

—¡Eso está mejor! —exclamó el mayordomo—. Bien, lo que ha ocurrido es que un anillo que pertenecía a la duquesa, que Dios acoja en Su seno...

Un respetuoso «Amén» interrumpió sus palabras, pero todos los enanos congregados mostraron una súbita cautela.

—... Ha desaparecido. O mejor dicho, había desaparecido. Al parecer, le fue ofrecido a la venta a este respetable ciudadano, y cuando un colega suyo lo reconoció...

—¿Tiene esto algo que ver con nosotros? —preguntó una voz ominosa. Se había producido un profundo silencio y nadie pestañeaba.

—No podré contároslo si continuamente me veo...

—La persona que ha ofrecido el anillo a la venta era de vuestra estatura —intervino Segismundo.

Sólo los brazos alzados del enano de edad impidieron una caótica explosión de indignación.

—Esa persona iba vestida de mujer, con pañuelo a la cabeza. El maestro orfebre, aquí presente, cree que podía tratarse de un hombre. El duque ordena por tanto que el maestro orfebre os inspeccione a todos.

Uno de los enanos que estaban sentados sobre la mesa, se ató rápidamente el pañuelo a la cabeza, se puso de pie y dijo con voz de falsete:

—Anillo a la venta. ¿Quién comprará mi anillo? —Mostró luego el trasero y dio unos pasos de baile.

Las indignadas fueron esta vez las mujeres, que lo tiraron de la mesa, pero el tono de la reunión había cambiado. Todos se envolvieron la cabeza con el pañuelo y sólo un escandalizado «¡Recordad a la duquesa!» consiguió acallar las risitas. La inspección, convertida en un acto bufo, fue plenamente aceptada, pero no hubo manera de que se llevara a cabo con cierto orden. Segismundo, bien porque reconocía una fuerza mayor, bien porque cedía con indiferencia, no intentó imponer su autoridad, sino que se sentó en un banco de piedra que unos enanos habían dejado libre para unirse al resto.

El mayordomo y los guardias organizaron una especie de desfile para el orfebre. Los rostros enmarcados por pañuelos, algunos barbudos, se alzaron hacia él por turnos. Muchos desfilaron una segunda y aún una tercera vez.

Al ver que el pánico se apoderaba del orfebre, Segismundo sugirió que los enanos hablaran, pero era dudoso que repetir la frase «Mi ama desea vender este anillo» en todos los tonos de voz concebibles, sirviera realmente de ayuda. El orfebre alzó las manos con gesto de desesperación.

Sólo pudo decir que la mayoría de los enanos se parecían al vendedor, lo que ensombreció todos los rostros. El mayordomo preguntó si un nuevo desfile le

ayudaría a asegurarse, pero el orfebre sacudió la cabeza enérgicamente y afirmó que, aunque le dolía confesarlo, era incapaz, absolutamente incapaz, de identificar a aquella persona.

Los enanos fueron autorizados a marcharse. Segismundo contempló al mayordomo, que intentaba recuperar sus pañuelos, pero que no sólo era incapaz de detener a quienes se iban con ellos, sino que se vio desairado por una matrona de edad que, según le informó con acento glacial, portaba el suyo propio. El mayordomo intentaba, además, consolar al afligido orfebre. En ese momento, el enano con que Segismundo había hablado antes y que había aguardado pacientemente sobre la mesa mientras sus compañeros abandonaban en tropel la habitación, volvió a dirigirse al agente del duque.

—La duquesa tenía muchos anillos.

—Éste era uno que nunca se quitaba.

—¿El verde? Era una esmeralda, supongo. —Sí.

—Pronto cogerán a unos cuantos de nosotros para torturarlos hasta que encuentren a uno que confiese —dijo el enano con tono neutro, desapasionado.

—Es muy probable. ¿Estabais todos presentes? ¿Y el que faltaba?

El enano le lanzó una mirada penetrante.

—¿Poggio? Lo habían expulsado de palacio, igual que a Bandini y a Di Torre. Pero eso no impidió que Leandro Bandini entrara en el palacio.

—No.

El enano asintió con gesto significativo.

—Me estáis diciendo que la prohibición es inútil.

Otro asentimiento.

—¿Dónde vive Poggio?

El enano se impulsó para bajarse de la mesa y pasó junto a Segismundo de camino hacia la puerta.

—Nació en Altosta —dijo antes de salir.

«Me lo debía...»

El viento cortante que soplaba desde las montañas había estado divirtiéndose durante todo el día, levantando los tejadillos de los puestos y las faldas y las cofias de las mujeres, haciendo volar capuchas y sombreros y crujir los postigos de las ventanas como si estuviera ansioso por acercarse al fuego y derretir el hielo de su aliento, filtrándose por debajo de las puertas para incordiar los tobillos, y desperdigando paja y polvo por todas partes. Por fin encontró, regocijado, a Segismundo y Benno en la carretera que partía de los muros de la ciudad. Segismundo y Benno se inclinaron ante él, tapándose la boca con la capa y azuzando a los caballos, y el viento les lanzó una lluvia de nieve como una caricia, presagio de lo que les aguardaba en las colinas hacia las que cabalgaban.

Benno soportaba el viaje con su habitual estoicismo. Tenía la tripa más repleta que cuando se alimentaba en las cocinas de Jacopo di Torre, llevaban provisiones y vino en las alforjas, además de la paloma que maduraba perfectamente, y el caballo que montaba procedía de las caballerizas del duque y era mucho mejor que cualquiera de los que le habían permitido montar cuando se hallaba al servicio de Di Torre. Lo único que debía hacer era cerrar la boca cuando su amo estaba pensando, cosa a lo que el viento le ayudaba bastante. Sólo le inquietaba una cosa: la señora Cósima. Segismundo le había asegurado que quienquiera que la retuviese se guardaría de hacerle daño, y aunque Benno estaba dispuesto a creer en sus palabras, seguía preocupado. Para distraerse repasó mentalmente todo lo que había comido la noche anterior, saboreando de nuevo los diversos alimentos con la imaginación y prestando escasa atención a la cuesta que discurría por los campos desnudos. Al fin y al cabo, su amo hallaría a la señora Cósima, y Dios la protegería hasta entonces.

Llegaron a la cima de la colina, aun cuando los caballos resbalaban de vez en cuando sobre los grandes bloques de roca cubiertos de nieve, y tuvieron Altosta a la vista. No parecía un pueblo, sino más bien una serie de ruinas sobre las que alguien había arrojado nidos de pájaros. Los tejados estaban hechos de ramas, turba, paja, o cualquier otra cosa que pudiera resguardar de las inclemencias del tiempo, y los sostenían losas de piedra, de escasa altura, que recibían la nieve con agradecimiento, como si obtuviesen calor de ella. Las cabañas se mantenían en asombroso equilibrio sobre las pendientes, o se apiñaban entre las rocas como si se ocultaran. En los espacios que las separaban se veían grandes surcos producidos por las ruedas de los carros, o estaban bloqueados por montones de mierda congelada.

Una ráfaga de viento trajo el rebuzno de un burro desde algún establo

desvencijado. No se veía a nadie, pero de algunas cabañas se elevaba una delgada columna de humo. Benno tuvo la sensación, localizada en su nuca, de que su llegada no había pasado inadvertida.

Su amo había desmontado y su figura enlutada, envuelta en una capa negra, resultaba tan siniestra que Benno no habría culpado a nadie por pensar que Segismundo llevaba una guadaña en la alforja. Desmontó a su vez, se tambaleó un poco, porque tenía las piernas agarrotadas a causa del frío, y aguardó.

Finalmente acudió a recibirlos un perro; era un chucho pequeño cuyas costillas se distinguían perfectamente a través del sucio pelaje, y alzaba valientemente la única oreja que tenía. Movía la cola, golpeándose los flancos con ella a modo de alborozada bienvenida. A Benno le recordó el amado *Biondello* de su ama, pero aquel chucho no había tenido más comida que sus propias pulgas durante una semana. El perro se acercó a Segismundo como un santo avanzaría hacia la muerte, con alegría y confianza.

Recibió una recompensa terrenal en forma de trozo de salchicha que Segismundo sacó de una de las alforjas, y lo engulló en un santiamén.

—Pensaba que habría más —dijo Benno, contemplando al perro—. En aldeas como estas suelen enviar a los perros a comerse a los extranjeros.

El perro humilló la cabeza ante Segismundo, con el trasero al aire y la cola amenazando con hacerle perder el equilibrio.

—Tal vez no vengan demasiados extranjeros —comentó Segismundo—, o a lo mejor es que se han comido a los perros.

Tanto si era el único perro que quedaba como si no lo era, éste al menos agradecía estar vivo. Un gesto de advertencia de su amo impidió a Benno darle más comida al perro.

—¿Es que quieres matarlo? Su estómago todavía tiene que aprender de qué comida se trata.

La salchicha hizo aparecer al niño. Envuelto en sucios harapos de los pies a la cabeza, se acercó con gesto decidido y se detuvo junto al perro, mirando a Segismundo con una expresión similar a la de aquél. Las salchichas que caían del cielo merecían correr el riesgo. Benno oyó el ruido que producían los aldeanos al desatancar las puertas con cautela. Un rostro apareció momentáneamente por el hueco de una pared que un abuso del lenguaje podría llamar ventana. Otra ráfaga de viento arrastró hasta ellos un humo acre, como si la aldea hubiera estado conteniendo el aliento y lo dejara escapar. Una gallina revoloteó por encima de una valla y empezó a picotear, mirando de reojo unos granos imaginarios.

—¿Qué queréis?

Imposible decir de dónde provenía la voz. Era la aldea la que hablaba. Benno detuvo el ademán de entregar otra salchicha al niño, pero éste se la arrebató, salió corriendo y se metió en una cabaña. El perro ladró. Segismundo habló sin quitarse la capucha y, a pesar de los esfuerzos del viento por llevársela, su voz sonó claramente

para su invisible público.

—Vengo a Altosta de parte del duque.

A Benno no le sorprendió el silencio que siguió; incluso la gallina dejó de picotear. Los duques solían implicar malas noticias para las aldeas; cualquiera que tuviese poder siempre quería más de lo que los aldeanos carecían, fuera dinero, comida u hombres para luchar. Los duques no enviaban cerdos gratis a las aldeas.

—¿Se sabe aquí que la duquesa ha muerto, asesinada por una mano desconocida?

El silencio continuó. Las duquesas, vivas o muertas, no eran mejores que los duques. El asesinato no era noticia. También allí tenían su ración de vez en cuando, y no necesitaban más. De no ser porque Segismundo era un emisario del duque, por lo que éste sabía dónde se hallaba y presumiblemente enviaría soldados a buscarlo si no regresaba, y porque su voz indicaba que era un hombre que sabía manejar un hacha, los aldeanos lo habrían devorado, con criado, alforjas, caballos y todo lo demás.

—El duque me ha ordenado que busque al enano Poggio. El primero que me diga dónde vive recibirá una recompensa.

El silencio cambió de calidad; un murmullo especulativo casi por debajo del límite del sonido demostró que se estaban sopesando diversos factores. Cuestiones que no estaban al alcance de los visitantes conocer, como los aires que se había dado la madre de Poggio desde que a su hijo se lo habían llevado a palacio, o el cerdo que se había comprado con el dinero que Poggio le había enviado, contaban a la hora de hacer cuentas. Sin embargo, muchos recibirían una parte cuando se matara el cerdo, bien una parte de la mejilla o media mano. Por otro lado, estaba el hecho de que aquella mujer era una bruja.

El hombre alto de la capa negra arrojaba una moneda al aire una y otra vez. La moneda brillaba más que la cosecha que la mayoría de ellos jamás había visto. Un montón de harapos más grande que el del niño llegó correteando en medio de la nieve como un cangrejo. La gallina soltó un chillido y salió revoloteando, el perro se encogió. El bulto sacó una mano semejante a una raíz y apuntó hacia la cabaña más alejada de la aldea, recogió la moneda y huyó a la carrera. Segismundo inició el camino de la casa de Poggio, seguido de Benno, que conducía los caballos de la brida, y del perro.

La cabaña se alzaba, bien que inclinada en un extraño ángulo, en un receso de la cuesta. La madre de Poggio dejó entrar a Segismundo. Había estado observando detenidamente a los extranjeros, al igual que el resto de aldeanos, y había ideado un plan. No negó la existencia de Poggio, sino su presencia. No lo había visto desde el verano anterior. Estaba demasiado ocupado para visitar a su pobre madre. Era una pena que no se encontrase allí para recibir al caballero, pero su pobre madre...

Se trataba de una mujer corpulenta, cuya figura demostraba que poseía una fuente de alimentación que a los demás aldeanos se les negaba. La comida era la única moneda con que podían pagarle por sus servicios como partera y amortajadora, y por las pociones que preparaba para enemigos y amantes y para dar o quitar fertilidad a

las mujeres. En la penumbra de la cabaña y alrededor de su cabeza colgaban manojos de hierbas como murciélagos suspendidos. Un fuego de ramas e inmundicias despedía un olor desagradable, al que contribuían una lámpara de sebo y la propia madre de Poggio. El gruñido que surgió de las sombras demostraba que compartía la vivienda con un cerdo.

Segismundo escuchó las excusas y lamentaciones de la mujer sin hacer preguntas. Al echarse la capucha hacia atrás, la mujer vio enseguida la cabeza calva.

—¿Un sacerdote? Oh, padre, os digo la verdad. Lo juraré sobre vuestra cruz. Mi Poggio no está aquí, no lo he visto...

El sacerdote no sacó la cruz que ella necesitaba para cometer el perjurio, sino una espada. La mujer soltó un grito. Tres gallinas que habían permanecido quietas en las vigas se lanzaron en picado. El cerdo chilló. Benno, que estaba fuera vigilando los caballos y las alforjas con un garrote en la mano, se preguntó si Segismundo por fin había encontrado a Poggio.

Al principio el enano no aparecía, pero cuando la espada empezó a hurgar en los rincones, de algún lugar a media altura, en una pared de zarzos y barro, cayó un montón de paja que tapaba un agujero y asomó un rostro. Era un rostro ancho e inteligente, con una boca grande, la nariz respingona y los ojos muy brillantes, que examinaron a Segismundo con cautela. Al rostro le siguió un cuerpo pequeño embutido en un jubón verde y unas calzas rojas. Con la agilidad de un armiño puso un pie en un saliente de la pared, la mano en otro, y se dejó caer al suelo. Entonces hizo una reverencia cortesana.

—Poggio, para serviros, señor.

La madre de Poggio, contagiada de la cortesía de su hijo e imperturbable ante la demostración viviente de que había mentido, sacó un taburete de tres patas y lo limpió con su sucio delantal. Después de que Segismundo se sentara, echó un pedazo de estiércol al fuego y llenó una taza de barro con un brebaje que olía a tanaceto. Se la ofreció a Segismundo con una sonrisa conciliadora. Poggio se arrojó sobre un montón de paja, presumiblemente la cama, y pareció sorprendentemente dispuesto a charlar.

Lamentó enterarse de la muerte de la duquesa, que había sido amable con él. Sí, había hecho una broma estúpida sobre ella y el duque se había puesto furioso. El duque se enfurecía a menudo. Todos los enanos tenían que mostrarse prudentes. Poggio esperaba que en cualquier momento lo llamaran de vuelta de su exilio, pero ahora que Su Excelencia había muerto, era aún menos probable que el duque tuviera ganas de bromas.

Segismundo se bebió el brebaje, que sabía ligeramente a cerveza, y sonrió.

—Al contrario, Su Excelencia me ha enviado a buscarte. —Extendió la mano en la que brillaba el pesado anillo del duque—. Como esperabas.

El rostro de Poggio se retorció en una mueca que seguramente a su dueño le hubiera gustado considerar una expresión de sorpresa y placer. Para su madre, que era

experta en interpretar las expresiones de su hijo, y Segismundo, que era experto en interpretar las expresiones de cualquiera, quedó claro que el enano estaba aterrizado. La sonrisa de Segismundo se ensanchó.

—Quiere interrogarte sobre el anillo de la duquesa.

No hacía mucho calor ante aquel exiguo fuego, pero el rostro de Poggio estaba perlado de sudor.

—Yo no sé nada del anillo de la duquesa. No puedo saber nada. No estaba allí.

—¿No estabas allí? ¿Cuándo?

Poggio miró desesperadamente a su madre, quien se apresuró a rodearlo con los brazos, en los que prácticamente desapareció.

—¡Mi hijo! ¿De qué acusáis a mi hijo? Ha estado conmigo todo este tiempo. ¿Qué podría haber hecho?

Segismundo se levantó y con tono afable, dijo:

—Eso lo descubrirán los torturadores del duque. Es tarea suya. La mía es escoltar a tu hijo hasta la ciudad.

Un gemido de la mujer, un movimiento espasmódico de Poggio, y éste quedó libre y se abalanzó hacia la puerta. Segismundo le interceptó el paso velozmente con la espada. De haber sido capaz de pensar, Poggio habría preferido una muerte rápida a manos de Segismundo que una lenta más tarde, pero una espada era un objeto muy persuasivo en manos de un hombre con la cara de Segismundo. Poggio se detuvo. Segismundo le hizo señas de que se sentara en la cama y tomó asiento en el taburete al tiempo que tendía la taza para que volvieran a llenársela. Una vez llena, se la ofreció a Poggio.

—Ahora responderás a mis preguntas. Dime la verdad, y yo sabré si lo es. Así te librarás de la tortura.

No era extraño que Poggio no supiera por dónde empezar cuando veía tan claramente que su final sería el cadalso. Confesar que había robado el anillo de la duquesa era como pedir la muerte, que probablemente le llegaría de un modo muy trabajoso. Poggio se bebió la cerveza y guardó silencio.

El cerdo halló algo en un rincón y comenzó a engullirlo ruidosamente.

—¿Viste a la duquesa muerta?

Era una pregunta brutal, hecha de un modo brutal, que tuvo la virtud de impeler a Poggio a hablar.

—Al principio no sabía que estaba muerta. Creía que dormía. —Se sentía agraviado. La duquesa lo había colocado en una situación difícil.

—¿Cómo es que estabas allí?

—¿En su dormitorio?

—En el palacio. El duque te había prohibido la entrada, ¿cómo lo conseguiste?

Poggio no pudo contener una sonrisa, con la que se le arrugaron los ojos y la nariz se hizo aún más respingona. Tenía el rostro hecho para contar gracias.

—Había muchos de los nuestros por todas partes. Los grandes no saben distinguir

a un enano de otro. Conozco todos los medios para entrar y salir del palacio... Hay una pequeña habitación dentro del dormitorio de la duquesa...

—Junto a la cabecera de la cama, con una puerta de rejilla.

Poggio asintió.

—Esperé allí para ver si podía hablar con ella a solas. Quería pedirle que intercediera por mí. La duquesa tenía buen corazón. —El enano se persignó—. Pensé que tendría que esperar hasta que la fiesta terminase, pero apenas me había quedado algo dormido cuando oí que se acercaba. Pensé que tenía suerte. —La voz de Poggio tenía casi un tono meloso, como el del inocente que se siente maltratado—. Y más aún cuando la oí despedir a las camareras. Tampoco estaba la señora Cecilia, que es una dama a la que yo evitaría si pudiera. Así pues, abandoné mi rincón y estaba a punto de salir por la puerta de rejilla y ponerme de rodillas, que no es cosa fácil para mí, cuando oí que Su Excelencia hablaba otra vez con alguien.

—¿Oíste qué dijo?

—No era más que un murmullo de voces. Como si fueran dos amantes charlando. Y desde luego era el amante, por el ruido que hicieron poco después. La cama recibió un buen trajín. —Sus ojos desaparecieron bajo las arrugas, pero el recuerdo, o bien la gravedad de su oyente, hicieron que se pusiese nuevamente serio—. Oh, podéis creer que me quedé muy quieto. No podía esperar favores de ella si descubría que había estado observando.

—¿Observando?

Poggio estuvo a punto de dejar caer la taza.

—¡Escuchando! ¡Quería decir escuchando! No vi nada, os lo aseguro. Tenía la puerta un poco abierta, eso sí, pero se abre hacia la cama y la oculta, como Su Señoría habrá comprobado.

Segismundo asintió levemente.

—¿Y luego?

—El hombre debió de marcharse. No oí nada después de que terminaran con lo suyo. Los fuegos artificiales iban extinguiéndose. Pensé que la duquesa se habría quedado tumbada, descansando, y bien que lo necesitaba después de aquel asalto amoroso. Tumbada con una sonrisa en la cara y adormilada. Un estado de ánimo perfecto para conceder un favor al pobre Poggio. Así que abrí un poco más la puerta y me asomé al otro lado del tapiz para ver si podía salir de allí sin que ella advirtiese de dónde salía, y entonces vi... —Poggio se interrumpió y miró la taza como si se preguntara adonde había ido a parar la cerveza. Su madre se la llenó rápidamente. Durante la pausa se oyó a Benno, que paseaba a los caballos frente a la cabaña.

—¿Qué viste?

—Vi su mano. Estaba caída fuera de la cama y no se movía. Pensé que estaba dormida. No me atreví a perder más tiempo, porque sus camareras podían volver, o cualquier otra persona, así que salí de mi escondite e hice un poco de ruido para que se despertara.

—¿Y no se despertó?

Poggio miró a su madre, que se había acercado. Era evidente que también ella escuchaba por primera vez la historia. La vieja se retorció el delantal con las manos.

—Estaba tan muerta como la mujer de Noé. —A Poggio se le puso voz chillona a causa de la tensión—. No necesitaba tocarla para saber que estaba muerta.

—Pero lo hiciste.

—¿Si hice qué? —Poggio dejó la taza.

—La tocaste. Cuando le quitaste el anillo.

—Bueno... —Poggio alzó los brazos en un gesto de exasperación—. ¿Qué podía hacer? Ella me habría hecho el favor si hubiera podido pedírselo. Me había hecho desterrar. Me lo debía.

—¿Te debía la friolera de dos mil ducados?

La madre de Poggio aspiró el aire entre los dientes con un siseo, le dio un fuerte revés a su hijo en la oreja, cogió la taza y bebió.

—Valía más —replicó Poggio con indignación al tiempo que se llevaba una mano a la oreja—. Ese viejo y mezquino mercader...

—No acertaste con el orfebre. En cuanto dijiste que tu ama necesitaba el dinero y que había perdido su puesto en la corte, supo que podía poner el precio que quisiera.

Poggio frunció el entrecejo sin dejar de frotarse la oreja.

—¿Quién ha sido el Judas? —exigió saber—. ¿Quién os ha dicho dónde podíais encontrarme?

Segismundo se puso de pie con la espada en la mano. Hasta la madre de Poggio se acobardó un poco y pisó una gallina.

—Soy yo el que pregunta, Poggio. ¿Dónde está el dinero?

La espada brillaba, incluso en aquella penumbra. Poggio se desabrochó el jubón y empezó a hurgar entre sus ropas, observado atentamente por su madre, hasta sacar un largo pedazo de tela lleno de bultos, que depositó en el suelo a los pies de Segismundo. Las monedas emitieron pequeños ruidos metálicos al caer. Una de las gallinas se acercó esperanzada. Después Poggio se levantó la camisa para demostrar que no tenía más.

—¿Y? —se limitó a decir Segismundo.

Poggio vaciló. Segismundo acercó el filo de la espada a la garganta de Poggio, que retrocedió, se volvió, corrió hacia la pared, saltó de un saliente a otro hasta llegar a su anterior escondrijo y, con el trasero y las piernas asomando aún, se metió dentro hasta que volvió a aparecer con una pequeña bolsa de cuero.

—Es todo. Lo juro.

—Ahórrate tus juramentos para el duque. Ahora volverás a Rocca conmigo.

Poggio alzó los brazos.

—Os lo he contado todo. ¡Os he dado todo el dinero, todo! ¡Contadlo!

La madre de Poggio volvió a abrazarlo, llorosa, y aulló:

—¡No lo llevéis a la muerte! ¡Os lo ha dicho todo! ¡Ya tenéis el dinero!

Segismundo hizo un pequeño gesto con el brazo en que sostenía la espada y emitió un murmullo despectivo.

—Si lo hubiera hecho de verdad..., pero así... —En sus palabras Poggio y la vieja reconocieron claramente el sonido de las bien engrasadas palancas del potro. La madre soltó a Poggio y, cogiendo una escoba, empezó a apalearlo con fuerza. Poggio se agachó y el golpe dio a una gallina, que salió disparada hacia las vigas. Poggio empezó a correr para esquivar los golpes. El cerdo también correteaba, las gallinas salían por los aires, el fuego humeaba, y la madre de Poggio perseguía a su hijo blandiendo la escoba y gritando:

—¡Díselo, díselo, estúpido!

Segismundo se quedó junto a la puerta, aguardando.

Poggio cayó sobre el cerdo y su madre lo atrapó.

Cuando el alboroto que causaban cerdo y gallinas se calmó y se la pudo oír, la madre de Poggio dijo:

—¿Le dejaréis libre si os dice toda la verdad?

—Primero, quiero oírla. Luego, tengo permiso del duque para hacer lo que crea más conveniente.

Poggio, con la cabeza atrapada por el brazo de su madre, se estaba ahogando. Segismundo lo liberó y lo puso en el suelo. Las gallinas de las vigas se agitaron, asomadas como si comentaran la escena con nerviosismo. La punta de la espada tocó apenas la garganta de Poggio, haciendo que éste permaneciera rígido.

—¿Qué viste cuando abriste la puerta y miraste?

—Ya os lo he dicho: la mano de la duquesa.

—Antes.

La espada hizo un pequeño movimiento y Poggio jadeó, echando la cabeza hacia atrás. En su cuello apareció una gota de sangre.

—A la señora Violante —contestó con voz ronca.

—En el dormitorio de la duquesa. —Sí.

—¿Qué estaba haciendo?

—Estaba de pie, mirando a la duquesa.

—¿Cómo?

Segismundo retiró la espada unos centímetros y Poggio se llevó las manos al pecho.

—Así.

—¿Sostenía algo?

—Pensé que sí. No podía verlo. Brillaba, pero podría haber sido su vestido. Estaba tejido con hilos de oro.

—¿Cuánto tiempo crees que llevaba allí?

—No lo sé. Oí al hombre cuando se iba, pero no la oí a ella. Estaba al pie de la cama. ¿Conocéis la habitación? Ya sabéis que las colgaduras tapan la cama por todas partes excepto por ese lado. La señora Violante se acercó al lecho y yo me agaché. Oí

un sonido..., no sé, creo que suspiró. ¿Tal vez rezaba? —Poggio alzó la vista esperanzado con la idea—. Debía de estar rezando, ¿verdad? Entonces se oyeron más fuegos artificiales y cuando me atreví a mirar otra vez, ya se había ido.

—¿Eran amigas, la señora Violante y la duquesa?

—La duquesa no era amable con ella. Siempre encontraba defectos en sus vestidos y sus maneras. Decía que era demasiado extravagante y que tenía demasiada libertad. Pero la señora Violante jamás se peleaba con ella. La había criado la duquesa María, que Dios tenga en Su gloria, como si fuera su propia hija, y la duquesa actual sabía que el duque la amaba y, por supuesto, no iba a pelearse con ella. Por supuesto que no. No creo que la duquesa fuera mucho mayor que ella. La señora Violante tiene buen corazón, habló en mi favor cuando el duque me desterró. —Poggio se limpió la sangre de la herida del cuello, examinó la mancha que le había dejado en el dedo, y se la limpió en las calzas—. Es una dama encantadora.

Segismundo se quitó la capa y el jubón, sin comentar nada, y se envolvió el cuerpo con la larga tira de tela con bolsitas. Poggio y su madre contemplaron con tristeza cómo se apoderaba de su futuro dorado, pero el emisario no apartaba la espada. Luego Segismundo volvió a ponerse el jubón y la capa y miró a la pareja sin animosidad. La madre de Poggio juntó las manos.

—¿No os lo llevaréis? Os lo ha contado todo. Tenéis el dinero...

—El dinero es para el orfebre. Poggio es libre de quedarse.

Madre e hijo chillaron de alegría. Poggio ejecutó una breve y fantástica danza y su madre intentó coger la mano de Segismundo para besársela, pero éste se volvió rápidamente hacia la puerta, con un revuelo de su capa que estuvo a punto de apagar el fuego, llenando la cabaña de humo, y salió como si se tratase del genio de la botella.

Fuera el cielo se había oscurecido y empezaba a nevar con más fuerza. Benno estaba harto de alejar a los niños que intentaban apoderarse de las alforjas. El más atrevido había saltado desde un tejado sobre el caballo más grande, pero éste se había encabritado y el niño había caído al suelo. Las alforjas estaban firmemente sujetas y el garrote de Benno era más que disuasorio, de modo que los chiquillos no tuvieron suerte. Benno tenía frío y se alegró de ver a su amo, cuya aparición tuvo la virtud de dispersar a los niños de inmediato.

—Por el ruido que hacíais, pensaba que estabais matando a alguien ahí dentro —dijo alegremente Benno mientras montaban. Se alejaron en la oscuridad observados por una multitud decepcionada. A Benno, que cabalgaba detrás de Segismundo, el viento le llevó un débil murmullo junto con una ráfaga de nieve.

Entre sus ropas, apretado contra el pecho y repleto de salchichas, dormitaba el perro con una sola oreja. Aún habrían de volver a ver a Poggio. Mientras cabalgaban y Benno se decía que bajar a caballo por la escarpada pendiente de una colina, tanto si nevaba como si no, era una ocupación con la que ningún hombre podía disfrutar, un repentino silbido hizo que tanto amo como criado volvieran la cabeza. En la cima

de la colina, recortada sobre el oscuro cielo, resbalando y chillando, vieron la figura de Poggio. Cuando advirtió que lo miraban, señaló hacia un punto más adelante, donde el camino terminaba entre las rocas de un antiguo desprendimiento, y se pasó la mano transversalmente por la garganta. Benno se preguntaba aún qué significaba aquel gesto, cuando vio que Segismundo desenvainaba la espada.

Poggio también lo vio y desapareció de la cima. Benno cogió su garrote, respiró hondo, con lo que se le llenó la boca de nieve, e intentó sentirse valiente. Segismundo no había acelerado el paso, seguía cabalgando tranquilamente.

El ataque se produjo en medio de un salvaje silencio. Benno tuvo que dominar a su asustado caballo cuando llegaron a las rocas en medio de remolinos de nieve, y golpeó al hombre que había aterrizado como un ícubo detrás de él para intentar derribarlo de la silla. A Benno lo habían hecho mozo de cuadra porque tenía un instinto especial para los caballos y sabía montar. Obligó a su montura a girar sobre sí misma y golpeó con fuerza a su atacante. Desde donde se hallaba Segismundo le llegó un grito. El gran caballo de Segismundo retrocedía hacia el suyo. De las piedras saltaban chispas. Una cortina de nieve cegó a Benno. Su caballo resbaló y cayó sobre las ancas traseras, pero consiguió levantarse. El atacante había desaparecido. Benno intentó calmar al animal sin dejar de mirar en torno por si de nuevo lo amenazaba algún peligro, intentando ver qué hacía Segismundo y procurando que no se le cayera el garrote, que se le deslizaba de la mano, rígida a causa del frío. El chucho, que temblaba contra su pecho, le proporcionó una cálida humedad. Segismundo aparecía y se desvanecía como un gigante sombrío en medio de la nieve. El caballo de Benno tropezó con algo y una voz ofendida exclamó:

—¡Cuidado!

Benno se inclinó y descubrió al enano, que se escabulló rápidamente. En tierra dejó una figura humana. Había sangre sobre la nieve.

—¡Benno!

Benno obligó al caballo a volverse. Segismundo se hallaba ocupado en liberar los pies de los estribos. Le tendió las riendas de su caballo a Benno, que se colocó el garrote bajo el brazo para tomarlas. Vio a Segismundo ponerse de pie sobre la silla y saltar a una gran roca.

—Vigila a ese. —Benno vio que su amo señalaba un punto y distinguió otra figura en el suelo. Poggio, vestido con una piel de oveja que le hacía parecer una bola de nieve sucia, corrió hacia la figura mientras Segismundo desaparecía tras la cortina de nieve.

No tuvieron que esperar mucho. Poggio, de pie junto a la segunda figura, que tenía ahora el cuello rajado, dijo a Benno:

—Has tenido suerte con tu hombre. Le has dado en el brazo con que empuñaba el cuchillo.

Benno intentaba imaginar qué se sentía al ser atravesado por un cuchillo, cuando reapareció Segismundo bajando por el sendero. Se inclinó para mirar al atacante de

Benno y luego se dirigió al otro hombre.

—Te he dicho que lo vigilaras, no que le cortaras la garganta —dijo entonces, tras soltar un bufido de fastidio.

—¡Es lo mismo! —protestó el enano.

—Oh, no —replicó Segismundo, irguiéndose y cogiendo una vez más las riendas de su caballo—. Un hombre con la garganta cortada no puede decirme quién lo envió.

—¿No son ladrones? —preguntó Benno.

Segismundo montó.

—Hombres con buenas ropas, botas bien hechas y al menos una bolsa llena de dinero... ¿Llevaban dinero los otros?

Poggio se golpeó el pecho cautelosamente.

—Ya —dijo Segismundo—. Llevaban dinero. No necesitaban robar. Y no son hombres que vivan al aire libre, sino de ciudad. —Se inclinó hacia Poggio y dijo—: Te damos las gracias. ¿Qué te ha traído hasta aquí tan deprisa y oportunamente?

—No quiero quedarme allí arriba —respondió Poggio—. He venido por el atajo, bajando por la cantera, y os guiaré el resto del camino. Con esta oscuridad os perderíais.

—Como quieras —dijo Segismundo—. Ya te he dicho que eres libre.

—Subidme. —Poggio alargó el brazo. Segismundo se agachó y lo recogió del suelo.

Reemprendieron la marcha cuesta abajo.

—¿Qué pasa con...? —preguntó Benno, señalando los cadáveres, cubiertos ya de nieve. Nadie replicó.

La voz de Poggio le llegó a ráfagas, como el viento.

—Si vos habéis podido encontrarme... Ese anillo... —En una ocasión, el enano emergió de la capa de Segismundo y señaló el camino.

Cruzaron un bosque, lleno de susurros de nieve, y bajaron por una cuesta abierta. Benno cabalgaba pegado a la grupa del caballo de su amo para asegurarse de no perderlo de vista, mientras se frotaba las piernas y se metía las manos por turnos bajo el jubón para que se las calentara el perro.

Más allá de Segismundo, colina abajo, vio luces apiñadas en torno a un fuego. Oyeron ladridos de perros, pero la luz de la hoguera se desvaneció tras una ráfaga de nieve. Segismundo se detuvo antes de llegar al campamento. Tres hombres avanzaron hacia él portando teas, una pica y barras. Al cabo de un rato Benno se hallaba sentado con un cuenco de una sopa indefinida, calentándose las extremidades doloridas a causa del frío, mientras alguien almohazaba los caballos y Segismundo hablaba en una lengua extranjera con aquellos hombres.

Estaban muy interesados en Poggio. Por la manera en que hablaban, Benno comprendió que se consideraban afortunados por haberlo encontrado. Se hallaban acampados allí, esperando a su acróbata y cantante, que seguramente se había demorado en la ciudad por causa de alguna mujer. No les había gustado la atmósfera

que se respiraba en la ciudad y no se habían atrevido a quedarse... Un enano que sabía cantar, actuar, bailar y, si el instrumento era del tamaño adecuado, tocar el laúd, era muy atrayente. En aquel momento Segismundo señaló que Poggio se hallaba de camino hacia una casa noble, ya que era muy popular y solicitado. Si querían que se quedara con ellos tendrían que ofrecerle un puesto muy importante. Siguieron charlando así y bebiendo, mientras Benno y el perro se rascaban y comían más sopa. Finalmente, se dieron la mano; Poggio se quedaba con los artistas, y si su número — de cuya brillante ejecución les dio pruebas— resultaba tan bueno como parecía, lo invitarían a seguir con ellos como miembro de pleno derecho.

Poggio, que había tenido un día muy agitado, se había quedado dormido, de modo que lo llevaron a uno de los carros.

Segismundo emprendió la marcha hacia la ciudad con las primeras luces del día. Durante la noche había dejado de nevar, pero el terreno estaba cubierto por una capa de luminosa palidez. Las puertas de la ciudad aún permanecían cerradas, pero el anillo del duque que Segismundo mostró a través de la celosía consiguió que les dejaran pasar por la poterna con asombrosa celeridad.

De camino al castillo por la larga rampa abierta, Segismundo señaló:

—Con respecto a esos hombres que nos atacaron, Benno, alguien va a enterarse muy pronto de que fallaron. No bajas la guardia.

—¿Tan importante soy? —se extrañó Benno.

Segismundo emitió su típico murmullo.

—Ellos no saben que yo no te cuento nada.

—¿Y los cadáveres que dejamos en la montaña?

—Poggio me dijo que desaparecerían tan pronto como se hiciera de día. Alguien de la aldea los encontrará. No desperdiciarán ni un trozo.

«Os libero de vuestra tarea»

Segismundo no pudo informar al duque, dado que éste se hallaba reunido con su Consejo, y decidió pedir audiencia a otro miembro de la familia.

Era evidente que la señora Violante opinaba que el luto de la corte sólo afectaba a las clases más bajas. Cuando anunciaron a Segismundo, se hallaba en el centro de un grupo de damas que reían. Todas iban de negro, pero el vestido de la hija del duque tenía tantas perlas que parecía más bien imitar el resplandor de la luna que una noche oscura. Violante despidió a sus damas con empujones tan bruscos que a punto estuvo de derribar a una de ellas.

—¡Fuera! ¡Fuera! Quiero hablar a solas con este hombre.

Las damas hicieron reverencias y salieron, intercambiando miradas y examinando a Segismundo por encima del hombro con sonrisas disimuladas. La puerta se cerró tras ellas y sus chismorreos.

—Os agradezco la bondad de recibirme, señora. —La voz de Segismundo, en su registro más suave, era como la miel o el terciopelo. La joven reaccionó ante ella como una flor ante el sol.

La hija del duque hizo una seña a Segismundo de que se acercara y paseó su mirada por los anchos hombros y la extraña cabeza afeitada como si de repente hubiera hallado el objeto de interés que necesitaba. Sus ojos tenían muchas cosas en común con los del duque: eran de un azul intenso y en su caso tenían un brillo peligroso, como los de una chiquilla traviesa que aún no hubiera decidido qué travesura hacer a continuación. Al igual que su padre, era alta y esbelta, y también tenía los cabellos rubios, que llevaba recogidos en una trenza entrelazada con perlas y cintas negras, mientras que el rostro estaba enmarcado por unos rizos cuidadosamente dispuestos para parecer naturales. A pesar de la necesaria formalidad de su vestido y su peinado, había en ella un aire salvaje, la sugerencia de que podía hacer cualquier cosa en cualquier momento sin siquiera haberlo previsto, y que eso le gustaba. Llevaba un armiño en los brazos, con una fina cadena de oro que colgaba de un collar enjoyado. Cuando Segismundo se acercó a la joven, el armiño volvió su delgada cabeza y lo miró con el mismo aire de ferocidad impredecible y dichosa.

—¿Por qué habéis pedido verme en privado? —La joven acarició al animal, se lo acercó al mentón y miró a Segismundo con la cabeza baja, como si esperara que éste admitiera un motivo amoroso.

—He pensado que vos podríais ayudarme en el asunto de la muerte de la duquesa. ¿Era el armiño el que se agitaba, o lo había oprimido ella con las manos? Violante

enarcó las cejas.

—¿Cómo?

—Vos visteis a la duquesa poco después de que la mataran.

El armiño se soltó de los brazos de la dama, corrió rápidamente hasta llegar al final de la cadena y volvió para esconderse bajo un escabel de terciopelo. Violante miró fijamente a Segismundo con sus ojos azules, inexpresivos. Dejó caer lentamente las manos a los costados. No dijo nada.

—Vos estuvisteis a solas con la duquesa antes de que se descubriera su muerte — insistió él—. ¿Visteis algo que pudiera ayudarnos a encontrar a su asesino? ¿Visteis salir a alguien del dormitorio antes de entrar en él?

La vida volvió a la dama sonámbula. Se volvió y se acercó al fuego como si de repente tuviera frío. Alargó las manos y sus anillos de perlas y diamantes lanzaron destellos.

—No estuve allí —respondió sin volverse.

Segismundo dejó escapar un levísimo murmullo. La dama giró de nuevo en redondo, abrió un pequeño estuche de oro que llevaba colgado del cinturón, extrajo un dulce, se lo llevó a la boca y siguió mirando a Segismundo sin perder el aplomo.

—La primera vez que vi a la duquesa después de su muerte, se hallaba en la capilla. ¿Quién dice que la vi antes?

La energía de su voz y la fiereza de su porte causaban la impresión de que esa persona se habría quedado pronto sin habla si llegaba a ponerle las manos encima.

Segismundo sacudió la cabeza con pesar.

—No me está permitido decíroslo, señora.

—¿Quién no lo permite? Mi padre es el único que tiene ese poder aquí.

—Siempre que vuestro padre siga siendo duque de Rocca.

La mirada azul se volvió abrasadora.

—¿Cómo puede dudarse de que seguirá siendo duque de Rocca? —dijo la dama poniendo la mano sobre la empuñadura de la daga que también llevaba colgada de su cinturón—. ¿Osáis insinuar...?

—Soy un hombre del duque, de eso podéis estar segura, pero también tiene enemigos. No creía que vos fuerais uno de ellos.

Estas palabras provocaron la inmediata reacción de la señora Violante, que se arrojó sobre él, siseando como un gato, con la cara distorsionada y empuñando la daga desnuda.

—¿Osáis decir que yo soy enemiga suya! —Empuñaba la daga con un extraordinario estilo masculino, apuntándola hacia el pecho de Segismundo. Éste la cogió por la muñeca y habló con inesperada firmeza.

—Señora, vuestro padre puede dejar de ser duque si sus enemigos logran manchar su nombre, como ya han empezado a hacer. Dicen que él mismo mató a su esposa. Lo dicen hoy en Rocca, y llegará a las ciudades de Hipólito mañana. Hipólito ayudará a los enemigos de vuestro padre a expulsarlo. Y a matarlo.

—Leandro Bandini será ejecutado por ese crimen.

—Es probable que sea inocente. ¿Permitiréis que muera un joven inocente?

—¿Cómo puede ser inocente? Lo hallaron al lado del cadáver.

Segismundo soltó la muñeca de la dama, que lentamente volvió a envainar la daga sin apartar los ojos de él.

—Su Excelencia el duque no está satisfecho.

Un perro, invisible hasta entonces por encontrarse medio enterrado en una pila de cojines, gruñó en sueños y estiró las cuatro patas con un estremecimiento. Violante se volvió al oírlo y regresó junto a la chimenea, frotándose la muñeca por donde Segismundo la había cogido. El borde de pieles de su falda hizo un leve sonido sobre la madera pulida del suelo, parecido al del fuego.

La voz profunda de Segismundo la siguió, implacable.

—Leandro Bandini afirma que vos le pedisteis que acudiera al banquete.

La dama giró en redondo.

—¡Que yo... le pedí a Leandro Bandini que acudiera! —Su gruesa trenza voló al girar y cayó por encima de su hombro. Su rostro adquirió el rubor de la indignación y su tono era el de una santa acusada de haber convocado a unos diablos menores.

—Esto es lo que él cuenta. Un mensajero se presentó ante él de vuestra parte para traerlo secretamente a palacio. Cuando llegó aquí, vos le enviasteis un hombre con una copa de vino y un disfraz para permitirle que llegara hasta vos sin ser reconocido.

—Si eso afirma, merece morir —dijo ella con los ojos echando chispas—. Todo es mentira. ¿Y por ese estúpido cuento, creéis vos que es inocente? —De repente se interrumpió y dio una palmada, haciendo que entrara un paje, al que, sin embargo, despidió con un autoritario ademán—. ¿Es que no lo comprendéis? Si no fue Leandro Bandini, si él es inocente, entonces es cierto lo que dicen mis estúpidas damas, que Jacopo di Torre envió el mensaje que trajo al joven Bandini hasta aquí. Ellas lo creen inocente porque es joven y atractivo. Dicen que Ugo Bandini raptó a la hija de Di Torre, así que éste se ha asegurado de que el hijo de Bandini muera por ello. Es un plan muy inteligente.

—¿Creéis que Di Torre llevaría su venganza hasta el punto de hacer matar a la duquesa?

—Una buena venganza no se detiene ante nada. Ya lo sabéis. —Paseó por la estancia con las manos unidas sobre el regazo—. Tal vez todo lo que pretendía era que descubrieran al joven Bandini en el dormitorio de la duquesa, quizá mi padre. Tal vez la matara otra persona.

—¿Visteis vos a Leandro?

—Debía de estar oculto. No vi a nadie.

Se hizo el silencio. Violante se volvió para mirar a Segismundo, con las manos sobre los perlados pliegues de su falda. Luego volvió a unirlos y cerró la boca con determinación.

El silencio se prolongaba. La dama se retorció las manos con un mohín de

disgusto. Segismundo dejó escapar un levísimo sonido burlón. La dama pateó el suelo y se acercó a él con la soltura de una joven que se sabe invulnerable en cualquier caso.

—Fui a buscar mi joya. La cruz que mi..., que la duquesa María me había prometido. Tenía que ser para mí. Yo no estaba aquí cuando ella murió, pero llevé luto por una madre cuando me enteré. Y esta duquesa no quería la cruz para ella, pero tampoco quiso dármela. Sabía dónde estaba y fui a buscarla.

—¿Por qué entonces, señora? ¿Por qué no antes?

—Nunca antes había despedido a todas sus camareras y guardias, o si lo hacía, siempre se quedaba con Cecilia. Así que la vigilé hasta que la vi marcharse, eso pensaba yo, bajando por la escalera.

—¿Por qué creísteis que era ella?

—Iba con capa y capucha. Pensé que ella llevaba capa. Todo el mundo se la había puesto para ir a ver los fuegos artificiales.

—¿No había nadie más?

—Estuve escuchando. Si hubiera oído a alguien habría aguardado más. —Se acarició un rizo, retorciéndolo con los dedos y mirando a Segismundo con la cabeza baja—. Si Leandro Bandini no la mató, ¿fue la persona a la que vi marcharse?

—Posiblemente, señora.

La dama adquirió una expresión pensativa mientras estiraba el rizo y lo examinaba como si quisiera comprobar su calidad.

—Ella se había asegurado de que nadie viese a su visitante.

—¿Conocíais vos a algún admirador de Su Excelencia que pudiera disfrutar de semejante privilegio?

—Sois muy comedido en vuestras palabras —dijo ella con tono crítico—. ¿Queréis saber si conocía a sus amantes? —Dejó que el rizo volviera a su lugar, riendo y mirando a Segismundo directamente a los ojos—. No. Tenía amantes. Cecilia lo sabía. Supongo que algunas de sus damas también, pero nada hará que confiesen, ni siquiera vos.

Segismundo sabía sin la menor sombra de duda que se podía hacer hablar a cualquiera, pero se limitó a preguntar:

—¿Lo sabía el duque?

—Nunca lo mencionó, ni la acusó, si es que lo sospechaba. Ni siquiera cuando se peleaban. —Violante sonrió al recordarlo—. Tuvieron una horrible discusión hace unos días, cuando ella descubrió que mi padre le había regalado una de sus villas a Caterina Albruzzo. Qué celos tan estúpidos. La duquesa María nunca fue celosa. No sintió celos de mi madre, o al menos nunca fue lo bastante idiota como para demostrarlos. Cuando mi madre murió, mandó traerme a palacio y me trató como a su propia hija. Mi padre la amó por eso.

Se oyó un crujido en la puerta. Entró un paje tras retirar la cortina y se inclinó ante Violante.

—Señora, el Consejo de Su Excelencia ha concluido y vuestro padre desea veros. Violante extendió una mano hacia Segismundo.

—Acompañadme.

Segismundo tomó la mano que le tendía y se inclinó. Ella permaneció inmóvil.

—¿Pensáis contarle a mi padre que estuve... allí?

—Si no me lo pregunta, no tengo ningún motivo para contárselo.

Con los dedos de la otra mano posados sobre los labios de Segismundo, la dama se inclinó un poco hacia él.

—Silencio, pues.

Tras esto, con la mano reposando sobre la de Segismundo, permitió que éste la acompañara ante la presencia del duque.

Les abrían paso el paje del duque y el de su hija, que caminaban delante, uno al lado del otro. El palacio parecía lleno de solemnes hombres de edad, que hablaban excitadamente o discutían, pero que callaban bruscamente al verlos acercarse y se inclinaban ante ellos. El debate se reanudaba cuando ellos ya habían pasado. El efecto general, ahora que se había decretado el luto oficialmente, era el de un montón de cuervos graznándose unos a otros. También lanzaban miradas hostiles al hombre que sin duda debería haber caminado tras de la dama, y no a su lado.

Las puertas de la cámara del Consejo se abrieron para la pareja y se cerraron tras ella. El duque se hallaba sentado, sumido en sus pensamientos, en su gran sillón tallado, a la cabecera de la mesa, con un brazo sobre el tapete turco de oscuros tonos azules y rojos. Su secretario enrollaba pergaminos y ordenaba documentos. Después tuvo algunas dificultades para atarse el tintero de asta al cinturón. Ante el duque había una copa de vino intacta.

Apoyado en el muro, junto a la ventana, mirando a su hermano con expresión preocupada, se hallaba el señor Paolo. A su lado, en el asiento de la ventana lleno de cojines, se encontraba su hijo Tebaldo, que no dejaba de moverse, ora para prevenir un dolor, ora otro. Vistos así, eran evidentes las similitudes y diferencias entre ambos. Tebaldo había heredado el melancólico pliegue del párpado superior, pero su rostro expresaba la peculiar tristeza de quien a menudo está enfermo. El señor Paolo abrió los ojos con sorpresa al ver quién acompañaba a su sobrina.

La ensoñación del duque no duró más allá del tiempo que tardó en darse cuenta de que había entrado su hija. De inmediato se puso de pie y se acercó a ella para abrazarla. Tebaldo miró fijamente a Segismundo, a quien no habían anunciado y era para él un desconocido.

La hija del duque miró a su acompañante por encima del hombro, mientras su padre la tomaba entre sus brazos, y dijo:

—Este hombre me ha dicho que Leandro Bandini afirma que lo invité en secreto a venir a palacio.

El duque soltó una exclamación. Su hermano avanzó unos pasos y dijo:

—¡Qué insolencia! —Su súbita ira le hizo parecerse más al duque—. Espero que

nadie se haya enterado de esto. La gente empezaría a murmurar cosas estúpidas y peligrosas. ¿Lo sabe alguien más?

—Nadie más que la dama y yo, señor.

—¿Habéis hablado con el joven Bandini?

Segismundo asintió y Paolo, tras una larga mirada escudriñadora, se volvió hacia su sobrina.

—Puede que Di Torre usara vuestro nombre para atraer al joven hasta aquí. No debemos olvidar que la terrible enemistad entre esas dos casas puede ser el origen de todo esto.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó el duque de repente—. Les haré pagar por haber roto así nuestra paz. Si se demuestra que lo planeó Di Torre, será su muerte. Sin embargo, me niego a creer que Di Torre fuera capaz de asesinar a su duquesa, aun para destruir a Bandini. ¿Es posible?

Parecía preguntárselo a sí mismo, pero Paolo replicó, sacudiendo la cabeza y con cierta reticencia:

—Los hombres no se detienen ante nada cuando buscan la venganza. No ven más allá de su objetivo. El pasado está lleno de ejemplos. Es como si un hechizo los cegara. Di Torre debe de ser el culpable si el joven Bandini es inocente.

El duque había estado escuchando a su hermano, pero ahora volvió su mirada de halcón hacia Segismundo, quien, a pesar de no moverse ni hablar, hacía notar su presencia.

—¿Habéis hallado al enano?

—Sí, Excelencia, y tengo el dinero para devolvérselo al orfebre.

—¿Fue entonces el enano quien robó el anillo? Creía que el orfebre no lo había reconocido. ¿De quién se trata? ¿Podría haber matado él a la duquesa? —preguntó Paolo, acercándose a su hermano, y ambos, tan parecidos y tan diferentes, miraron a Segismundo con expresión inquisitiva.

—Poggio, señor, el enano al que desterrasteis, se llevó el anillo. Pero por lo que me dijo no creo que matara a la duquesa. La encontró muerta.

Paolo se inclinó hacia él, profundamente interesado.

—Entonces, ¿no vio a nadie? ¿No podría atestiguar quién pudo ser el asesino?

—No vio a nadie. Y no puede atestiguar nada.

—¿No? ¿No lo habéis traído con vos?

—Lo traía, Excelencia, pero nos asaltaron unos ladrones por el camino. Conseguimos librarnos de ellos, pero Poggio murió durante la lucha.

—Pobre desgraciado —dijo Violante—. Siempre me hacía reír. Miró a su padre, apoyándose en su pecho, y él le acarició los cabellos.

—Que ése sea su epitafio. Lo habría castigado por el robo, pero no deseaba que muriera. Que Dios lo acoja en Su seno.

Segismundo se santiguó solemnemente al igual que los demás. Violante cogió la mano de su padre, que había descendido hasta su hombro, y entrelazó los dedos,

diciendo con tono meloso:

—No querréis ejecutar a Leandro Bandini, ¿verdad? Si realmente lo engañaron, mataríais a un hombre inocente.

El duque suspiró y alzó los dedos entrelazados para mirarlos.

—Cuando se ha de gobernar una ciudad, los inocentes no siempre salen bien librados. Debo tomar medidas que protejan a Rocca de mis enemigos, tanto próximos como lejanos. El duque Francisco es un ave de presa que no duerme...

Su hermano hizo un movimiento involuntario y el duque lo miró con enfado.

—Este defensor infatigable de la misericordia, vuestro tío, acaba de persuadirme durante el Consejo de que no debo dejarme gobernar por esos miedos, que Rocca no podrá ser tomada si sus ciudadanos son leales. Pero ¿cómo pasar por alto las cosas que han ocurrido? Cuando yo...

—¿La sangre a las puertas de palacio? —Sólo su hija se atrevía a interrumpirlo.

El duque asintió.

—Eso, y otras cosas.

—¿Qué cosas? ¿Qué más se han atrevido a hacer? —insistió ella, convirtiendo las manos unidas en un doble puño.

Su tío intervino para imponer tranquilidad.

—Algún bellaco, quizá un agente del duque Francisco, ha manchado con sangre la estatua de Su Excelencia y ha escrito versos en los muros. Si Su Excelencia se mantiene firme ante semejante provocación, todo Rocca lo apoyará. Los rumores no...

Violante dio una patada contra el suelo, acción que compensaba con su fuerza la falta de sonido.

—No pueden pensar ni por un momento que Vuestra Excelencia... No pueden pensar semejante cosa de vos.

—Dirán que la encontré con otro hombre.

—Pero, aunque así fuera, ¿quién podría decir que no teníais derecho a matarla? Otros, príncipes incluso, lo han hecho antes.

—Olvidáis al duque Hipólito. ¿Aceptará el hecho de que su hermana tenía un amante? Sería un ataque contra su honor; exigiría pruebas.

Violante guardó silencio, balanceando la mano del duque, pensando. Luego la soltó.

—¿Cómo mantendréis entonces la paz con él?

El duque se acercó a la ventana y puso una mano sobre el hombro de Tebaldo, que había hecho un esfuerzo por levantarse al ver a su tío.

—Dentro de una semana alguien debe morir. Tal vez sea Leandro Bandini. Entonces perderé el apoyo de la facción de Bandini para mantener la alianza con Hipólito.

—¿No se podría hallar a alguien más, o inventarse alguna historia que convenciera al duque Hipólito y os hiciera ganar tiempo hasta que descubrierais al

culpable, conservando así la lealtad de Bandini?

Paolo alargó una mano hacia Violante para atraerla hacia él.

—Sobrina, os habéis convertido en una estadista, pero medítadlo bien. Tal vez Leandro Bandini no sea inocente. Recordad que le hizo abiertamente la corte a la duquesa durante el banquete, disfrazado de salvaje. Derramó vino sobre su vestido para que se viera obligada a retirarse. Luego la siguió, la forzó, y habría escapado si la duquesa no hubiera tenido el valor de golpearlo. ¿Quién puede jurar que es inocente?

—Segismundo afirma que le administraron una droga en una copa de vino, hermano —apuntó el duque desde la ventana.

Paolo volvió a mirar a Segismundo con gesto pensativo.

—¿Quién se la dio?

—No lo sabe, señor.

Paolo emitió un sonido de incredulidad y sonrió.

—¿Y vos creéis en su palabra? Si tomó algo con el vino, y no cabe duda de que para actuar como lo hizo debió de beber en abundancia, sería algún afrodisíaco. Perdonadme, sobrina, pero los hombres hacen tales cosas.

El duque observó a Segismundo como si esperara una réplica.

—¿Podría ser? ¿Estáis convencido de que fue drogado?

La inclinación de cabeza y el ademán de Segismundo podían significar cualquier cosa. El duque lo tomó por una afirmación. Se aproximó a la mesa, se bebió el vino como si acabara de recordarlo, y continuó con nuevos bríos.

—Se hará justicia. El pueblo lo verá y nosotros olvidaremos todo esto. No busquéis más, Segismundo, os libero de vuestra tarea.

—Con el permiso de Vuestra Excelencia, tal vez haya más cosas por descubrir. — La voz profunda de Segismundo era respetuosa, pero implicaba objeciones, y el duque vacilaba aún cuando terció Paolo:

—Siempre habrá más cosas que descubrir, igual que hay secretos en todas las familias. Lo que desea Su Excelencia es que vuelva a reinar la paz. Ceded vuestra autoridad como Su Excelencia desea.

Segismundo se quitó el anillo ducal y se lo entregó a su dueño. El duque se lo puso en el dedo y extendió la mano para que Segismundo lo besara.

—Seréis recompensado. Hablaremos más tarde. —Era una despedida. Segismundo se retiró. Violante lo siguió con una mirada especulativa. La expresión del señor Paolo sugería que su hermano se mostraba excesivamente generoso con un hombre cuyos servicios se habían limitado a devolver el oro de un mercader y a un enano muerto; a menos que se considerara que una esclava muerta mejoraba su actuación.

Benno mascaba alguna cosa distraídamente cuando Segismundo lo encontró apoyado en una columna fuera de la cámara del Consejo. Dos guardias lo miraban de soslayo, poco habituados a ver en palacio a bobos no oficiales. Benno se alegró de

ver a su amo y lo miró con aire de propietario. Mientras se alejaban por los pasillos y corredores, comentó:

—Entonces, ya no tenéis el anillo, ¿verdad? ¿Lo habéis devuelto al duque? Eso significa que ahora podemos ir a buscar a la señora Cósima, ¿no es eso?

«Los augurios son excelentes»

En la diminuta estancia elegida por Segismundo cuando disfrutaba de la autoridad del duque el olor podía rastrearse desde Benno hasta la paloma muerta que colgaba allí. Benno la mostró orgullosamente, separando las plumas para comprobar el estado de la carne.

—Madura perfectamente, pero necesita un poco más. Nos la llevaremos con nosotros, nos vendrá bien. ¿Adónde vamos? —Metió el ave en una bolsa y estaba a punto de meter también la capa enrollada de su amo, cuando intervino la mano de éste y se la quitó—. Oh, claro, la necesitaréis. Ojalá yo tuviera algo tan grueso. —Un objeto blanco y peludo emergió inesperadamente de debajo de una manta de caballo que se había agenciado Benno, dio unas cuantas sacudidas, aguzó la oreja y meneó la cola esponjosa.

—Lo has lavado. Ya era hora.

—Bueno, no lo habría hecho de no ser por las pulgas. Parecía la ciudad de las pulgas. —Benno se interrumpió de repente y se llevó una mano a la boca—. Oh, tenía que decir algo, pero supongo que querréis partir primero.

Segismundo inspeccionó la habitación, despojada de sus escasas pertenencias, y se ató la capa alrededor de un hombro. Se aseguró de que la bolsa de oro que le había entregado el mayordomo del duque estuviera bien atada, y se volvió hacia Benno.

—Primero dime qué era, o no iremos a ninguna parte.

Benno se echó la bolsa al hombro y puso cara de resignación.

—Ha venido uno de los hombres de Ugo Bandini. Le he dicho que estabais con el duque y que podía decirme lo que fuera a mí. Me conoce, porque solíamos pelearnos siempre que nos veíamos, por ser yo un hombre de Di Torre. Le he puesto más ojos a la funerala de los que recuerdo. —Benno se frotó la mandíbula como si recordara lo que había recibido a cambio—. Ugo Bandini quiere veros.

—¿Sigue en casa del cardenal Pontano?

—No. Ha vuelto al palacete Bandini para mesarse a gusto los cabellos por su hijo. Según he oído, el cardenal se cansó de sus gemidos y lamentaciones, así que debió de decirle algo así como «Nos veremos en la ejecución. Rezaré por vos, hijo mío».

Benno tenía que andar deprisa para mantenerse a la altura de Segismundo, cuyo paso a través de palacio fue acompañado de mil y una miradas y rumores, igual que antes, pero con una sutil diferencia, como si de algún modo se percibiera que ya no llevaba el anillo del duque.

—¿Bandini juró su inocencia sobre el altar de santa Inés?

—Y habría jurado la de su hijo si lo hubieran dejado. El duque estaba furioso porque había pedido protección al cardenal. Dijo que él no era un tirano y que Bandini podía confiar en que haría justicia. —Mientras iba dando saltos para seguir a su amo, Benno añadió—: A mí me parece que es de eso de lo que tiene miedo. En cualquier caso, ha vuelto a la casa familiar y quiere veros. Supongo que iremos, ¿no? Después iremos a buscar a la señora Cósima, ¿no?

Segismundo replicó frotándole la cabeza con fuerza, lo que, además de despeinarlo aún más, hizo que se tambaleara y adelantase a su amo por una vez. Abandonaron el palacio, pero no por las puertas del castillo y la larga rampa, sino por la más moderna que daba a la plaza. El perro empezó a moverse en círculos persiguiendo nuevos olores.

—He pensado llamarlo *Biondello* —dijo Benno—, como al otro. No es tan bonito, quiero decir que no es el perro de una dama, pero es pequeño y blanco.

—Ahora sí —comentó Segismundo.

Cruzaron la ciudad por las callejas y patios que Benno conocía y que constituían la ruta más corta. *Biondello* despreciaba tales rutas. La ciudad era un lugar de olores milagrosos, y llegó a correr el doble de distancia que sus amos sin alejarse nunca demasiado de ellos. No obstante, halló un maravilloso montón de basura, perteneciente a una familia de cerdos, que lo expulsaron rápidamente. También lo echaron a patadas de una tienda, y fue golpeado con precisión por un mendigo ciego al que investigaba. Bajaba brincando por una calle angosta entre altos edificios, por delante de los dos hombres, en el momento en que se produjo el segundo ataque.

Cuando la figura embozada emergió de un callejón lateral y se abalanzó sobre Benno, éste se limitó a dejarse caer como una flor segada por la guadaña. El golpe de su atacante cayó con fuerza mortal sobre el hombre que había detrás y que en ese momento atacaba a Segismundo, que lo apartó, y estaba a punto de ocuparse del atacante de Benno, cuando saltó sobre él un tercero. Éste había estado agazapado sobre un muro y seguramente pretendía derribar a Segismundo, pero el leve ruido que hizo su cuerpo al caer bastó para frustrar el efecto sorpresa. Segismundo lo asió con manos como garfios y lo aplastó contra el muro. Mientras repetía esta operación varias veces, el primer atacante se inclinó sobre Benno y echó el brazo derecho hacia atrás para preparar un puñetazo. En ese momento los jóvenes y penetrantes dientes de *Biondello* se cerraron sobre la parte posterior del muslo del agresor, que se irguió con un grito infrahumano y *Biondello* aún colgando de su pierna.

Segismundo dejó caer al hombre que sujetaba y le profirió un puñetazo demoledor en la nuca al que seguía aullando.

Benno fue el único en levantarse del suelo. La callejuela había sido hollada recientemente por los cerdos. *Biondello* dio unas sacudidas y liberó sus sentimientos con una serie de furiosos ladridos. Por defender a sus amos había actuado en contra de todo lo que hasta entonces había condicionado su corta vida, y estaba absolutamente perplejo. Segismundo vio al primer atacante con el cuchillo del

segundo clavado en la espalda, y miró a la víctima de *Biondello*, que yacía con los ojos abiertos hacia el cielo; le salía sangre por la comisura de la boca y por una oreja. El perro se calmó por fin al ver que nada más ocurría y levantó la pata sobre el cuerpo más cercano.

Segismundo izó al tercer atacante, que se había arrojado desde lo alto del muro, y le cogió la cara entre sus anchas manos.

—¡Háblame! Ah... —Emitió un murmullo de desaprobación—. Otra vez sin nadie que nos diga nada. —Dejó caer el cadáver—. ¿Conoces a alguno de estos, Benno?

Benno, que estaba registrando los cuerpos sin vida, se detuvo para examinar sus rostros.

—No. A mí me parecen matones de taberna.

—¿Y quién los ha contratado? Empezamos a ser demasiado buenos, Benno.

El plural del verbo, «empezamos», hizo que una lenta sonrisa se abriera paso a través de la lamentable barba de Benno.

El palacete Bandini era un edificio mucho más moderno que la casa Di Torre. Esta última era el reflejo de una prosperidad bien establecida, pero la morada de Bandini estaba diseñada para demostrar al mundo que la familia podía permitirse contratar a los arquitectos más famosos. Un pórtico clásico enmarcaba la entrada principal; sus columnas flanqueaban unas musculosas estatuas de mármol que mostraban más tensión que tacto en sostener las armas Bandini. En el interior todo lo susceptible de ser dorado, lo era, y todos los techos tenían un cielo pagano rebosante de ninfas.

A Benno le fueron negadas tales revelaciones. Juzgó más conveniente quedarse en la calle por temor a excitar a los hombres de Bandini, que conocían su antigua posición, o a que lo echaran por su suciedad. Se dispuso a pasar el tiempo cómodamente contemplando a toda mujer interesante que acertara a pasar por allí.

Su amo fue invitado a entrar en la casa, pasó junto a una compleja representación de Apolo y Dafne, a una enorme tabla en relieve de una diosa recompensando a la Piedad o al Conocimiento, y por un vestíbulo con exceso de columnas para llegar a la nueva y extraordinaria biblioteca de Bandini, que estaba llena de libros por los que había pagado una fortuna y que probablemente nadie leería, sobre todo si ejecutaban a su hijo.

Bandini había envejecido desde la última vez que lo viera Segismundo en presencia del duque, más aún que su enemigo Di Torre ante la pérdida de su Cósima. Cada uno de los lúgubres pliegues de su rostro se había profundizado como si el dolor tironeara de ellos hacia adentro, y tenía los párpados hinchados.

—¿Le habéis dicho al duque que os he pedido que vengáis?

—Ya no trabajo para Su Excelencia, señor. No era necesario.

Los ojos inyectados en sangre de Bandini brillaron con un nuevo fulgor.

—¿Estáis en libertad de trabajar para otros? ¿Para mí?

El murmullo de Segismundo fue neutral, inquisitivo.

—¿Y qué trabajo sería ése, señor?

Ugo Bandini hizo un gesto extrañamente furtivo para que Segismundo se acercara más a él, y entonces susurró con voz ronca:

—Encontrad a la hija de Di Torre y os pagaré más de lo que os pueda dar jamás el duque.

Segismundo no dio muestra alguna de que aquella petición le pareciera una ironía. Muy al contrario, permaneció con la cabeza cortésmente ladeada, lo cual trajo a la mente de Bandini el desagradable recuerdo de un sacerdote oyendo confesión, y concretamente, la confesión final que tal vez su hijo tuviera que hacer al cabo de poco tiempo. Estuvo a punto de tocar la manga de Segismundo para dar mayor énfasis a la importancia de la tarea, pero descubrió en sí mismo cierta reticencia a tocarlo. No obstante, el atento silencio de Segismundo lo obligó a dar más explicaciones de las que había previsto.

—Su Excelencia me ha mandado llamar. Ahora cree —y con ese «ahora» Bandini quería decir «ahora que cree que mi hijo asesinó a la duquesa»—, que no fue el propio Di Torre sino yo quien se llevó a esa desgraciada muchacha. Me ha emplazado a devolverla antes de que termine la semana. —Ambos hombres sabían qué ocurriría para entonces.

—¿Dónde creéis que se halla, señor?

—¡En la casa de campo de ese viejo zorro! Ahí es donde deberíais buscarla. — Ugo Bandini dio un puñetazo sobre el pulido mármol carmesí de la mesa de su nueva biblioteca, haciendo que unos cuantos rollos de cuentas resbalaran al suelo—. Intenta eliminarme, a mí y a los míos. No consigo imaginar cómo lo ha logrado, pero estoy convencido de que es el causante de la desgracia de mi hijo. No extrañaría a su carácter el haber matado a la duquesa para conseguir sus fines. No se detendría ante nada para causarme sufrimiento. —Las lágrimas que surcaban los pliegues de sus mejillas sin duda habrían alegrado a Di Torre.

—¿Tengo libertad para llevar la investigación del modo que mejor me plazca? — preguntó Segismundo.

La reticencia de Bandini se deshizo ante la intensidad de sus sentimientos y aferró a Segismundo por el brazo.

—Sí, sí. Y también oro, todo cuanto deseéis; mi mejor caballo, mi servidumbre entera están a vuestra disposición. Encontrad a la chica. Encontradla, y tal vez el duque se muestre clemente. Mi hijo no debe morir. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas y una cayó sobre la mano de Segismundo.

Una llamada a la puerta los interrumpió. Un hombre con una túnica de color índigo asomó la cabeza.

—Un mensajero, señor. Dice que es muy importante.

Bandini frunció el entrecejo, irritado por la sorpresa. Por un instante pareció dispuesto a despedir a quien así lo interrumpía, pero acabó soltando el brazo de

Segismundo y se acercó a la puerta, donde el hombre le susurró al oído, haciendo un sonido semejante al de una mosca atrapada. Bandini frunció aún más el entrecejo, hizo una seña en dirección a Segismundo indicando que debía esperar, y salió apresuradamente en pos de su secretario.

Al quedarse solo, Segismundo se paseó por delante de las estanterías, deteniéndose de vez en cuando para sacar un libro, examinar la encuadernación dorada, abrirlo y leer un poco. Seguía haciendo lo mismo casi media hora después, cuando Bandini regresó y lo miró fijamente con recelo y sorpresa. Segismundo se volvió con el libro en las manos y un murmullo de regocijo.

—Estaba consultando las *sortes virgilianae*, las profecías virgilianas. Los augurios son excelentes. —Leyó—: «*Nusquam abero, et tutum patrio te limine sistam*», que podría traducirse como: «No te abandonaré en ningún lugar y te depositaré a salvo en el umbral de tu padre».

La boca de Bandini, que se había abierto al ver que un hombre cuya categoría era apenas mayor que la de un soldado sabía leer en latín, se cerró de nuevo sin haber hallado nada satisfactorio que decir.

Curiosamente, sus maneras habían cambiado; parecía tan impaciente como antes por que Segismundo se pusiera en marcha, y continuó haciendo movimientos convulsivos e inconscientes con las manos hacia la puerta. Sin embargo, había desaparecido toda urgencia personal.

—Cualquiera podrá indicarnos dónde se encuentra la casa de campo de Di Torre. Tal vez haríais bien en decir que vais de parte del duque.

Segismundo negó enérgicamente con la cabeza.

—A Su Excelencia no le gustaría. Si por casualidad se enterara...

—Oh, claro, claro. Obrad como mejor os parezca. —Bandini cogió una campanilla de plata con forma de pera y la sacudió. El hombre de la túnica de color índigo debía de hallarse junto a la puerta, pues entró rápidamente y sostuvo la puerta abierta para que saliera Segismundo. Éste, sin embargo, se detuvo al llegar a Bandini y murmuró cordialmente:

—¿Los gastos, señor?

Bandini pareció molesto. Agitó las manos en dirección a la puerta.

—Está resuelto. Mi secretario...

—¿Y los caballos?

La expresión de Bandini no estaba muy alejada de la que habría puesto cualquiera al que se le solicitaran unos camellos, pero gesticuló con mayor ampulosidad si cabe y replicó:

—Él se encargará. Acompañadle.

Segismundo inclinó la cabeza y abandonó la biblioteca; no le pasó inadvertido el profundo suspiro que emitió Bandini antes de que la puerta se cerrase. Benno inspeccionó el caballo con ojo experto, pero en absoluto impresionado.

—No puede compararse con el del duque.

Segismundo dio una palmada en el flanco del gran caballo bayo que había elegido.

—Hemos tenido suerte de hacernos con estos. Si Bandini hubiera ido a las cuadras en persona nos habría recompensado con un par de jamelgos con parásitos. —Se metió la mano en la pechera del jubón—. Si no te gustan los caballos, prueba con el dinero.

Benno recogió la bolsa en el aire y la sopesó. Luego la desató y miró el contenido. Alzó los ojos llenos de interrogantes.

—Cómprale un hueso a *Biondello*, Benno. No dará para mucho más.

El recién bautizado perro, que se había acercado para trazar círculos alegremente alrededor de Segismundo, ladró al oír su nombre como si ya se lo hubiera aprendido y hubiera entendido perfectamente la referencia a la comida. A una inclinación de cabeza de su amo, Benno enterró la bolsa en un lugar indeterminado entre los sospechosos pliegues de su túnica de lana y procedió a asegurar la cincha del caballo, que cogía aire con gran picardía para que quedara más suelta. Benno era demasiado curioso para observar la regla de no hacer preguntas, y adivinaba que el estado de ánimo de Segismundo era propenso a la indulgencia.

—¿Para qué es el dinero, pues? ¿Para amamantar a un mosquito?

—Pago por adelantado por hallar a la señora Cósima.

Benno soltó la cincha y lo miró fijamente.

—¿No la tiene él, entonces? ¿O es un truco? Si no fueron bandidos, ¿qué otro pudo habérsela llevado? El viejo bellaco... mira que pediros que la busquéis.

El caballo había soltado aire inadvertidamente, lo que aprovechó Benno para apretar la cincha.

—Debe de creer que no seréis capaz de encontrarla. Se equivoca otra vez, ¿no? ¿Para qué quiere que la encuentren, además? ¿Cree que mi antiguo amo vendrá corriendo a babearle y decirle: «Os perdono ahora que se ha hallado a mi hija, y me gustaría decir que fui yo quien tendió la trampa a vuestro hijo, qué lástima lo de la duquesa, lo siento mucho, Excelencia»? —Benno se rascó la barba, sin resuello pero victorioso en sus conclusiones.

Segismundo aceptó el discurso con un movimiento de la cabeza y Benno, que había terminado con los caballos, cogió a *Biondello* y lo acunó al tiempo que le decía con voz melosa:

—Vamos a ver a tu señora. Espera y verás. —Miró a Segismundo mientras éste montaba y el caballo agitaba la cabeza y caracoleaba para probar la mano que lo conducía. Luego se metió el perro bajo el jubón y montó a su vez—. ¿Adónde vamos, entonces? Con ese dinero no llegaremos muy lejos, ni con estos caballos. Puede que el vuestro fuera el único adecuado para vuestro peso, pero ya está viejo y ha corrido mucho.

—El dinero habla —dijo Segismundo, iniciando la marcha—. A Bandini le importa un comino que encontremos a la dama o no.

—Pero ¿no habéis dicho que os ha mandado llamar para eso?

—Y al principio eso era lo que él quería por encima de todo. Luego ha visto a alguien que le ha hecho cambiar de opinión. ¿Quién ha entrado en la casa mientras esperabas?

Benno reflexionó, rascándose la barba de nuevo y luego la cabeza de *Biondello*, que asomaba, con un sonido muy parecido en ambos casos y seguramente el mismo efecto en los activos moradores de ambas.

—Nadie salvo un par de monjas. Iban bien embozadas, como si llegaran de un largo viaje con mal tiempo. Las monturas tenían mal aspecto, cubiertas de fango y agotadas. He hablado un momento con el mozo antes de que alguien reclamara su presencia. Tenía un acento extraño, seguro que venía de Castelnuova. Parecía creer que aquí todos somos asesinos; no dejaba de mirarme como si fuera a sacar un cuchillo y a clavárselo en las costillas por diversión. Os aseguro que por el aspecto que traía no habría valido la pena.

—Monjas. ¿A qué convento pertenecían?

—No se lo he preguntado.

—Pregunta siempre..., sobre los demás.

Benno sonrió.

—Eran monjas benedictinas. Lo sé sin necesidad de preguntarlo. Hay un gran convento benedictino en Castelnuova. ¿Por qué?

Segismundo azuzó el caballo en respuesta, y Benno lo siguió, llenando a un mendigo de suciedad al pasar por un charco, y agachándose después para esquivar la piedra que éste le lanzó acompañada de una maldición. Sin aminorar la marcha Benno le mostró dos dedos para alejar el mal de ojo y rezó para que, fueran a donde fueran, viese pronto a la señora Cósima.

La villa campestre de la viuda Costa se hallaba situada sobre una colina, como la casucha en que había nacido Poggio, pero todo parecido acababa ahí. Altos setos de acebo, ventanas con postigos y tejados bien cuidados amortiguaban el efecto del fuerte viento. Una pequeña avenida de álamos conducía desde la carretera a las puertas de hierro forjado, que estaban abiertas, y cuando enfilaron por ella, un hombre que rastrillaba la gravilla delante de la casa alzó la vista y se quitó la gorra. Ciertamente, los huéspedes no eran extraños en aquella casa.

Benno, que no tenía la menor idea de dónde se hallaban ni por qué, se alegró de desmontar y estirar las piernas. Permitted que *Biondello* regara la gravilla y se dejó conducir por una muchacha entrada en carnes a las dependencias de los criados para comer. El hombre del rastrillo llevó a los caballos a las cuadras que había detrás de la casa, mientras que una alegre criada de unos catorce años, que llevaba un delantal demasiado grande para ella, preguntaba a Segismundo a quién debía anunciar. Segismundo se llevó un dedo a los labios. La muchacha sonrió y se le hicieron unos hoyuelos en las mejillas, pero condujo a Segismundo hasta la puerta de la viuda, dejándole allí para que la sorprendiera.

—¡Huberto!

La mujer vestida de negro que estaba sentada leyendo a la luz de una vela se levantó al tiempo que lanzaba un grito de alegría. El libro resbaló de la mesa taraceada cuando la mujer corrió hacia Segismundo con los brazos abiertos; sus faldas de seda susurraban al viento como hojas de otoño. Tanto su rostro como su cuerpo, eran todo curvas; sus ojos negros tenían forma de almendra y cuando abrazó a Segismundo sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa.

—¿Cuánto hace? Dos inviernos y hete aquí de nuevo, con el mismo aspecto de siempre. Ojalá el tiempo nos tratara tan bien a las mujeres. —Se volvió hacia la otra mujer, que también se había puesto de pie, pero que sujetaba su rosario como si hubiera de necesitarlo para espantar demonios en cualquier momento. El tiempo la había tratado con menor benevolencia que a la viuda, aun cuando ambas tenían la misma edad; en ella las curvas se habían vuelto flácidas y un visible bozo daba realce a sus rasgos, sin mejorarlos.

—Permitidme que os presente a Huberto, querida. Compañero de armas de vuestro hermano y queridísimo amigo mío. —Se colgó del brazo de Segismundo, mirándolo con afecto—. Espero que hayas venido para quedarte una temporada.

Benno disfrutó de una copiosa comida en la cocina; consiguió impresionar a la moza gorda e incluso a la cocinera con su apetito y un relato, al que contribuyó generosamente con mímica, del banquete de bodas de palacio. Benno esperaba que su amo se lo pasara igual de bien. Le aseguraron que la viuda era una buena ama y muy bondadosa, y que le agradaba tener compañía. Benno expresó entonces el deseo, absolutamente desinteresado, de que aquella amable y acogedora señora no distrajera a su amo de su objetivo.

Biondello, que emitía groseros sonidos mientras roía un hueso a los pies de su amo, no tenía tales temores. Era un perro que vivía al día. Desde que había abandonado su aldea natal vivía en el paraíso, y sus pulgas —las que habían sobrevivido al baño—, no daban crédito a su suerte.

La noche transcurrió agradablemente para todos. Incluso su cuñada había quedado encantada con Segismundo durante la cena, y se sintió impulsada a añadir a la larga lista de peticiones que hacía arrodillada junto a su cama una plegaria especial para los valientes soldados. Igualmente preocupada por su bienestar, la viuda no perdió tiempo en rezos.

Aunque durmió ante el hogar de la cocina con *Biondello* en lugar de acompañar a la muchacha entrada en carnes como había esperado, Benno se sentía absolutamente satisfecho. Había visto más cosas interesantes en unos pocos días que en toda su vida, y se durmió convencido de que Segismundo rescataría a la señora Cósima por muchos avatares que mediaran en su camino.

El temor que tenía Benno a que su estancia se prolongara se desvaneció hacia el alba, cuando lo despertaron y le dieron órdenes. Se puso de pie, tambaleante, calmó el entusiasmo de *Biondello* por la acción, y se dispuso a procurarse comida. Se

hallaba en las cuadras cuando oyó risas en lo alto de la casa. El mozo de cuadra y jardinero, que andaba medio dormido, le ayudó a sacar dos caballos de la casa Costa. Benno cogió sus alforjas con la paloma dentro, cada vez más fácil de identificar desde lejos, aceptó unos cuantos albaricoques y, haciendo chasquear los dedos para llamar a *Biondello*, pisó la crujiente grava frente a la casa llevando los caballos de las riendas. Antes de montar, besó su medalla de san Cristóbal y apretó el hocico bien dispuesto del chucho contra ella.

Por encima de las colinas, el amanecer amarillo limón arrojaba una pálida luz sobre los muros de la casa y sobre un postigo que se abría. Cuando Segismundo, envuelto en su capa y con la capucha bajada, subió a lomos de su caballo gris, una mano lo despidió desde la ventana abierta. Segismundo alzó la suya en respuesta.

Las puertas de hierro forjado seguían abiertas. Al volverse para mirar hacia atrás, Benno vio que su amo sonreía. También le pareció que, bajo la capucha, llevaba un griñón.

«Llámame señora»

Benno no preguntó nada porque pensó que aún estaba dormido y que imaginaba cosas, pero cuando perdieron de vista la casa de campo y descendieron por el empinado sendero entre álamos, Segismundo dejó que la capucha le cayera hacia atrás.

Benno lo contempló atónito.

La fuerte línea de la mandíbula quedaba disimulada por el griñón, que se cerraba sobre la cara hasta el mentón, formando un triángulo con la banda que ocultaba la frente hasta las cejas; un triángulo deliberadamente femenino que sólo permitía ver los ojos negros, la nariz y la boca. Benno percibió por primera vez las espesas pestañas y el trazo sensual de los labios. En las calles de Rocca había visto matronas con rostros tan autoritarios como aquél. Segismundo sonrió y volvió a echarse la capucha sobre el negro velo de la toca. *Biondello* también asomó la cabeza para echar un vistazo.

—Ahora sirves a una viuda, Benno, a doña María Dolores, viuda española de un primo de Jacopo di Torre. Cabalga junto a mí y cuéntame todo lo que sepas sobre la infancia y los parientes de la señora Cósima.

Benno, que un principio expresó la opinión de que no sabía nada sobre ese tema, descubrió que en agradable conversación con aquella extraña figura de mujer podía contar muchas cosas. El tiempo iba transcurriendo y la persona que cabalgaba junto a él le parecía cada vez más femenina, tanto por el porte como por su manera de conducirse. La voz se moduló hasta acabar siendo la de una contralto y, paulatinamente, Benno empezó a ver a una mujer como tantas otras que había conocido: grande, algo masculina, pero con una serie de diferencias que no podía determinar exactamente, aunque le habían hecho olvidar a su amo y aceptar la transformación. Habló de las celebraciones familiares en la casa Di Torre, de los chismes de los criados acerca de los invitados, y de largas discusiones en las veladas de invierno sobre materias tales como la relación del viejo Matteo di Torre con una de las invitadas de Navidad, y del propio Jacopo con los padrinos de los hijos varones que no habían sobrevivido. La repetición y el orgullo de Benno por la familia que había servido habían dejado una honda huella en su memoria. Cuando se apartaron de la carretera en dirección a un lugar protegido bajo un risco para comer y beber, la viuda pudo decir sin la menor vacilación:

—Sí, soy María Dolores di Cornuto. Estaba casada con ese primo veneciano. Pero no des más explicaciones a nadie. Llámame señora. Y a partir de ahora, hasta que te

diga lo contrario, siempre que estemos en compañía abre la boca y no dejes que se te escape nada por ella.

—Bueno, ¿y adónde vamos, señora? —No tenían compañía alguna y la viuda Cornuto estaba de buen humor. Benno recordó las risas que había oído en la planta superior de la casa al amanecer.

—¿No conoces ninguna de las carreteras de los alrededores de Rocca? ¿No sabrías decirme en qué dirección vamos?

—Nunca he estado en ningún sitio, aparte de Rocca y la casa de campo del señor Jacopo. Me gustaría ver el mundo, como Kiev y Compostela y todo eso.

—Por el momento vayamos al convento benedictino del que hablabas antes. Si las monjas de ese convento han ido a ver a Ugo Bandini, y después de haber hablado con ellas éste ya no deseaba que buscara a la señora Cósima, debe de ser porque había descubierto su paradero. Y ¿qué mejor lugar para ocultar a una joven doncella que un convento?

—Si no fue Bandini, ¿quién la llevó hasta allí?

El rostro tan extrañamente feminizado se volvió hacia él con las cejas tan levantadas que tocaban la banda de la frente.

—Cuando descubra la respuesta, Benno, puede que incluso te lo diga.

Siguieron cabalgando en silencio; Benno digería mentalmente todo lo que le había dicho su amo. Había dejado a *Biondello* en el suelo para que corriera un rato. El chucho se mantenía pegado a los caballos, inseguro, pero interesado por la cuneta. Esquivó a un leñador que, embozado hasta los ojos y con los pies y las piernas envueltos en trapos, pasó por su lado conduciendo a un burro de la brida y sin echar una ojeada siquiera a la mujer y su mozo. *Biondello* había aprendido que la mayoría de los seres humanos daban patadas o arrojaban cosas, y se mantuvo bien cerca de sus dioses, que no hacían nada de eso. Luego se cruzaron con un carro que crujía tras una yunta de bueyes que caminaban como sonámbulos, haciendo balancear la papada. Unos metros antes uno de ellos había dejado sus excrementos en la carretera y una bandada de pájaros los picoteaba sin mucha convicción. *Biondello* los espantó.

—Entonces, ¿qué pasa con Leandro Bandini? —preguntó Benno, que esperaba obtener algunas respuestas—. ¿Creéis que fue él quien lo hizo? ¿Por qué iba a actuar entonces de aquella manera en el banquete, dándole el corazón a la duquesa en lugar de a la novia, y bailando de ese modo encima de la mesa?

—¿Crees que lo hizo bien?

—Ni un volatinero lo habría hecho mejor. Hasta que derramó el vino sobre la duquesa, pero supongo que lo hizo a propósito.

El rucio, que se puso delante cuando la carretera se estrechó, elegía su camino con cuidado por la pendiente pedregosa. La voz de Segismundo llegó hasta Benno por encima de su hombro.

—Muy profesional, como dices. ¿Has intentado bailar alguna vez sobre una mesa de esa manera? Había dos disfraces de salvaje. Leandro sólo podía llevar uno.

Benno se apresuró a alcanzar a su amo cuando la carretera volvió a ensancharse, y se inclinó para recoger a *Biondello* y metérselo de nuevo bajo el jubón para calentarle las patas heladas.

—¿Creéis que fue un volatinero quien mató a la duquesa?

El rostro desconcertante se volvió hacia Benno con expresión de regocijo.

—Mmm. Tal vez tengas razón. Es una idea, Benno. Un volatinero podría sentir rencor contra la duquesa por algún motivo y mandarle el disfraz de reserva a Leandro con un mensaje falso, sabiendo que, por ser un Bandini, necesitaría un disfraz para entrar en palacio. Me gustaría saber dónde está ahora ese volatinero. Podría contarnos algo interesante.

—O tal vez le pagaran para que la matase. ¿Y qué pasa con Poggio? Él sí que tenía un motivo; la duquesa había hecho que lo expulsaran de palacio. ¿Por qué no pudo ser él el asesino?

Ambos hombres se santiguaron al pasar por delante de un pequeño altar que había en el camino. La figura de la Virgen con la túnica descascarillada en los bordes miraba serenamente un ramillete de hiedra que alguien había colocado en un jarrón de arcilla a sus pies.

—No es imposible que fuera Poggio.

—¡Pero vos lo dejasteis marchar!

—Sé dónde encontrarlo —replicó Segismundo—, y ahora él cree que está a salvo. Se quedará con aquella compañía ambulante a menos que se pelee con ellos.

Benno meditó unos instantes. Su capa tembló allí donde *Biondello* se rascaba furiosamente una oreja.

—¿Vio Poggio a alguien, si es que no lo hizo él?

—Al principio no había visto a nadie, luego su madre lo convenció de que lo colgarían más rápido si callaba que si decía la verdad. Y tal vez mi espada lo ayudara.

—Entonces vio...

Una convulsión particularmente fuerte de las patas traseras de *Biondello*, hizo que el chucho saliera disparado de debajo de la capa y cayera en tierra con aire sorprendido. Segismundo apartó al rucio para esquivarlo y se adelantó mientras Benno desmontaba y recogía al perro.

—¿Vio a alguien? —preguntó Benno en cuanto alcanzó a su amo, temeroso de que el indulgente estado de ánimo de éste se hubiera disipado. La respuesta lo dejó boquiabierto—. ¿La señora Violante? ¿Qué estaba haciendo allí?

—Fue a coger algo que en su opinión le pertenecía, en un momento en que estaba segura de que el dormitorio había quedado vacío. Se trataba de una joya que la antigua duquesa le había prometido. Eso me contó ella. También podría haber ido allí para matar a la duquesa, o para aprovechar la oportunidad mientras dormía. Dijo que había visto salir a alguien envuelto en una capa, y que creyó que era la duquesa. Pudo ser cualquiera, hombre o mujer. Tal vez ella entró en el dormitorio, cogió la joya, vio a la duquesa, pensó que la había descubierto mientras robaba y la mató. Es una joven

muy impetuosa.

—Si fue ella —dijo Benno, siguiendo la idea con asombro—, y vos se lo dijerais al duque, sería vuestro fin, ¿no? «Bueno, Excelencia, fue la señora Violante quien lo hizo». «Ah, gracias. ¡Guardias! Llevaos a este hombre y colgado».

Otro carro se cruzó con ellos entre crujidos y lamentos. Sus cuatro bueyes avanzaban laboriosamente, arrojando piedras y resquebrajando el agua congelada de los charcos, sin alterar el paso a pesar del látigo que chasqueaba ni de los gritos del hombre que andaba junto a ellos. El ejercicio había calentado a aquel hombre, que los saludó alegremente y recibió una respuesta recatada por parte de la viuda. Benno tardó un rato en volver a hablar.

—¿Por qué os despidió Su Excelencia? ¿Cree él que fue la señora Violante?

—Dudo mucho que lo haya pensado siquiera. En su mente no hay más que lo que yo le he metido: que la duquesa no mostraba signos de haber sido forzada, ni muñecas amoratadas ni golpes por ningún lado. Se había acostado con un hombre por voluntad propia. Poggio no oyó gritos de protesta y se hallaba en la pequeña habitación que hay en su dormitorio, a unos metros apenas. El duque no quiere saber nada de los amantes de la duquesa. Como dijo su hermano, en todas las familias hay secretos.

Benno cabalgó en silencio durante un rato, ajustándose a los esfuerzos de *Biondello* por ponerse cómodo. Luego aventuró:

—Y si el duque la halló con un amante...

—El joven Leandro no estaría aguardando la muerte todavía.

—Nadie habría culpado al duque, ¿no?

—Puede que incluso el duque Hipólito hubiera tenido que aceptar la muerte de su hermana.

—¿Sabéis lo que oí en palacio después? Decían, a escondidas, claro, que el duque la había matado en uno de sus ataques de ira, igual que a la duquesa María.

—¿Cuál es la versión que has oído sobre esa otra historia?

—Que envió a sus perros a perseguirla y ellos le abrieron la garganta. —Benno lo explicaba con el deleite de un cotilla—. Todo el mundo lo ha oído. Claro que en su momento se anunció que había sido un accidente, que los perros se habían vuelto locos y que habían saltado sobre un mono que llevaba la duquesa. El duque mató a los perros personalmente. Me dio mucha pena cuando me enteré. Yo sólo era un muchacho de los establos. Pobres perros, ¿qué sabían ellos? —Benno acarició al dormido *Biondello*—. Debería haber sentido pena por la duquesa, de la que todos decían que era tan buena. ¿Creéis que el duque mató también a esta duquesa?

La viuda se encogió levemente de hombros.

—Quienquiera que fuese lo dispuso de modo tal que Leandro Bandini cargara con las culpas. Puede que fuera realmente la señora Violante quien le enviara un mensaje. El duque está dispuesto a poner fin a esa enemistad que perjudica su gobierno. ¿No es improbable que la exacerbara aún más? Desde la muerte de la duquesa ha habido

disturbios en las calles entre los partidarios de Bandini y los de Di Torre, y un hombre está a punto de morir como consecuencia de esas reyertas. ¿Es ésa la paz del duque?

Se detuvieron en la cima de una colina. El valle se extendía a sus pies, así como los muros y edificios de una ciudad distante, blanca y roja en contraste con las colinas más lejanas, que eran de un tono azulado. Hacía más calor ahora. La viuda se echó la capucha hacia atrás y se arregló el velo con una mano.

Benno miraba el paisaje sin verlo, acuciado por una desagradable idea.

—Podría haber sido mi antiguo amo, ¿sabéis? El señor Jacopo pudo enviar el disfraz y lo demás al hijo de Bandini, y haber alquilado al volatinero para conseguir que la duquesa se retirara para cambiarse de vestido, y echarle la culpa a Leandro. Creedme, sería capaz. No se hace una fortuna como la suya si se tiene miedo de los trucos sucios. Además, fingió que habían raptado a mi señora.

—¿Cómo iba a conseguir él que la duquesa despidiera a sus damas? ¿Acaso sugieres que era él su amante secreto?

Benno soltó un bufido. Ambos contemplaron la vista panorámica. El rucio relinchó y se frotó el hocico contra la pata delantera. Un pájaro, un cuervo por su tamaño, volaba pesadamente en la distancia en dirección a la ciudad; una bandada, puntos negros en la distancia, se afanaba en saquear un campo. Benno se desató la cinta que le sujetaba la capa al cuello, mientras que media hora antes envidiaba las faldas de la viuda.

—Fue el amante el que lo hizo, ¿verdad? Tuvo que ser él, si es que esperaba a alguien. Pudo ser Leandro después de todo, ¿eh?

El enérgico perfil que asomaba bajo el velo se mostraba pensativo.

—Tal vez mintió, igual que Poggio, pero si un hombre se acuesta con una mujer quedan huellas que no pueden disimularse. Yo lo ayudé a quitarse el disfraz de salvaje en la prisión poco después, y no tenía nada. Y olí el aroma de hierbas en su aliento que me hicieron creer que lo habían drogado.

—¿Por qué no lo mató el duque cuando lo encontró?

—No lo encontró. Tal como yo lo veo, querían que Leandro fuese hallado junto a la duquesa, que lo encontrara el duque, quien probablemente lo mataría, o quizá sus guardias. Pero Leandro estaba medio consciente e intentó moverse, y entonces cayó entre la cama y las cortinas, donde lo descubrí. Había perdido el conocimiento y el duque no iba a matarlo así.

—Sé que es un Bandini, pero lo siento por él. Me sabría mal que lo ejecutaran. Pero si no fue él, ¿cómo descubriréis quién era el amante? No es probable que vaya a pedirle perdón al duque. Y el duque tampoco quiere que vayáis por ahí preguntándolo. Eso es lo que se llama un callejón sin salida, diría yo.

Segismundo apretó las riendas y acarició los flancos del rucio.

—Eso está por verse, Benno. Y ahora cumple con tu voto de silencio. Con lo que llevas hablado te sirve para cuatro días.

La viuda, su mozo y el perro reanudaron la marcha hacia Castelnuova.

No hay tiempo que perder

A primera vista los viajeros no consiguieron impresionar a la portera del convento benedictino de Castelnuova, pero la enumeración de desdichas que le llegó a través de la celosía la impulsó a abrir rápidamente la portera, y fue necesario que ayudase a la mujer corpulenta envuelta por capa y velos, que apenas podía pasar por la puerta. Su mozo, evidentemente medio bobo, sólo consiguió hacerla tambalearse en su intento por serle útil. La mujer estaba enferma y exhausta; era una peregrina atacada por los bandidos y abandonada por sus sirvientes, que la habían dejado sola con aquel pobre idiota que sólo entendía de caballos. El susodicho idiota permanecía con la boca colgante y sus ojos miraban sin ver. Lo enviaron a los establos, acompañado de una hermana seglar, para que no se perdiese por el camino y le permitiesen la entrada.

La viuda, que se había echado la capucha hacia atrás revelando su porte autoritario, necesitaba ser atendida con urgencia. Su pletórica figura no estaba hecha para las pruebas que había tenido que soportar. A punto de desmayarse, se desplomó en la silla de la portera tan pronto como la vio y se recostó en ella con los ojos mirando al techo, los labios entreabiertos y una mano apretada sobre el corazón. Era más bien un caso para la enfermería que para la casa de huéspedes del convento.

—La madre Luca, la enfermera, está acabando la nona en este momento, pero os verá sin duda antes de las vísperas. Esta hermana os acompañará a la enfermería y allí os cuidarán hasta que la madre Luca vuelva de la capilla. Le comunicaremos vuestra llegada en cuanto acabe la nona.

La viuda, muy agradecida, intentó esbozar una sonrisa y dio las gracias con un susurro ronco. La portera la vio cruzar el gran patio, apoyada en la hermana Rosa, en cuyos robustos brazos, fortalecidos por años de trabajo en la huerta y en la lavandería con las gruesas prendas de lana de las monjas, confiaba para que sostuvieran a su huésped. La portera volvió a sentarse en su silla con un tintineo de llaves, respirando el aroma de almizcle en que se movía la viuda y reprimiendo unos inoportunos pensamientos mundanos sobre el caballero veneciano, del que no extrañaba su fallecimiento, que había osado tomarla por esposa.

El tamaño de la enfermería honraba aquella famosa y bien dotada institución. Primero pasaron por delante de la capilla, de donde surgía el sonido de cánticos. La hermana Rosa comentó que la hermana Benedicta estaba muy enferma y que continuamente se decían plegarias por ella. La monja llevó a la tambaleante viuda hacia el otro extremo de la enfermería y sus largas hileras de camas. Los cánticos llegaban hasta allí con gran claridad a través de la ventana que se abría a la capilla.

—Los enfermos tienen el beneficio de la Bendita Presencia —dijo la hermana Rosa. También el olor del incienso entraba en la estancia.

—¡Qué consuelo! —susurró la viuda. Miró las altas paredes de piedra y las camas encerradas entre tablones, lo que les daba una extraordinaria apariencia de ataúdes, como un útil *memento mori* para los enfermos—. No tendré que ir muy lejos para rezar por el alma de mi querido esposo...

La monja ayudante de la enfermera se acercó a ellas justo cuando la viuda terminaba en un murmullo:

—... Y hacer votos de agradecimiento por haber llegado a un refugio de bondad tras mis tormentos...

La hermana ayudante se hizo cargo de la viuda con respetuoso cuidado. Veía en ella a una mujer de importancia en más de un aspecto. La viuda posó la mirada sobre el gran crucifijo que había colgado en la pared y sus labios se movieron silenciosamente.

La acompañaron a una pequeña habitación privada, como correspondía a su categoría. También aquélla era sumamente sencilla; sólo había un estrecho catre con cortinas; una tosca mesita de madera para una palmatoria, un libro de rezos y medicinas; un taburete para un visitante; y un crucifijo más modesto colgado de la pared opuesta a la cama, para que el sufriente pusiera fija en él su mirada postrera. La viuda se dejó caer en la cama como si las piernas ya no la sostuvieran, emitió un profundo suspiro y, fijando la mirada en el crucifijo, se enjugó lo que debía de ser una lágrima.

—Doy gracias a Dios por haberme permitido alcanzar este paraíso. —Juntó las manos y dijo un Ave María en el que la hermana también tomó parte. Luego, con una dulce y curiosa sonrisa en su rostro poco agraciado, murmuró—: He escapado de muchos peligros. Muchos viajeros deben de haber agradecido la protección de este lugar antes que yo. No es posible que sea la única en haberlo hallado en mis circunstancias.

—Sois la única que ha llegado hoy, señora, pero tenemos otr... ah, aquí está la madre Luca.

El súbito nerviosismo de la monja ayudante no pareció justificado por la dulzura con que la madre Luca saludó a la viuda, pero ésta no dejó de notarlo. Una mano delgada impidió a la viuda que se levantara, por lo que ésta se dejó caer de nuevo, jadeando de cansancio.

—Veo que estáis agotada señora. Debéis descansar. —Posó una mano levemente sobre la frente bajo la banda de hilo, y la deslizó hacia la parte de la mejilla que no estaba cubierta—. No tenéis fiebre, de modo que os recetaré una medicina para fortalecer la sangre. Hermana Ancilla, traed a nuestra huésped una copa del vino con especias que está calentándose para la hermana Benedicta. Aseguraos de que no esté demasiado caliente.

En cuanto la monja se marchó con tanta prisa como lo permitía la regla, la madre

Luca ocultó las manos en las mangas y centró toda su atención en la viuda. Incluso el rostro más vulgar puede adquirir distinción gracias a la simplicidad de un griñón de monja, pero el rostro de la enfermera, a pesar de que ya no era joven, habría hecho volver la cabeza en cualquier parte. La piel aceitunada conservaba cierto brillo, a pesar de que los ojos negros bajo el melancólico pliegue de los párpados tenían la expresión de quien ha visto muchas desgracias, bien en el mundo exterior, bien intramuros. Su sonrisa, no obstante, cuando se producía, era lo bastante seductora como para animar a sus pacientes.

La ayudante regresó con ansiosa premura.

—Cuando os hayáis tomado este vino —dijo la madre Luca al tiempo que ofrecía la copa con tranquila autoridad—, debéis comer. Haré que os preparen una menestra. Con lechuga, que será calmante. Quizá más tarde os dé una medicina de valeriana.

—Sois muy amable, madre. Creo que estoy demasiado cansada hasta para comer. —La larga manga ocultaba la mayor parte de la mano que la viuda se llevó al pecho. Su ronco murmullo se desvaneció ante el reproche de las cejas alzadas de la madre Luca.

—Este es precisamente el momento en que debéis hacer un esfuerzo, hija mía. La disciplina es necesaria para muchas cosas en esta vida, y lo más importante para vos es recobrar la salud. Ahora será mejor que durmáis. —Extendió una mano para recoger la copa, de la que la viuda había bebido a pequeños y delicados sorbos, haciendo leves sonidos agradecidos por el calor curativo de la bebida.

—¿Podría ir a la capilla, madre? No conseguiré dormir hasta que haya rezado.

—Esta noche rezaréis aquí, señora. Vendré a veros después de las completas, y para entonces confío en que os hayáis recuperado de los peores efectos de vuestro viaje.

Con una sonrisa, la madre Luca hizo señas a su ayudante de que pasara primero y cerró la puerta de la celda suavemente, pero con decisión.

Una vez sola, la viuda abandonó su aparente docilidad, irguió la espalda y permaneció sentada unos instantes escuchando atentamente. Los cánticos de la capilla subieron de tono, luego los interrumpió el ruido de una puerta al cerrarse. La viuda se levantó, recogiendo las faldas, y se dispuso a desobedecer a la monja enfermera.

El corredor abovedado estaba desierto. A un lado, la puerta que acababa de cerrar la madre Luca o su ayudante conducía al gran dormitorio y la capilla. A la izquierda había otras tres puertas y frente a ellas dos grandes ventanas, estrechas como rendijas, pero con un fino cristal gris. La luz procedía de la vela de una pequeña lámpara que ardía ante una Virgen entre las dos ventanas.

Cuando a su llegada la habían conducido a través del dormitorio, la viuda percibió que sólo había dos pacientes, ambas tumbadas boca arriba con las manos cruzadas sobre el pecho al modo de monjas durmientes. Despojadas de sus velos y hábitos, los gorros blancos daban un tinte enfermizo a su rostro. Ninguna de ellas era joven. Si Cósima di Torre se hallaba en aquel convento, no era en el dormitorio

principal. Tal vez se encontrara en la casa de huéspedes; en todo caso la viuda pensaba buscarla personalmente. Sigilosamente levantó el pestillo de la puerta contigua a su celda.

La habitación era una réplica exacta de la suya. Sobre el estrecho catre sólo había un colchón de paja.

La siguiente habitación tenía un ocupante, sin duda la hermana Benedicta, por quien tantas plegarias se decían. Seguramente disfrutaba de aquella intimidad porque estaba a punto de morir. También ella yacía boca arriba con las manos cruzadas y los ojos cerrados, pero su palidez era mayor que la de sus hermanas y su rostro huesudo estaba lleno de sombras. Junto a la cabecera había varias velas encendidas que parecían anticipar la imagen final en la capilla, donde la hermana Benedicta sería depositada, rodeada de cirios que ella misma habría ahorrado cada fiesta de la Purificación precisamente para evitar aquel estado. Al pie de la cama se hallaba una monja arrodillada de espaldas a la puerta, moviendo en silencio las cuentas de su rosario. Sobre la mesita, junto a la cama, había unos frascos y una copa, y un intenso aroma a hierbas se entremezclaba con el olor de la cera. La viuda se santiguó y cerró la puerta.

La última habitación también tenía un ocupante. A primera vista la forma tumbada con los ojos cerrados, pero con las manos a los costados, parecía la de un chico por los cortos cabellos. El rostro, suave y de una palidez marfileña, era el de una joven de unos diecisiete años. La viuda sonrió y cerró la puerta tras entrar en la habitación con el mismo sigilo de una sombra.

La muchacha no se movió cuando la viuda se inclinó sobre ella. No se despertó siquiera cuando la viuda cogió la copa que vio sobre la mesita para olerla, ni cuando examinó el frasco que se encontraba al lado y dejó caer una gota en su dedo para lamerla. Los párpados de la joven se agitaron cuando la viuda depositó el frasco sobre la mesita. La viuda se sentó entonces en el taburete y cogió una de las manos inertes. A pesar del brasero que ardía en la habitación, la joven tenía los dedos fríos, y no respondieron a la presión de la ancha mano.

—¿Cósima?

Los ojos tenían el color de la avellana, más verdes que marrones, y a causa de la palidez del rostro y las oscuras ojeras parecían más grandes de lo que eran. Su mirada sólo reflejaba una leve sorpresa.

—¿Es hora de cenar, madre? —preguntó la muchacha, y frunció el entrecejo como si aún no hubiera despertado del todo—. Lo siento..., no sois la madre Luca... ¿Sois nueva? —El hábito de monja, por ser adaptado del de las viudas, podía confundirse fácilmente. La voz de la joven delataba cierta confusión. La viuda le dio una palmada en la mano y habló en voz baja, con cautela, alerta siempre a cualquier ruido procedente del exterior.

—Cósima, ¿qué recordáis de vuestra llegada aquí?

—No lo sé... —La joven estaba desconcertada—. Me trajeron unos viajeros... La

madre dice que me rescataron de unos bandidos. Estaba muy enferma. Unas fiebres... Me cortaron el pelo —añadió con tono quejicoso.

—¿Estáis enferma ahora?

La joven cerró los ojos. Empezaba a cansarse.

—Pero, hermana, ¿no os lo ha dicho la madre?

La viuda había percibido el ruido de una puerta distante. Con una agilidad asombrosa para alguien de su corpulencia y vestido con tal profusión de faldas, llegó hasta la puerta y se llevó un dedo a los labios sonrientes, volviéndose momentáneamente hacia Cósima. Tuvo el tiempo justo de cerrar su propia puerta antes de que la hermana Ancilla pasara por delante camino de la habitación de la hermana Benedicta, donde pensaba comprobar si el alma de ésta se había liberado por fin de sus ataduras terrenales. La viuda, comprendiendo que también a ella la visitaría, se arrodilló junto al jergón e inició una fluida plegaria con un ronco murmullo.

Tuvo que rezar el tiempo suficiente para que la ayudante visitara las otras dos celdas ocupadas. Unos golpecitos en la puerta precedieron su entrada, seguida de una hermana seglar que llevaba una tabla con un plato cubierto, la sopa ordenada por la madre Luca. Alzándose, la viuda confesó hallarse un poco mejor, pero presa de palpitaciones. No le sorprendió en absoluto oír que la madre Luca le había preparado ya un calmante con sus propias manos y que, tal como había prometido, la visitaría después de las completas para juzgar sus efectos.

No había tiempo que perder.

Cuando la dejaron sola, la viuda se tomó la sopa, reflexionó sobre la utilidad de la droga, se deshizo de ella echándola al orinal que había debajo de la cama y, sosteniéndolo bajo sus ropas, completó el contenido para disimular. Todo esto le llevó muy poco tiempo, y pronto se dispuso a escabullirse hacia la habitación de Cósima. Se había hecho de noche y las ventanas aparecían negras por contraste con el reflejo rojizo de la lamparita sobre los muros. La campanilla de la capilla sonó llamando a vísperas. Todas las monjas acudirían, excepto la que atendía a la hermana Benedicta y aquellas que, como la ayudante de la enfermera, tenían permiso para seguir trabajando, pero ésta acababa de visitar a sus pacientes y no era probable que volviera por el momento.

En la celda de Cósima se había alimentado el fuego del brasero y, desgraciadamente, también se había vuelto a llenar la copa. Cósima la había vaciado y ahora yacía inerte. La viuda no consiguió respuesta alguna con sus sacudidas. No se demoró más, sino que volvió apresuradamente a su celda y se sentó un rato en la cama para reflexionar. Luego se quitó las ropas y el velo, que dejó doblados sobre el taburete, se metió en la cama, se subió la colcha hasta las cintas del gorro, apagó la vela y cerró los ojos para esperar la visita de la madre Luca unas horas después. Sólo los que carecen de recursos pierden el tiempo en lamentaciones, de modo que al cabo de unos minutos la viuda dormía apaciblemente. Cuando por fin la madre Luca

apareció con su linterna sorda, dejó a la viuda con la satisfacción de comprobar la eficacia de su droga.

La viuda estaba acostumbrada a tener el sueño ligero y a despertarse a voluntad. Oyó la campana de la capilla llamando a maitines a las dos de la madrugada y a laúdes a las cinco. Cuando la campana empezó a sonar de nuevo para la prima, la viuda calculó que no debían de pasar mucho de las siete dada la leve claridad gris que rodeaba como un halo el postigo de su ventana. Había comprobado ya que antes de cada oficio la madre Luca, la hermana Ancilla, o a veces ambas, hacían la ronda de visitas a los pacientes. Se detenían a la puerta de las celdas casi sin hacer ruido y sólo un oído aguzado podría haber captado el sonido de los pestillos al subirse y bajarse. Estaba demostrado que una monja educada para realizar sus tareas silenciosamente resultaba muy apropiada en el cuidado de los enfermos.

La viuda también había descubierto, gracias a su agudísima percepción auditiva, que las monjas que rezaban junto a la hermana moribunda eran relevadas antes de que acabara cada oficio.

A la madre Luca le complugo oír que la viuda había dormido bien, pero le preocupó que aún se hallara débil y que apenas pudiera tenerse en pie.

—Me temo que habré de abusar aún de vuestra paciencia —dijo la viuda—. Ciertamente, tengo la intención de recordar esta casa de socorro en mi testamento, así como en mis plegarias. Y puedo pagaros cuanto consideréis necesario, las medicinas y la comida. Los bandidos, a Dios gracias —alzó brevemente sus piadosos ojos hacia el techo—, fueron ahuyentados antes de que pudieran apoderarse de lo que llevaba. —Sacó entonces de entre sus ropas una pequeña bolsa tintineante.

—Podéis hacer aquello que Dios inspire a vuestro corazón, hija, pero esta institución, gracias a Él, es bien capaz de cumplir con su deber de aliviar y servir a los necesitados. No pedimos pago alguno. Alabemos al Señor que os ha salvado la vida, así como vuestras pertenencias.

La hermana Ancilla empezó a decir que realmente los bandidos constituían un grave peligro para todos, y quizá hubiera hablado de la otra viajera, que tan cerca estaba, si el tono tranquilo, sin énfasis, de la madre Luca, no la hubiera interrumpido.

—Os enviaré un carminativo para fortaleceros. Querréis lavaros. Os traerán agua caliente antes del desayuno.

La monja salió seguida de la hermana Ancilla, que parecía algo nerviosa. La madre Luca la había salvado de una cháchara ociosa.

Para la viuda era importante disponer de tiempo para usar el agua caliente antes de que se presentara alguna hermana con el desayuno. Lo que hizo en ese intervalo requería rapidez, habilidad, quitarse temporalmente la toca y un cuchillo bien afilado. Cuando la hermana seglar entró con pan, medio pollo frío y vino, y abrió los postigos para que entrara la luz del día, la viuda estaba ya vestida con el griñón y el velo en su sitio y las mejillas pulcramente afeitadas. Expresó débilmente su ansiedad por el cuidado de su mozo y su caballo. Se sentía responsable del pobre idiota y le gustaría

comprobar por sí misma cómo se encontraba. La hermana seglar sugirió con tono dubitativo que al mozo de la señora tal vez le dieran permiso para acercarse a la galería de la enfermería, si es que la señora tenía fuerzas para caminar hasta allí. La viuda manifestó su total confianza en recobrase completamente con la ayuda de la madre Luca, y sugirió que llamaran a su mozo al mediodía, durante la comida, momento en que era menos probable que perturbara miradas devotas.

La hermana seglar había estado admirando dos insignias de peregrino que la viuda había colocado en la mesita, una de san Godelieve de Gante y la otra de san Huberto de Bruselas, pero prometió hablarle del mozo a la hermana Ancilla. Se acercaban los últimos momentos de la hermana Benedicta, y las drogas que calmaban sus dolores requerían de la habilidad de la madre Luca por el delicado equilibrio que habría de permitirle entregar su alma a Dios con plena conciencia.

La hermana Giuseppe y la viuda se santiguaron. Finalmente la hermana se marchó, consciente de que había permanecido más tiempo del necesario con la nueva huésped, quien, a pesar de lo lamentable de su estado, resultaba algo inquietante.

La viuda aprovechó su oportunidad después de la ronda de visitas de la madre Luca, cuando llamaban a la tercia.

Habían fregado el corredor y aún estaba húmedo. La viuda se detuvo a pensar unos instantes antes de dejar unas huellas comprometedoramente grandes, pero era de esperar que la piedra se secase antes de que pudieran verlas, o que ella misma las borrara con las faldas. Se acercó a la estatuilla de la Virgen y se detuvo de nuevo para escuchar. Tenía que correr el riesgo.

Cósima estaba sola y menos aturdida que el día anterior. Sonrió, y aunque su voz era débil y ansiosa, consiguió hablar.

—¿Habéis venido a rezar por mí, hermana? ¿Estoy peor?

—Estáis perfectamente, Cósima. Lo único que os ocurre es que la madre Luca os da una droga, por eso estáis adormilada y confundida.

—La madre Luca dice que necesito dormir —explicó Cósima con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa—, para recuperarme de lo ocurrido, de la fiebre.

—Creo que nunca habéis tenido fiebre. ¿No os habéis preguntado por qué vuestro padre no os ha enviado carta ni mensajero alguno?

Los dedos de Cósima se crisparon en la cálida mano de la viuda.

—La madre dice que han mandado noticias mías, que él sabe que estoy a salvo.

—¿En su casa de campo? No. Cree que os han raptado sus enemigos. No sabe dónde estáis.

Cósima se frotó los ojos como si quisiera limpiarlos de telarañas.

—No lo comprendo. Me rescataron de unos bandidos.

—No era más que un truco. Puede que las hermanas se lo crean, pero ha sido todo una trampa para esconderos de vuestro padre y que él sufra.

Los ojos de Cósima demostraban que se había despejado completamente y que estaba asustada. Hizo un esfuerzo por incorporarse.

—He de decírselo a la madre Luca. Ella me ayudará.

—La madre Luca no es amiga vuestra.

—¿Quién sois? ¿Cómo sabéis todo esto? ¿Cómo puede ser cierto? —Cósima se dejó caer sobre las almohadas respirando con dificultad y absolutamente perpleja. La viuda volvió la cabeza al oír el ruido de una puerta distante, y luego siguió hablando apresuradamente, pero disimulando aún su tono natural.

—Soy Caterina, la prima de vuestro padre. Esa cruz que lleváis os la regalé en vuestro bautizo. Vuestro mozo Benno está aquí conmigo y me ayudará a llevaros de vuelta a casa. Pero si deseáis verlo tendréis que hacer todo lo que os indique, y no decir nada de mí ni de lo que os he contado.

—¿Benno? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Lo ha enviado mi padre?

—No le contéis a nadie lo que os he dicho.

La viuda se levantó y apretó el dedo índice sobre los labios de la joven. Apenas tuvo tiempo para deslizarse hacia el corredor. La madre Luca y la hermana Ancilla hallaron a la viuda de rodillas ante la Virgen.

—Veo que os habéis recuperado, hija. —Los ojos de la madre Luca, tan tristes bajo el pliegue de sus párpados, no se perdían detalle mientras la monja se detenía con las manos metidas en las mangas para mirar a su paciente.

—Oh, madre, gracias a la santa Virgen que habéis venido. Estaba preguntándome cómo conseguiría volver a mi habitación sin ayuda. Había pensado en rezar aquí para pedirle a Nuestra Señora que me ayude a recobrarme. Ha sido una locura. Ni siquiera puedo ponerme en pie. —La viuda extendió los brazos para que la ayudaran, a lo que respondieron ambas monjas, pero si se levantó fue por la acción de los fuertes músculos de sus piernas, aunque a aquéllas les pareció que soportaban todo su peso. El susurro de la viuda fue debilitándose mientras caminaba entre las monjas arrastrando los pies hacia su celda—. Mi amado esposo era muy devoto de la Virgen... Tenía su nombre en los labios cuando murió... Tengo tanto miedo...

—¿De qué tenéis miedo? —La madre Luca quiso tomarle el pulso, pero la viuda se lo impidió juntando de repente las manos, medio ocultas por las largas mangas, y llevándoselas a la boca.

—De morir. Estoy tan débil.

—Pero si no vais a morir, hija. Cierto es que estáis débil, pero es cosa frecuente tras haber experimentado ciertos peligros. —Intentó tomarle el pulso de nuevo, y en ese instante la viuda tropezó. Una monja entró en la celda.

—Madre Luca, la hermana Benedicta...

—Hija, descansad —dijo la madre Luca sin vacilar—. No os mováis de esta celda. Os enviaré una medicina. —La madre Luca no alzaba la voz, pero estaba acostumbrada a mandar y a que la obedecieran, y había en ella cierto matiz de irritación. Debían impedir que la viuda deambulara libremente. La muy boba estaba convirtiéndose en una molestia.

Durante la hora siguiente, la monja moribunda reclamó toda la atención de la

madre Luca, que hubo de dejar de lado otros problemas. Envió a la hermana Giuseppe para que le diera la medicina a la chica y regresara rápidamente, puesto que debía sujetar a la hermana Benedicta en la única postura que aliviaba su dolor. La madre Luca debía ir al dispensario y la hermana Ancilla debía informar a la Madre Superiora. Era necesario convencer a la hermana Benedicta de que se tomara una droga más fuerte. La mirada experta de la madre Luca le decía que esa misma noche el alma de la hermana Benedicta abandonaría alegremente su cuerpo agonizante. Esa noche el Señor, en Su misericordia, haría tal vez, como en tantas otras ocasiones, que el dolor cesara completamente para que la monja pudiera abandonar este mundo de la forma más adecuada. El padre Vincenzo se hallaría a su lado.

Para llegar a la celda de Cósima la viuda debía pasar por delante de la de la hermana Benedicta, cuya puerta estaba abierta de par en par. No obstante, la corpulenta figura lo hizo sin el menor ruido, deteniéndose una vez más ante la Virgen para comprobar que no la habían oído. Entró en la celda de Cósima al tiempo que se llevaba un dedo a los labios.

La joven tenía los ojos abiertos y se esforzó una vez más por incorporarse, cosa que consiguió, aunque el brazo en que se apoyaba temblaba bajo su peso.

—¿De verdad está Benno aquí? —susurró—. No lo comprendo. Pero tuve fiebre, vi a mi padre aquí y pensé que estaba en casa, y a *Biondello*, y los bandidos lo mataron.

—Eso os hizo ver visiones —dijo la viuda señalando la copa.

—Esta vez no me la he bebido. La hermana Giuseppe tenía tanta prisa que no se quedó a esperar a que me lo tomara. Quería pensar. ¿Qué hace aquí Benno? ¿Por qué mi padre no ha enviado a todos sus hombres?

—Esta gente os ha estado ocultando. Vuestro padre no conoce vuestro paradero. Si les preguntaran, negarían vuestra presencia aquí.

—He estado pensando. Ha sido Bandini, ¿verdad? Sus hombres me raptaron. ¿Quién si no? Él no quiere que me case con Leandro más de lo que lo queremos nosotros. —Se dejó caer de nuevo sobre las almohadas y apretó los puños—. ¡Aggg! Me da asco sólo de pensarlo.

—Lo más importante ahora es sacaros de aquí. ¿Podéis caminar? Lo dudo. Veamos.

Dado que ante la viuda no había necesidad de mostrarse pudorosa, Cósima apartó las ropas de la cama y bajó los pies al suelo. El brazo izquierdo de la viuda la sostenía, y ella se aferró a la mano derecha a través de la manga.

—Tengo la impresión de haberme quedado sin piernas —confesó Cósima sin aliento. La viuda le ayudó a sentarse de nuevo en la cama.

—Os hace falta un poco de práctica, pero en cuanto oigáis a alguien acercarse meteos en cama. Debéis parecer confusa y medio dormida. Puedo sosteneros, pero llevaros... —La viuda sonrió recatadamente—. Parecería sospechoso, ¿no creéis? Nos espera un largo viaje y habréis de ser valiente.

—¿No podríamos pedirle ayuda a la madre Luca? Es muy comprensiva y buena.
La viuda miró a Cósima con detenimiento.
—¿Qué pensaríais si os dijera que es una Bandini?

«Prima Caterina»

La viuda recibió un bebedizo para recobrar las fuerzas y un caldo de cordero tan lleno de verduras que semejaba un potaje, y de ella pasaron a Cósima durante la nona. También durante la nona resonó un alegre silbido por el lado del patio de la enfermería y la viuda se subió al taburete de su celda y rasgó el papel aceitado. La hoja de su cuchillo estuvo asomando por el alféizar de la ventana hasta que el silbido se interrumpió y Benno soltó una tos.

La viuda apartó una esquina del papel y con un enérgico murmullo informó a Benno de que había hallado a Cósima, pero ésta no se hallaba en condiciones de viajar más que como paquete. Luego formuló algunas preguntas sobre los establos, a las que respondió Benno, descuidadamente apoyado en la pared. Después le dio una serie de instrucciones.

—Hay un par de sirvientes —dijo Benno por fin—, que no tienen nada que hacer. No son visitantes como yo. Les dan de comer aquí y entran y salen a su antojo. Uno de ellos ha llegado poco después del amanecer como si tuviera noticias urgentes que dar. A esa madre Luca, ¿eh? Porque una monja alta vino y le cambió el vendaje de la muñeca y estuvo hablando con él sin alzar la vista y él no hacía más que asentir, y luego marchó. Por lo que cuentan los criados, la madre Luca dirige este lugar y la madre superiora se limita a obedecer.

Biondello, que había estado deambulando por los alrededores, pero volvía siempre junto a su ídolo y fuente de todos los placeres materiales, comprendió que Benno estaba hablando y se quedó quieto, aguzando su única oreja y emitiendo un quejido inquisitivo.

—Se van a fijar en él por muy bien que nos disfracemos los demás —señaló la viuda.

—Podríamos teñirlo de marrón.

—¿Y cortarle la otra oreja? Mantén los ojos abiertos y vigila a esos personajes dudosos, Benno. ¿Dormís todos en la misma habitación?

—He pensado que si teníamos que escabullimos sin que lo advirtiesen, el cuarto de los criados era el último sitio en que debía estar, así que duermo con los caballos.

—Bien —dijo la viuda, que volvió a colocar en su sitio el papel de la ventana lo mejor que pudo y se bajó del taburete, mientras Benno se alejaba con *Biondello* dando vueltas alrededor de sus piernas.

El día siguió su curso. Más monjas acudieron a la celda de la hermana Benedicta. Los murmullos de sus plegarias se filtraban hacia el resto de dependencias. Cuando la

viuda, haciendo como antes una pausa ante el altar de la Virgen, le llevó su cena a Cósima, encontró a ésta tumbada como la primera vez; pero en cuanto se acercó a ella, la muchacha abrió los ojos y se sentó en la cama.

—He reconocido vuestro olor —susurró—. Oh, prima Caterina, he estado escuchando y pensando y, ¡fijaos! —Apartó la ropa de la cama y se levantó—. He estado caminando. No hay mucho espacio y al principio tenía miedo, no dejaba de caerme y ansiaba que vinierais a ayudarme, pero mirad. —Caminó de un lado a otro y luego volvió a sentarse con un alivio más que evidente que contradecía su confianza. La viuda le dio la cena y la contempló mientras se la tomaba—. ¡Tengo tanta hambre! No me daban mucho de comer a causa de la fiebre, pero no me importaba hasta hoy. ¿Qué comeréis vos, prima?

—Oh, a mí me dan de sobra —contestó la prima Caterina con una sonrisa afable. Estaba acostumbrada a ayunar.

Cósima comió con avidez el estofado con hierbas y especias.

La viuda cogió después el plato y la cuchara y se los guardó entre las ropas. Mientras Cósima se bebía el vino, le preguntó:

—¿Qué haríais, prima, si entrara una monja mientras camináis por la celda?

La mirada de Cósima se nubló. De repente adquirió un extraordinario parecido con Benno en sus momentos de mayor inexpresividad.

—Fingiría que no sé dónde estoy. Así. —Le tendió la copa a la viuda y se tumbó en la cama.

La viuda soltó una risita silenciosa.

—El primo Jacopo no se hizo rico por ser tonto —comentó—. Bien se ve que sois hija suya.

La ira deformó los rasgos menudos de Cósima.

—Esa Bandini no va a aprovecharse de mí.

La prima Caterina asintió y se volvió para marcharse. La puerta se abrió entonces sin que nadie hubiera llamado, puesto que no era necesario tratándose de la celda de una muchacha drogada. Era la madre Luca. Con la mano aún en el pestillo, se quedó mirando fijamente a la viuda y a Cósima, que yacía sobre la cama como muerta, con los ojos cerrados y el rostro desprovisto de animación. La viuda se tambaleó con los ojos en blanco y se cogió a la parte interna del pestillo para no caer, haciendo que la madre Luca lo soltara.

—Oh, madre, por fin. He ido hasta el altar..., me sentía tan rara... ¿Cómo ha llegado esta joven hasta mi celda? ¿Está muerta?

La expresión de la madre Luca dejaba traslucir con toda claridad que le habría sido indiferente ver a la propia viuda *in extremis*. Esbozó una sonrisa que daba un nuevo significado a la palabra «meliflua», y se metió las manos en las mangas como si tuviera que contenerse para no abofetear a la viuda.

—Id a vuestra celda, hija. No es esta. Id a vuestra celda y quedaos allí. Os enviaré una medicina para calmaros. Esta joven está gravemente enferma, pero, si no se la

molesta, no morirá.

La viuda salió susurrando disculpas y gracias, apoyándose en la pared para caminar. La madre Luca se apartó para dejarla pasar y luego cerró la puerta. La viuda sólo podía especular lo que la madre Luca averiguaría sobre el estado de Cósima. La droga que debería haberse tomado estaba en el orinal convenientemente diluida.

Una vez en su celda escuchó atentamente, pero el zumbido de los rezos de la celda contigua ahogaba cualquier otro sonido. No sería prudente visitar nuevamente a Cósima hasta que llegase el momento decisivo.

Anocheció pronto. Negras nubes oscurecieron el cielo lentamente y la luz, que nunca era mucha en aquellas celdas, se fue extinguiendo. Se abrieron y se cerraron puertas. A lo lejos se oyeron cánticos, cada vez más cercanos, y la viuda tuvo la impresión, más que oír el ruido, de un grupo de gente que recorría el pasillo. Alguien se apoyó en su puerta. Sonó una campanilla. La viuda abrió la puerta y se arrodilló en el umbral. Las monjas acompañaban al sacerdote que llevaba los últimos sacramentos a la hermana Benedicta.

La oportunidad no podía ser mejor.

Apareció la hermana Ancilla con el velo un poco torcido, como si hubiera tenido que abrirse paso entre una muchedumbre, y con un aire más distraído de lo que era apropiado según la regla de la orden. Llevaba con ambas manos una copa de asta llena. Rápidamente le dijo a la viuda que debía tomarse esa medicina, tumbarse y descansar. No se quedó para ver cómo lo hacía, sino que cogió una vela que le tendió una hermana que aguardaba en la puerta y se fue.

La viuda olisqueó el contenido de la copa, enarcó las cejas y asintió lentamente con los labios apretados; ciertamente era una droga apropiada para los entrometidos. El padre Vincenzo habría tenido que pasarse por allí cuando terminara con lo que estaba haciendo en la celda de la hermana Benedicta.

Un ruido de pies en la puerta contigua inició el éxodo general. La procesión volvió por donde había llegado. La viuda abrió apenas la puerta y vio que el cadáver de la hermana Benedicta era transportado a la capilla entre el resplandor de numerosas velas. Cuando la procesión se adentró en el dormitorio general, la viuda salió y fue a la celda de Cósima.

La joven yacía inmóvil con los ojos cerrados.

—Cósima.

La muchacha abrió los ojos, que brillaban incluso en la penumbra, y se incorporó.

—Ha intentado despertarme, pero he fingido estar inconsciente. Me ha tomado el pulso y estoy segura de que era malo. Apenas me atrevía a respirar. No creo que se haya quedado muy satisfecha. ¿Creéis que sospechará?

—Sin duda. Como profesional de la medicina sabe perfectamente qué se trae entre manos. Me ha enviado cicuta mezclada con valeriana. No perdamos tiempo hablando. Benno nos espera con los caballos a punto.

Cósima se levantó sin necesidad de que su prima la ayudase y levantó un pliegue

de su camisola con desánimo.

—No puedo ir así.

Caterina se volvió y hurgó entre sus ropas. Cósima se relajó; su prima habría pensado en eso. En ese momento se abrió la puerta.

La madre Luca vio a Cósima de pie y avanzó hacia ella, pero entonces se cerró la puerta y la monja pareció desaparecer entre las largas mangas de la prima Caterina, y caer luego hacia adelante como si se desmayara, sostenida por ella.

—¿Qué ha ocurrido? —Cósima se apartó de la mujer que la viuda había depositado sobre la cama.

—¿Está enferma?

—¡Deprisa! —La prima Caterina había hecho aparecer de la nada un trozo de tela parecido a una media con el que procedía a amordazar a la madre Luca. Después, ante la mirada aún asombrada de Cósima, le quitó el velo, el griñón y el gorro, dejando al descubierto unos cabellos tan oscuros y cortos como los de Cósima, lo que daba a la monja un aspecto de alarmante vulnerabilidad. El cuello y el mentón demostraban que no era una mujer joven, y sus rasgos que había sido muy hermosa. Parecía inconsciente; su cabeza dio una sacudida cuando la prima Caterina le dio la vuelta para quitarle la ropa.

—Poneos esto.

Cósima cogió las prendas que le arrojaba y, perpleja, empezó a ponerse unas medias aún calientes y luego el hábito, sumiéndose momentáneamente en la oscuridad cuando se metió la túnica por la cabeza. Se puso el escapulario, conmovida aún por la inmovilidad de la madre Luca, vagamente consciente de que partes del hábito del que se apropiaba estaban bendecidas, y que sin duda era pecado llevarlas. La madre Luca ya no se parecía en nada a una monja, y cuanto más seglar era su aspecto, más increíble resultaba que fuese una Bandini.

—Volveos.

Cósima giró sobre sus talones como una marioneta. La prima Caterina le puso el gorro y echó las cintas hacia adelante para que se las atara. Su prima se ocupaba ahora en rasgar sus propias enaguas para hacer tiras con las que atar a la madre Luca (la Bandini) y sujetarla a la cabecera. Luego la tapó con las sábanas hasta la nariz, ocultando la mordaza.

La prima Caterina se volvió hacia Cósima, cogió las tiras del gorro con que ésta aún se debatía y las ató con gran habilidad; le ajustó después el griñón y lo sujetó con alfileres, le echó el velo por encima de la cabeza y también lo sujetó con alfileres, que sostenía en la boca, como habría hecho la doncella de una señora. Antes de marcharse, Cósima echó una última mirada hacia atrás. Sobre la cama yacía otra Cósima, de la que sólo se veían los ojos cerrados y los negros cabellos cortados.

—Tenía ropa para vos, pero esta es mejor.

Cósima aún no había recobrado las fuerzas. Aturdida, cruzó una amplia sala al lado de la prima Caterina. Salieron al aire libre y la prima Caterina la rodeó con el

brazo. ¡Cualquiera hubiera pensado que Cósima, una monja, sostenía a una huésped enferma! Pero era la prima Caterina quien la ayudaba. Tras caminar unos cuatrocientos metros por el gran patio alcanzaron los establos. Allí estaba Benno, que se agachó sobre la mano de Cósima y al que la prima Caterina azuzó para que se diera prisa. También había un perro, que por un momento le pareció *Biondello*, y caballos.

Se hallaban en el exterior, cabalgando por un terreno baldío en dirección a unos árboles. Un brazo de acero sujetaba a Cósima contra su prima Caterina. La joven no conseguía aclararse las ideas, pero no dejaba de ver el rostro de Benno vuelto hacia ella. Verano en la casa de campo, libertad, cabalgar con el bueno de Benno, tan desaliñado...

Habían tomado una carretera. Cósima vio los campos que flanqueaban su camino. Apoyada en la prima Caterina, miró la mano que sujetaba las riendas. Era una mano ancha, musculosa, velluda; una inconfundible mano masculina.

Cósima se irguió, el caballo caracoleó y la joven volvió la cabeza hacia su prima, que sonreía. Cósima miró aquel rostro atentamente a la intensa luz del mediodía, más clara aún por el contraste con la penumbra de las celdas.

—¿Quién sois? —preguntó. Las mujeres de cierta edad podían tener algo de vello o incluso mucho, pero nunca parecer recién afeitadas. Unas pestañas espesas, unos labios carnosos, eso sí, pero ¿una nariz tan grande? Desvió la mirada hacia Benno y enarcó una ceja...

—No os preocupéis, señora. Es un amigo. Os llevamos a un lugar seguro y luego a Rocca. Pronto veréis a vuestro padre.

—¡Es un hombre!

Una voz asombrosamente grave replicó:

—Pero si os preguntan, señora, debéis jurar que siempre habéis estado debidamente acompañada. —Y le dedicó una sonrisa radiante y beatífica.

«¡Te has quedado calvo!»

Se suponía que la pinche estaba cortando la col y que la cocinera preparaba el cerdo que echaría en la sopa, pero ninguna de ellas había podido resistirse a la llamada del buhonero. La cocinera se había acercado, pero llevaba el cuchillo como prueba de que no abandonaba su trabajo. Con este instrumento señaló un trozo de cinta de color rojo cereza que quedaría bien para atarse el corpiño los domingos. Los ojos de la pinche se posaron en cambio sobre el rostro del ayudante del buhonero, que llevaba la caja. No sólo era igualito a uno de esos ángeles que adornaban los muros de las iglesias, sino que sus cabellos eran del tono más extraño que había visto en su vida, dorados, pero con un cálido matiz. La pinche tocó y examinó las hebillas que el buhonero le señalaba, pero cuando las alzó para verlas a la luz fue sólo para mirar con el rabillo del ojo al ayudante. El buhonero era un hombre enorme de barba roja y sombrero de cuero negro, cuyo fuerte acento extranjero llamó la atención de la cocinera. La cena para la viuda Costa y su compañera iba a demorarse un tanto.

Los visitantes no eran raros en la casa. La viuda tenía muchos parientes y amigos que solían pasar allí una temporada, pero eso era en verano. El buhonero, que tenía su propia colección de noticias sobre lo que estaba ocurriendo en Rocca tras la muerte de la duquesa, hizo unas cuantas preguntas frívolas sobre tales invitados, y la pinche se preguntó si esperaría venderle a su señora la pieza de seda negra que decía llevar en una de las cajas. Suponiendo que el de cara de ángel se encargara de mostrarla, ¿quién podría resistirse? Formaban una extraña pareja, el hombre alto y corpulento como un luchador, y el joven delgado que sólo necesitaba alas para volar por encima de sus cabezas. La pinche intentó mirarlo a los ojos y sonreír, pero él mantenía la vista recatadamente fija en la caja.

—¿Es posible que vuestra señora no haya visto a nadie desde Navidad? ¿No habéis tenido oportunidad de demostrar vuestras habilidades?

La cocinera se enojó, provocando un considerable desplazamiento de sus carnes. Había permitido que el buhonero sostuviera la cinta de color cereza contra su pecho, pero al oírlo lo amenazó juguetonamente con el cuchillo y cogió la cinta para probársela ella misma. El buhonero, imperturbable, sacó un espejo de la caja para que se contemplase en él.

—No es necesario un festín para demostrar que se sabe cocinar. Mi señora puede apreciar mi trabajo tanto si tiene compañía como si no, y la ha tenido. El pasado miércoles, sin ir más lejos, vino un soldado que había luchado en Francia con el marido de mi señora, que Dios tenga en Su gloria. Un hombre grande y alto como

vos, con la cabeza afeitada como un sacerdote.

—Más afeitada aún —apuntó la pinche, complacida al ver que el joven ángel alzaba los ojos grises, aunque no la miraron a ella, sino a la cocinera y luego al buhonero.

—¿Un soldado con la cabeza afeitada? Tal vez se había hecho sacerdote para expiar sus pecados. ¿Con qué séquito viajaba hombre semejante? ¿Unos veteranos sanguinarios que habían guerreado con él?

La cocinera extendió una mano para colocar bien el espejo que sostenía el buhonero. Le habría contestado, pero la pinche soltó una risita en un nuevo intento por atraer la mirada de aquellos ojos que seguían negándosele.

—¿Sanguinario? Más bien un tonto de nacimiento. Jamás cerraba la boca, a pesar de que se zampó la mitad de nuestras provisiones. Sólo sabía hablar de comida. No podía responder a una sola pregunta sensata, sólo miraba con la boca abierta. Llevaba una bolsa que apestaba y no quiso dejarme ver qué había dentro. Algo muerto, eso seguro. Y lo acompañaba un perro blanco más lleno de pulgas que un huevo de sustancia y al que le habían arrancado una oreja.

La pinche concluyó su descripción de un modo repentino. En ese instante, como al conjuro de sus palabras, entró trotando en la cocina un pequeño perro con una sola oreja, que meneaba la cola con expectación.

La cola se movió con mayor lentitud, luego cayó. Mirando a unos y otros el perro percibió que ocurría algo raro. El instinto de la pinche y la cocinera era aún peor que el del perro, de modo que tardaron más tiempo que éste en darse cuenta de que habían perdido completamente el control de la situación. Los hombres, tras mirar unos instantes al perro, actuaron con celeridad. Se cruzaron una mirada, luego el muchacho con cara de ángel se quitó la tira de cuero que sujetaba la caja a su cuello y, tirando una col a medio cortar y lonjas de cerdo al suelo, la colocó sobre la mesa. La pinche, que siguió sus movimientos con una mirada perpleja, experimentó primero la dicha inesperada de ver su cintura fuertemente rodeada desde atrás y, luego, la emoción muy distinta de notar la punta de un cuchillo bajo la oreja. Los ojos grises desafiaron a la cocinera por encima del hombro de la pinche, pues el voluminoso pecho de la oronda mujer demostraba claramente que intentaba meter aire en sus pulmones.

—Gritad y la mato —dijo el ayudante, y por su tono parecía interesado en la posibilidad.

El buhonero se había desvanecido con una velocidad extraordinariamente desalentadora en un hombre de su tamaño. Había arrancado el cuchillo de la mano inerte de la cocinera y cruzado el umbral que daba al interior de la casa. El perro, con ese fuerte instinto del que en su aldea natal se había valido para impedir que lo convirtieran en sopa, salió igualmente deprisa por la puerta del patio por la que había entrado. Desgraciadamente para su dueño, desde que era un cachorro recién nacido, el perro había descubierto que ladrar podía ser una indiscreción en momentos de gran peligro.

Benno, por tanto, se sintió más complacido que molesto cuando un afectuoso *Biondello* apareció en los cálidos establos con olor a paja, y tuvo que apartarlo de sus pies varias veces mientras almohazaba a los caballos. Silbaba mientras tanto, sin saber que con su sonido delataba tanto su ocupación como su paradero.

Una criada, que pasaba una escoba por el suelo de mármol de una de las habitaciones de la parte frontal de la casa, soñaba con un apuesto extranjero. Grande habría sido su sorpresa si hubiese sabido que en la cocina le aguardaba uno.

Al mirar distraídamente por la ventana mientras barría, reconoció al hombre que cruzaba la terraza enlosada echándose hacia atrás la capucha y dejando al descubierto la cabeza afeitada. A su lado caminaba una monja, seguramente alguien que venía a visitar a la cuñada de la señora, pues no parecía una compañía probable para maese Huberto.

La criada no perdió tiempo. Apoyó la escoba en una pared, se sacudió el delantal y salió corriendo al pasillo, sacándose un rizo o dos de debajo de la cofia. Desde luego, al abrir la gran puerta de roble no vio a otro hombre que había detrás del tapiz de Venus y Adonis en las sombras del fondo del vestíbulo, de lo contrario no habría sonreído y hecho la reverencia con el corazón alegre.

Esta vez la criada estaba resuelta a no perder el privilegio de anunciar al huésped principal, y dado que lo esperaban de un día para otro y no sería una sorpresa, éste permitió que la moza lo precediera por la escalera de mármol verde. No mencionó a la monja, aunque la había ayudado a entrar. La criada no creyó que a la viuda Costa le importara recibir a aquella huésped inesperada, y sería una alegría para la cuñada, tan adepta a las religiosas. Los tres ascendieron por los gastados peldaños de mármol verde con motas blancas que producían la impresión de andar por el agua.

Al buhonero no le agradó el milagro. Habría preferido que la criada se reuniera con el pequeño grupo que retenía su ayudante en la cocina. Aguardó cerca de la puerta de ésta y los otros tres desaparecieron de su vista. Una puerta se abrió. Se oyeron exclamaciones distantes. El buhonero siguió esperando, con el cuchillo preparado, cuando la criada bajó corriendo por las escaleras, sonriendo, ansiosa por retornar junto al grupo que se había congregado en el *piano nobile* con el vino que había ordenado la viuda Costa. La criada apartó el tapiz, cuyo borde estaba ennegrecido y doblado a causa de tanto manoseo; no vio a nadie tras de sus pliegues y acabó tropezando con el silencioso cuadro que se representaba en la cocina.

Su intento por romper el silencio se vio súbitamente frustrado cuando el buhonero le puso el cuchillo en la garganta. La criada se quedó quieta con los ojos abiertos como platos, cual grotesca imitación de la pinche que tenía delante, como una imagen especular de su propio terror. La cocinera se llevó las gordezuelas manos a la boca como si quisiera contener los chillidos que pugnaban por salir de su garganta. Su rostro tenía el mismo color de los nabos que había sobre la mesa, crema con un tinte verdoso.

Enfrentado con un nuevo rehén, el muchacho con cara de ángel repitió su

declaración de que un chillido precipitaría la muerte de la pinche. Para reforzar esta idea, hizo brotar una gota de sangre del cuello de la chica como por arte de magia, y observó el silencioso respingo que dieron las tres mujeres.

El buhonero volvió a desaparecer tras dejar a la criada en manos tan poco seguras.

En el piso de arriba, la viuda Costa había abrazado muy cordialmente a sus dos huéspedes y Segismundo había besado la mano de la cuñada, quien irguió la cabeza como un viejo pájaro esperando, aunque sin decirlo, que como la vez anterior se contaran historias excitantes durante la cena, y que tales historias no tuvieran que ser silenciadas por la presencia de una monja. Ignoraba que ella misma estaba a punto de formar parte de una historia excitante.

Segismundo no justificó la presencia de la monja. La viuda Costa sentó a la joven junto a su cuñada y llevó a Segismundo hacia una silla de respaldo bajo que había frente a la ventana, para poder contemplar su expresión, en tanto que ella tomaba asiento en una silla de espaldas a la misma, pues estaba en esa edad en que las mujeres prefieren ser vistas a la luz de las velas. Se inclinó luego para coger las anchas manos entre las suyas y, dándoles una palmada, empezó, no a interrogar a Segismundo sobre su viaje o la monja, pues eran viejos amigos y sabía que habría de esperar a que él decidiera contárselo por sí mismo, sino para divertirlo con las trivialidades de la vida cotidiana durante su corta ausencia. Le contaba con muy genuina indignación que su cuñada había descubierto que dos de sus insignias de peregrina, la de san Godelieve de Gante y la de san Huberto de Bruselas, habían desaparecido, cuando se abrió la puerta, pero ella no alzó la vista creyendo que se trataba de la criada con el vino.

De no ser porque la cuñada y la monja sí levantaron los ojos y emitieron un chillido simultáneo, el cuchillo se habría clavado tal vez en su objetivo: la espalda de Segismundo. Sin embargo, Segismundo se dejó caer al suelo al tiempo que se volvía, y la hoja quedó clavada, temblorosa, en la jamba de la ventana.

No fue una gran pérdida para el buhonero, a cuyas manos el cuchillo de la cocinera había llegado por accidente. Llevaba el suyo, más largo e igualmente afilado, en la mano, y empuñándolo se abalanzó sobre Segismundo, quien le arrojó la silla, dándole en el brazo y haciendo que dejara caer el arma. El buhonero apartó la silla de un empujón y los dos hombres se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo. La viuda Costa y su cuñada se abrazaron, conteniendo el aliento, completamente aterrorizadas, mientras los hombres se debatían y luego rodaban por el suelo, el rostro de uno hundido en la manga del otro, Segismundo para hundirle el cuchillo, el otro para impedirse. El sombrero de cuero salió volando como una torpe gallina, los hombres gruñían y el suelo retumbaba. Segismundo consiguió volverse y colocarse sobre el buhonero, y dirigió certeramente su cuchillo, que de repente se desvió y se clavó en el suelo. Ambos hombres se quedaron inmóviles mirándose fijamente.

—Barley, sinvergüenza. ¡Te has dejado la barba!

—¡Martin! ¡Te has quedado calvo!

Las tres mujeres mostraron la misma incredulidad por lo que estaba sucediendo que habían demostrado por los acontecimientos anteriores. Al cabo de unos instantes todas reaccionaron: la cuñada permaneció rígida, aplastada contra un tapiz de Filemón y Baucis, balbuciendo la letanía de una plegaria; la viuda Costa cogió la silla que Segismundo había usado contra Barley y la alzó dispuesta a utilizarla si era necesario; la monja había arrancado el cuchillo de la jamba de la ventana y aguardaba su oportunidad para clavárselo a aquel hombre que sólo podía ser un Bandini.

Los dos oponentes estaban ocupados en ayudarse mutuamente a ponerse de pie, riendo, y en darse un abrazo de oso. Segismundo recuperó su cuchillo y lo devolvió a su vaina. Luego se miraron con complacencia. Resultaba evidente que su lucha mortal había sido un estímulo para su gusto por la vida y que los había animado extraordinariamente.

—¿Quién te ha pagado para matarme, eh?

—¿Quién es un traidor al duque Ludovico?

Segismundo se llevó una mano a la afeitada cabeza y se la acarició hasta la nuca al tiempo que murmuraba con tono pensativo.

—Ah, ¿conque esos son los vientos que soplan ahora? —Le dio un puñetazo a Barley en el pecho, un pecho que estaba hecho para resistir cualquier golpe salvo el del acero—. ¿Recuerdas a Federico Costa?

—Jamás olvido a un hombre a cuyo lado he peleado, que Dios se apiade de él.

—Te presento a su viuda.

Segismundo condujo a Barley, ya como oso domado, hasta la viuda, que había dejado la silla en el suelo, aunque con recelo, y miraba a los dos hombres con ira acrecentada por el miedo que acababa de pasar.

—¿Qué misterio es este? ¿Venís a matar a mi huésped bajo mi propio techo y afirmáis ahora que sois camarada de mi marido? ¿Son estas las costumbres entre los hombres de armas?

—Es inglés. —La afirmación de Segismundo pretendía justificar toda excentricidad posible. ¿Quién necesitaba de más explicaciones? Pero Barley se indignó.

—¡Escocés, hombre de Dios! Soy escocés. Sácate eso de inglés de la cabeza. Eres tan mestizo que no comprendes nada de estas cosas, o al menos eso aparentas. —Un puñetazo bromista fue a parar a un pecho tan imponente como el suyo. Daba la impresión de que habrían de contender un poco más antes de agotar el placer del reencuentro.

—¿No sois un Bandini, ni os ha contratado un Bandini?

Barley se fijó por primera vez en la joven monja de aspecto frágil con ojos apasionados y un cuchillo en la mano, que de repente había apoyado contra sus costillas.

—No soy un Bandini, hermana, ni he recibido dinero de ninguno de ellos. Vengo de Rocca, cierto, pero me envía el duque.

—¡Mentís! Él me dijo que trabaja para el duque.

—Ya no, ya no. —Segismundo retiró diestramente el cuchillo de la mano de la monja—. Sentémonos tranquilamente y, con vuestro permiso, señora —añadió, inclinándose ante la viuda Costa con una cálida sonrisa—, bebamos de vuestro excelente vino. —Mientras hablaba, algún oscuro pensamiento le vino a las mientes y se volvió hacia Barley con brusquedad—. ¿Estás solo?

Ambos hombres pensaron en Benno. Barley también recordó al muchacho con cara de ángel, que muy bien podría haber tenido una visita en la cocina por parte de alguien que iba en busca de comida. Los dos se precipitaron fuera de la estancia.

La monja y la viuda se desplomaron en sendas sillas como si sus rodillas hubieran abdicado de toda responsabilidad. La cuñada, aún en trance catatónico del que no había conseguido despertarla nada de lo dicho, siguió pegada al tapiz e inició otra decena de Ave Marías, convencida, quizá, de que si se detenía, el cielo, o al menos el techo, le caería sobre la cabeza.

Cuando hubo terminado con los caballos, Benno silbó a *Biondello*, se echó su bolsa al hombro y se dirigió a la cocina, deleitándose con el cálido sol, que brillaba con más fuerza que días anteriores, pensando ya, como antes el chuchó, en la buena comida que saldría de las manos de la cocinera y, con suerte, en algo más que una amable palmadita de la pinche. No se dio cuenta de que *Biondello* había sido lo bastante prudente como para no seguirlo.

Se detuvo en el umbral de la cocina como muestra viviente de la cruel descripción que la pinche había hecho de él, aunque en aquel momento habría sido más que generoso llamarlo «medio imbécil». La escena no se alteró, a pesar de que todos los ojos se volvieron hacia él. Incluso la suave amenaza del muchacho con cara de ángel, dispuesto a despachar a la pinche si hacía un solo movimiento, fue la misma. La había utilizado dos veces con eficacia y debería haber bastado para la mente más cerril, pero Benno tenía sus prioridades. Dedicó un pensamiento compasivo a la pinche, pero salió corriendo por el patio para rodear la casa en dirección a la fachada. Sabía reconocer el peligro y su amo era el hombre adecuado para enfrentarse con él. Esperaba que no hubieran cerrado la gran puerta de roble. Incluso esperaba que la joven y encantadora víbora del cuchillo tardara cierto tiempo en cortarle la garganta a la pinche, pero lo dudaba. Algo en aquella criatura denotaba velocidad. La casa era mucho más grande de lo que Benno había creído. Voló por la terraza, oyendo el crujido de otros pies sobre la grava, a sus espaldas. Alcanzó la puerta de roble, probó el picaporte, la abrió y se precipitó al interior de la casa pegando gritos. En aquel momento el muchacho con cara de ángel lo alcanzó y un hombre enorme de cabellos rojos bajó de cuatro brincos por la escalera de mármol verde seguido de cerca por Segismundo. Afortunadamente para Benno, dio un traspié.

El muchacho con cara de ángel saltó por encima de él sin vacilar al tiempo que arrojaba el cuchillo, que pasó rozando la oreja de Segismundo, golpeó contra la pared y cayó con un ruido metálico por las escaleras. El corpulento pelirrojo bramó como

un toro hostigado, mientras que de la cocina surgían los gritos largo tiempo contenidos para demostrar que no se había rebanado el pescuezo a nadie.

Otro cuchillo pareció crecer en la mano del muchacho con cara de ángel. Barley lo aferró con fuerza para impedir que volviera a atacar a Segismundo. Finalmente Barley consiguió aplacarlo jurándole que su víctima era un amigo.

Segismundo permanecía de pie con los pulgares metidos en el cinturón, disfrutando del ruido y la confusión con una sonrisa de oreja a oreja. Los chillidos histéricos que llegaban de la cocina, aunque menos intensos, impidieron que se oyera su murmullo. Benno, de bruces en el suelo, alzó la cabeza para juzgar por la situación cuándo podía levantarse sin que su integridad física corriera peligro, justificando una vez más su absoluta confianza en el dominio de su amo. En el piso de arriba se abrió una puerta y poco después bajaban por las escaleras la viuda Costa y la señora Cósima.

Persuadido al fin de que se guardara el cuchillo, la hermosa víbora, que Barley presentó, sin que a nadie sorprendiera, como Ángelo, se inclinó ante las damas, saludó al hombre al que había intentado matar y ayudó a Benno a ponerse de pie. Segismundo recogió el cuchillo que Ángelo le había lanzado y con una sonrisa se lo tendió por la empuñadura.

—Parece que hoy soy el blanco de todo el mundo. Debería ofrecerme al circo y que me pagaran por hacerlo. Es un trabajo que da mucha sed.

—Este ha ido a dar contra la pared —señaló Ángelo.

—Es demasiado rápido. También yo he fallado —le aseguró Barley—. Has tenido suerte, Martin; nombra cualquier cosa y Ángelo la ensartará con el cuchillo.

Benno no tenía ánimos para preguntar por la pinche, pero había visto el cuchillo que su amo había devuelto con tanta cordialidad. Se oyeron voces quedas que se acercaban al vestíbulo desde la cocina. Él tapiz que ocultaba la puerta se agitó y asomó el rostro cauteloso de la cocinera. Al ver a Ángelo estuvo a punto de retroceder, pero advirtió que conversaba con la señora de la casa, así como con el horrible buhonero, y la curiosidad y la ausencia de cadáver alguno lo convencieron de adentrarse en el vestíbulo. En aquel día de cuchillos, también ella se había apoderado nuevamente de uno. Llegaba acompañada de un fuerte olor a plumas quemadas, que se explicaba por la imagen de la pinche de espaldas sobre el suelo de piedra de la cocina. La moza no respondía a los esfuerzos de la criada. Ángelo también tenía sus prioridades, y para él era más importante deshacerse de Benno que de la pinche. Era muy halagador, pero Benno se alegraba más aún de haber sobrevivido para apreciar ese sentimiento.

La viuda Costa, una mujer de temperamento sereno además de buen juicio, los condujo a todos de vuelta al piso de arriba. A Benno lo enviaron a la cocina junto con la cocinera para dar la buena nueva de que nadie había sido, ni sería, asesinado, y con órdenes estrictas de subir el vino que la criada no había podido llevar poco antes.

Sobre la cocinera recayó la difícil tarea de preparar la cena para cinco huéspedes,

mientras una criada histérica intentaba despertar a su ayudante, que yacía en medio de un montón de trozos de col y cerdo crudo. Sin embargo, tal como había demostrado al aventurarse hasta el vestíbulo cuchillo en ristre, era una mujer valiente y con recursos. El vinagre resultó mejor que las plumas quemadas para resucitar a la pinche, a lo que contribuyeron unas cuantas bofetadas enérgicas con manos capaces de mover grandes marmitas. La cocinera recuperó a su ayudante, aunque ésta se mostró excitada y reacia a lavar la col y el cerdo, e inclinada a hablar por los codos sobre el hermoso demonio que había estado a punto de matarla.

Benno aún olía a establo, al tufillo de la bolsa que había dejado caer al salir corriendo y, naturalmente, a sí mismo, cuando subió el vino. Ángelo, con una gracia tan natural en él como el arrojar cuchillos, cogió la bandeja, sirvió el vino y repartió los vasos. A una señal de su amo, Benno se retiró con pesar a la cocina, donde vio que *Biondello* había vuelto a aparecer, esta vez cubierto de plumas y despidiendo un olor nauseabundo. Había saqueado la bolsa de Benno en el patio.

En el piso de arriba el grupo de personas reunido de manera tan extraordinaria empezaba a animarse. En el aire se respiraba el alivio que sigue a la batalla cuando uno sabe que la muerte ha pasado de largo. Se había persuadido a la cuñada de que saliera de su trance orador y se sentara. La mujer emitía pequeños suspiros de vez en cuando y hallaba consuelo en coger la mano de la joven a la que creía monja, mientras contemplaba al ángel caído del cielo que se sentaba frente a ella. En su mente empezaba a bullir la idea de que pronto, quizá a finales de la primavera, emprendería un nuevo peregrinaje. Desde luego, durante el nuevo viaje ya no tendría que sentarse sola en un rincón, silenciosa, mientras los peregrinos se contaban historias. ¡Ahora disponía de un repertorio propio!

Aunque se creía con derecho a una explicación de todo lo que había ocurrido en su casa en la última media hora, la viuda guardó silencio y bebió vino en abundancia. Era probable que tuviera que esperar a la intimidad de la noche para enterarse de la verdad. Esta idea la puso de un humor excelente y le alegró comprobar que Benno había subido varias botellas de vino. A petición suya, Ángelo se levantó y volvió a llenar los vasos. Los dorados cabellos le brillaban en la penumbra del atardecer que se había apoderado de la estancia, y la cuñada seguía sus movimientos con una mirada soñadora. La viuda sonrió y se dispuso a atender con mayor atención a la historia que estaba contando Barley, a la que Huberto aportaba más detalles (¿lo conocían realmente por Martin?) y que se refería a una increíble emboscada a la que ellos dos y su propio marido habían sobrevivido. Los hombres eran iguales en todas partes, y era de agradecer que algunos volvieran a casa.

La cocinera consiguió prepararles la cena a pesar del estorbo que suponía tener a la pinche repitiendo de manera machacona e incontrolable lo mal que lo había pasado, y mostrando la diminuta marca que tenía en el cuello a Benno y a algunos de los peones de la granja que llegaban con leña. Vocingleros, los peones alardearon de su capacidad para defenderse de cualquier intruso y aceptaron encogiéndose de

hombres las vividas descripciones que la pinche les ofrecía sobre la estatura del buhonero y los atributos demoníacos de su ayudante, que consideraron propias de la exagerada imaginación femenina. La confirmación de Benno fue tratada con indulgencia incrédula. Lo que nadie pudo entender fue el motivo por el que la señora y su formidable huésped se hallaban bebiendo vino con aquel par de asesinos.

El criado que también trabajaba como mozo de cuadra y que, en virtud de este trabajo trataba en ocasiones con gentes de la ciudad, estaba convencido de que era todo cuestión de política. La cocinera creía que podía ser una de esas bromas extrañas con que disfrutaba a menudo la gente de buena cuna. La criada opinaba que al final les rebanarían el pescuezo a todos y continuamente tenían que ir a buscarla al vestíbulo, a donde se escabullía para escuchar como si esperara oír espantosos gemidos en el piso de arriba y ver un río de sangre fluir por la escalera de mármol hacia ella.

Benno habló poco, pero se enteró de todo cuanto se dijo. Ocurriera lo que ocurriese, su amo saldría vencedor. ¿Acaso no había rescatado a la señora Cósima? *Biondello*, con igual confianza, apoyó la cabeza en las rodillas de su amo y aceptó de buena gana la mitad de todo lo que éste iba recibiendo.

Arriba no se oían gemidos sino risas, y lo que fluía libremente era el buen vino de la viuda. Segismundo y Barley adornaban las historias de cada uno, cada vez con mayor fantasía y procacidad. La viuda reía; la cuñada también, no porque entendiera las bromas, sino porque formaba parte de la euforia general. Cósima di Torre, una joven doncella de una casa rica, tenía menos oportunidades que nadie de conocer gente, por lo que la charla era tan extraña a sus oídos como la situación. Siguió fingiendo que era monja porque, al igual que Benno, había acabado por confiar en Segismundo, quien no le había dicho que revelara su identidad. Por lo tanto, bebió poco, con la mirada fija en el suelo, y no rio.

Ángelo tampoco dijo nada. Su contribución consistió en llenar los vasos y exhibir su hermosura, tareas que realizaba a la perfección. A Cósima se le ocurrió la idea, no sabía por qué, de que el brillo dorado de sus cabellos tal vez no fuese su color natural.

Encendieron las velas. Barley echó un tronco al fuego; en sus manos la gruesa rama parecía una simple ramita. Dispusieron la larga mesa de roble con vajilla de plata que la criada estaba convencida de que abandonaría la casa en la caja del buhonero cuando éste se marchara. La comida fue tan buena como el vino, servida en su mayor parte por uno de los hombres que había en la cocina, que tenía curiosidad por ver a los extraños. A su regreso no pudo por menos que admitir que las mozas y la cocinera eran inocentes de toda exageración en lo concerniente al tamaño del pelirrojo, pero que el rubio no parecía más fiero que una chiquilla. Hasta una pinche podría haberle arrancado el cuchillo de la mano.

También en la mesa se comentaban las habilidades de Ángel. Barley describía algunas de sus actividades desde que viera por última vez a su amigo Martin; le habló, por ejemplo, de que, hallándose convaleciente de una herida e incapaz de

ofrecer los servicios de su espada, había vivido como vagabundo y se había unido a una compañía de artistas que viajaban de ciudad en ciudad para bailar, cantar, vender coplas, hacer malabares, decir la buenaventura o hacer un poco de lucha. En esa compañía precisamente, cuyos miembros iban y venían como nubes de verano, había conocido a Ángelo. Mientras engullían la sopa de col y el cerdo, describió con profusión de gestos un número con el que habían tenido un gran éxito. Barley tenía que vestir una piel de oso (y por la expresión de los comensales, todos ellos estaban convencidos de que debía de resultar muy convincente) y luchar con Ángelo, que siempre acababa vencéndolo y daba una vuelta triunfal alrededor de la multitud seguido por el supuesto oso para la recolecta de dinero. Ángelo sabía imitar los trinos de los pájaros o cantar como el cantante del coro de una catedral... ¡y bailar! Barley se inclinó sobre la mesa para coger a su amigo de la manga.

—Os digo que es el mejor danzarín del mundo. Tiene el andar tan ligero como el de una condenada hada. ¡Arriba, Ángelo! —Barley señaló los platos con un ampuloso movimiento de su manaza—. ¡Arriba, demuéstrales lo que sabes! —Apuntó con su barba roja a todos los comensales, mirando alrededor de la mesa y luego aseguró a la anfitriona—: ¡No temáis! No tocará los platos ni romperá un solo vaso.

Ángelo, quien mientras lo ensalzaban había mantenido la mirada baja con la misma modestia de una monja, se rindió a la petición generalizada. Un pie en su banco, otro sobre la mesa y ya estaba arriba, iniciando una danza entre los platos, vasos, jarras, cubiertos y trozos de pan, al son de las palmadas de Barley y la voz grave con la que entonaba una *estampie*. La cuñada, arreboladas las mejillas, batía palmas siguiendo el ritmo como todos, recordando vagamente que en una ocasión había oído decir que los ángeles podían bailar sobre la cabeza de un alfiler. Incluso la monja daba palmadas. Segismundo aguardó a que Ángelo terminase y aceptara un vaso de vino de la admirada viuda. Entonces, igual que Barley había hecho antes, se inclinó hacia el otro lado de la mesa y cogió al joven, no por la manga, sino por el pecho.

—Tenéis una historia que contarme, salvaje.

«Como atrapar una nube»

Por un instante los ojos grises miraron fijamente los ojos pardos, y luego los comensales fueron testigos de la resurrección de la víbora; un cuchillo apareció, como salido de la nada, en la mano de Ángelo. Segismundo soltó el jubón de Ángelo y aferró a éste por la muñeca. Barley dejó escapar un rugido y saltó, derribando el banco en que estaba sentado. La cuñada pegó un chillido vibrante como un silbido y la criada, que entraba con una bandeja de cebollas cocidas rellenas de jamón y queso, la dejó caer y salió disparada en dirección a la puerta. Segismundo rechazó a Barley con un puñetazo en el pecho que lo envió por encima del banco volcado hasta caer sobre las cebollas, y retorció el brazo de Ángelo de tal manera que el cuchillo cayó sobre la mesa y resquebrajó un vaso que su danza había conservado intacto.

—Paz. Soy amigo vuestro. ¡Todo lo que quiero es oír vuestra historia, hombre!

Ángelo, gruñendo y jadeando cual Lucifer después de la caída, miró poco convencido a Segismundo desde su incómoda posición. La cuñada había cerrado los ojos para concentrarse mejor en gritar.

—Tenéis mi palabra de honor de que no pretendo haceros ningún daño —repitió Segismundo, intentando hacerse oír por encima de los chillidos.

—¿No habéis venido para matarme?

Segismundo soltó la muñeca de Ángelo y se echó a reír. Barley, tirado en el suelo sobre la comida derramada, se unió a él con sus profundas carcajadas.

—¿Mataros? ¿No sois vos quien veníais a matarme a mí?

Ángelo se frotó la muñeca, blanca aún por efecto de la presión, y empezó a sonreír a regañadientes. Miró a Segismundo, quien no hizo esfuerzo alguno por apoderarse del cuchillo o ponerse de pie, pero su voz hablaba ahora con gran seriedad.

—Si creéis que vuestra vida está en peligro, es por la misma razón que han enviado a Barley a matarme. Aquí hay un misterio y necesitamos de vuestra ayuda para resolverlo.

Ángelo, dócil de nuevo, devolvió el cuchillo a su vaina. Barley probó una cebolla que le quedaba a mano y se levantó, masticando y quitándose trozos de queso del jubón, para poner en su sitio el banco de modo que todos pudieran volver a sentarse. La viuda Costa dejó sobre la mesa la servilleta que se había llevado a los labios; la monja abandonó su agresiva pose con la mano en su cuchillo de empuñadura de marfil; y Segismundo consiguió que la cuñada abriera los ojos y dejase de gritar dándole palmadas en las mejillas y besándole las manos.

—Querida señora, ya se ha arreglado todo. —Cogió la jarra de vino más cercana, llenó el vaso de la cuñada hasta el borde y la obligó a beber—. Ahora viene otra historia.

—Lo primero es lo primero —dijo la viuda, poniéndose de pie—. Debo ir a ver con qué podemos reemplazar las cebollas.

—Os debemos nuestras más sinceras disculpas —dijo Segismundo, levantándose también.

—A las cebollas no les ha ocurrido nada grave —protestó Barley. Él y los otros hombres presentes habían comido cosas mucho peores que aquellas cebollas desparramadas en un suelo muy limpio. Precisamente en ese momento se ocupaba, no sin cierta dificultad, de recuperar una cebolla que llevaba en la parte de atrás de su jubón. Luego extendió la servilleta sobre el tapizado del banco para protegerlo de lo que pudiera quedarle pegado.

Su anfitriona, sin embargo, se dirigía hacia la puerta cuando ésta se abrió de repente para dar paso a Benno, que portaba un hacha para la carne, seguido con cierta reticencia de dos peones de la granja que blandían otros instrumentos de la armería de la cocinera.

Benno bajó el hacha al ver que su amo se hallaba tranquilamente sentado junto a los supuestos asesinos, y que uno de ellos aún se reía entre dientes.

La viuda dio las oportunas órdenes con respecto a las cebollas y demás platos y volvió a la mesa.

—En serio, Huberto, no es necesario que os disculpéis. No había vivido momentos tan interesantes desde que Federico, que en paz descansa, abandonó este mundo. —Se instaló en su gran silla de anfitriona y añadió—: Y ahora, la historia.

—Vamos a oír el relato de cómo un salvaje bailó para una duquesa y de quién le ordenó hacerlo.

—Eso no os lo puedo decir. —La voz de Ángelo era suave, pero resuelta—. Vi su rostro, pero no sé quién era.

—¿Quizá para quién trabajaba? ¿Era un hombre de buena posición?

—No; era un sirviente, aunque no llevaba librea.

—Contad lo que sucedió desde el principio.

Ángelo aceptó el vaso de vino que Segismundo le ofrecía y bebió pensativamente. La viuda se inclinó para escuchar; aquel relato no lo habían oído ni siquiera los ciudadanos de Rocca.

—Barley y yo nos hallábamos en Rocca para el casamiento, al igual que otros muchos artistas.

—Todo el mundo sabía que habría una selección —lo interrumpió Barley, alargando su gran brazo para cogerle la jarra de vino a Segismundo y servir a la anfitriona y a la bonita monja, cuyos ojos había sido completamente incapaz de ver—. Fuimos a palacio para ver si el *festaiuolo* nos aceptaba.

—Así pues, ¿todo el mundo sabía que estabais juntos?

Ángelo y Barley intercambiaron una mirada. Barley sacudió la cabeza.

—Había un gentío de mil demonios y un montón de enanos esperando para hacer su número, y a Ángelo sólo lo llamaron porque querían a un danzarín muy especial. También a mí me contrataron. —Sacó pecho y miró alrededor—. Iba a ser un gigante. El *festaiuolo* pensó que estaría bien que al final apareciese entre los enanos. Entonces tú lo estropeaste todo. —Le dio a Ángelo un empujón amistoso que estuvo a punto de enviar la dorada cabeza directamente al pecho de la cuñada.

—¡Hice lo que me pidieron! Estas fueron las instrucciones que recibí: bailar con los enanos, hacer mímica, ofrecerle el corazón a la duquesa y derramar vino sobre su vestido. No es fácil que el vino caiga donde uno quiere.

—Lo hicisteis con gran destreza —comentó Segismundo con tono tranquilizador—. Yo estaba presente. ¿Cuándo os dieron esas instrucciones?

—Justo antes de que empezara el festín. El hombre se había acercado a mí antes, cuando estábamos ensayando, y me ofreció dinero por llevar a cabo una broma, me dijo, que un admirador de la duquesa me pagaría bien. Era mucho dinero porque dijo que tal vez me viera metido en un lío.

—¿Recibisteis el dinero?

—Y me lo guardé —contestó Ángelo con una sonrisa—, aunque no era eso lo que esperaban.

Se hizo el silencio cuando uno de los criados entró con una fuente. Otro recogió las cebollas y limpió el suelo. Salieron juntos para contarles a los de abajo que aquello parecía la cena de un monasterio.

—¿Qué debíais hacer después de derramar el vino?

—Desaparecer rápidamente; y no hacía falta que me lo dijeran. —Ángelo se frotó las costillas—. Aquello no me hizo muy popular.

—La duquesa dio órdenes de que no os golpearan —susurró Segismundo.

—No aguardaron orden alguna. Todo el mundo me dio de tortazos cuando me iba. Me gané el dinero a pulso.

—¿Qué se hizo del disfraz de salvaje?

—Tenía que quitármelo enseguida y entregárselo al hombre que me había hablado, y que me esperaba en una de las antecámaras. Me ayudó a quitarme la piel y la máscara y lo dobló todo del revés. Me entregó mi dinero y me dijo que lo había hecho bien y que debía desaparecer. —Ángelo se interrumpió para beber; la cuñada lo contemplaba devotamente—. Yo no tenía la menor intención de quedarme por allí para que todo el mundo me diera su opinión de mala manera. Por principio no me gusta estropear un buen número, pero el dinero es el dinero. Me fui por donde él me llevó, lugares apartados de palacio.

—¿Lo conocía bien?

—Como si lo hubiera construido él. No necesitaba ni abrir los ojos. Me sacó de allí por una pequeña puerta que daba al patio donde ardía la hoguera. La gente empezaba a salir para ver los fuegos artificiales y a mí me supo mal perdermelos. —

Su hermoso rostro se volvió melancólico—. Cuando me alejaba miré hacia atrás para ver si habían disparado alguno y entonces lo vi. Por suerte se me ocurrió mirar.

—¿Visteis al hombre que os había pagado?

Ángelo mostró sus dientes torcidos, más propios de un demonio que de un ángel, y asintió.

—El mismo. Estaba arrojando el disfraz a la hoguera.

—¿Por qué dices que por suerte? —Barley dio un puñetazo sobre la mesa—. Las pieles cuestan dinero. Ahora aquella piel de oso... —Bebió un trago—. Apestaba.

Ángelo arrugó la nariz.

—¿Quién tenía que luchar contigo? ¿A quién abrazabas con ella puesta? No, fue una suerte que mirara hacia atrás, porque sospechaba algo. ¿Por qué estaba tan cerca de mí? ¿Por qué quemaba la piel? Me dije que a algunas personas no les gusta separarse de su dinero, que era una suma considerable y que lo de quemar la piel tenía todo el aspecto de querer deshacerse del salvaje para siempre. Cuando salí a la calle mantuve los ojos bien abiertos.

—Especialmente los de la nuca. —Barley dio una palmada a Ángelo en un hombro con una mano afectuosa, pero ruda—. También pueden ver en la oscuridad.

—Por el amor de Dios, señor —protestó la viuda—, dejad que cuente la historia. ¿Os siguió?

—Durante un rato —contestó Ángelo, asintiendo—. Me aseguré de que lo llevaba detrás. Luego saltó sobre mí con un cuchillo.

Siguió una pausa durante la cual todo el mundo sopesó la temeridad de aquel acto. La cuñada emitió el mismo sonido que haría un gato al que hubieran pisado.

—¿Qué hicisteis vos?

Sorprendido por la pregunta, Ángelo respondió:

—Lo maté. —Frunció el entrecejo—. Al principio pensé que sólo quería recuperar su dinero. No sería el primero. Cuando llegué a la posada descubrí que se corría la noticia de que habían asesinado a la duquesa y supe que estaba metido en la mierda hasta el cuello. Cuando él —la cabeza dorada hizo un gesto hacia Barley— volvió a nuestro alojamiento me contó que habían encerrado a Leandro Bandini en las mazmorras del castillo por matar a la duquesa, y empecé a respirar de nuevo. Pensé que eso me libraba de sospechas, pero entonces me dijo que a Bandini lo habían encontrado disfrazado con una piel de salvaje.

—¿Entonces fue un Bandini quien os contrató?

Todos se volvieron para mirar a la monja, que hablaba por primera vez y miraba a Ángelo con una expresión de ansia en el bello y pálido rostro, olvidando por una vez ocultar sus ojos.

—Bandini planeó que os echaran la culpa a vos. La acción de un asesino y un cobarde. —Por la manera en que escupió la segunda palabra, quedó perfectamente claro qué consideraba ella peor—. Necesitaba a alguien para la danza, que él no podía ejecutar. —Su tono era despreciativo—. Y para que derramara el vino sobre la

duquesa y ésta tuviera que retirarse. Me parece estar viéndolo. ¡Y entonces él la mató!

De repente se dio cuenta de la atención que le dispensaban, y enrojeció. La viuda Costa le dio unas palmaditas en la mano pensando, sin duda, que era una pena que un espíritu tan vivaz tomara los hábitos. A juzgar por el rostro de los hombres, a la joven jamás le habrían faltado pretendientes.

—Pero, hermana, ¿por qué iba a querer matar a la duquesa? —preguntó la viuda.

La monja se encogió de hombros como dando a entender que un Bandini no necesitaba motivos para asesinar. Segismundo guardaba silencio, observando.

—Es evidente —dijo Barley con la boca llena de nabos y puerros cocidos a fuego lento—, que el duque intenta poner fin a la enemistad entre Di Torre y Bandini con el casamiento de la joven Di Torre y el muchacho Bandini, y, está claro —añadió al tiempo que abría los brazos—, que a ellos no les agrada. Con perdón, hermana, no es el amor lo que gobierna el mundo, sino el odio. Las dos familias odian al duque por ese casamiento, y entre las dos arruinarán Rocca.

—Pero ¿por qué matar a la pobre duquesa? —insistió la viuda.

—Muy sencillo. —Barley escupió parte de los nabos que masticaba y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Por venganza. Para perjudicar a un hombre no es necesario atacarlo directamente. Y ahora corren rumores en Rocca sobre el duque...

—Según los cuales, él es el asesino. —Segismundo se levantó para servir vino. Barley lo señaló con una cuchara y con aire triunfal, dijo:

—Los has oído. No son más que cuchicheos por las esquinas, pero están ahí.

—No pueden haberla asesinado los dos, Leandro Bandini y el duque —comentó la viuda con impaciencia.

Barley, que era un oso paciente, dijo:

—Señora, un duque no puede matar a su esposa así como así. Las duquesas suelen tener parientes de alcurnia, y los duques necesitan chivos expiatorios.

—Eso es absurdo. Antes decíais que el joven Bandini lo hizo porque aborrecía la idea de casarse con la joven Di Torre, ¿estoy en lo cierto? Y ahora decís que fue el duque. ¿Trabajaba, pues, para el duque el hombre que contrató a vuestro amigo Ángelo?

—Lo que a mí me gustaría saber —terció la voz grave de Segismundo después de la voz de contralto de la viuda—, es por qué has llamado traidor al duque. ¿Alguien te contrató para matarme por eso? —Segismundo dobló los brazos sobre la mesa y miró a Barley. La cuñada, a pesar de hallarse agradablemente mareada por efectos del vino, ya que Ángelo no había dejado de llenarle el vaso, se llevó las manos al pecho, esperando que aquellos hombres temibles no volvieran a enzarzarse en una pelea.

—Él que me contrató me dijo más de lo que necesitaba saber. El nombre y el dinero era todo cuanto yo quería, o una descripción pasable si no había nombre, pero esa clase de gente quiere estar en paz con su alma por sus actos, así que te cuentan sus motivos. —Barley rio indulgentemente y bebió—. Así que ese Segismundo de la

cabeza rapada se pone al corriente de los secretos del duque y luego va y se vende a Bandini...

—¡Bandini! —exclamó la monja, poniéndose de pie.

—Tranquilizaos. —Segismundo la obligó a sentarse. Luego sacudió la cabeza y sonrió—. Barley está contándonos las excusas que le dio aquel hombre. La palabra de quien quiere verme muerto no tiene valor.

La monja se sometió con aire vacilante.

Barley rebañó su plato con un trozo de pan.

—Pero, conociéndote, me atrevería a decir que el resto es cierto, que estás al corriente de los secretos de palacio.

—El duque confió en mí, pero confía más en su hermano. Fue el señor Paolo quien temió que yo hubiera visto demasiado.

—¡He ahí un buen hombre donde los haya! —exclamó la viuda—. El año pasado mandé decir una misa en Santa Inés por Federico el día del aniversario de su muerte —añadió, santiguándose—, y cuando salía el señor Paolo se dirigió a mí en el pórtico. Fijaos en él, un hombre con una elevada posición en la corte, que se detiene en medio de la multitud para hablar con una viuda llorosa. Sus palabras fueron sensatas y consoladoras, sin falsa sensiblería. Y cuando se fue me di cuenta de que había cruzado media catedral para hablarme, pues sus amigos lo aguardaban en la puerta que conduce a palacio. Alguien dijo: «¿No era ese el señor Paolo?». Cuentan, además, que su caridad no tiene límites. Recuerdo un día en que volvía caminando a mi casa de la ciudad, cuando nos detuvimos por culpa de una gran pelea en la plaza. Eran hombres de Di Torre y de Bandini que se peleaban entre los puestos. La pobre gente tenía que recoger sus mercancías como podía para salvarlas; pisoteaban y rompían los cacharros, tiraban buenas piezas de tela y yo tuve que recoger a un niño para que no lo atropellaran, cuando ya estaba medio muerto con un brazo roto. Veo que tengo a una partidaria de Di Torre a mi lado —añadió, volviendo a dar una palmadita en la mano de la monja—, pero Rocca nunca prosperará mientras esos dos sigan enemistados.

—¡Entonces el duque debería desterrar a Bandini!

La monja se sorprendió al ver que todos acogían su enérgica réplica con sonoras carcajadas.

—También se dice —comentó Barley—, que Jacopo di Torre hizo que asesinaran a la duquesa y que dejaran al joven Bandini a su lado.

La monja se horrorizó, pero Segismundo se apresuró a decir:

—Rumores, rumores. La verdad se halla en el fondo de un pozo, y a mi entender la arrojaron allí hace mucho tiempo.

La puerta se abrió y aparecieron criados con más fuentes: buñuelos de manzana y de calabaza, compota de moras y galletas. La criada retiró los platos sucios, evitando acercarse a Ángelo y vigilándolo con ojos cautelosos pero fascinados. Cuando la puerta se cerró tras los criados, Segismundo se dirigió a Ángelo.

—De una cosa podemos estar seguros: el hombre que os contrató no estaba vivo para contratar a Barley. Pero ¿se encuentra la misma persona detrás de ambos encargos? —En su rostro se dibujó una sonrisa beatífica—. Es alguien que contrata extranjeros. Pero dejemos eso para mañana. Esta noche la compañía, el vino y la comida son excelentes.

—Y yo brindo por nuestra anfitriona —dijo Barley—. Por que disfrute de la paz durante todos los días de su vida. —Alzó su vaso y se inclinó ante la viuda. Ésta musitó que la paz no acompañaba siempre al deleite, pero agradeció también los brindis diversos con los que el resto de comensales alzaron sus vasos. La cuñada hipó mientras los demás bebían.

—¡Oh! Os pido mil disculpas..., no estoy acostumbrada al vino fuerte...

Barley miró al suelo.

—¿Qué ha sido eso? ¿El pedo de un ratón? Excelente vino, señora. No hay que echarle la culpa de nada.

Tal vez pensando en estas palabras, la viuda decidió que era mejor dejar a los hombres bebiendo y acompañar a las señoras a sus respectivas habitaciones. Segismundo afirmó que Benno podía ocuparse de ellos y la viuda no dudó en enviar también a los sirvientes a dormir.

A petición de la viuda, Benno acudió con otra gran jarra de vino. Alimentaron el fuego de la chimenea y apagaron una vela. Los hombres se trasladaron a la vera del fuego, Barley con un cestillo de plata lleno de nueces, y cada uno con su vaso. Segismundo tomó asiento en la gran silla tallada, Barley se tumbó en una meridiana veneciana. Ángelo se sentó con las piernas dobladas sobre la piel de lobo, y Benno se acuclilló de espaldas a las pilastras de piedra de la chimenea, junto a Segismundo. Benno usaba los útiles de la chimenea para cascar las nueces, pero Barley se valía sencillamente de su puño. Mientras masticaban y bebían la casa se sumió en el silencio. Oyeron el ulular de una lechuza que rondaba por el exterior de la casa. Barley se volvió para arrojar las cáscaras de las nueces al fuego y dijo a Segismundo:

—Hay muchas cosas que no nos has explicado. Has oído la historia de Ángelo. Sabes que el motivo de que esté aquí es que el duque te quiere muerto. ¿Qué has hecho?

—¿Te dijo el duque en persona que deseaba mi muerte?

—Lo oí de labios del señor Paolo.

—Mmm. ¿Y por qué te eligió a ti?

—¿Qué otro encontrarías como yo? —Barley se sentó, sacó pecho y sonrió—. Me vio probando un número para el *festaiuolo*. No es fácil confundirme con la multitud.

—Un enjambre de enanos —comentó Ángelo, y rodó por el suelo para esquivar el puntapié de Barley—. El señor Paolo supervisaba los preparativos del espectáculo en nombre del duque. Estuvo mirándonos a todos mientras mostrábamos nuestros respectivos números. Luego vino a vernos ensayar y a hacer sugerencias, que no eran malas para tratarse de un aficionado. La gente de palacio decía que es su modo de ser.

Es tan bueno que cuando muera lo cortarán en pedazos para hacer reliquias.

—¿Demasiado bueno para ser cierto? —susurró Segismundo, como si desaprobara su propio comentario, y Barley lo apuntó con un dedo.

—Ama a su hermano como a su propia vida. Igual que a ese hijo tullido que tiene. Mataría por él. Cada vez que ese chico pone un pie en el suelo es como si pisara el corazón de su padre.

—Eres un poeta, Barley. Claro que se dice que los ingleses son una raza de poetas...

Benno se agachó y dejó caer una nuez en las cenizas de la chimenea cuando su amo agarró la muñeca de Barley, que pretendía aferrarle el cuello. Se relajó cuando Segismundo prorrumpió en carcajadas.

—¡Escocés, escocés! —exclamó Segismundo—. Los ingleses no son más que rimadores, y sólo los escoceses son poetas. —Apartó la mano de Barley, que volvió a sentarse—. Así que el señor Paolo y el duque creen que soy un traidor. ¿Creen también que soy agente del duque Francisco?

—¿Lo eres? —dijo Barley—. Voto a tal que entonces los días del duque Ludovico están contados. —Estalló en carcajadas y, apuntando con la barba hacia las vigas pintadas del techo, se echó un puñado de nueces en la boca—. ¿Y qué hacías tú en Rocca, si puede saberse?

—Buscaba trabajo, igual que tú, mi querido escocés. En una ocasión le presté cierto servicio al duque, y él confió en mí lo bastante como para encargarme que investigase la muerte de la duquesa.

—¿Qué podías hacer tú? Si es cierto que el duque mató a su esposa, el joven Bandini es carne de cadalso. ¿Te contrató para que pareciese otra cosa? —Los ojillos de Barley escudriñaron el rostro de Segismundo con gran atención, y también Ángelo se volvió para mirarlo.

Segismundo tendió su vaso hacia Benno para que se lo llenara, y susurró:

—Eso es más de lo que puedo decir por el momento. La mayor parte de este asunto —extendió una mano y la cerró en el aire—, es como atrapar una nube. —Se inclinó y colocó una mano sobre el fuerte muslo de Barley—. Una cosa es segura: es una nube que pronto dejará caer una lluvia de sangre. —Se interrumpió, miró a Ángelo, a Benno, y otra vez a Barley, y añadió—: Debemos partir hacia Rocca al amanecer.

«¿Cuánto dinero?»

—¿Es que quieres que nos maten a todos? —Barley miró fijamente a Segismundo mientras aplastaba un puñado de nueces entre las manos y las sostenía luego en el puño, con el que se golpeó la rodilla para dar mayor énfasis a sus palabras—. ¿Rocca? Ahí tienes a Ángelo; se ha teñido el pelo y ha matado al hombre que quería recuperar su dinero, pero todos sabemos que era otro hombre el que le contrató y quien podría identificarlo como el danzarín disfrazado de salvaje. —Hizo una pausa. Ángelo puso los ojos en blanco y, para sorpresa de Benno, no se pasó la mano por la garganta, sino por el estómago—. Acabará con las tripas fuera en el cadalso, haciéndole compañía al joven Bandini —agregó Barley. Se interrumpió una vez más para separar las nueces de las cáscaras y engullirlas—. Se suponía que yo debía matarte, ¿recuerdas? Si aparezco por allí sin tu cabeza en una bolsa, alguien va a pedir la mía a cambio. Y no paso inadvertido. También a mí me aguarda la muerte en Rocca.

—La muerte nos aguarda a todos —dijo Segismundo—, incluso al más enorme escocés que hay entre nosotros, pero con algunas personas se ve obligada a tener más paciencia que con otras. —Volvió a tender su vaso hacia Benno para que se lo llenara y prosiguió—: Oficialmente yo soy un traidor y, por tanto, cualquier hombre de Rocca puede poner fin a mi vida. Tendremos que aprovechar el momento en que la muerte bostece para pasar junto a ella de puntillas.

La visión de Segismundo y Barley caminando de puntillas junto a alguien, estuviera provisto o no de una guadaña, provocó un silencioso espasmo de risa en Ángelo. Sin embargo, Benno se preocupaba por otra persona.

—¿Y la señora Cósima? Estarán buscándola, ¿no?, después de que atarais a la monja y todo eso.

Barley y Ángelo se volvieron hacia Segismundo, que se frotaba el mentón sonriendo.

—¿Has atado a una monja? —preguntó el escocés—. ¡Este es mi Martin! ¿Y ahora qué? ¿Era la guapa monja que nos acompañaba durante la cena? Yo también la ataría si no tuviera toda la pinta de morder. ¿Quién es esa señora Cósima?

—Ella. La monja es la señora Cósima. La monja a la que até era la madre Luca, la enfermera del convento de Castelnuova. No quería perder a su paciente más que por medios naturales. Es su hábito lo que habéis visto durante la cena.

—¿La ataste y la desnudaste? —dijo Barley—. ¿A la enfermera del convento benedictino de la colina junto a la frontera? ¿En el ducado de Francisco? Martin,

tienes un don especial para meterte en problemas. —Dejó caer su manaza sobre el hombro de Segismundo y lo miró con admiración—. No contentó con armar jaleo en Rocca, tenías que dejar con un palmo de narices a otro duque. Aunque tuvieras las vidas de un gato no podrías cumplir con todas.

Ángelo se movió sobre la piel de lobo y miró a Segismundo. La luz del fuego iluminaba su rostro.

—Y si sois agente del duque Francisco, ¿por qué os dedicáis a violar a sus monjas?

Barley intervino, escandalizado.

—No ha dicho nada de violar...

—¿Quién es esa monja que, además, es la señora Cósima? ¿La misma señora Cósima que raptaron unos bandidos?

—Fue Bandini. Eso dicen en Rocca.

—¡Eso dicen en Rocca! —El irónico murmullo de Segismundo subió de tono en la escala—. En Rocca dicen cualquier cosa que les ordenen. Pero si es un Bandini el que habla, resultará que fue el propio Di Torre quien se llevó a su hija para echarles la culpa, luego apuñaló a la duquesa, metió a Leandro Bandini en el disfraz de salvaje, lo dejó inconsciente y lo tiró en la cama junto a ella.

Ángelo estaba sentado muy erguido con los ojos entrecerrados.

—¿Y fue él? ¿Fue Di Torre quien me contrató? —Algo en su voz sugería que estaba dispuesto a volver a Rocca cuchillo en mano en cuanto supiera quién había contratado a su asesino y a él mismo. La respuesta llegó inesperadamente de parte de Benno.

—¿El señor Di Torre? —Benno hablaba más por el instinto de proteger al padre de la señora Cósima que por auténtica convicción—. Mi antiguo amo no haría algo así. Él no. No habría apuñalado a la duquesa, ni siquiera se habría atrevido a escupirle a un Bandini. —Miró los rostros que lo observaban—. Lo que creo es que quien haya matado a la duquesa odiaba de verdad al duque y lo arregló todo para soliviantar los ánimos, y ahora al duque lo llaman asesino y Di Torre y Bandini van a destrozar Rocca. Si hubiera un agente del duque Francisco en Rocca, creo que lo habría hecho con mucho gusto.

Concluyó asintiendo enérgicamente sin darse cuenta de que a los ojos de dos de sus interlocutores había pasado de ser un imbécil a un igual. El murmullo de Segismundo fue grave, como el de una abeja en una flor.

—Vamos, Martin. ¿Qué pasó después de que el duque te despidiera?

—Ugo Bandini me contrató para que hallara a Cósima di Torre; el duque le había ordenado que la devolviera, por mucho que él jurara que no tenía ni idea de su paradero. Así pues, yo debía encontrarla para demostrar al duque que había sido Di Torre quien la había ocultado desde el principio.

—¿Pensaba realmente ese bendito que el duque le creería si aparecías con la chica jurando que la habías encontrado en medio del campo y sin que hubiera ningún

Bandini a la vista?

—Un hombre cuyo hijo y heredero está a punto de ser ejecutado en la plaza pública no razona con lógica. Por el bien de su hijo estaba dispuesto a pactar hasta con el mismo diablo.

—Y apareciste tú. —El puñetazo de Barley fue afectuoso y Segismundo se protegió con facilidad—. Pobre desgraciado. Lo comprendo. Pero ¿qué me dices del duque Francisco? ¿Qué parte ha tenido en todo esto?

—Bandini cambió de opinión. Al principio sudaba sangre y estaba dispuesto a bañarme en oro con tal de que hallara a la joven; así él podría regatear por la vida de su hijo. Entonces llegó su mayordomo, le susurró al oído y Bandini se apresuró a salir, dejándome solo durante casi una hora. Cuando volvió, la canción que cantaba era completamente distinta, y no me dio más dinero que el estrictamente necesario para que saliera de su casa lo más deprisa posible. En ese momento pensé que era porque acababan de decirle dónde se hallaba la joven. Ahora he cambiado de opinión. —Segismundo cogió unas nueces de las que le tendía Barley.

—¿Cómo se enteró él? ¿Cómo la encontraste?

—Siguiendo la pista equivocada, tal vez. Los únicos mensajeros que llegaron a la casa fueron unas monjas de Castelnuova, de modo que hacia allí nos encaminamos. Mientras me ocupaba de preparar la huida de la señora Cósima del convento, Benno, que como sabéis es poco menos que idiota, se hallaba en los establos y se interesaba por dos hombres que no tenían nada que hacer allí. Parecían aguardar una orden de la madre Luca, la enfermera del convento. Ya habréis notado que Benno parece un viejo saco de desperdicios y como tal pasó inadvertido mientras escuchaba las instrucciones de la monja, que a su vez procedían del duque Francisco. Los dos hombres debían decir a Bandini que el lobo estaría en la puerta el día de la festividad de san Romualdo. También debían decir lo mismo a otra persona, cuyo nombre no mencionaron, y a Jacopo di Torre.

Barley dio una palmada y Benno se sobresaltó.

—Ya lo veo claro. Tienes razón, el viejo zorro de Francisco tiene a todo el mundo bailando a su son. Di Torre y Bandini lo obedecen para proteger a sus hijos; al duque Ludovico lo tachan de asesino y su propia gente lo cree, pero ¿lo del lobo en la puerta?

—Mi antiguo amo ya no tiene que hacer lo que le manden —apuntó Benno—. Tenemos a la señora Cósima.

—Di Torre no lo sabe —dijo Segismundo al tiempo que recogía su vaso del suelo—. Esa es una de las razones por las que debemos ir a Rocca.

—Danos otra —pidió Barley mientras buscaba una nuez pelada que había caído a sus pies—. Me gustaría saber por qué he de morir.

—Tenemos a la señora Cósima, pero Leandro Bandini sigue en las mazmorras de palacio. Mientras continúe allí, la vida de Ugo Bandini, y, lo que podría ser aún más importante, su dinero, están a disposición del duque Francisco.

—¿Cuánto dinero tiene Bandini?

El murmullo de Segismundo fue respetuoso.

—Lo bastante como para prestar al Papa.

Barley dejó oír un silbido.

—¿Y tú propones, mi alocado Martín, disfrazarte de rata, deslizarte al interior de las mazmorras y roer las cadenas del joven Bandini para liberarlo? —Su mirada se hizo más penetrante—. Se obtendría una buena recompensa, ¿eh? ¿Bandini estaría dispuesto a soltar unos cuantos ducados por recuperar a su hijo y heredero?

—Sabía que querrías venir —dijo Segismundo, apurando su vaso de vino.

«Un amigo del verdadero amor»

La pequeña procesión abandonó la villa Costa poco después del amanecer por la demora que provocaron los preparativos necesarios. Una blanca neblina cubría el valle que se extendía a los pies de la casa y los envolvió en cuanto penetraron en ella en medio de un silencio espectral. Benno portaba a un cálido, perezoso y ahíto *Biondello* bajo la capa y reflexionaba con alegre confianza sobre lo que les aguardaba. Por la charla de la noche anterior, sabía que a todos los aguardaba un futuro lleno de peligros, pero su confianza en Segismundo no había perdido su fuerza en modo alguno. Allí estaba la señora Cósima, a la que había encontrado cuando nadie más había sabido hacerlo, y a la que había rescatado de una increíble situación. Benno había visto en una iglesia el fresco de un ángel con un dedo apoyado en los labios, conduciendo a san Pablo fuera de la prisión, y aunque Segismundo tendría el aspecto de un ángel corpulento y demoníaco, Benno imaginaba un milagro similar en beneficio de Leandro Bandini.

En la villa Costa no había nadie más que los criados y la cuñada, que pagaba las consecuencias del vino que había bebido la noche anterior. No le habría importado que sonara la trompeta del Juicio Final con tal de que pusiera fin a su sufrimiento. Cuando al alba la visitó brevemente la viuda Costa no se hallaba en condiciones de advertir que ésta se había quitado el luto por primera vez desde la muerte de Federico, ni habría reconocido a la monja con que había compartido la cena vestida con ropas que la hija de la viuda había desechado largo tiempo atrás. De haber buscado el hermoso rostro de Ángelo entre los que se disponían a partir, le habría sorprendido descubrirlo bajo unas trenzas amarillas con cintas de color lila que le colgaban por delante de las orejas. Ángelo estaba encantador con un vestido pasado de moda que la viuda conservaba por motivos sentimentales (en otro tiempo cuando era más joven y esbelta, se había adaptado perfectamente a su figura), y se cubría recatadamente el pecho plano con los pliegues de un velo.

La viuda, tan digna en un vestido de terciopelo de color morado como antes lo estaba vestida de negro, fingía ser su propia hermana, a la que acompañaban su doncella y su sobrina para visitar la casa que poseía en Rocca. En ella se alojaban diferentes miembros de la familia de vez en cuando y, gracias a la oportuna muerte del mayordomo dos meses antes, se había producido un cambio de personal y no quedaba nadie que conociera a la auténtica hermana de la viuda. La viuda Costa, en su papel de hermana, viajaba con dos criados: un tipo medio imbécil que llevaba el perrito faldero de su señora, y un gigantesco bruto encapuchado, cuyo mentón parecía

escocido. A su lado, cuando la carretera lo permitía, cabalgaba su capellán, al que el hábito daba un aire solemne con la capucha echada sobre su calva cabeza, leyendo su breviario con devota atención.

El nuevo mayordomo de la viuda Costa, al que la llegada de los huéspedes pillaba desprevenido, quedó impresionado por el extraordinario parecido de la hermana con la viuda, lo cual hizo innecesaria la carta que le entregó la supuesta hermana, en la que se incluía el sello de la viuda para probar su identidad. El buen hombre la recibió con respetuosas reverencias y envió a su familia a airear colchones, colgar los cortinajes de los lechos, encender fuegos y preparar un asado para la cena. La hija de la señora Donati permaneció con el rostro velado ante el mayordomo, como era costumbre entre las doncellas de rango, pero si se podía juzgar su aspecto por el de su doncella Ángela, debía de ser en verdad exquisita, se dijo el mayordomo.

El capellán ejercía una gran autoridad. Al mayordomo le resultó evidente que todos los del grupo buscaban en él una guía tanto material como espiritual, a pesar de que hablaba muy poco. El mayordomo no se dio cuenta de que, mientras él se hallaba en la cocina supervisando las provisiones y decidiendo qué podía servirse y qué debía comprarse, ese mismo capellán deambulaba por la casa con una velocidad siniestra, explorando escaleras y pasillos, comprobando las salidas a los callejones y las calles que rodeaban el edificio. El capellán halló tres puertas, de cuyos pestillos y trancas comprobó la eficacia. Cada puerta, como se veía por la mirilla, daba a una calleja diferente, una de ellas tan angosta que prácticamente podía tocarse la casa del otro lado, y tan oscura como boca de lobo. Una criada que subía de la bodega con un haz de leña bajo el brazo para la chimenea del gran salón, quedó perpleja al topar con un sacerdote que se asomaba a la calle, pero recobró el aplomo suficiente para asentir cuando éste se volvió y la bendijo.

Una cosa que sí sorprendió al mayordomo fue que enviaran al criado idiota a pasear al perrillo, bastante horrible por cierto, de la señora, no a la calle, sino a la galería, pues sabía que más tarde tendría que enviar a alguien de su familia para limpiar. El mayordomo no podía saber que la encantadora Ángela se había ofrecido a remediar la inequívoca característica del perro arrancándole la otra oreja, pero oyó el grito indignado del idiota al coger al perro y apretarlo contra su desagradable pecho.

Otra sorpresa la provocó la señora al llamar a su dormitorio al bruto que tenía por mozo, una vez que encendieron allí la chimenea. Claro que, hallándose la hija y la doncella presentes, nada tenía de indecoroso. Afortunadamente para la salud mental del mayordomo, no llegó a ver a ese bruto sentado en la silla de la señora intentando no parpadear bajo la fuerte luz, mientras la mano profesional de Ángela volvía a oscurecerle las pestañas rojizas con aceite y hollín.

Ángela se marchó después con los cabellos dorados cubiertos por un pañuelo de hilo, envuelta en una capa de lana negra y un cesto bajo el brazo. Antes de salir informó respetuosamente al mayordomo. Así pues, en el grupo había al menos una persona que sabía cómo debían comportarse los sirvientes de una casa. Claro está que

no le dijo, y él tampoco lo habría entendido, que Ángela debía ir a buscar al enano más anciano de palacio, llamado Durgan, y que la palabra que debía emplear para ganarse su confianza y conseguir que le llevara a la entrada de servicio y oficiara de valedor para que la dejaran entrar era «Altosta», aldea natal del difunto y llorado Poggio.

Cuando Ángela regresó, el mayordomo estaba satisfecho del orden imperante para acoger a los huéspedes de su señora y tenía el convencimiento de que la cena que preparaban su exhausta mujer y su sobrina merecería la aprobación de la señora Donati. Había sido difícil, pues la ciudad se hallaba en un estado de gran agitación, los vendedores estaban más dispuestos a hablar de política que a servir, y escaseaban las provisiones, porque el palacio hacía grandes compras en previsión de la llegada del duque Hipólito, que se esperaba en cualquier momento, para presenciar la ejecución del asesino de su hermana. Las verduras que había en aquella época del año y que llegaban del campo a la ciudad se desviaban cada mañana hacia palacio, que pagaba por ellas precios elevados, e incluso los cerdos que corretearan por las calles, corrían peligro de ser requisados. La señora Donati se mostró sorprendentemente ofendida cuando el mayordomo sugirió que tal vez visitaba la ciudad para presenciar la ejecución. Después de eso, el pobre hombre no vio cómo protestar cuando la señora le pidió sus llaves para buscar algo que su hermana le había pedido que llevase a la casa de campo y que se hallaba en las habitaciones que permanecían cerradas desde la muerte de Federico Costa.

—Bueno, sí, señora. Las tengo aquí, en una anilla aparte. Desearía señalar que, ateniéndome a las órdenes expresas de la señora Costa, no he entrado en las habitaciones más que para asegurarme de que la humedad o los roedores...

—No importa. No me fijaré en el polvo.

El mayordomo se sintió más que aliviado al oírla, pues no habría conseguido persuadir a su mujer ni a su hija de que entraran en aquellas habitaciones a limpiarlas. Tenían la idea fija de que en ellas moraba un fantasma, y habría sido una falta de tacto dar a entender que el cuñado de la señora Donati no era un huésped bien acogido, por muy delicada que fuese la forma en que lo planteara.

Para ser unos recién llegados a la ciudad, los visitantes se mostraron muy activos. El viaje no parecía haber agotado sus energías. Poco después de que regresara la hermosa doncella, ésta y la hija de la señora Donati, cubierta por gruesos velos, salieron sin dar cuentas a nadie, acompañadas por el imponente mozo que, con la capucha negra ajustada, provocaba la turbadora impresión de que pronto lo verían aparecer detrás de Leandro Bandini en el cadalso que estaban erigiendo en la plaza mayor.

La primera reacción de Cósima cuando le comunicaron el papel que tendría de representar había sido una violenta negativa.

—¡Jamás! ¿Cómo podría yo, una Di Torre, hacer semejante cosa? Jamás. No lo haré.

En el silencio que había seguido a sus exclamaciones, la joven había visto posar sobre ella unas miradas pensativas, al tiempo que notaba las mejillas inflamadas (justamente, ¿sin duda?) por la indignación. Esperaba que al menos Benno la apoyara, pero éste se limitó a rascarse la barba con expresión concentrada y no dijo nada. Lo que sí tuvo que oír fue el murmullo de desaprobación de Segismundo, mucho más grave que la voz con que lo había oído hablar la primera vez.

—No creía que quisierais hacerlo —dijo—. Ya les dije que no podríais. Debemos reconsiderarlo.

Nadie habló durante un rato y la respiración de la joven se aquietó. Luego Ángelo, que permanecía sentado con la espalda recta embutido en su vestido de lana verde, como si hubiera estudiado el comportamiento femenino durante toda su vida, comentó con su voz suave pero incisiva:

—Nosotros arriesgamos la vida y vos no estáis dispuesta a tragaros vuestro orgullo. Vos habéis sido rescatada, Leandro Bandini, no.

—¿Sabéis la clase de muerte que le aguarda, señora? —intervino Barley—. ¿Sabéis qué le hacen a un traidor? Primero...

—No. —Segismundo alzó una mano. Cósima notó que Barley callaba de inmediato—. Tú no puedes saber qué siente esta dama. Una Di Torre no podría darle un vaso de agua a un Bandini aunque éste se hallase entre las llamas del infierno. Ese joven es inocente del crimen por el que va a morir. No le ha causado ningún daño a la señora Cósima. Va a sufrir una muerte espantosa, pero, como Di Torre, ella debe alegrarse.

—Eso no es cierto. —Cósima sabía que había vuelto a ruborizarse, y estaba tan furiosa que habría querido llorar—. Haré lo que queráis. Nadie podrá decir que una Di Torre no tiene caridad cristiana.

No sabía lo que le esperaba al pronunciar esas palabras.

En toda su vida raras veces le había sido permitido salir a la calle, por ejemplo, para ir a la misa de la iglesia más cercana a la casa de su padre en lugar de oírla en la capilla familiar. Ahora se hallaba en la calle, lejos de su casa. Daba gracias a Dios por la compañía del joven con faldas que caminaba un paso detrás de ella, y la de Barley, que caminaba delante. Desde que saliera de la casa de su padre hacía más de una semana, había vivido más experiencias asombrosas de lo que habría podido soñar. Allí estaba, caminando por calles vulgares atestadas de gente, en medio de las conversaciones y rumores de la plaza de una ciudad, viendo a los mendigos alargar sus muñones o mostrar sus horribles llagas, viendo a los niños harapientos que se peleaban por un sucio trozo de pan, oyendo gritos y el golpeteo de un martillo y alzando la vista para contemplar una curiosa plataforma que se erigía delante de una hermosa galería cubierta. Tras ella, Ángelo dijo con tono impersonal:

—Eso es el cadalso.

Cósima supuso que, por tanto, debían de estar cerca de palacio. Empezaba a sentirse cansada. Había caminado más que en toda su vida. Ángelo se adelantó para

ofrecerle un brazo. Cósima pensó en su doncella Sascha, en cuyo brazo se había apoyado para pasear por el jardín de su casa de campo. También se encontraba allí para vengar la muerte de Sascha. Por un momento olvidó que iba cogida del brazo de un hombre, y al advertirlo, vaciló. Ángelo no supo interpretarlo.

—No tenéis que hablar cuando lleguemos a la puerta. Yo llevo el dinero. El guardia nos permitirá entrar. Dejádmelo a mí.

Una vez en la puerta, mientras Ángelo hablaba con voz de falsete y rechazaba recatadamente los avances del guardia, Cósima repetía en su fuero interno lo que debía decir.

Ángelo se adelantó a ella para seguir al guardia. Barley, al que detuvieron en la puerta, permaneció allí con aire tan despreocupado que Cósima cobró nuevos ánimos. La fría y lisa piedra sobre la que caminaba era una bendición para ella después del roce de las toscas calles. El guardia no hacía más que mirar por encima del hombro y caminaba a veces más despacio, como si esperase que la encantadora criatura que lo seguía chocara con él. Cósima, que había visto a la supuesta doncella con un cuchillo en la mano, era consciente de la excitación de la aventura, como si la arrastraran hacia un peligro con el que quisiera enfrentarse.

El guardia se adentraba cada vez más por oscuros pasadizos, no en el corazón sino más bien en las entrañas del castillo. Cósima percibió que no topaban con nadie. El guardia los conducía por corredores poco frecuentados, concediéndoles el valor que merecían por la pequeña bolsa de cuero que Ángelo le había entregado. No obstante, era más que probable que él mismo estuviera ansioso por pasar lo más inadvertido posible.

Por fin se encontraron con otra persona. Habían bajado por un último tramo de escaleras, iluminadas por una antorcha que había en un soporte en una de las húmedas paredes de piedra, y allí estaba el que sin duda era el carcelero. Al pie de las escaleras vieron a aquel hombre corpulento y receloso que les bloqueaba el paso; la linterna que llevaba arrojaba un resplandor infernal sobre sus toscos rasgos, mientras que la luz de la antorcha producía un extraño reflejo en sus ojos, rojos como los de una rata.

—¿Qué es esto? —Le chirriaba la voz, como si se le hubiese oxidado por utilizarla muy pocas veces—. ¿Quiénes son esas? Nadie puede bajar aquí sin mi permiso.

—Visitas para el Bandini. Es todo lo que sé. —El guardia de la puerta se volvió y dirigió una última mirada hacia Ángelo, que lo miró a su vez, y se marchó portando su propia antorcha; había llegado hasta donde las monedas habían conseguido comprarlo. El carcelero no se movió, y observando a las dos mujeres con incredulidad creciente, dijo:

—¿Bandini? Nadie ha de ver a Bandini hasta que muera. —Una sonrisa partió su cara como una herida—. Entonces veréis más de él de lo que nadie ha visto antes, más de lo que a él le gustaría. —La sonrisa pareció volver a cerrarse—. ¿Qué queréis

de él? —Alzó la linterna para iluminar el rostro de Ángelo—. Bonito pájaro para volar hasta mi jaula. —La herida se abrió una vez más, poniendo al descubierto unos dientes negros como la gangrena.

—Mi señora ha de ver a su prometido antes de que muera —dijo Ángelo, se acercó al carcelero mientras Cósima contenía el aliento y le susurró al oído al tiempo que transfería otra pequeña bolsa de cuero a su mano libre, que rápidamente se cerró sobre ella. Las trenzas doradas de Ángelo se mezclaron unos segundos con los grasientos rizos canosos. Cuando los ojillos de rata se desviaron hacia Cósima, ésta se alegró de llevar el rostro velado.

—Ah. Así que ése es el caso, ¿eh? Piero es un amigo del verdadero amor, sí que lo es. —Sopesó la bolsa en la mano y se la metió en la pechera de su sucia túnica de cuero—. Sólo unos minutos, entonces, y porque Piero ama a los amantes. —El hedor a ajo y dientes podridos que soltó con su carcajada atravesó los velos de Cósima, quien notó que le entraban náuseas. «Por nada del mundo tengo que vomitar ahora». Cósima era demasiado inocente para saber que su involuntaria arcada y el modo en que había tragado saliva convencieron a Piero de la historia que Ángelo acababa de contarle.

—Señora. —La mano de Ángelo, delgada y fuerte, la sujetó por debajo del brazo para conducirla en pos del carcelero, que había girado sobre sus talones y caminaba con paso firme por el corredor de piedra—. Todo va bien. Un instante más y veréis a vuestro amado.

«¡Mi amado! ¡Mi enemigo mortal! ¿Qué diría mi padre?». Estos pensamientos la atormentaban mientras el carcelero hacía girar la llave de una puerta grande y baja. El carcelero alzó primero la linterna para echar un vistazo por la mirilla, y cuando abrió la puerta exclamó con espantosa jovialidad por encima de su crujido:

—¡Un pajarito ha venido a veros, maese Bandini! ¡Un pajarito de amor!

Ángelo ayudó a Cósima a trasponer el umbral. El momento había llegado. Una figura se había levantado del montón de paja y estaba de pie en medio de la celda. Cósima percibió su perplejidad. Audazmente hizo lo que había ensayado con Segismundo: avanzó hacia él, echándose el velo hacia atrás y tendiendo los brazos. Con ellos rodeó los hombros de un joven, el primero al que tocaba en su vida, y luego apretó su mejilla contra otra más áspera para susurrar con tono apremiante:

—Fingid que me conocéis. Si queréis vivir, imitadme.

Cósima notó la súbita tensión del joven y su respiración entrecortada. Luego sus brazos la rodearon y el joven dijo en voz alta:

—¿Amor mío?

Cósima apoyó la frente en el hombro de Leandro. Oyó que Ángelo hablaba. El prisionero la apretó contra sí y repitió:

—¡Amor mío! Has venido. ¡Por fin has venido! Y, sin saber que estaba abrazando a Cósima di Torre, Leandro Bandini la besó con auténtico entusiasmo.

Cósima di Torre, que era muy consciente de que estaba besándola un Bandini,

olvidó este hecho casi de inmediato. Sus labios parecían conectados con todo su cuerpo de un modo completamente nuevo. Si eso era lo que se sentía al ser besada por un hombre, comprendía por fin por qué las doncellas solteras debían ser protegidas de semejante experiencia. Por su parte, devolvió el beso extasiada. El abrazo de Leandro se hizo más fuerte, envolviéndola aún más, de tal forma que de pronto Cósima recordó la situación en que se hallaba y quién era. Roja como la grana, horrorizada, hizo un esfuerzo por liberarse y ambos cayeron sobre la paja. El carcelero había dejado la linterna en el umbral de la puerta y se había enzarzado en conversación susurrante con Ángelo; un haz de luz cayó sobre las dos figuras sentadas en la paja, iluminando los rostros para provecho de ambos. Cósima se asombró de que un Bandini pudiera ser tan atractivo; su imaginación le había hecho prever una faz marcada por generaciones de maldad. A Leandro le pareció lo más natural que quien había ido a rescatarlo tuviera todo el aspecto de un ser celestial.

—Señora. —Ángelo se inclinó sobre ellos con las trenzas colgando, tapando la luz para decepción de ambos—. Debemos marcharnos, pero volveremos con un sacerdote. Piero accede a permitir el matrimonio.

—¡Matrimonio! —El sobresalto y la exclamación de Leandro provocaron una risita meliflua del carcelero.

—Al final os han pillado, muchacho, aun a las puertas del cadalso.

—Querido Leandro... —Qué extraño sonaba el nombre en su boca. Cósima bajó la cabeza con recato y consiguió pronunciar las palabras que había ensayado, deseando al mismo tiempo que se le tragara la tierra—. Es por el bien de nuestro hijo.

Leandro le cogió las manos en un arrebato y se inclinó para besarlas y seguramente, disimular el asombro que Cósima había visto momentáneamente pintado en su rostro. Ella creyó apropiado a su papel inclinarse a su vez y besar sus enmarañados cabellos.

—Confiad en nosotros —consiguió musitar, y se apartó.

Ángelo la ayudó a ponerse de pie y volvió a echarle los velos sobre la cara con gran destreza a fin de protegerla de la impúdica mirada del carcelero al levantar éste la linterna.

—Se acabaron los besos, pajarito, hasta que lo diga el sacerdote. Fueron demasiados, ¿eh? Oh, cuán afortunada sois de que Piero esté aquí. Tiene un corazón tan tierno con los pajaritos de amor afligidos... Un corazón muy tierno, sí señor.

Piero sacudió la cabeza, como aprobando su propio carácter, y acompañó a las mujeres afuera. Luego cerró la puerta con llave mientras Leandro se asomaba a la mirilla hasta que también ésta se cerró. Cósima creyó ver en su rostro una expresión tal de esperanza que se le derritió el corazón. Era una lástima que el pobre joven, se dijo, hubiera nacido Bandini.

«Queríais huir, ¿no es cierto?»

Anocheecía, el cielo tenía un intenso color verde tras las montañas lejanas y sobre sus cabezas se extendía el pálido violeta del crepúsculo, cuando una cansada Cósima inició su segundo periplo por las calles de la ciudad en dirección a las mazmorras del castillo. De nuevo la acompañaba Ángelo, envuelto como ella en una capa para protegerse del viento fresco de la noche que lanzaba sus fúnebres lamentos por las esquinas de los callejones. Había tanta gente en la calle como antes, pero Cósima observó con inquietud que formaban grupos y cuchicheaban. El hombre que ahora caminaba delante no era Barley sino Segismundo, encapuchado y envuelto en su hábito negro. Cósima notó también algo extraño: aunque Segismundo separaba a la muchedumbre con total confianza, a medida que se acercaban a palacio su paso cambió, se hizo menos seguro, y sus hombros se encorvaron, como si se acobardara ante lo que los aguardaba. Por primera vez Cósima comprendió en toda su crudeza el peligro que corrían, puesto que incluso Segismundo, en quien ella confiaba de modo tan absoluto como Benno, tenía razones para temerlo.

El guardia de la puerta había cambiado. Cósima sintió que el corazón le daba un vuelco al ver el rostro desconocido, pero comprendió que los esperaban. El nuevo guardia se mostró igualmente embelesado por la sonrisa de Ángelo y dispuesto a aceptar un soborno por dejarles entrar. Su compañero, que también era nuevo, quiso su soborno en forma de beso, a lo que Ángelo accedió con presteza. El sacerdote hizo chasquear la lengua para llamarlos al orden y se pusieron en marcha, con Cósima cada vez más inquieta por el dificultoso caminar de Segismundo.

—¿Podéis subir por las escaleras, padre? No es fácil a vuestra edad, ya lo sé. —El guardia parecía un buen hombre, pero cuando cogió a Segismundo por el brazo para ayudarlo, Cósima rezó fervientemente para que no notara a través de los pliegues de lana los músculos de acero del anciano sacerdote, y comprendió por fin por qué Segismundo parecía haber empequeñecido y caminaba con andar tembloroso. Había de ofrecer un aspecto digno de lástima que no sugiriera la menor amenaza. Cósima recordó haberle oído decir que ya había estado en la prisión para visitar a Leandro, y era posible que el carcelero lo reconociera. El guardia le pellizcó el trasero a Ángelo y se ganó un leve puñetazo muy femenino por su atrevimiento. Los dejó al inicio del último tramo de escaleras. Cósima bajó por los gastados peldaños, recogiendo las faldas y diciéndose que el corazón le latía desacompañadamente por el peligro que corrían, y no porque estuviera a punto de volver a ver a Leandro Bandini.

Piero los había oído y los esperaba con la linterna en alto y el alegre estado de

ánimo propio de un casamiento. Por el olor que dejaba en el aire, había estado bebiéndose el dinero del soborno para entonarse. El carcelero saludó a Segismundo con un respeto que en él resultaba desagradable, hincando una rodilla en tierra e inclinando la cabeza.

—Vuestra bendición, padre. Es un cambio tener un casamiento aquí abajo en lugar de escuchar confesiones. ¿Quién sabe?, quizá sea el primero desde que los romanos construyeron esto. —Dio una palmada en el muro—. Un casamiento y luego directo a los últimos sacramentos, ¿eh?

Su risa, pensó Cósima, causaba la misma impresión que el sonido de una rata atragantándose con un pedazo de carne. La joven se tapó la nariz con los dedos mientras caminaban detrás del carcelero por el húmedo corredor hacia la celda de Leandro. El carcelero seguía disertando sobre los romanos con Segismundo trotando a sus talones y emitiendo leves gruñidos de asentimiento.

—¡Aquí está vuestra novia, Bandini! —Piero abrió la puerta de la celda con un florido gesto, haciendo sonar sus llaves como campanas de boda. Leandro los esperaba con una sonrisa ansiosa. Cósima se sintió conmovida al ver que se había limpiado la paja de las ropas y se había pasado los dedos por los cabellos para peinarse. ¡Cómo debía de haber sufrido en aquel lugar! ¿Qué habría pensado todos aquellos días, mientras aguardaba la muerte?

Segismundo se inclinó sobre su breviario, ladeándolo hacia la linterna, haciéndolo temblar con sus manos trémulas y murmurando palabras pronunciadas, para sorpresa de Cósima, en perfecto latín. ¿Qué hombre era aquel que se había presentado por primera vez ante ella vestido de viuda? Pero allí estaba Ángelo, echándole el velo hacia atrás, tendiendo un anillo a Leandro y quedándose de pie junto a ella con la cabeza gacha, mientras Segismundo seguía parlotando y volvía la hoja. El carcelero sostenía la linterna cerca de él y la luz arrojaba sombras sobre todos los rostros menos el de Segismundo, prácticamente invisible bajo la capucha. Cósima notó los ojos de Piero sobre ella y que ladeaba la cabeza para verla mejor. Leandro, dirigido por el sacerdote, cogió la mano de Cósima, puso el anillo en cada uno de sus dedos y finalmente en el anular. Él dijo las palabras, ella dijo las palabras... Si Segismundo hubiera sido realmente un sacerdote, y a Cósima se le ocurrió de repente la estremecedora idea de que tal vez lo fuera, en ese momento estaría casada con Leandro Bandini y su padre se moriría del disgusto. Sin duda, si la hubiera visto habría sufrido una apoplejía.

—¿Ha terminado ya, padre? —preguntó Piero al tiempo que depositaba la linterna en el umbral de la puerta y avanzaba hacia Cósima con su espantoso aspecto—. ¡El primer beso de la novia para Piero por tener buen corazón!

Cósima no tuvo tiempo de esquivar el espantoso aliento que precedía al carcelero, y apenas se dio cuenta de que Leandro la asía para apartarla, sólo vio un movimiento violento que se cernía sobre Piero como un remolino más oscuro aún que la propia oscuridad. El rostro de Piero se abalanzó hacia ella, espantosamente grande, con ojos

súbitamente desorbitados como los de una liebre y con la lengua fuera, como si quisiera alcanzarla primero con ella. Un curioso sonido regurgitante llenó los oídos de Cósima. Instantes después se hallaba apretada contra el pecho de Leandro y notaba los furiosos latidos de su corazón.

—Las llaves. Bien...

A pesar de la mano de Leandro, que intentaba mantener la cabeza de Cósima contra su pecho, ésta consiguió volverse para mirar. La luz de la linterna vaciló, a pesar de estar protegida, como si el aire de la lucha hubiera estado a punto de extinguirla, pero aun siendo incierta, Cósima vio a Segismundo y a Ángelo afanándose sobre algo que estaba tirado en el suelo. Cuando ambos retrocedieron, vio una figura acurrucada sobre el jergón de paja y a Ángelo que estiraba la manta raída hasta cubrir los grasientos rizos canosos. Segismundo desenredaba el rosario que llevaba colgando de la muñeca y se lo sujetaba de nuevo al cinturón. Cósima volvió a sentir arcadas al comprender que acababa de presenciar el estrangulamiento de Piero. «Se lo merecía», pensó con ira despectiva. No era momento para sentir escrúpulos. Segismundo sacó una túnica negra de fina lana de debajo de su hábito y entre él y Ángelo se la colocaron a Leandro por la cabeza, como si fueran una pareja de extrañas doncellas. Segismundo recuperó así su figura habitual. Ángelo recogió la linterna, Leandro cogió a Cósima por la mano y todos abandonaron la celda, con Segismundo en la retaguardia. Cósima le oyó cerrar la puerta con llave.

Cósima necesitaba ambas manos para recogerse las faldas y subir por la angosta escalera. Leandro soltó su mano y susurró:

—¡Jamás olvidaré esto! ¡Jamás! Tendréis cualquier cosa que me pidáis... —Lo interrumpió la súbita aparición al final de la escalera de una figura que portaba una linterna. Leandro se detuvo, Cósima soltó un grito ahogado. Era otra figura de pesadilla, demasiado pequeña para ser un hombre, demasiado gruesa para ser un niño, y con una barba entrecana. Lejos de encararse con ellos o de dar la voz de alarma, se llevó un dedo a los labios y luego dio media vuelta, les hizo señas de que lo siguieran y los condujo a paso rápido por un pasaje que surgía del que habían usado antes. Cósima imaginó por un instante que se habían metido sin querer en uno de los cuentos de hadas que le contaban su aya o Sascha, y que antes de que pudieran salir de nuevo al mundo exterior les saldría al paso una bruja o un ogro.

Eso no ocurrió hasta que hubieron recorrido unos cuantos pasadizos más, algunos tan estrechos que tuvieron que pasar en fila, y uno tan bajo que sólo el enano podía caminar erguido. Cósima supuso que los llevaba por caminos que tal vez sólo él y los suyos conocían. Había oído hablar de los enanos de palacio e imaginó, apretando las faldas contra sí y notando que los velos se enganchaban en la rugosa piedra, que toda la parte del antiguo castillo estaba horadada de pasadizos similares donde transcurría la vida de los enanos sin ser vistos. El pasadizo en que se hallaban en ese momento parecía un túnel cavado en la roca. Cósima se dijo que tal vez lo hubieran construido los propios enanos.

Allí tropezó con unos escombros y Segismundo la cogió por el codo al instante. Si era él quien caminaba en la retaguardia, el peligro debía esperarse por ese lado.

Empezaron a oír unas voces cercanas, un ruido metálico que podía ser de alabardas, y el ladrido de un perro lejano. Parecía que ladrara a la luna, puesto que no se percibía el eco de un espacio cerrado. Tal vez se hallaran cerca de una puerta exterior con su correspondiente cuarto de la guardia. Con el corazón desbocado, Cósima se dijo que debían de hallarse muy cerca de la libertad. Allí los muros eran de piedra labrada.

Y allí fue donde se encontraron con el hombre de la antorcha.

Surgió de repente por una pequeña puerta y se volvió para mirarlos, alzando la antorcha. El enano corrió rápidamente la pantalla de su linterna sorda, y lo mismo hizo Segismundo con la suya. Si Piero tenía el aspecto de una enorme rata, aquel hombre era como una comadreja con los ojillos brillantes y una larga nariz que se retorció.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —Tenía una voz áspera, pero educada, y vestía una larga túnica. No era carcelero ni guardia.

—Son amigos míos —contestó Durgan—. Yo respondo por ellos, señor...

—¡Maese Leandro!

Cósima dejó escapar un grito breve como un gañido. Leandro retrocedió hacia ella ocultándose el rostro con un brazo. El hombre comadreja apartó a un lado a Durgan, que no dejaba de protestar, y atacó a Ángelo con la antorcha para abrirse paso y asir a Leandro.

—Queríais escapar, ¿no es cierto? Ya veremos...

Lo que el hombre esperaba ver, dentro de aquel confiado plural, quedó reducido de repente al reino de la conjetura. Cósima, apretada a su pesar contra Segismundo, sabía que le estorbaba. La comadreja sólo tenía que gritar para que llegaran los guardias y los condujeran a todos a la muerte. Ángelo aferró la antorcha del hombre, aunque éste seguía avanzando con la mano extendida y la boca abierta, pero en lugar de palabras, de ella sólo manó la sangre.

Leandro se tambaleó bajo el peso del hombre, haciendo que Cósima cayera sobre Segismundo, quien la sujetó al tiempo que se aplastaba contra la pared. También Cósima se pegó cuanto pudo a la pared, lanzando una mirada temerosa en la dirección por la que habían venido, y el cadáver del hombre cayó a su lado. Vio entonces que Ángelo retiraba su cuchillo, lo limpiaba en la túnica del hombre y se lo metía en el lugar invisible del que lo había sacado. El hermoso rostro que enmarcaban las trenzas doradas no mostraba ira ni satisfacción pero, aunque sereno, Ángelo respiraba entrecortadamente después de haber actuado con rapidez.

Se hizo el silencio. Segismundo escuchaba. El ruido que les llegaba desde el otro lado del muro no varió.

—¿Dónde podemos meterlo? —musitó al enano—. No deben hallarlo.

—Es el secretario de mi padre —susurró Leandro—. ¿Qué...?

—Preguntad después. ¿Durgan?

El enano apretaba los labios. Finalmente asintió y señaló el camino hacia el que antes se dirigían. Ángelo apagó la antorcha contra el suelo y empujó a Leandro y a Cósima para que avanzaran en pos de Segismundo, que transportaba el cadáver. Ángelo, que ahora cerraba la marcha, llevaba con mano firme la linterna de Segismundo.

—Pero iba a... —dijo Leandro.

Cósima, sorprendida de que hablara, no se extrañó en absoluto de que Ángelo le ordenara guardar silencio con un lenguaje propio de los establos.

Durgan se detuvo y corrió la pantalla de su linterna. Ángelo lo imitó al punto. La oscuridad volvió a envolverlos hasta que se abrió una puerta. Tras ésta colgaba un velo, según le pareció a Cósima. Luego descubrió que se trataba de un tapiz. La figura de Durgan apareció iluminada por las luces que había detrás cuando se asomó a la habitación. El enano les hizo señas y levantó el tapiz. Se apresuraron entonces a entrar en una amplia sala iluminada por hachones. Cósima notaba las venas que le latían en la garganta y sentía que cada centímetro de su cuerpo parecía consciente de su tangibilidad. Esperaba oír el grito de un guardia de un momento a otro.

Descendieron rápidamente por una larga escalera que había al otro extremo de la sala. Al llegar a un descansillo donde dos columnas flanqueaban una estatua, Durgan pareció desvanecerse. Segismundo se metió de lado con su carga entre la peana de la estatua y una de las columnas. Cósima se dio cuenta de que Leandro la habría dejado pasar primero, pero Ángelo lo metió en el hueco de un empujón. Leandro era el único cuya presencia allí aún podía delatar sus actividades. Tras la peana había una pequeña puerta abierta, y por ella se introdujo el joven. Cósima lo siguió, y después Ángelo. Entonces Durgan descorrió la pantalla de su linterna. Se hallaban en el inicio de una empinada escalera y debían bajar por ella.

Los peldaños empezaron siendo de piedra labrada y acabaron en pura roca. La linterna de Ángelo no servía de mucha ayuda en medio de las sombras. Segismundo tropezó una vez y una piedra cayó rodando hacia la oscuridad. Tenían que ir tanteando cada peldaño con los pies y el aire era cada vez más viciado. Una vez más hacía frío. Cósima tropezó también, y Leandro la cogió de la mano para ayudarla. Tenía una mano suave y fuerte. Un Bandini no debería tener manos de un tacto tan agradable.

Cósima deseó que las suelas de sus zapatos fueran más gruesas, pues los bordes rugosos de la piedra le lastimaban los pies.

Los peldaños se habían acabado. El enano siguió avanzando y el olor le dijo a Cósima que debían de estar cerca de mazmorras. Durgan se detuvo y, alzando la linterna, mostró una reja circular en el suelo.

Segismundo dejó el cadáver en tierra y se dispuso a trabajar. Tuvo que envolverse las manos con las mangas para coger la reja oxidada y tardó varios minutos en arrancar el metal de su hueco, pero apenas le llevó unos segundos arrojar el cadáver

por la oscura abertura. Tras una larga pausa oyeron un golpe sordo y lejano.

Cósima, que se habría sentido de haber estado seco el suelo mientras Segismundo devolvía la reja a su sitio, temía que tuvieran que volver por el mismo camino. Sin embargo, Durgan siguió adelante. Enfilaron una larga rampa ascendente que describía una curva como si se adentrara en un muro circular. La piedra era lisa como si en otro tiempo se hubiera usado a menudo, pero sus pies levantaban polvo. El aire se aclaró. Asombrada, Cósima percibió olor a incienso. Llegaron a suelo llano y Durgan abrió una puerta que daba al vasto espacio resonante de suelo de mármol de la iglesia de Santa Ana.

«¿Queréis que mi padre cometa traición?»

Se hallaban junto a un altar lateral. Cósima se apresuró a cubrirse la cara con el velo. Vio que Segismundo se inclinaba para hablar con Durgan, luego la puerta se cerró, volviéndose invisible.

Los feligreses abandonaban la iglesia después de las completas, en grupos y por separado. Segismundo congregó a su grupo en torno a sí. Se mantuvieron en las sombras, pues allí él y Leandro no podían cubrirse la cabeza. Segismundo hizo que Leandro rodeara a Cósima con el brazo y le dijo que inclinase el rostro hacia ella mientras caminaban detrás de él. Comenzó a andar despacio con la capucha echada hacia atrás, pero alta alrededor del cuello.

—¿No podríamos darnos prisa? —preguntó Cósima.

—Sí, si queréis que la gente nos mire —musitó Ángelo a su espalda.

En el exterior (¿alguna vez se había sentido Cósima más agradecida por la oscuridad reinante?) los hombres volvieron a subirse las capuchas. El perfil aterrador del cadalso se recortaba contra el cielo a un lado; luego quedó detrás de ellos. Segismundo apresuró el paso. Entraron en las calles estrechas después de la plaza abierta; Ángelo permitió que una rendija de luz iluminara sus pies. Cósima sentía frío y temblaba. Nadie habló. Se detuvieron delante de una puerta a cuyo umbral le faltaba un peldaño y quedaba al nivel de la rodilla. Segismundo dio unos suaves golpes con una determinada cadencia. La puerta se abrió. Segismundo giró sobre sus talones, cogió a Cósima por las caderas sin ceremonias y la depositó en la entrada. Allí la sujetó alguien desconocido, pero por el olor Cósima enseguida se dio cuenta que se trataba de Benno, que la apartó de la puerta, pues también los otros entraban.

El interior se iluminó. Subieron por una pequeña escalera. Cósima tuvo que detenerse para echarse el velo hacia atrás y ver dónde ponía los pies. Un descansillo cubierto de yeso desprendido los condujo a una sala iluminada por gruesas velas donde un hombre corpulento se levantó de una silla colocada junto a un brasero. Cósima vio la incredulidad pintada en su rostro al dar un paso vacilante. Leandro corrió hacia él.

Los dos hombres se abrazaron, prorrumpieron en exclamaciones, se miraron a los ojos y se besaron. Por fin consiguieron recordar que no estaban solos.

—¡Ah, padre, aquí está mi bella salvadora! —Leandro se acercó a Cósima y la cogió de la mano con una libertad que, de repente, en aquel ambiente doméstico y social, resultaba muy poco adecuada, a pesar de que sus manos se habían unido sin miramientos durante la aventura compartida. La condujo hasta su padre—. ¡Una

dama muy valiente! Ha representado su papel a la perfección. Lo que le hayáis pagado no es bastante para recompensarla.

Cósima se detuvo en seco, haciendo que él se volviera, se soltó de su mano y con la palabra «pagado» resonando aún en sus oídos, lo abofeteó con toda la fuerza de que fue capaz. Leandro se tambaleó con los ojos desorbitados por el asombro y la mejilla cada vez más roja. Bandini y Ángelo quisieron hablar al mismo tiempo, pero ella se anticipó.

—¡Soy una Di Torre!

El sobresalto que habían tenido antes padre e hijo no fue nada comparado con el que sufrieron ahora. Ugo Bandini dejó escapar un sonido áspero al tomar aire, y su hijo se convirtió por un momento en la caricatura de un joven apuesto y sorprendido como sacado del libro de fisionomías del padre de la muchacha.

—Soy Cósima di Torre —dijo ella acrecentando aún más la sorpresa—. Si he obrado así ha sido porque a mí me habían rescatado y a vos no. Si creéis por un instante que yo, o cualquiera de mi familia, aceptaría dinero por prestar un servicio de cualquier índole...

—Señora Cósima —la voz de Ugo Bandini, por ser masculina y fuerte, se hizo oír injustamente por encima de la de ella—, podéis estar segura de que mi hijo hablaba por ignorancia...

—No sabía nada. —Leandro se acarició la mejilla y luego abrió los brazos—. Señora, mi muy admirada y digna señora, he sido rescatado gracias a vos y con vuestra valiente ayuda. Os suplico que me perdonéis. No comprendo nada. El agente del duque... —se volvió hacia Segismundo, pero no lo encontró. Sólo Ángelo permanecía dócil y vigilante detrás de Cósima—. El agente del duque me ha rescatado y el secretario de mi padre, en quien confiaba, ha intentado impedir mi huida.

—¿Giulio? ¿Ha intentado impedirlo?

—Sí, señor, no hay error posible. Me habría atrapado para impedir que huyera. —Se llevó el dorso de la mano ensangrentada a la frente. Rápidamente su padre le cogió ambas manos, horrorizado, y empezó a tirar de sus ropas manchadas de sangre buscando las heridas que acababa de imaginar—. No estoy herido, señor. Esta sangre es de Giulio. Él intentó detenerme, hubiera llamado a la guardia, pero ella lo mató. —Señaló con la cabeza a Ángelo, quien, al volverse Ugo Bandini para mirarlo, hizo una cortés reverencia. Cósima se dejó caer en un banco, preguntándose que les había ocurrido a sus rodillas, y pensó que los Bandini, padre e hijo, habían recibido más sorpresas de las que podían asimilar por el momento.

Aparentemente el Destino no estaba de acuerdo, pues la puerta se abrió y Cósima recibió su ración, introducida por Segismundo. Su padre entró echándose la capucha de pieles hacia atrás y se quedó con la boca abierta, mirando atónito a su hija y a Ugo Bandini, que lo miraba con asombro parejo.

Cósima se puso de pie al ver a su padre, dispuesta a hacer su filial reverencia y

con una sonrisa automática de bienvenida, mientras aguardaba el alegre reconocimiento de su padre y un abrazo como el que Bandini había dado a su hijo. Jacopo di Torre siguió mirando y la sonrisa de Cósima se desvaneció. El viejo avanzó hacia Bandini con el puño en alto.

—¡Traidor! ¡Asesino! ¿Es esta vuestra venganza, demonios del infierno? ¿Traerme aquí para mostrarme a mi hija deshonrada? —Giró en redondo hacia Segismundo, que seguía detrás de él contemplando con atenta gravedad cuanto ocurría—. Os llamáis emisario del duque, pero ahora veo que es cierto lo que cuentan, trabajáis para el duque Francisco. ¡Ahorradme vuestras excusas! —exclamó, aunque Segismundo no había hecho además alguno de estar dispuesto a presentarlas—. ¡La prueba está aquí! —exclamó señalando a Leandro—. Sólo un traidor liberaría a un asesino. —Se golpeó la frente con ambos puños y a punto estuvo de tirar el gorro de pieles que llevaba—. ¡Pero habéis fracasado! ¡La repudio! —Con un gesto de su brazo, Jacopo borró a Cósima de su vida—. Ya no es hija mía. ¡La habéis deshonrado y ya no es una Di Torre! ¡Haced lo que queráis, dadle muerte por su vergüenza, ya no es mía! —Lloraba mientras gritaba y Cósima, atónita y furiosa, pensó: «Tal vez me quiera después de todo». Y simultáneamente: «No me había dado cuenta de que era tan viejo».

—Desde que vuestra hija, señor, fue raptada por los hombres del duque Francisco, estuvo a cargo, primero de las monjas de un convento de Castelnuova, y luego de la señora Donati, en casa de cuya hermana nos hallamos ahora. En todo momento ha estado convenientemente acompañada y su honor sigue sin mácula.

—¿Monjas? —El tono firme de Segismundo resultaba convincente, y Cósima vio que la esperanza renacía en el rostro de su padre. Los Bandini se habían abstenido de refutar sus acusaciones y contemplaban la escena como si fuera una obra de teatro cuyo argumento no hubieran comprendido.

—Monjas. —Jacopo volvió a mirar a su hija—. Unas monjas me trajeron sus cabellos.

—Me los cortaron —se oyó decir Cósima, tocándose la cabeza con las manos para tantear la forma aún desacostumbrada de sus cabellos cortos bajo los pliegues de linón—. Me tenían prisionera. —«¡Qué patético suena!», pensó. Leandro la miraba con expresión compasiva.

El rostro de su padre había cambiado.

—¿El duque Francisco...? —Se volvió de nuevo, esta vez hacia Ugo Bandini—. Entonces, ¿vos no tuvisteis parte en esto?

—Os lo juro por la vida de mi hijo.

Esto, que pareció convencer a Di Torre, dio pie a otras preguntas.

—Vuestro hijo...

Segismundo se adelantó entonces alzando una mano con gesto autoritario.

—Señor mío, esa es otra historia. Baste decir que vuestra hija se ha comportado con todo el valor y el señorío de una Di Torre.

Jacopo se volvió una vez más hacia su hija. Cósima vio una seña de Segismundo e hizo por fin su reverencia. Su padre se abalanzó sobre ella y cuando se levantaba, la apretó contra sus viejas pieles. Jacopo la besó, se secó las lágrimas de la barba y entonces dio un respingo y susurró con tono apremiante:

—¡Vuestro velo, muchacha! Por Dios, ¿habéis olvidado que hay hombres extraños aquí?

Cósima se cubrió el rostro con el velo. Segismundo sonrió brevemente y ella, recordando con cuánta audacia se había echado el velo hacia atrás en la prisión, se ruborizó y sintió el rostro aún más caliente por efecto del velo.

Sin embargo, Segismundo no perdió más tiempo.

—Señores, por el momento vuestros hijos están a salvo aquí pero corréis el mismo peligro que toda Rocca y su duque. Creo que ya lo sabéis. Sabéis que Francisco de Castelnuova está a punto de atacar, que sus mercenarios han cruzado la frontera al mando de Il Lupo y que esta noche acampan en suelo de Rocca.

Ninguno de los dos hombres se mostró escandalizado. Era cierto, lo sabían. Ugo miró a su hijo como si quisiera ocultar la expresión de su rostro. El padre de Cósima, que la había liberado casi inmediatamente de su abrazo, parecía cohibido. Fue Ángelo quien, alisándose el vestido, comentó, atrayendo todas las miradas hacia él:

—Canalla astuto. Bueno, ha escogido bien el momento, ¿no es cierto? —Seguía hablando con voz de falsete—. La ciudad es un hervidero. A la gente no le ha gustado que mataran a su duquesa ni les gustan los hombres de Hipólito que andan pavonéandose por la ciudad con aire despreciativo. No les gustan las peleas callejeras que arruinan sus mercancías. —Inclinó la cabeza hacia Leandro y mostró levemente los dientes torcidos en su encantador rostro—. Se enfadarán cuando no vean el color de vuestras entrañas mañana. Algunos de ellos son auténticos expertos.

Bandini, indignado, envolvió a su hijo una vez más en un abrazo protector. Segismundo se dirigió entonces a Jacopo di Torre.

—Os dieron unas instrucciones, señor; el precio por la vida y la seguridad de vuestra hija.

Di Torre estiró el velo de su hija sobre el hombro como si fuera indispensable arreglarlo en ese preciso instante.

—¿Cuáles fueron esas instrucciones?

Jacopo cogió a su hija por la muñeca para mostrarla a todos y habló con tono chillón y precipitado.

—¿Qué podía hacer? ¿Dejar que muriera mi hija? ¿Mi única heredera? ¿Una Di Torre?

Un objeto, una posesión, una prenda... Esos pensamientos, que Cósima había albergado durante toda su vida volvieron a aflorar a la superficie. Su padre no la miraba nunca como Bandini miraba a su hijo. Leandro era un heredero también, pero además mantendría el apellido de su padre y perpetuaría su linaje. Cósima intentó desasirse y su padre le soltó la muñeca sin mirarla. Ella estaba extenuada y le ardían

los pies, pero la práctica de su joven vida la mantenía erguida y con la expresión de complacencia que se esperaba de una doncella.

—Ciertamente, señor, no podíais dejarla morir. La naturaleza y vuestro amor por ella exigían que obedecierais esas órdenes. ¿Cuáles eran? ¿Qué ayuda debíais prestar al duque Francisco mañana?

Di Torre señaló una vez más a Ugo Bandini.

—Que quede bien entendido, señor, que estaba convencido de que esas instrucciones procedían de vos.

—Estamos a la par en eso, señor. Yo creía que vos erais la mente que había urdido todas estas maquinaciones.

Segismundo emitió un murmullo cordial.

—Así pues, ambos estabais dispuestos a sacrificar a vuestro duque para salvar a vuestros hijos.

—No soy como Bruto, señor, para enviar a mi hijo a la muerte por mi país. — Ugo Bandini alzó la mano para impedir la interrupción de Leandro.

—Tampoco yo tenía otra elección. —Bandini y Di Torre se miraban como si empezaran a considerar que el enemigo tal vez fuese un ser humano.

—Debéis comprender, señores —dijo Segismundo, cuya voz cobró fuerza y delataba una premura que despertó en Cósima la sensación del peligro que seguía amenazándolos por culpa de un enemigo aún no vencido—, que ambos habéis sido engañados por la misma persona. Ambos teníais espías en vuestra casa, la esclava Sascha y el secretario Giulio.

—¡Sascha!

—Vos abandonasteis la ciudad, inconsciente, en una litera. Ella salió con vuestro vestido puesto y cabalgando con uno de los matones; ella dejó que vieran vuestro vestido y él los falsos colores de Bandini que llevaba. Sascha recibió un cruel pago por su traición.

Cósima no atinaba más que a preguntarse qué habría llevado a Sascha a hacer aquello. «¿La trataba mal? ¿Me odiaba sin que yo me diera cuenta?».

—Sin duda no eran los únicos espías. Ahora no hay tiempo para explicar todo lo que necesita ser aclarado, debéis confiar en mí y, por una vez, el uno en el otro. Vuestros hijos están sanos y salvos por el momento, pero sus vidas y las vuestras dependen de los acontecimientos de mañana.

Se acercó a la ventana y miró por una rendija en los postigos como si estuviera sopesando cuánto faltaba para el amanecer. Se volvió por fin y preguntó a Di Torre como sin darle importancia:

—¿Y vuestras instrucciones, señor, eran...?

—Abrir las puertas. —Cósima oyó una constricción en su garganta, un esfuerzo por conservar la dignidad al admitir que era un traidor—. Es decir, como consejero principal del duque debía enviar mensajes con mi sello para que no se diera la voz de alarma ni se impidiera la entrada a las tropas que llegaran, pues debía decir que eran

hombres del duque Hipólito que lo ayudarían a disolver los disturbios.

—¿Disturbios? —preguntó Bandini.

—Se procurarán los disturbios necesarios —replicó Segismundo secamente. Cósima, sentada una vez más en el banco tapizado al pie de la cama, vio el rostro de su padre y por primera vez sintió pena por él. Al fin y al cabo ella era el motivo por el que había estado dispuesto a hacer todo aquello, aunque no fuera una persona, sino solamente su hija.

Jacopo alzó la cabeza y preguntó a Bandini:

—¿Qué teníais que hacer vos?

Bandini hizo un gesto resignado y respondió con tono casi conciliatorio.

—Entregar dinero. Para pagar a los mercenarios. Vos teníais que dejar entrar a los mercenarios de Francisco. —Puso una mano sobre el hombro de Leandro—. Y yo debía pagarles si no quería que muriera mi hijo.

—En lugar de eso —señaló Segismundo con una nota de ironía en la voz—, era el duque Ludovico quien moriría. Ahora, si queréis impedirlo, debéis hacer lo que yo os diga.

—Primero —dijo Jacopo al tiempo que hacía chasquear los dedos en dirección a Ángelo—, ocupaos de vuestra señora. Que se acueste. No son horas para que esté levantada.

Ángelo hizo una reverencia y se dispuso a acompañar a Cósima. En ese momento Leandro saltó de su silla como un resorte. Segismundo lo contuvo con un murmullo de intensa desaprobación.

—Ángela, sin duda la señora Donati os aguarda ya. Acompañad a vuestra señora a su habitación.

Di Torre y Ugo Bandini quedaron uno frente al otro a cada lado del gran hogar. Segismundo echó leña al fuego, que despidió un agradable calor en aquella hora anterior al alba.

Bandini tomó el rostro de su hijo entre las manos y le dio un beso en la frente.

—Deberías descansar, hijo. Estás exhausto... y aún tienes las manos ensangrentadas.

—Todo está preparado. —Segismundo abrió la puerta y Benno entró inmediatamente cargando con una gran jarra de agua humeante envuelta en paños. Benno la depositó sobre la piedra de la chimenea y fue en busca de una jofaina de loza con un dibujo de delfines. La llenó de agua, salpicando el brasero que siseó como un gato pisoteado, y se apartó. La luz dio entonces sobre su cara y Jacopo di Torre dio un res— pingo.

—¿Qué demonios está haciendo aquí este granuja?

Segismundo había observado anteriormente que la visión de Benno parecía despertar en la gente el deseo de darle de puntapiés o al menos de gritarle. Al encararse con el antiguo criado que lo miraba amigablemente boquiabierto, Di Torre lo sacudió con fuerza.

—¡Responde!

—Arriesgó su vida por devolveros a vuestra hija —dijo Segismundo.

—¿Él? —Di Torre retrocedió—. ¿Él? —Por su expresión parecía que hubiera preferido no recuperarla bajo condiciones tan poco higiénicas.

Segismundo cogió la gran capa que yacía sobre la cama y se la entregó a Ugo Bandini, cuyo hijo estaba quitándose la camisa y se disponía a lavarse, arrodillado junto a la chimenea.

—Señor, debéis volver a casa antes de que se haga de día. En ningún caso demostréis vuestra alegría por lo que habéis visto aquí. Seguid lamentándoos y haced exactamente lo que os pidan. Mi hombre, el que os ha traído hasta aquí, os llevará noticias mías.

Bandini se inclinó una vez más para besar el rostro ahora mojado de su hijo y luego se envolvió en la capa.

—También vos, señor Di Torre, debéis regresar a casa.

—Pero ¿y mi hija? ¿No he venido para llevármela?

—Os equivocáis, señor —replicó Segismundo con amabilidad—. Habéis venido para comprobar que está a salvo. Aún no puede irse con vos. Aún queda un espía al menos en vuestra casa que podría delatar su presencia. Nuestro enemigo no habrá confiado únicamente en una esclava. Sin duda os vigilan. Por eso os han traído hasta aquí con tanto secreto y por el camino más largo. Me han dicho que os habéis quejado de ello, pero no sabéis el peligro que os acecha. Desde que rescatamos a vuestra hija de manos del duque Francisco, habrán estado esperando a que os la devolvieran. Debéis obrar tal como él os instó a hacer.

—¿El duque Francisco? —Di Torre, súbitamente alarmado, se resistió a ser conducido hacia la puerta.

—Haced lo que os pidió y confiad en mí.

—Mi hija...

—Está en su cama, en la habitación de la buena señora que la ha cuidado de forma excelente desde su rescate. —Segismundo resultaba tan convincente con la mentira como con la verdad.

Llegaron a la puerta de la calle. Se oyó un gruñido cuando Bandini se esforzó para bajar del alto umbral, a pesar de que Segismundo lo ayudaba desde arriba. Un joven de modales bruscos envuelto en una capa y encapuchado, totalmente irreconocible como la antigua criada de trenzas, se hallaba abajo para conducir a ambos a sus respectivas casas, pero no quiso ayudar. Bandini casi se echó a reír al ver a su viejo enemigo que, ayudado por Segismundo, se aferraba a la jamba de la puerta y parecía un viejo y tembloroso tejón envuelto en sus pieles. Segismundo cerró la puerta con suavidad, la atrancó y volvió arriba.

Leandro estaba tumbado en la cama. Había apartado la ropa, pero no se había tapado con ella. Segismundo lo hizo por él mientras Benno se encargaba de la jarra de agua y la jofaina. Leandro despertó a medias. Tenía mil preguntas que hacer, las

más importantes sobre Cósima, pero la única que se abrió paso en su mente y sobre la que, por así decirlo, pudo poner las manos, fue:

—¿Qué ha de hacer mi padre mañana?

—¿Mañana? Es hoy. —Segismundo corrió las colgaduras de la cama—. También él ha de hacer lo que le ordene el duque Francisco.

—¿Queréis que mi padre cometa traición?

Segismundo sonrió. La mente cansada de Leandro intentó dilucidar de qué lado estaba en realidad Segismundo, pero se durmió.

«¡Ahí tenéis al asesino!»

Leandro despertó con la vigorosa resistencia de la juventud a causa de los gritos que se dejaban oír en la calle a primera hora de la mañana. En un primer momento de desorientación a causa del tamaño de la estancia, el techo pintado y el dosel, no supo dónde se hallaba. Cuando los gritos aumentaron de volumen hasta acabar en un estruendo metálico, salió de la cama, se envolvió en la colcha, y miró a través de los postigos. Decepcionado, sólo vio a gente que huía, pero en su mente resonaron las palabras «Se procurarán los disturbios necesarios».

Aquel lugar no difería mucho de la prisión en dos aspectos: hacía frío y se pasaba hambre. Se apresuró a vestirse, y entonces descubrió que el brasero estaba apagado, pero también que al lado de la cama había un plato con el pollo y el pan que la noche anterior había sido incapaz de comer.

Mientras comía pensó en una tercera cosa: «Sigo estando prisionero. ¿De quién?».

De repente dejó de comer. Instalado cómodamente en su nido de colcha y almohadas, empezó a pensar en los acontecimientos que se esperaban para ese día. Su padre y Di Torre tenían que llevar a cabo las tareas que les encomendara el duque Francisco. ¿De quién era agente Segismundo en realidad?

Le parecía inconcebible, ¿o no?, que él estuviera destinado a cumplir con lo que se le había preparado. ¿Sería el rescate una farsa cruel para asegurar la obediencia de su padre? Y aquella increíble joven, ¿podía ser realmente Cósima di Torre? El viejo villano no había demostrado gran afecto por ella. ¿Estaba actuando?

Leandro perdió el apetito. Se arrebujó en las ropas de la cama y siguió dándole vueltas a lo mismo.

También Jacopo di Torre rechazó la sopa y el vino del desayuno. Se quedó en la cama. A los criados les hizo revivir el día en que llegó la noticia, proveniente de la casa de campo de su amo, de que dos de los sirvientes habían aparecido inexplicablemente con la garganta cortada en el carro del estiércol que se había enviado desde la ciudad la mañana en que raptaron a la señora Cósima. Para el amo, sin embargo, no parecía constituir un misterio, y la información fue recibida, naturalmente, con menos emoción que la llegada de los cabellos de su hija. Entonces sí que se había sentado, vociferando, con las trenzas adornadas de cintas y sujetas por pequeños pasadores de oro —todo el mundo reconoció esos pasadores—, para maldecir a Bandini y mesarse los cabellos. Ahora el mayordomo informó a los demás de que Di Torre rumiaba sus pensamientos nuevamente con las trenzas entre las

manos, acurrucado en la cama. No obstante, no había descuidado sus tareas, pues las cartas escritas de su puño y letra y con el sello de consejero se hallaban en camino.

Ugo Bandini había abandonado la ciudad. Tenía permiso del duque para ello, pues la implacable furia de éste contra él había remitido gracias a los ruegos de su hermano. Paolo lo había persuadido de que Ugo era inocente de conspirar con su hijo y de que no debía obligarlo a permanecer en la ciudad durante la ejecución. Bandini se refugiaría en la casa de campo de un amigo. Su salvoconducto le permitió salir de la ciudad a caballo antes del amanecer, seguido de un caballo de carga y un gigantesco guardaespaldas.

Inmediatamente después de las oraciones matinales de la señora Donati, el ansioso mayordomo, su mujer y su sobrina se presentaron ante ella. Las mujeres tenían el semblante tan blanco como sus cofias. Se disculparon profusamente. La sobrina lloraba. No podían... no podían quedarse ni un día más. Era por culpa de la cámara del antiguo amo. Las dos mujeres barrían el gran comedor de la planta baja..., pero habían oído... ¡pasos! Rápidamente comprobaron si todos los huéspedes estaban presentes o si alguno de ellos podía hallarse en la cámara del amo... ¡y allí estaban todos! Sin embargo, lo habían oído las dos y al llamar al mayordomo, también él lo oyó. No podían quedarse en la casa con aquellos pasos, leves, de un lado a otro, en la habitación del muerto.

—Esta mañana Piero la está durmiendo hasta tarde —dijo su compañero—. Será mejor que se haya despertado cuando llegue el sacerdote para el joven Bandini.

—¿Es verdad que Bandini tuvo aquí a una puta anoche?

—¡Qué tío!

—Demonio cachondo. Aunque será la última vez.

—Jamás. Piero no lo habría consentido.

—¿Con el dinero que tiene Bandini?

—¿Tenía que llevarle alguien comida al muchacho?

—A Piero no le gusta. De todas formas, deja que ese joven asesino vaya a la muerte en ayunas. ¿Querrás creer que estaba durmiendo cuando he mirado por la rejilla? ¿Y qué más da lo que se lleve a las tripas si se las van a airear bien pronto?

Esa mañana nadie pudo hablar con el duque Ludovico. Estaba de un humor de perros. Incluso su hermano se mantuvo alejado de él. Sólo la señora Violante, que había sacado a su pequeño hermanastro a pasear por la galería, recibió una palabra cortés cuando el duque se detuvo un momento a contemplar a su heredero sin madre. Las damas de compañía se mantuvieron apartadas. Conocían bien la palidez y la mirada de halcón del duque.

En los amplios alféizares de las ventanas con barrotes de un palacete, una mujer había desplegado sus artículos: sacos de cañas trenzadas y cestas de mimbre. Dos de los hombres del duque Hipólito se detuvieron allí, observados por los transeúntes.

—Dios del Cielo, ¿qué son estas porquerías?

—La gente de por aquí las usa como sombreros, claro está, ¿no te habías dado

cuenta?

Mientras se alejaban riendo, uno de los enanos de palacio cogió una de las cestas de mimbre y dijo imitando el acento del hombre del duque:

—Nosotros, claro está, las usamos como vajilla. La salsa hay que comerla directamente del mantel, claro está...

Un estallido de risas siguió a la pareja calle abajo, pero ambos tuvieron la prudencia de no prestar atención. No era momento para bravuconadas con los ciudadanos de Rocca. El enano, con la cesta por sombrero, siguió parloteando para diversión de la pequeña multitud.

Empezaron a izarse banderas con crespones negros en los mástiles que rodeaban la gran plaza. Las fachadas de los palacetes se cubrieron de estandartes con cintas negras. Se arrojaron piedras y lodo sobre el palacete Bandini y un juglar cantó la *Endecha de Leandro*, una llorosa confesión:

*Y así, rechazado
Por una justa castidad
Con perversa lujuria
Y cruel enemistad
Di el golpe, ¡Ojalá mi mano
Paralizado se hubiera!
Y ríos púrpura, púrpura
De su costado surgieron...*

En ese momento un soldado del duque, bien por impaciencia, bien por buen gusto, lo instó a seguir su camino.

La mañana avanzó. El capellán de la señora Donati realizó un exorcismo en la cámara encantada para alivio de la familia del mayordomo, que se negó a asistir por miedo a ser poseído, o quizá a ver al espectro.

En las puertas recibieron los mensajes de Di Torre con el sello de consejero. Bandini y su escolta llegaron al campamento de Il Lupo y sus mercenarios en las tierras baldías, no lejos de la frontera. El cardenal Pontano transmitió el pésame del Santo Padre al duque Ludovico; había notado, pero no lo mencionó, que de nuevo estaban limpiando la sangre arrojada sobre las puertas de palacio. Dio su pésame, asimismo, al duque Hipólito y le aseguró que el adecuado castigo que estaba a punto de sufrir el joven Bandini debía mitigar su pérdida.

El cardenal ignoraba que el sacerdote que había llegado a la prisión para confesar al joven Bandini seguía esperando, porque Piero, y con él sus llaves, no aparecía por ninguna parte, y porque sólo él sabía dónde estaban guardadas las de repuesto. Mientras el sacerdote intentaba despertar al prisionero llamándolo a través de la rejilla de la puerta de la celda, se enviaron mensajeros en busca del senescal, del mayordomo y del secretario del duque, y de cualquier otra persona que pudiera saber dónde estaban las llaves.

—El viejo Piero debió pillar una cogorza de mil demonios —dijo el segundo carcelero.

Leandro, repuesto ya de la histeria ocasionada por los sonoros ritos latinos de Segismundo mientras se paseaba arriba y abajo por la habitación, se sentó en el rincón de la chimenea, al lado del brasero encendido, y cuando la puerta se cerró desde fuera y fue enérgicamente salpicada con agua, escuchó el último de los exorcismos y se dispuso a tomar la sopa que también le había traído Segismundo. Mientras masticaba las verduras y el pan que guarnecían la sopa, se dio cuenta de que la mañana avanzaba, y dejó de comer. Segismundo había entrado en el dormitorio con un dedo en los labios y una sonrisa benevolente, pero su cabeza seguía teniendo un inquietante parecido con la de un verdugo, lo que, combinado con la cercanía de la hora señalada para la ejecución, le quitó el apetito por completo. Contempló el plato, vio que se había comido casi toda la sopa y se admiró de su poca sensibilidad. Del piso de abajo le llegaron alegres sonidos producidos por los sirvientes que limpiaban la casa, y de la calle los gritos, persecuciones, ruidos de piedras al arrojarse y caer, un chillido o dos, más gritos, cascos de caballos, órdenes y, soterrado pero continuo, el murmullo sordo de una multitud.

Una hora después, cuando la calle quedó silenciosa y la muchedumbre se hizo oír más, la puerta se abrió y entró Segismundo. Vestía las botas, calzas y jubón negros con que Leandro lo había visto por primera vez, pero también llevaba puesta una capa negra suelta y otra en el brazo. No llevaba camisa, lo que le daba un aspecto musculoso y rufianesco a un tiempo.

—Si os ponéis esto y os cubrís con la capucha, podréis contemplarlo todo desde la galería de arriba —dijo Segismundo, tendiéndole la capa—. Los criados de la casa se han ido a veros morir.

Leandro recorrió la casa y subió por unas escaleras de tosco mármol pardo guiándose por su intuición. Oyó que una puerta se cerraba más abajo. Por fin llegó al último piso bajo el tejado y salió a la galería, donde halló a Cósima cómodamente sentada junto a una guapa matrona que lo saludó cordialmente como su anfitriona. Detrás de ellas, comiendo algo indefinido de un recipiente de arcilla, había un hombrecillo desaliñado cuya apariencia sugería que estaba más acostumbrado a tratar con caballos que con damas. Un perrillo alegre, con una sola oreja y de sucio pelaje rizado se acercó corriendo hasta él para olerlo.

—Sentaos aquí —dijo Cósima di Torre—. Hay una vista perfecta del cadalso.

Desde la galería veían la parte superior de la plaza, la fachada del palacio nuevo y de la catedral y el costado del viejo castillo. Todas las fachadas tenían una balconada al nivel del *piano nobile*. En el balcón del palacio ducal se habían colocado bancos y sillas tapizados de terciopelo y había una guardia de soldados del duque. La balconada de la catedral estaba llena de clérigos. Cortesanos de menor importancia salían a la luz del sol que bañaba los balcones de palacio, como invitados que llegan demasiado pronto a una fiesta. Otros dos avanzaron hacia el proscenio que formaba el

cadalso, contemplaron el garrote e hicieron exagerados gestos de horror. Leandro se arrebujó en la capa y deseó no tener una imaginación tan viva para que no acudieran a su mente imágenes de sí mismo en el proceso de ser estrangulado lentamente.

—Nunca he visto una ejecución —comentó Cósima—, y seguiré sin verla.

A Leandro le pareció que no tenía por qué mostrarse tan pesarosa.

La señora Donati estaba ocupada tejiendo.

—Yo ya no voy a ninguna. Vista una las has visto todas. Ofreció mazapán a sus invitados.

Aparecieron más cortesanos. La señora Violante, suntuosamente envuelta en terciopelo negro bordado de oro, se hallaba de pie, charlando. De repente la multitud empezó a abuchear y la dama se volvió e hizo lo mismo. El verdugo acababa de subir al cadalso, enmascarado y corpulento, acompañado de su ayudante, delgado y de cabellos rubios que asomaban bajo el gorro de cuero. El verdugo desenrolló un bulto negro y desplegó un arsenal de instrumentos.

—Me alegro de que el acuerdo de Huberto con el hombre del duque haya salido bien —señaló la señora Donati.

—¿Ese es Segismundo? —preguntó Cósima, asombrada, gritando casi.

El duque Ludovico y su cuñado, el duque Hipólito, aparecieron en la balconada de palacio. Las trompetas tocaron una fanfarria mientras sus banderas blanquiverdes ondeaban al viento. De la multitud surgieron vítores dispersos, pero también murmullos de descontento, como un temblor subterráneo. El señor Paolo se unió a los duques y fue acogido con un clamor entusiasta. Los duques y el señor Paolo se sentaron, el duque Ludovico hizo una seña y el ayudante del verdugo fue en busca del reo. El gentío estiraba el cuello para ver, de forma que todos parecían inclinados.

Un hombre vestido con la librea del duque apareció en el cadalso, se acercó a la balconada, se arrodilló y habló con el duque, que se inclinó para oírlo. Un murmullo especulativo recorrió la multitud.

—Un poco tarde —dijo Benno—. Al parecer acaban de descubrir que os habéis escapado.

—Han debido de encontrar a Piero —dijo Cósima—. Sin duda habrá sido toda una sorpresa.

Segismundo aguardaba con aspecto grave, los brazos cruzados sobre el pecho, inmóvil. Agachado al lado de los instrumentos, Ángelo esperaba también; la brisa agitaba los cabellos de su nuca.

El señor Paolo se inclinó hacia su hermano para hablarle y luego avanzó. Levantó los brazos y la multitud calló paulatinamente. Paolo miró en torno a la gran plaza, las ventanas atestadas, las calles laterales llenas de hombres armados que parecían comprimir a la muchedumbre como oscuros afluentes de un lago. Finalmente su voz resonó alta y clara.

—¡Pueblo de Rocca! El desgraciado joven acusado del terrible asesinato ha desaparecido...

El estallido de indignación que provocaron estas palabras fue acallado por la propia multitud cuando Paolo volvió a levantar los brazos.

—Pero yo os digo que el auténtico asesino está entre nosotros, presente en este lugar. Aquel acto vil nos despojó a todos de una amada benefactora. No tengo palabras para expresar con cuánto dolor os hablo ahora ni cómo lo lamento, pero yo la vi morir y no puedo ocultarlo más. Ahí, ahí tenéis al asesino... ¡su esposo!

Y, extendiendo la mano, lo señaló.

«Hijo mío, ¿qué habéis hecho?»

Un rugido, un aullido animal, se alzó entre la multitud. El duque se puso de pie y avanzó. El duque Hipólito corrió hacia él espada en mano, lo sobrepasó y se volvió blandiendo la espada para golpear. Un torbellino de terciopelo negro lo había seguido y las manos de Violante se cerraron sobre el brazo que empuñaba el arma. Hipólito giró en redondo, perdió el equilibrio y cayó sobre las tablas del cadalso con Violante encima, pateando y gritando, sin soltarlo por mucho que él intentó liberarse y ponerse de pie. El duque Ludovico se volvió y se metió en el palacio con Paolo siguiéndole los talones. Segismundo y Ángelo saltaron por encima de la pareja que seguía debatiéndose en el suelo y que había estorbado a Paolo, y entraron también en palacio. Les abría paso el aspecto de Segismundo, como si fuera a usar el hacha que empuñaba asiendo el mango cerca de la hoja.

El duque se detuvo en la galería interior, no halló los colores verde mar y blanco de sus guardias, sino el azul pizarra y azufre de los hombres de su hermano, que lo rodearon como si se tratara de un criminal, pero Ludovico estaba armado y no sólo con la espada. Un hombre se hizo a un lado tras enfrentarse con su mirada autoritaria. El duque atravesó con la espada al que los mandaba y siguió corriendo hacia una puerta que se abría en el lado opuesto de la sala, perseguido por los soldados. Sin detenerse, cortó la cuerda que sujetaba la cortina de la puerta, que cayó sobre su más inmediato perseguidor. Otros pasaron junto a él, empujándolo, hasta que el soldado hizo que se desplomara todo con sus tirones convulsivos. Paolo y dos de sus guardias lograron pasar; dos ágiles hombres vestidos de negro saltaron también sobre el confuso montón y se unieron a la caza.

Una vertiginosa escalera de mármol rosa bajaba hacia la derecha. Uno de los hombres de Paolo perdió pie y alcanzó al duque, pero en una posición que no le permitía atraparlo. El duque arrojó su capa hacia las escaleras, convirtiéndola en un gran obstáculo de pieles y púrpura que se deslizó a sus espaldas. Segismundo saltó por encima y aterrizó suavemente sobre el guardia que había caído de bruces al pie de los escalones y que empezaba a revivir. Ángelo lo siguió. Tras ellos corría una nube de cortesanos y una mezcla de guardias de los dos colores, que al menos sabían contra quién pelear. Al pie de las escaleras se les unió toda una tribu de enanos que derribó a una docena de ellos antes de que se dieran cuenta. El resto tropezó con los caídos y también cayó.

El duque se había introducido en la catedral.

El ruido de sus pasos al correr sobresaltó a los clérigos que rodeaban el ataúd de

la duquesa, pero su espada desnuda aún les asustó más. Tebaldo, que se hallaba arrodillado en el reclinatorio de una capilla lateral, se puso de pie con dificultad. Los clérigos se dispersaron, gritando interdictos. El duque se detuvo junto al catafalco y bajó la espada como si creyera que allí nadie lo atacaría. Jadeaba. Cuando Paolo se acercó a él, le gritó con estupefacción:

—¿Por qué has dicho eso? Hermano...

En respuesta, Paolo lo atacó.

Después de lo dicho, no le quedaba más remedio que hacerlo. Oía el clamor de la plaza. Los gritos eran a favor del duque, no de él. Lo había oído de pie en el cadalso, cuando Violante había desbaratado el golpe de Hipólito. Los mercenarios que llegaban desde las calles laterales no gritaban «Paolo», que era para lo que les habían pagado. En sus oídos resonaba otro vótor: «¡Duca! ¡Duca! ¡Lu-do-vi-co!».

Los dos hermanos lucharon. Mientras daban vueltas y esquivaban y acometían, los clérigos se cernían sobre ellos con una cruz procesional, moviéndose a su mismo ritmo, intentando reunir el valor suficiente para interponerse y separarlos. Un par de sombras negras acechaban un poco más allá. La duquesa yacía vestida de terciopelo negro, pálida y remota. Un alto candelero de oro se balanceó tocado por un codo y acabó cayendo. Ángelo seguía los movimientos de los hermanos con el cuchillo preparado, amagando el golpe, cambiando de dirección el cuchillo mientras ellos daban vueltas. La cera se extendió por el suelo, enfriándose inmediatamente. El duque la pisó, resbaló y cayó; su espada se deslizó por el mármol. Un sacerdote corrió hacia él, pero Paolo se hallaba ya encima de su hermano con la espada en alto.

—¡Padre!

Un incrédulo Tebaldo se acercaba cojeando. Paolo se irguió como un resorte. Es ese instante un cuchillo se clavó en la mano que sujetaba la espada al ataúd de la duquesa.

El duque se puso de pie. Paolo arrancó el cuchillo, goteante de sangre, y se volvió hacia su hermano que, recogiendo la espada de Paolo del suelo, le traspasó el cuello al tiempo que el hacha de Segismundo le hendía la espina dorsal.

Paolo se tambaleó sobre el ataúd, se aferró al borde y se desplomó. Su sangre fluyó sobre el vestido cubierto de perlas y el forro de terciopelo. Cuando uno de los clérigos intentó sujetar el féretro inclinado, el cadáver se alzó. Paolo y la duquesa muerta cayeron al suelo. Las perlas rodaron entre los pies de los que contemplaban la escena, unas dejando pequeños regueros de sangre, otras semejkando lágrimas.

Los sacerdotes que habían estado en la balconada de la catedral aparecieron entonces bajando por las escaleras de la torre. El cardenal Pontano llegó dando órdenes y señalando. Dos sacerdotes se apresuraron a correr hacia el altar, pasando junto al féretro, observando el horrible espectáculo con ojos desorbitados y persignándose rápidamente, pero sin detenerse. Una vez en el altar uno sacó la hostia del sagrario y se retiró con ella. El otro bajó y apagó la lámpara que ardía sobre el altar. La catedral habría de ser consagrada de nuevo.

El duque miraba fijamente la figura de Paolo tendida en el suelo. Segismundo no se movió. Enmascarado aún, permanecía apoyado en el largo mango de su hacha ensangrentada como el verdugo que había osado profanar aquel lugar a la vista de todos. El cardenal se acercó; los sacerdotes rodearon el grupo, pero manteniéndose a distancia, como si de apestados se tratara.

Los guardias del duque contenían a la multitud al pie de las escaleras de palacio con las picas cruzadas. Al otro lado de las grandes puertas de la catedral se oían las pisadas en las escaleras de entrada, el clamor del gentío y el murmullo de fondo continuo: «¡Duca! ¡Duca!».

El brazo del duque tembló y la sangre cayó de la espada que sostenía.

—Hijo mío, ¿qué habéis hecho?

El duque no respondió ni hizo movimiento alguno hasta que el cardenal puso una mano sobre su hombro y repitió la pregunta. Entonces volvió la cabeza como si se hallara inmerso en un sueño.

—Ha intentado matarme. ¡Paolo, que tanto me amaba!

—No, Excelencia —dijo el verdugo, cuya voz resultaba aún más sonora en aquel espacio lleno de ecos—. Conspiraba para derrocaros y gobernar en vuestro lugar. No os amaba.

El rostro del cardenal Pontano, severo por naturaleza, de pronto se volvió sombrío.

—No podemos creerlo. ¿Tenéis pruebas?

Segismundo se quitó la máscara y respondió:

—Tengo pruebas.

—Que sean traídas las reliquias de santa Inés —ordenó el cardenal—. Todo lo que se diga a partir de ahora habrá de ser bajo juramento.

Un grito desde la puerta atrajo todas las miradas. La guardia dejó pasar al duque Hipólito y a la señora Violante. El duque empuñaba aún la espada, la dama seguía sujetándole el brazo con la expresión de una gata salvaje. Se detuvieron ante la visión del duque Ludovico y los cuerpos caídos a sus pies. La duquesa yacía con los ojos aún cerrados, pero tenía la boca abierta como si fuera a protestar. El hermano de su marido estaba tirado sobre su cadáver y el charco de sangre que iba aumentando; las doradas mangas de Paolo y las faldas de terciopelo de la duquesa se empapaban inocentemente en ella.

—¡Madre de Dios!

El cardenal sostuvo en alto con ambas manos una caja plana que relucía por las incrustaciones de rubíes y diamantes.

—Excelencia, las sagradas reliquias de santa Inés serán vuestro testigo. Si sois inocente de la sangre derramada, invocad a Dios sobre los huesos de Su santa.

El duque se agachó para depositar su espada en el suelo y luego se sacó el guante y puso la mano sobre la caja dorada.

—Juro ante Dios y ante Su santa y por mi esperanza de salvación, que no soy

culpable de la muerte de mi esposa. De la muerte de mi hermano sí lo soy. Por qué ha querido matarme sigo sin comprenderlo.

Segismundo avanzó una vez más e hizo oír su profunda voz.

—Con el permiso de Vuestra Excelencia y de su eminencia. Rocca debe saber que su legítimo duque vive y que el traidor ha muerto.

—Traidor...

Se oyó un gemido. Tebaldo caminaba apoyándose en el féretro con una expresión de agonía en el rostro y la mirada fija en el cadáver de su padre. Se apartó un paso del féretro y cayó de rodillas, poniendo una mano en el suelo, para coger la mano inerte y herida de su padre con la otra. Sus gemidos eran como el gáñido de un animal.

Violante soltó al duque Hipólito y corrió hacia Tebaldo.

—No, no. Ven conmigo. Padre, yo respondo por él. Permitid que venga conmigo.

Ante esta apelación a su autoridad el duque pareció despertar y recuperó el hábito del mando.

—Queda bajo vuestra custodia. Ya se examinará más tarde si es culpable o inocente. Segismundo, llevadlo. —Señaló el cadáver de su hermano—. Llévalo fuera para que lo vea el pueblo. Nosotros saldremos a la balconada de la catedral. En cuanto se calme el tumulto podremos dilucidar este terrible enigma.

Hipólito ayudó a Violante a llevarse a su primo. Un paje con librea azul pizarra y amarillo azafrán se acercó tembloroso para prestar su brazo al muchacho. Los dos duques y el cardenal se dirigieron a la escalera del torreón y, cuando Segismundo cogía en brazos el cadáver de Paolo, Tebaldo volvió la cabeza para echar una última mirada de desesperación. Los sacerdotes quedaron a cargo del cadáver de la duquesa, que debían devolver a su féretro para llevárselo lo antes posible a la capilla de palacio y abandonar aquel suelo impío. Finalmente, apareció un viejo sacerdote protegido por un delantal de arpillera y con un trapo y un cubo de agua, para limpiar la horrible mancha.

Después del diablo, el muerto

—Dios, mío, ¿qué está ocurriendo? —exclamó Cósima.

El gentío era un solo clamor. Habían respondido al discurso de Paolo con un grito, que se había iniciado en el perímetro de la plaza y las calles laterales: «¡Duca! ¡Duca! ¡Ludovico!».

—¿Por qué invocan el nombre del duque? —preguntó la señora Donati—. ¿Es que quieren matarlo?

—¿A quién perseguía Segismundo? —quiso saber Leandro—. ¿De qué lado está? Creía que era un agente del duque.

La multitud, perpleja al principio, se había unido al grito con fuerza y había subido en tropel por las escaleras de la catedral hacia las grandes puertas cerradas.

—Benno, asómate por esa esquina y mira qué ocurre en nuestra calle. ¿Era Barley ese que he visto sobre el caballo ruano?

—Sí, Barley —confirmó Benno. *Biondello*, que había reaccionado mal a lo de asomarse a la calle desde aquella altura, hundía la cabeza en los más profundos pliegues de la camisa de Benno.

Leandro fijó su atención en las fachadas ornamentales e indiferentes, la de palacio y la de la catedral, que ocultaban su destino. Imaginó que Segismundo fallaba y que a él volvían a atraparlo. Descubrió que se había aferrado a la mano de Cósima con demasiada fuerza, y cuando se disculpó sus ojos se encontraron por un momento. Un cúmulo de pensamientos se agolparon en su mente. «Cósima di Torre...» Segismundo dijo que la enemistad entre nuestras familias era falsa..., ella es encantadora, valiente... Casados en la mazmorra... Pero era falso... Peligro... Matrimonio... ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué está haciendo Segismundo?

—¡Oh! —exclamó Cósima—. ¡Mirad!

Las trompetas anunciaron la presencia de dignatarios en la balconada de la catedral: el duque, al que se veía extremadamente pálido, incluso desde tanta distancia; el cardenal, a su lado; el duque Hipólito, y numerosos clérigos. Una hilera de hombres vestidos de verde y blanco salieron también a la balconada de palacio. Dos de ellos desplazaron las sillas y bancos y luego se reincorporaron a la fila. El gentío enmudeció, previendo alguna clase de acontecimiento, y Segismundo apareció entonces con el cadáver de Paolo en los brazos. La multitud entera pareció emitir un gemido ahogado. Segismundo pasó al cadalso y depositó el cadáver sobre la paja. Hizo una seña con la cabeza a los tambores que había abajo que, desprevenidos tras aquel largo intervalo, empezaron torpemente, pero acabaron cogiendo su ritmo rápido

e insistente. Apareció entonces Ángelo sujetando el hacha con ambas manos. La multitud vacilaba a causa de las disensiones internas, pero su ruido se perdía bajo el fragor de los tambores.

Segismundo cogió el hacha y dio el golpe antes de que la gente imaginara que iba a hacerlo. Luego se agachó y, cuando volvió a levantarse, los tambores callaron. Su mano izquierda sujetaba la cabeza de Paolo por los cabellos.

Su voz resonó entonces, mesurada pero potente, de modo que los que le contemplaban desde la casa de la viuda Costa la oyeron con absoluta claridad.

—Contemplad la cabeza de un traidor.

La reacción de la muchedumbre fue indecisa, pero del perímetro de la plaza surgió el grito atronador de «¡Duca!». Segismundo alzó ambos brazos y, aunque la cabeza muerta de Paolo les mostró un lento gotear de sangre, poco a poco obedecieron a esta señal y los gritos se extinguieron para convertirse en un silencio expectante.

—Ha traicionado a su duque por acusar falsamente a su hermano, dar las limosnas del duque en su propio nombre para corromper vuestros corazones, fomentando vuestro odio; hacerse obedecer por hombres poderosos cuyos hijos había raptado, y, finalmente, por haber empuñado la espada contra su duque, su hermano, con el propósito de matarlo. ¡Que todos los traidores perezcan como él!

A estas palabras respondió la multitud pronunciando a voz en cuello el nombre del duque. Cualquiera que pudiera sentirse inclinado a la incredulidad, tuvo el sentido común de no manifestarla. Entre los que no gritaban había un hombre cuyo hijo había vomitado sobre su cabeza al ver la de Paolo. El gentío se volvió hacia el duque, lanzó los gorros al aire y lo vitoreó. El duque agradeció esta expresión de confianza y la soportó durante cuatro minutos enteros, luego se retiró.

El duque se hallaba sentado con su manto de color púrpura y martas cibelinas, silencioso en el centro de la mesa del Consejo, pálido y ojeroso por contraste con el alto cuello, el oscuro tallado del sillón de estado y, detrás, el oscuro tapiz donde se representaba un juicio de diferente naturaleza: Paris, apoyándose en el tronco de un árbol, ofrecía la manzana dorada a Venus, cuyas formas voluptuosas daban la espalda con recato a la cámara del Consejo, mientras que Minerva y Juno volvían a vestirse con expresión resentida. Situado frente a la mesa, Segismundo, cuyas negras ropas parecían diluirse en las sombras, habría reflexionado tal vez que el tema del tapiz, es decir, el ejercicio del poder mediante el soborno y la corrupción, resultaba muy pertinente para lo que iba a presentarse ante aquel tribunal.

A la derecha del duque se sentaba el cardenal, cuyo ropaje aparecía rojo como la sangre allí donde reflejaba la luz. A la izquierda, el duque Hipólito vestía de negro y, con el preocupado rostro vuelto hacia las altas ventanas, retorcía las cintas de su manga. Se hallaba en Rocca para presenciar una ejecución y asistir al funeral de su hermana, pero hasta entonces, y aunque se había realizado una ejecución en cierta forma, tenía la impresión de que el honor de su hermana y, por tanto, el suyo, estaban

en la picota.

—¿A quién habremos de oír primero? —En sus mejores momentos la voz del duque era áspera; entonces le faltaba muy poco para ponerse en lo peor.

—Con vuestra venia, a la señora Cecilia, la camarera mayor de la duquesa.

El duque asintió. Segismundo se dirigió a la puerta, llamó con los nudillos e hizo entrar a la señora Cecilia. El negro vestido de brocado de la dama iba rozando rígidamente el suelo mientras ella avanzaba hasta sentarse en un taburete tapizado frente a la mesa. Llevaba los rubios cabellos recogidos en una redecilla de plata y perlas. A pesar de su habilidad con el maquillaje, sus ojos hinchados delataban su aflicción y, probablemente, su miedo. Segismundo se quedó de pie junto a ella. El duque se agitó en su silla, suspiró y habló como si estuviera obligado a ello, como si, igual que su cuñado, fuera reacio a saber lo que por fin debía saberse.

—Segismundo, tenéis mi permiso para preguntar.

Segismundo inclinó la cabeza y se volvió hacia la dama.

—¿Tenía una cita Su Excelencia la duquesa durante vuestro banquete de boda?

—Su Excelencia nunca habría hecho una cosa así.

Segismundo se volvió hacia el tribunal y dijo:

—Sería mejor que la señora Cecilia contestara bajo juramento.

Las reliquias de santa Inés habían sido devueltas a su capilla. El cardenal se pasó por la cabeza la cadena con la cruz que llevaba colgada del pecho y se inclinó para depositar el crucifijo sobre la mesa.

—Venid, hija mía. Estamos aquí para oír la verdad.

La señora Cecilia se levantó, pero con cierta vacilación. La mano de Segismundo bajo su codo la ayudó a dar los pasos que la separaban de la mesa, donde Cecilia posó la mano sobre el crucifijo y repitió el juramento que le dictaba el cardenal. El duque la miraba fijamente, pero sus pensamientos eran insondables. Con aquel juramento se extraería una verdad que tal vez él no quisiera oír.

La señora Cecilia se sentó nuevamente. El brillo acuoso de las perlas de su corpiño demostraba que respiraba entrecortadamente.

—¿Tenía una cita Su Excelencia —sonó la inexorable pregunta—, durante vuestro banquete de boda?

—Sí —respondió ella, con voz apenas audible.

—¿Era una cita amorosa? —Sí.

—¿Con quién tenía esa cita?

—Yo... está muerta, señores. ¿Es necesario...?

—¡Responded! —ordenó el duque con la mayor de las asperezas, y ella obedeció con un débil susurro.

—El señor Paolo.

El duque apartó la vista de ella y la fijó en el tapete de la mesa. Con su gesto pareció apartarse de algo más. Sabía por Segismundo que su esposa tenía un amante y ahora se enfrentaba con la mayor de las traiciones.

—¿Fue ésa la única vez? —preguntó Hipólito de repente—. ¿Se habían citado antes?

—Ella... yo... Vuestra Excelencia sabe que yo era amiga de la duquesa, su mejor amiga desde que éramos niñas en la corte de vuestro padre...

—¿Tenía amantes ya entonces?

—¡No! No, Su Excelencia el duque sabe que era pura y virginal cuando se casaron. Quería decir que yo la amaba.

—También yo. Por el amor de Dios, ¿contestaréis a la pregunta?

—Se habían citado antes.

—¿Hubo otros?

La señora Cecilia cerró la boca y sacudió la cabeza. Con ese gesto podía negar que hubiese habido otros amantes, o indicar que se negaba a responder. La siguiente pregunta de Segismundo llegó en tono suave y casi descuidado:

—Con la venia de Vuestra Excelencia, ¿era Leandro Bandini uno de ellos?

—¡Jamás! ¿Ese? ¡Si apenas es un muchacho!

Tras unos segundos de silencio, la señora Cecilia se tapó la boca con la mano. Acababa de comprender lo que había admitido con su respuesta.

—Basta. —El duque aferraba la mesa con la mano. Había estado mirando el paño como si intentara hallar un significado en su dibujo, pero ahora lanzaba una mirada de repugnancia a la dama—. Mujer, asegúrate de que mis ojos no vuelvan a posarse sobre ti.

Segismundo la acompañó hasta la puerta. Caminaba como en sueños y, cuando llegaron al umbral, Segismundo tuvo que guiarla. Mientras éste cerraba la puerta, el duque preguntó:

—¿Qué más habremos de oír?

—Primo —intervino el duque Hipólito—. Puede que la verdad sea amarga, pero debemos hallarla.

—¿Y hemos de saberla cuando se encuentre? Durante toda mi vida he creído que mi hermano era la verdad en persona. —El duque guardó silencio, enredando los dedos en el pelo del tapete.

Los tacones de las botas de Segismundo sonaron con fuerza sobre el mármol.

—La señora Cecilia ha hablado de una cita, Excelencia. El salvaje de la fiesta tenía que derramar el vino sobre su vestido para ensuciarlo y así Su Excelencia tendría una excusa para retirarse.

El duque levantó la cabeza.

—¡Mi hermano había pagado a Leandro Bandini! Así pues, sabía todo el tiempo que iba a ser rescatado y que la culpa recaería sobre mí. ¿Dónde se esconde? Desterraré a todos los Bandini de Rocca.

—Excelencia, el salvaje se halla aquí. —Segismundo abrió la puerta.

El duque se irguió en su silla. El cardenal llegó incluso a llevarse una mano al crucifijo cuando, recortado su perfil a la luz de la antecámara, apareció una figura

peluda y negra como el mismo diablo. Avanzó hasta situarse ante el tribunal y, a una palabra de Segismundo, se quitó la cabeza con la misma pulcritud que lo habría hecho un verdugo. Largos cabellos dorados aparecieron brillando a la luz de la tarde, rodeando un rostro que a Piero della Francesca le hubiera encantado pintar. El diablo era un ángel disfrazado. Sin darse cuenta de ello, los tres hombres que lo miraban desde el otro lado de la mesa estaban dispuestos a creer cuanto les contara aquel mensajero celestial.

—Este fue el salvaje, Excelencia, que bailó en el banquete de boda de la señora Cecilia. Contratado por Niccolo, el *festaiuolo*, a quien también le pagó uno de los hombres del señor Paolo para que derramara el vino.

—Así pues trabajaba para mi hermano, ¿no es eso? —El tono del duque era ominoso y Segismundo se apresuró a intervenir.

—Él no lo sabía, Excelencia. Le dijeron que era una chanza y cuando objetó que la duquesa se pondría furiosa por haberle estropeado el vestido, le dijeron que ella estaba al corriente de la broma.

—¿De dónde salió la piel para Bandini? No podía ser la misma.

—Había varias en el vestuario del *festaiuolo*. Me explicó que los robos no eran infrecuentes y que los hombres del señor Paolo fueron muy serviciales y útiles en la preparación del espectáculo. Segismundo ayudó a Ángelo a quitarse la piel, y cuando el muchacho apareció vestido de azul claro en aquella cámara cubierta de negras colgaduras y oscuros tapices, tenía más que nunca el aspecto de una criatura celestial. El cardenal se dirigió a él.

—Contadnos lo que ocurrió esa noche.

Ángelo explicó sucintamente que había bailado y derramado luego la copa de vino. Contó que después de cambiarse de ropa y recibir su dinero, había visto al hombre que le había pagado quemar la piel y habló de la persecución de que le hizo objeto al salir de palacio.

—Intenté esquivarlo, pero me siguió. Corrí, pero me alcanzó. No conozco la ciudad. Me derribó, luché con él y lo maté.

Segismundo no hizo ademán de contradecir esta versión y explicar que Ángelo, sabiéndose perseguido, había aguardado al acecho y había acuchillado a su perseguidor sin más. Tal como lo había adornado Ángelo, el incidente quedaba atenuado ante la justicia terrenal.

—¿Cómo podemos saber que era uno de los hombres de Paolo?

—No lo sé, señor —contestó el ángel, humildemente—. No llevaba insignia alguna ni librea, pero mientras luchamos se le cayó esta cadena del cuello. Tal vez alguien pueda identificarla.

Del bolsillo sacó una delgada cadena plateada de doble eslabón, rota y con un curioso *memento mori* que consistía en una pequeña calavera de marfil con rubíes por ojos, y la dejó sobre la mesa.

—Uno de los servidores que acompañaban constantemente a mi hermano lleva

una igual —dijo el duque con voz inexpresiva—. Giannini..., Giacomino, algo por el estilo. Están todos bajo custodia. Podemos comprobar si falta él.

—Así pues, habéis hallado al bailarín.

—¿Deseáis preguntarle algo más? —inquirió Segismundo, y no habiendo respuesta, el duque lo despidió con un ademán. Ángelo se retiró. La pequeña calavera quedó sobre el tapete, al lado del crucifijo del cardenal.

—Tenemos, señores, a un hombre, ese tal Giannini, que no puede hablar porque está muerto. Otro, cuyo relato es necesario en este punto, también lo está. Podría ser, sin embargo, que Su Excelencia tuviera poder para resucitarlo —prosiguió Segismundo.

—Medid vuestras palabras, hijo mío —lo reconvino el cardenal amablemente.

—De estar vivo, señores, ese testigo sería hombre muerto. —El duque frunció el entrecejo, pero la rápida mirada que echó a Segismundo le descubrió un rostro serio y considerado. Con aquel juego de palabras no pretendía bromear sobre asunto de tanta gravedad—. Lo colgarían por ladrón, y su testimonio sería tal que de estar vivo temblaría por su vida, si tuviera que contarlo.

—¿Puede revivirse a ese hombre doblemente muerto? —preguntó el duque Hipólito.

—Si viviera, pediría el perdón por su robo y la garantía de inmunidad por lo que pudiera decir. —Por aturdido que hubiera dejado el dolor al duque, su inteligencia demostró ser tan aguda como siempre. Contempló a Segismundo con una expresión indescifrable.

—El perdón por un robo no es cosa de importancia, pero si dice la verdad y tiembla al decirla, ¿contra quién hablará? ¿Contra nosotros? Nuestra inocencia se ha puesto en duda. La verdad sólo puede confirmarla. ¿Por qué tiembla entonces ese hombre muerto?

—Excelencia, habla contra la muerta.

—Todos nosotros sabemos ya que mi hermana era una adúltera —dijo el duque Hipólito tras unos instantes de silencio—. Difícilmente podrá difamarla ese testigo.

—Si escarbamos en el lodo —observó el cardenal—, tal vez lleguemos a encontrar aguas claras.

—Oigamos a vuestro muerto, Segismundo. La verdad bien merece el perdón. ¿Y si no le prometo la vida?

—Si Vuestra Excelencia no se la promete, tal vez no la recupere. —Segismundo se inclinó y extendió ambas manos en un gesto de desaprobación—. No podrá vivir.

—En las guerras de Alemania me salvasteis la vida —dijo el duque—, y ahora me habéis servido bien, de lo contrario os diría que no deberíais regatear conmigo. Que recupere la vida. Hacedle entrar.

Segismundo se inclinó una vez más, pero no con la reverencia de un cortesano sino agradeciendo una concesión otorgada a regañadientes. Se dirigió a la puerta y desapareció tras ella.

—La reconsagración de la catedral requerirá varios días —comentó el cardenal—. Sugiero que las exequias de la difunta duquesa se lleven a cabo en la capilla de palacio.

—Si ello satisface al hermano de Su Excelencia.

—Nuestro Señor obra siempre para lo mejor —dijo Hipólito con un suspiro—. Tal como se han desarrollado los acontecimientos, prefiero que se reduzca la pompa.

La puerta se abrió. Segismundo se hizo a un lado para que entrara un enano vacilante y desesperadamente ansioso.

Después del diablo, el muerto.

«Nadie es lo que parece»

Bajo la enmarañada barba que Poggio se había dejado crecer con gran diligencia como disfraz, el enano sudaba profusamente y tenía todos los rasgos de la cara tensos por el miedo, incluso los ojillos redondos y la boca que la naturaleza había diseñado para torcerse alegremente. Se retorció las manos sin cesar.

El duque lo contempló durante largo rato y luego habló.

—Tienes nuestro perdón, Poggio, por tu robo. —Su tono se hizo más crispado—. Ahora gánatelo.

—Cuéntale a Su Excelencia cómo llegaste a oír lo que ocurrió en el dormitorio de la duquesa la noche de su muerte —dijo Segismundo.

Poggio inició su relato sin dejar de cruzar y descruzar los dedos. Explicó que deseaba suplicar el favor de la duquesa y que se había ocultado en la pequeña habitación interior mientras sus camareras se hallaban con ella. El enano se sentía lastimosamente violento por la extrema necesidad de tacto que se requería para relatar lo que había oído, pero las preguntas de Segismundo, implacables e insistentes, consiguieron la verdad, a saber, que Poggio estaba a punto de salir para hablar con la duquesa cuando oyó que ésta saludaba a alguien. El recién llegado habló en voz baja, pero era un hombre. Poggio temió hacer ruido al cerrar la puerta de rejilla, por lo que inevitablemente tuvo que oírlo todo. Habían hecho el amor. A pesar de que él intentaba no escuchar, distinguió dos voces, o al menos, dos... En este punto se atascó y Segismundo sugirió «el ruido de dos personas». Sí, el ruido de dos personas, hasta que una de ellas había emitido un grito, breve y extraño; después, el silencio. Tras unos instantes, alguien con la respiración jadeante había caminado sobre la alfombra. Sí, había oído algo más. Tranquilo ya, aunque perplejo, el enano añadió que había oído correr unas cortinas, luego el ruido de algo que se arrastraba y un golpe como si hubieran arrojado algo sobre la cama. Luego ese alguien había vuelto a correr las cortinas, y de nuevo el silencio.

El silencio, más profundo a causa del eco de los fuegos artificiales, había continuado hasta que Poggio se aventuró a salir de su escondrijo. Al asomarse vio la mano de la duquesa colgando del borde de la cama. Creyó que dormía y decidió pasar agachado junto a ella. Sabía que no podía hablarle en aquel momento, pues habría adivinado que conocía la existencia de su amante. En ningún momento se le ocurrió que pudiera tratarse del propio duque, dada su precipitación y su manera de susurrar. Poggio tuvo que levantar la cabeza para comprobar que dormía, y entonces vio la daga. Ésta sobresalía...

—El duque vio la daga —interrumpió Segismundo—. ¿Qué hiciste al ver que estaba muerta?

Poggio alzó una mirada ansiosa hacia Segismundo, la posó luego sobre el duque y contestó:

—Le quité el anillo y salí corriendo. —Al menos por eso ya lo habían perdonado.

El duque reflexionaba. Hipólito examinó el rostro de Poggio como si sopesara la veracidad de sus palabras. El enano se humedeció los labios y afortunadamente decidió no sonreír. El cardenal acarició el crucifijo que seguía sobre la mesa.

—¿No oíste nada después de ese... grito... y del ruido de algo que arrojaban sobre la cama? —El duque apuntaba certeramente al meollo de la cuestión. Había tenido ocasión de oír a numerosos testigos durante muchos años y su oído estaba acostumbrado a adivinar cuándo se omitía algún detalle de la verdad. Contempló a Poggio, que cometió la imprudencia de adoptar una expresión de inocencia infantil.

—Lo que he dicho ya Excelencia. Nada más.

—¿No podría haber entrado alguien sin que lo oyeras?

Aliviado por poder responder esta vez con completa sinceridad, Poggio así lo hizo. No le habían preguntado si realmente había entrado alguien, por lo que no era necesario mencionar a la señora Violante. Su devoción por ella y su deseo por mantenerla al margen de aquella delicada situación no habrían resistido la amenaza de la tortura, pero hasta entonces no había recibido ninguna y tenía una total confianza en Segismundo.

—¿Juras sobre la cruz que el testimonio que has prestado es cierto?

Poggio agachó la cabeza respetuosamente cuando el cardenal movió el crucifijo hacia él. El sol que había brillado sobre los cabellos de Ángelo se hallaba ahora más bajo, y se reflejó con chispas irisadas en los diamantes y rubíes incrustados en el oro, que eclipsó la mano del enano al posarla sobre el crucifijo para jurar.

—Vete —dijo el duque—. Tienes nuestro perdón, pero no nuestro permiso para seguir en Rocca. El tercer día a partir de hoy se suspenderá tu perdón y tu vida con él si te encuentran aquí.

El modo apresurado en que Poggio se abalanzó hacia la puerta indicaba que no esperaría tres días para exiliarse. Cuando la puerta se cerró tras él, el duque mandó que sirvieran vino, como si de ese modo quisiera ayudar a los presentes a digerir todo lo que habían oído esa tarde. Segismundo transmitió el mensaje y recogió la bandeja de oro cuando llegó con tres copas enjoyadas y una jarra de oro y cristal. El duque se acercó a la alta ventana que daba a la plaza y la abrió a una vista que antes velaban las armas de roca pintadas en tono púrpura y ocre sobre el cristal. El clamor de la muchedumbre, que tan agresiva se había mostrado a las puertas de la catedral, había disminuido, y ahora, de un mar turbulento de cabezas con espuma de armas apenas quedaban unos cuantos grupos en la enorme playa vacía. El resto de esa marea humana rodeaba el cadalso donde aún yacían la cabeza y el cuerpo del hermano del duque, antes tan amado y caritativo y ahora traidor. Este grupo parecía silencioso, y

cuando alguno de los que lo componían se alejaba, lo sustituían otros igualmente mudos. A los niños los alzaban para que vieran mejor, pero cuando uno intentó tocar los cabellos ensangrentados, uno de los soldados del duque que permanecía sobre el cadalso apartó la mano del niño con el extremo de su alabarda. La mirada del duque se desvió entonces hacia el perímetro de la plaza, rodeado en su totalidad por arqueros, que permanecían de pie, sentados o apoyados en los muros.

—Segismundo.

—Excelencia. —La rapidez con que el duque volvió la cabeza demostró que lo creía al otro lado de la habitación.

—¿Y esos hombres?

—Son los hombres que iniciaron el grito de «Duca».

—¿Habremos de saber el porqué?

—Todo está a disposición de Vuestra Excelencia.

El duque lo contempló unos instantes y luego asintió brevemente, dio media vuelta y volvió a la mesa como si quisiera poner punto y final de una vez a aquella investigación.

—Bien, señores. Hemos de creer, por lo que hemos oído aquí, que mi hermano pagó a un saltimbanqui a fin de proporcionarle a la duquesa un pretexto para acostarse con él en secreto mientras su esposo y la corte entera contemplaban los fuegos artificiales, y que luego la asesinó. Al parecer el enano oyó a mi hermano arrojar a Leandro Bandini sobre la cama. ¿Por qué no se resistió el muchacho? ¿Por qué no se hallaba en la cama cuando se descubrió el cadáver de la duquesa?

—Porque se resistió, precisamente, Excelencia —dijo Segismundo—. El vino que le ofreció el agente del señor Paolo, que llevaba una cadena con una pequeña calavera, tal como recordó el joven Bandini —aquí miraron todos la cadena con la calavera que seguía donde Ángelo la había dejado—, contenía una droga, pero Leandro no había sucumbido a ella totalmente cuando lo llevaron a la cámara de la duquesa y lo ocultaron allí. El golpe que mostraba en la frente procedía en efecto del espejo de Su Excelencia o del candelero que se halló en el suelo, pero no fue ella quien lo infligió. Lo dejaron inconsciente en el suelo bajo las cortinas del extremo más alejado de la cama antes de que la duquesa fuera a cambiarse de vestido.

—¿Y ella no lo vio?

—Estaba tirado entre la cama y las cortinas, Excelencia. Después de hacer lo que había planeado —el tono uniforme de Segismundo no dio mayor significado a sus palabras—, el señor Paolo sólo tuvo que sacarlo a rastras y echarlo sobre la cama. Leandro no estaba tan inconsciente como suponían, puesto que cuando hablé con él aquella noche tenía un vago recuerdo de la duquesa muerta. Horrorizado, intentó recobrar el sentido por completo. Al parecer intentó moverse, quizá para alejarse de Su Excelencia, y cayó de la cama para sumirse en la inconsciencia en que fue hallado. Yo mismo vi que las cortinas estaban tirantes en aquel lado como si alguien o algo las atrajera hacia el suelo.

El duque soltó una desagradable carcajada.

—Así pues, mi hermano tenía razón al proclamar su inocencia. De haberlo hallado yo donde supuestamente debía estar, su sangre teñiría ahora mis manos. —El duque se las miró con aire especulativo, luego, volviéndose hacia Hipólito, preguntó —: ¿Habéis quedado satisfecho?

—Nada más tengo que preguntar. Ella misma atrajo la muerte sobre sí, primo, engañada como todos por aquella vil serpiente.

Hipólito cogió las manos del duque entre las suyas, delgadas y nervudas. Su primo lo miró, y al ver en sus ojos aquellas profundidades de color ámbar que en otro tiempo le habían deleitado en su hermana, lo abrazó para disimular su deseo de no volver a verlo jamás. El cardenal sonrió complacido de ver a tan grandes hombres en paz y recogió su crucifijo, que volvió a descansar sobre la tornasolada seda escarlata de su pecho. Segismundo había desaparecido tras la cortina de la puerta y apenas se oía el eco profundo de su voz.

—Mañana enterraremos a la duquesa. Esta noche cenemos juntos para celebrar la renovación de nuestra alianza.

El cardenal hizo honor a la ocasión alzando su mano para bendecirlos.

—La amistad es agradable a los ojos de Dios, hijos míos. Que esta armonía os traiga prosperidad. —La Iglesia precedió al poder temporal cuando el cardenal se dispuso a abandonar la cámara con un frufú de faldas y tendió la mano benevolentemente hacia Segismundo, que se arrodilló para besar el anillo.

Uno de los poderes temporales esperó a que el otro hubiera salido para hacer una seña. Segismundo cerró la puerta y volvió al lado del duque, que se había apoyado en la mesa, iluminado por el sol poniente.

—Ibais a desvelar vuestros últimos secretos, Segismundo. ¿A quién le debo mi ducado?

—Como tantos otros gobernantes, Excelencia, a mercenarios.

—¿A esos hombres que hay alrededor de la plaza, los que han gritado «Duca» incitando a la multitud?

—Los mismos. Ellos junto con vuestro justicia mayor controlan ahora la situación. Los ciudadanos a los que pagó el señor Paolo ya no osan alzar la voz.

—Los mercenarios no se fían de promesas. Alguien les ha pagado. ¿Quién? —El duque aferró la manga de terciopelo negro de Segismundo. El rostro que lo miraba era extrañamente tranquilizador, de nariz ganchuda, pestañas espesas y ojos negros, y su boca tenía un labio superior de sensuales curvas que sobresalía sobre el inferior; era una boca hecha para los secretos, que sonreía ahora ampliamente.

—Excelencia, ha sido Bandini. Ugo Bandini ha pagado a los mercenarios.

El duque, dispuesto ya a creer cuanto Segismundo le dijera, retrocedió un paso y miró fijamente los ojos que también sonreían.

—Bandini. ¿Cuando yo estaba a punto de ejecutar a su hijo? Por los clavos de Cristo, ¿por qué?

—Por lealtad, Excelencia. El duque Francisco le había pedido que pagara a los mercenarios en su nombre y a cambio él liberaría a su hijo al apoderarse de la ciudad, pero Bandini les pagó para que gritaran «Duca Ludovico». De haber gritado «Duca Paolo», como estaba previsto en un principio... —Segismundo hizo una pausa y emitió un murmullo que presagiaba lo que podía haber ocurrido.

—Yo estaría muerto. Aunque Paolo también muriera, el duque Francisco sería el dueño de Rocca. Entonces le debo la vida a Bandini. —Se cogió el labio inferior entre el pulgar y el índice y meditó; luego hundió un dedo en el pecho de Segismundo —. Vos. Vos sabéis más de lo que me habéis dicho. ¿Cómo escapó ese joven de mis mazmorras? Me parece que su liberación precedió en unas cuantas horas el leal gesto de su padre. ¿No opináis lo mismo? —Hincando el dedo repetidas veces en el pecho de Segismundo, el duque se echó a reír.

—Imposible engañar a Vuestra Excelencia.

—¿Y dónde está ese inocente joven? ¿Me lo vais a decir, villano incorregible?

—Bien, Excelencia, él y su padre serán de los primeros en felicitaros.

Las carcajadas del duque tenían algo de histéricas.

—Les prohibí que entraran en palacio, he estado a punto de arrebatarse la vida a uno de ellos, ¡y ahora habré de abrazarlos como salvadores! ¿Tiene el mundo alguna otra sorpresa reservada para mí? Nadie es lo que parece. ¡Dentro de poco me diréis que Di Torre y Bandini han colaborado estrechamente para mantener mi posición en Rocca!

La promesa de Venus

Era un problema de tacto. El *festaiuolo*, que había empaquetado ya todas sus cosas para volver a Florencia, lo desempaquetó todo y se sentó, con un frasco lleno de inspiración y un desordenado puñado de notas, para componer y poner en escena un espectáculo que celebrase el triunfo de la Justicia y el Bien sin personificar al Mal. Miró con pesar los dientes de hierro de la Envidia en su pequeña cesta de cañas, absolutamente adecuados para el difunto traidor, pero imposibles de usar. Y el danzarín que tantos problemas causara, se le había presentado de nuevo en busca de empleo con el razonable argumento de que nadie le había visto la cara la vez anterior... y ciertamente había una gran carencia de buenos danzarines entre los de tamaño normal, mientras que disponía de una plétora de enanos; además, no podía esperarse ayuda de los hombres del señor Paolo, que tan útiles habían sido antes.

Al encargarse de esos útiles hombres, el justicia mayor del duque había hallado a los que estaban dispuestos a morir, como seguramente les ocurriría, antes que implicar al señor Paolo en nada que no fuera una excesiva filantropía y una preocupación desinteresada por la justicia, y a los que, en su celo, implicarían al señor Paolo, a sus colegas, amigos, enemigos, superiores y abuelas en delitos de corrupción, perfidia, sodomía y traición. El justicia mayor consiguió cuando menos dejar claro que el viejo Matteo di Torre, cuyo desafortunado encuentro con un plato de vieiras había disparado el contencioso entre ambas familias, se hallaba sentado junto a Ugo Bandini, pero que a su derecha se sentaba el señor Paolo. El punto de vista retrospectivo sirve maravillosamente para aclarar toda clase de situaciones.

Segismundo acompañó a Leandro abiertamente hasta la casa de su padre, y lo entregó a un incoherente Ugo en la puerta con las palabras: «*Tutum patrio te limine sistam*», repetición esta de las *sortes virgilianae* en que no cayeron ni el padre ni el hijo en aquel momento, como tampoco que en esa promesa de Venus a Eneas la diosa del amor había adoptado uno de sus disfraces más interesantes en la persona de Segismundo. Ugo abrazó a su hijo, abrazó a Segismundo, volvió a abrazar a Leandro, y los condujo a ambos al interior, pasando bajo los titanes que aquel día parecían sostener con mayor facilidad las armas Bandini. En la comparativa intimidad de su biblioteca y tras hercúleos esfuerzos por aplastar las costillas de su hijo con otro abrazo, Bandini lloró y dio las gracias a Segismundo y luego, con tardía precipitación, a todos los santos y a la Trinidad. Le habría entregado a Segismundo la mitad de sus bienes, aseguró, de no haber tenido que desembolsarla recientemente para pagar a Il Lupo y a su banda de mercenarios. Lo que quedaba, aunque

insignificante, estaba a disposición de Segismundo. Segismundo declaró amablemente que toda su satisfacción consistía en haber devuelto a Leandro a los brazos de su padre, nunca mejor dicho. Acto seguido Ugo se quitó una gruesa cadena de oro, de un diseño extraordinariamente complejo, plaquitas con bestias alegóricas esmaltadas y grupos de gemas, y se la puso a Segismundo, a quien pareció sentarle divinamente.

La fiesta que se celebró unos días después de enterrar a la duquesa fue privada y carente de ostentación. El duque esperaba que después del funeral Hipólito se marchase, pero éste decidió quedarse y se fue de caza con la señora Violante, por lo que hubieron de contar con él. Los representantes de las casas Bandini y Di Torre también fueron invitados.

A Cósima, que en nada disfrutaba de su vuelta a casa, le fastidiaba especialmente la perspectiva de cenar una vez más con su tía cuando todo el mundo se iba a palacio. Su tía no había hecho más que interrogarla desde su regreso, y por sus preguntas parecía adivinar que su sobrina había pasado una noche sola con dos hombres. Cósima se preguntaba una y otra vez qué iba a ser de ella. Era improbable que volviera a ver a Leandro, quien además, sabiendo que era una Di Torre, habría dejado de pensar en ella. Ciertamente que según Segismundo la enemistad entre sus familias no tenía base alguna, pero los sentimientos no se cambiaban tan fácilmente, es decir, los sentimientos masculinos. ¿Qué quería decirle Leandro aquella noche, cuando Segismundo le impidió que se acercara a ella? Claro está que desde entonces Leandro había tenido tiempo para reflexionar sobre su indecoroso comportamiento. De hecho, en un principio había supuesto que era una mujer cualquiera contratada por su padre.

Al menos Segismundo no le diría al duque que Bandini y su padre habían estado dispuestos a traicionarlo. Sobre ese particular no tenía nada que temer, pero si su padre llegaba a descubrir algún día lo que su recatada hija había hecho, empezaría a pensar seriamente en meterla en un convento. En cambio, si la daba a alguien en matrimonio al menos disfrutaría de la libertad de una mujer casada y tal vez pudiese volver a ver a Leandro. Por el momento sería mucho más feliz si consiguiese dejar de pensar en él.

La doncella, ya de edad, que su padre le había asignado en lugar de la pobre Sascha entró soltando graznidos.

—¡No hay tiempo para sentarse a soñar! ¡Rápido, rápido! Vuestro mejor vestido. Vamos, señora, voy a quitaros ese que lleváis.

—¿Qué...?

—¡Órdenes de vuestro padre!

Perpleja, Cósima deshizo los lazos de su corpiño.

Con un hermoso regalo del duque y un odre de vino que le proporcionaran Segismundo-Martin y Barley, Il Lupo se alejó cabalgando a la cabeza de sus hombres, no sin cierta cautela y una expresión taciturna en su rostro lleno de cicatrices, en dirección a una prometedora guerra que se disputaba en el sur. Sus

hombres habían aprendido una balada de Rocca sobre Paolo el Bastardo, cuyos sones lejanos traía el cálido aire del atardecer.

Cuando llegó la noche y con ella la fiesta, se habían resuelto ya varios problemas. El *festaiuolo* Niccolo había hallado una solución para que el Mal, que tan desafortunadamente se había personificado en el difunto señor Paolo, apareciera felizmente confundido entre los Siete Pecados Capitales, lo que también permitía el uso de los dientes de hierro de la Envidia. Fe, Esperanza y Caridad triunfarían sobre los Pecados y un ángel con una espada flamígera los desterraría para siempre de Rocca. Tres jóvenes talentos locales representarían a las Virtudes; Niccolo tenía la esperanza de que ningún cortesano y, sobre todo, ningún clérigo fuera un habitual de la casa en que trabajaban, pues de lo contrario podrían ser tomadas por excepciones. La virtud misma del *festaiuolo* había sufrido una dura prueba cuando la opulenta y encantadora patrona de la casa lo había tirado del banco en que se sentaba en un jugueteo intento por obtener el papel de la Caridad.

Muy pocas personas estaban enteradas del adulterio de la difunta duquesa y, por lo tanto, Niccolo no era consciente de que el duque podía hallar un significado soterrado en las cabriolas de la Lujuria.

El efecto más sobresaliente había de ser la espada flamígera que empuñaría el ángel en la conclusión de la pieza. Niccolo había decidido utilizar al danzarín que había estropeado el número del salvaje, pues era una lástima desperdiciar un rostro como el suyo. Ciertamente corría el riesgo de que si volvía a emborracharse le prendiera fuego a los Vicios con la estopa ardiente. Había habido momentos, mientras ensayaban el papel de la Gula, a la que había parecido divertido desplazar su falso vientre hinchado hacia el trasero repetidas veces, en los que el corazón de Niccolo había suspirado de contento por aquel gratificante espectáculo.

Personas más importantes que Niccolo se habían preocupado de resolver otros problemas. El duque Hipólito y la señora Violante, que tenían motivos idénticos para desear impresionarse mutuamente, aun cuando estaban obligados a mantener una apariencia de duelo (él por una hermana adúltera y ella por una madrastra detestada), decidieron alegrar el luto. El duque Hipólito se vistió de un color púrpura tan oscuro que, a primera vista, engañaba el ojo y parecía negro, pero al mismo tiempo ardía en él una intensa llama. Estaba a punto de entrar en negociaciones a través del cardenal Pontano para solicitar una dispensa matrimonial que le permitiera casarse con la hija de su cuñado, pues desde el momento en que había caído sobre el cadalso con ella encima y habían disputado la posesión de su espada, hallaba sumamente atractiva la idea de una clase de lucha muy diferente. La señora Violante había elegido también un tono púrpura muy oscuro que hacía resaltar su piel blanca y sus cabellos rubios. Repasando las joyas que su camarera había esparcido sobre la mesa, puso mala cara al ver las de perlas y azabache, propias del luto, y escogió una cruz de diamantes y perlas que resultó magnífica sobre su pecho. La camarera la había visto antes en alguna parte, pero no recordó que fuera sobre el pecho de la duquesa María, la gentil

dama que había criado a Violante como a su propia hija.

Mientras se sopesaban estas trascendentales cuestiones, el duque mandó llamar a las cabezas visibles de las dos facciones y a sus respectivos hijos. Los recibió en su biblioteca, a solas. La figura de Cósima apareció envuelta en blancas sedas, y cuando se echó hacia atrás el velo por respeto al duque, los cuatro hombres tuvieron la clara impresión de que la luna emergía entre las nubes. Cósima mantenía los ojos bajos, por lo que su visión se limitaba a un trozo de suelo, dos largas túnicas de terciopelo, brocado y tejido de Flandes con hilo de seda, al duque sentado con un zapato bordado bajo el manto de pieles, y a las piernas de Leandro. No fue testigo del principio de la entrevista.

Su padre y Bandini no fueron tan afortunados, pues tuvieron que soportar la mirada silenciosa y concentrada del duque.

—De rodillas.

Los cuatro obedecieron al punto aquella inflexible orden; las viejas y rígidas articulaciones mostraron la misma agilidad que las más jóvenes. Cósima sintió frío. Con el optimismo que le daban sus pocos años había creído en Segismundo y suponía que todo estaba arreglado, pero él no se hallaba allí y la expresión del duque era glacial.

—Os hemos hecho llamar para deciros que estamos enterados de cuanto planeasteis contra nuestra persona y contra nuestro estado, que sólo una oportuna intervención os impidió llevar a cabo. —Los ojos del duque (¡qué terribles eran los ojos azules!) se volvieron hacia el padre de Cósima—. Vos, al desobedecernos y con afán de engaño, pusisteis a vuestra hija en manos de nuestros enemigos, y para salvarla de las consecuencias de vuestro error estabais dispuesto a abrir las puertas de nuestra ciudad a quienes querían matar a vuestro duque. Vos, un miembro de nuestro Consejo, cuyo deber y primer pensamiento debería ser el de proteger nuestro estado. Vos habríais entregado el gobierno de Rocca a Castelnuova.

Jacopo pareció a punto de hablar, pero el duque ya no le miraba.

—Vos, Bandini, estabais dispuesto a traicionarnos, a entregar la mitad de nuestra fortuna a quienes sabíais que buscaban la ruina de Rocca. Vos, Leandro, desobedecisteis nuestra prohibición. En vuestra vanidad, imaginasteis que nuestra hija sería capaz de citarse con vos. —El rostro inclinado de Leandro adquirió un tinte carmesí. «Desde luego», pensó Cósima—. Vos os burlasteis de nuestra prohibición al venir a palacio. Vuestra locura obligó a actuar a vuestro padre.

»Vos, Cósima —Cósima se sobresaltó. ¿Qué mal había hecho, ella que se creía perjudicada?—, os prestasteis al engaño de vuestro padre, ayudándole a desobedecer nuestra orden. Os sometisteis a él y no al padre de vuestra ciudad.

»Todos sois culpables, todos me habéis traicionado. Podéis culpar a quien os manipuló, pero yo os digo que la debilidad de nuestro estado, de la que él se sirvió, la habéis provocado con vuestra enemistad. Ningún traidor habría podido tener éxito sin las oportunidades que le disteis con vuestra desafección y vuestro desprecio hacia

vuestro auténtico deber.

Se hizo el silencio. Nadie osó alzar los ojos o la cabeza.

—A los padres os pregunto —prosiguió el duque—, ¿a quién le deben lealtad vuestros hijos? ¿A sus amigos, a sus pasatiempos, a sus luchas? ¿O a vosotros?

Di Torre y Bandini musitaron al unísono:

—A nosotros.

—De igual manera os exijo yo vuestra lealtad.

Bandini quiso reafirmar su futura devoción, pero la voz áspera del duque le hizo callar.

—Un traidor, antes amado por mí, cuelga ahora encadenado de los muros de la ciudad. —Cósima recordó la horrible descripción que habían hecho sus criadas sobre el cuerpo cubierto de brea—. Vosotros, que me sois menos queridos, ¿qué esperáis de mí?

«¡Dios mío!». Cósima temblaba. A través de sus lágrimas vio que su padre su arrojaba de bruces al suelo con los brazos extendidos hacia el duque.

—Os imploro misericordia.

Bandini se postró también. Frenética, Cósima pensó: «¿Debería yo también...? El vestido...». Ponía ya las manos en el suelo, al ver que Leandro lo hacía, cuando oyó la voz del duque:

—Alzaos, alzaos.

Su padre y Bandini volvieron a arrodillarse. El duque les indicó con un ademán que se pusieran en pie.

—Llevaréis a cabo nuestro primer decreto. Prometeréis a vuestro hijos ahora y aquí, en nuestra presencia.

Cósima miró a Leandro. Vio su sonrisa radiante y notó que ella sonreía a su vez con mayor vacilación. Luego recordó su modestia, se ruborizó y bajó la vista. Lo de casarse con Leandro estaba convirtiéndose en un hábito.

El duque, mientras tanto, hablaba sobre multas y dotes. Finalmente dijo:

—Vuestros nietos compartirán vuestra sangre. —Y Cósima volvió a ruborizarse.

A una palmada del duque apareció un paje. Todo se había dispuesto previamente, puesto que el duque sólo tuvo que asentir. Aguardaron en silencio. Cósima no se atrevía a levantar la vista por si Leandro seguía mirándola. Las puertas se abrieron para dar paso al cardenal en persona, y tras él un sacerdote que llevaba su estola, que Pontano besó y se puso alrededor del cuello.

En la prisión la mano de Leandro estaba fría y húmeda. Ahora era cálida. El cardenal echó sobre las manos enlazadas de los dos jóvenes su estola de hilos de oro, bordada, como los bordes de un misal, con hojas de parra y flores. Cósima dijo sin duda lo que se esperaba que dijera, pero no fue consciente de ello. Los esponsales no solían ser tan formales, pero el duque no quería dar a las familias la menor oportunidad de que los rescindieran. Después ocurrió lo inimaginable: Di Torre abrazó a Ugo Bandini y ambos intercambiaron el ósculo de la paz. Mientras los

contemplaba, Cósima advirtió que había otro espectador en las sombras de la puerta, con un codo apoyado en una mano y acariciándose los labios con el dedo índice; sonreía levemente.

Durante la fiesta que tuvo lugar esa noche, Leandro estaba pensativo y apenas se dio cuenta de que todos en la mesa lo contemplaban con la fascinación de quienes esperaban que para entonces fuera cadáver, pero se hallaba sentado entre ellos, muy apuesto en su traje de brocado, en lugar de aparecer embreado y cargado de cadenas, como el señor Paolo, en quien nadie confiaba en realidad, según habían descubierto todos recientemente. También les parecía que la pequeña y hermosa Di Torre tenía un aspecto radiante, aunque lógicamente en su primera aparición pública, ahora que estaba prometida y podía mostrar el rostro, mostraba la debida timidez y no osaba hablar. Se decía que había estado en un convento tras ser raptada por los hombres del duque Francisco, pero todos los retrasos habían sido en vano: los enemigos finalmente iban a casarse. Los cortesanos manifestaban su incredulidad ante la aparente amistad del viejo Di Torre y Bandini. Las enemistades familiares no se enterraban así como así, sin enterrar antes unos cuantos cadáveres. Nadie recordó qué mito clásico era el que hablaba de dos familias en disputa a las que se había obligado al matrimonio de todos los hombres con las mujeres, que se comprometieron a matar a sus maridos para impedir la consumación, pero alguien tuvo la feliz idea de que Cósima di Torre estaba tan radiante precisamente porque planeaba llevar un cuchillo consigo al lecho nupcial y demostrarle a Leandro Bandini cómo habría debido de tratarlo la difunta duquesa.

Leandro se preguntaba, de hecho, si la ceremonia de matrimonio, que el duque pensaba honrar con su presencia, se llevaría a cabo en la catedral. Él había sido uno de los mudos testigos presentes en la gran plaza esa mañana, mientras el cardenal Pontano dirigía las largas y complejas etapas de la reconsagración del edificio. Lo vieron bendecir los muros externos con sal y agua. Las grandes puertas de entrada habían permanecido cerradas desde que el hermano del duque cayera en el presbiterio. El cardenal golpeó tres veces esas puertas con su báculo, mientras el coro recitaba: «Alzad vuestras puertas, príncipes, y alzaros, puertas eternas, para que el Rey de la Gloria pueda entrar». No se oyó claramente la voz que respondía desde el interior: «¿Quién es ese Rey de la Gloria?», pero la réplica del cardenal fue rotunda y triunfal: «El Señor de los ejércitos, Él es el Rey de la Gloria». Leandro había pensado entonces que también en el plano temporal el señor de los ejércitos era quien tenía la última palabra. Después había oído al cardenal repetir por tres veces «¡Aperite!», orden finalmente obedecida, con la que las puertas se abrieron lentamente. La alta figura escarlata se había adentrado en el oscuro interior para trazar una cruz en el umbral con su báculo y ordenar a cuantos espectros hubiera que huyeran ante la visión de ese símbolo; dos mirlos, asustados por los súbitos cánticos del coro, echaron a volar desde la fachada de la catedral, y la multitud los tomó por espectros con regocijado terror. A Leandro se le ocurrió pensar que tal vez fuesen realmente las

sombras de la duquesa culpable y su malvado amante, que desaparecían con su batir de alas sobre los tejados de la ciudad. Oyó el eco de la exclamación del cardenal que profirió en la catedral vacía: «¡Que la paz reine en esta casa!».

Volviendo al presente, Leandro miró a su padre y lo vio alzar su copa para brindar por su futura nuera. Que la paz reine en todos los hogares.

Segismundo se hallaba en el extremo de la mesa, perfectamente situado para ver a todo el mundo y que lo vieran a él. Llevaba, además de la cadena de Bandini, un espléndido collar de eslabones labrados del que colgaba un dije de gemas. Resultaba evidente que su contribución había sido fundamental para la seguridad del estado, y a todos les habría gustado conocer los detalles.

Benno habló desde detrás de Segismundo, pero con la boca llena, por lo que tuvo que repetir sus palabras inclinándose por encima del hombro de su amo.

—Estaba pensando en la monja aquella que dejasteis atada. ¿Qué creéis que le habrá ocurrido?

—Eso dependerá de la madre superiora.

Benno arrebató una jarra sin ceremonias de las manos de un criado que pasaba por allí, y llenó la copa de Segismundo hasta el borde. Segismundo echó un buen trago, mientras Benno sostenía la jarra aguardando para volver a llenarla.

—Supongo que se descubrirá que no había dejado atrás el mundo al entrar en el claustro. Estaba demasiado acostumbrada al poder para renunciar a él.

El criado se apoderó nuevamente de la jarra y se alejó con ella.

—Mi señora dice que le contasteis que la monja era una Bandini, pero jamás oí hablar de que una Bandini se hubiera hecho monja en Castelnuova.

—Yo no le dije que fuera una Bandini. Ella sugería que le confiáramos nuestro secreto, y yo le pregunté qué pensaría si le dijera que era una Bandini. Pidiéndole ayuda habríamos cometido una indiscreción irreparable, puesto que es la madre del señor Paolo.

El rostro de Benno se iluminó de puro placer.

—¿Así que era su madre? La amante del viejo duque. —Benno recibió un golpe en la espalda con una bandeja y fue a dar contra la silla de Segismundo, a la que se aferró para evitar que cayera su sorprendido amo—. Ahora que lo pienso, es cierto que se hizo monja cuando falleció el duque. Y comenzó a trabajar en favor de su hijo para que se convirtiera en duque.

—Así son las madres. Recuerda a la madre de Poggio; estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por su hijo. Son criaturas peligrosas las madres.

Benno se acuclilló junto a Segismundo para sostener mejor la conversación en medio del estrépito de las otras voces, y su amo le ofreció un muslo de pollo de su plato.

—¿Cómo supisteis que era la madre del señor Paolo? —preguntó oculto a la vista de los demás.

—Tú mismo te habrías dado cuenta si la hubieras mirado bien en los establos. Su

hijo y su nieto tienen los mismos ojos.

—¿Os referís a esa especie de mirada triste? Me pregunto qué será del joven, porque al pobre la vida no lo ha tratado demasiado bien.

—Parece ser que la señora Violante se ha hecho cargo de él. Yo diría que cuando se case —y aquí Segismundo miró de reojo la rubia cabeza cercana al hombro del duque Hipólito—, se lo llevará con ella. Será mucho más feliz lejos de aquí; tan feliz como pueda serlo.

Benno caviló, lo que daba a su rostro una impresión de complaciente imbecilidad.

—Podéis hacer lo que más os apetezca ahora que el duque os está tan agradecido, ¿no?

—No. La gratitud de los príncipes es restrictiva. Has de estar ahí siempre como prueba viviente. Los príncipes necesitan que se sepa que las acciones hechas en su favor son bien recompensadas.

Benno guardó silencio mientras chupaba el cartílago del muslo. La música estalló atronadora para anunciar un nuevo plato, y Benno tuvo que esperar para hacerse oír.

—Supongo que con eso estáis diciéndome que esta va a ser mi última fiesta por un tiempo.

Segismundo sonrió y apuró su copa.

—¿Qué te hace pensar que voy a llevarte conmigo?

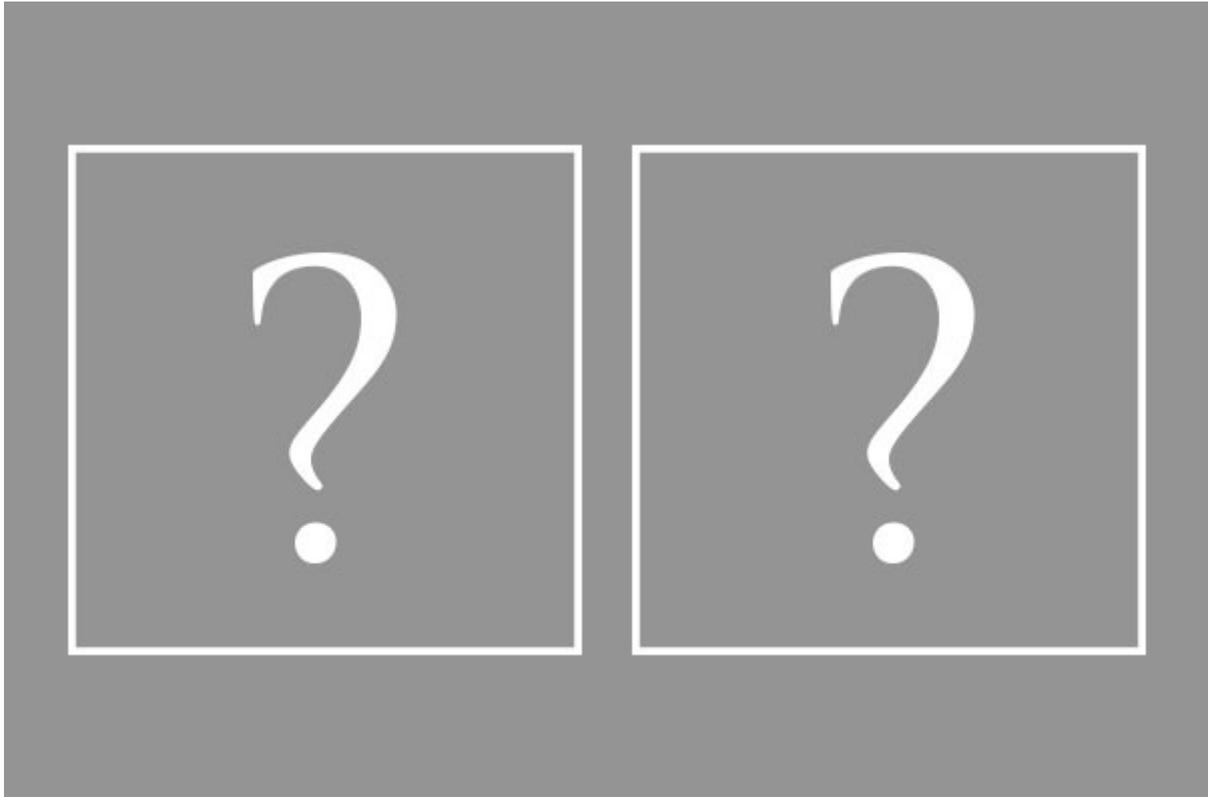
—Dos razones —replicó Benno apuntándolo con el muslo—. Una, que parezco idiota, así que la gente dice cosas delante de mí que no diría delante de otra persona. Dos...

—¿Aunque sepan que estás conmigo?

—Dos, si saben que estoy con vos, creerán que tenéis el corazón blando. —Benno eructó—. Y eso los deja fritos.

Segismundo le tendió otro muslo de pollo.

—Come mientras puedas. Mañana nos vamos.



ELIZABETH EYRE es el seudónimo de Jill Staynes y Margaret Storey. Juntas han escrito numerosas obras, empleando este seudónimo en la serie Segismundo. Eran alumnas de la misma escuela, en la que inventaban personajes extraños e intercambiaron series de episodios acerca de ellos. Su primer libro conjunto, fue escrito cuando contaban con quince años, se llamaba *Bungho, or why we went to Aleppo*, que nunca vio la luz. Han publicado numerosas obras para público infantil, y juntas crearon al Superintendent Bone, protagonista de novelas de detectives modernas, así como esta serie de novela policíaca italiana del Renacimiento, Segismundo.

Las novelas de Segismundo están caracterizadas por sus coloridos personajes, y su ambientación en la Italia del Renacimiento. Las historias se están cuidadosamente estructuradas y bien pensadas.

Los libros de esta serie han contribuido al subgénero de misterio histórico, que surgió en la década de 1990 con el éxito de Ellis Peters y la serie Cadfael, y Lindsey Davis y la serie de Marco Didio Falco.